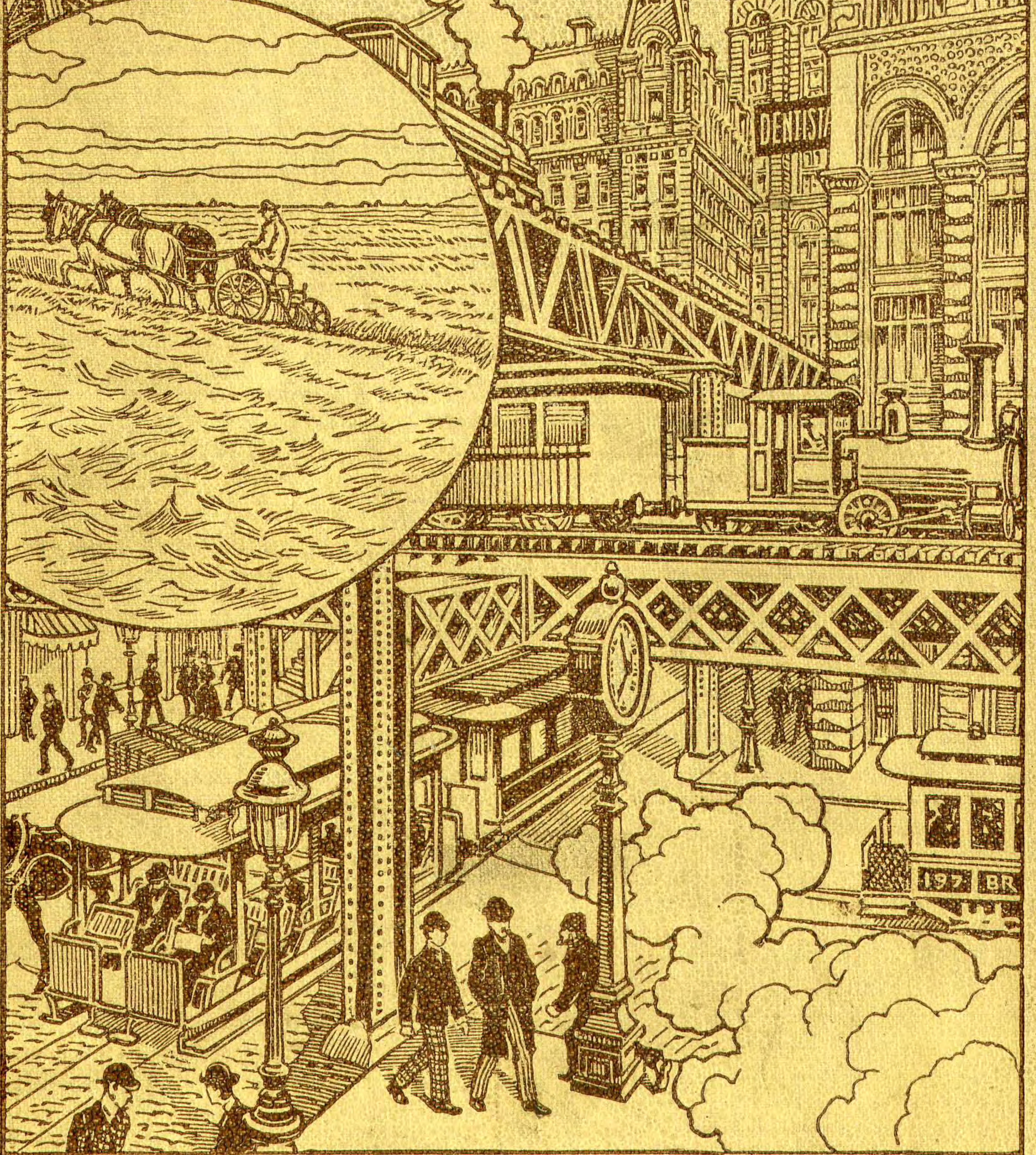


PABLO DE ROUSIERS

LA VIDA EN LA AMERICA DEL NORTE





\$ 5.118



LA VIDA
EN LA
AMÉRICA DEL NORTE

CARLOS E. BOTERO

LA VIDA

EN LA

AMÉRICA DEL NORTE

POR PABLO DE ROUSIERS

EDICIÓN ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS REPRODUCIDOS DE FOTOGRAFÍAS

HECHAS ESPECIALMENTE PARA ESTA OBRA, POR JORGE RIVIERE

TOMO SEGUNDO



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1899



ES PROPIEDAD

LA VIDA
EN LA
AMÉRICA DEL NORTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA SITUACIÓN ECONÓMICA DE LAS MANUFACTURAS
AMERICANAS

I. Los jornales crecidos y sus consecuencias. - II. Las industrias americanas y la competencia europea. - III. Los *bills* Mac-Kinley. - IV. Los peligros del régimen protector. - V. Lo que produciría una reacción librecambista.

I. - Los jornales crecidos y sus consecuencias.

Réstanos todavía examinar una importante cuestión respecto á las manufacturas americanas. Hemos visitado algunas para dar idea de su aspecto; conocemos los dueños que las dirigen y los obreros que trabajan; pero todos estos elementos de información están en cierto modo diseminados en nuestra mente. Por un lado las manufacturas y sus dueños; por el otro los obreros; sabemos ciertamente que éstos y aquéllos están unidos por un contrato que especifica un jornal determinado; mas ignoramos por completo cómo el amo americano se puede conformar con los subidos jornales de que ya hemos hablado. ¿Cómo es posible que una industria dé beneficios, pagando tan cara la mano de obra?

El medio de resolver este problema consiste evidentemente en desquitarse con la clientela: vendiendo muy caro lo que se fabrica, se puede pagar á subido precio la mano de obra; pero entonces, todos los países manufactureros de Europa inundarán con sus productos un mercado tan ventajoso, y su competencia arruinará muy pronto la industria nacional.

Es preciso, pues, levantar un dique para impedir esa inundación; es necesario poner las manufacturas americanas al abrigo de sus desastrosos efectos, y he aquí por qué la aduana de los Estados Unidos es tan feroz: su ferocidad es la primera condición de vida para la industria.

En efecto, el tipo elevado de los jornales no es un capricho, sino el resultado inevitable de una situación económica muy particular, que ya indiqué, pero que recuerdo aquí en pocas palabras.

La abundancia de las tierras vacantes y las facilidades ofrecidas á los que emigran para establecerse permiten á muchos individuos sin capitales crear instalaciones independientes. Para hacerles consentir en trabajar por cuenta del patrón, claro está que es preciso ofrecerles ventajas bastante considerables, sin lo cual prefieren correr los riesgos de la colonización, penetrar en el Oeste y probar fortuna (*try their luck*). Esto es sobre todo verdad en los americanos de nacimiento, siempre dispuestos á lanzarse en atrevidas empresas, y que se van si no se les ata con cadenas de oro. Además, la agricultura les ofrece también grandes jornales y puede dárselos sin apelar á las tarifas protectoras.

Esta condición, tan provechosa para el desarrollo del cultivo, hubiera puesto fin al desarrollo industrial de los Estados Unidos á no ser por el establecimiento de un régimen protector, que mantuvo artificialmente el subido precio de la mano de obra y de los productos manufactureros.

En otros términos, si los americanos hubiesen esperado el momento en que su industria hubiera podido nacer normalmen-

te, les habría sido necesario aguardar el fin de su prosperidad agrícola. Semejante espera no era del gusto de la gente del Este; no le agradaba en modo alguno seguir siendo tributaria de Europa para fabricaciones cuyos elementos encontraban en su propio país, y no consentía en cerrarse la fuente de los beneficios industriales bajo el pretexto de que la de las utilidades agrícolas le ofrecía vasto campo. Por eso se establecieron derechos considerables hace ya largos años, á fin de favorecer su plan.

Bien se ve que no es una teoría económica la que ha impedido á los fabricantes americanos por la vía del proteccionismo; y si elevan en torno suyo murallas de la China, es tan sólo porque con ello les resulta ventaja. Con frecuencia he podido observar que en los Estados Unidos el fabricante, el agricultor ó el comerciante es siempre partidario muy decidido del libre-cambio ó de la protección; mientras que el economista no tiene casi nunca opinión general sobre este punto. Cierto día, hablando con el secretario de una cámara de comercio muy influyente, le pedí su parecer sobre la cuestión. «No me es posible, contestó, complacer á usted, porque no tengo ninguno. En todas las discusiones sobre el librecambio y la protección no veo más que un conflicto de intereses opuestos: hay quien se titula proteccionista porque la industria que ejerce necesita protección; pero no pide que se proteja tal otra, aunque lo necesita tanto como la suya, y así no es proteccionista sino para sí propio. Lo mismo sucede entre los librecambistas: todos lo somos en cuanto concierne á los objetos que no nos producen, porque nuestra ventaja evidente es pagarlos al menor precio posible. He aquí por qué creo absurda toda opinión general y filosófica sobre el asunto. La legislación aduanera no necesita inspirarse en opiniones generales, sino consultar, por el contrario, y pesar cada uno de los diversos intereses que se manifiestan; la mejor tarifa sería la que satisficiera los deseos de cada ramo de trabajo, y

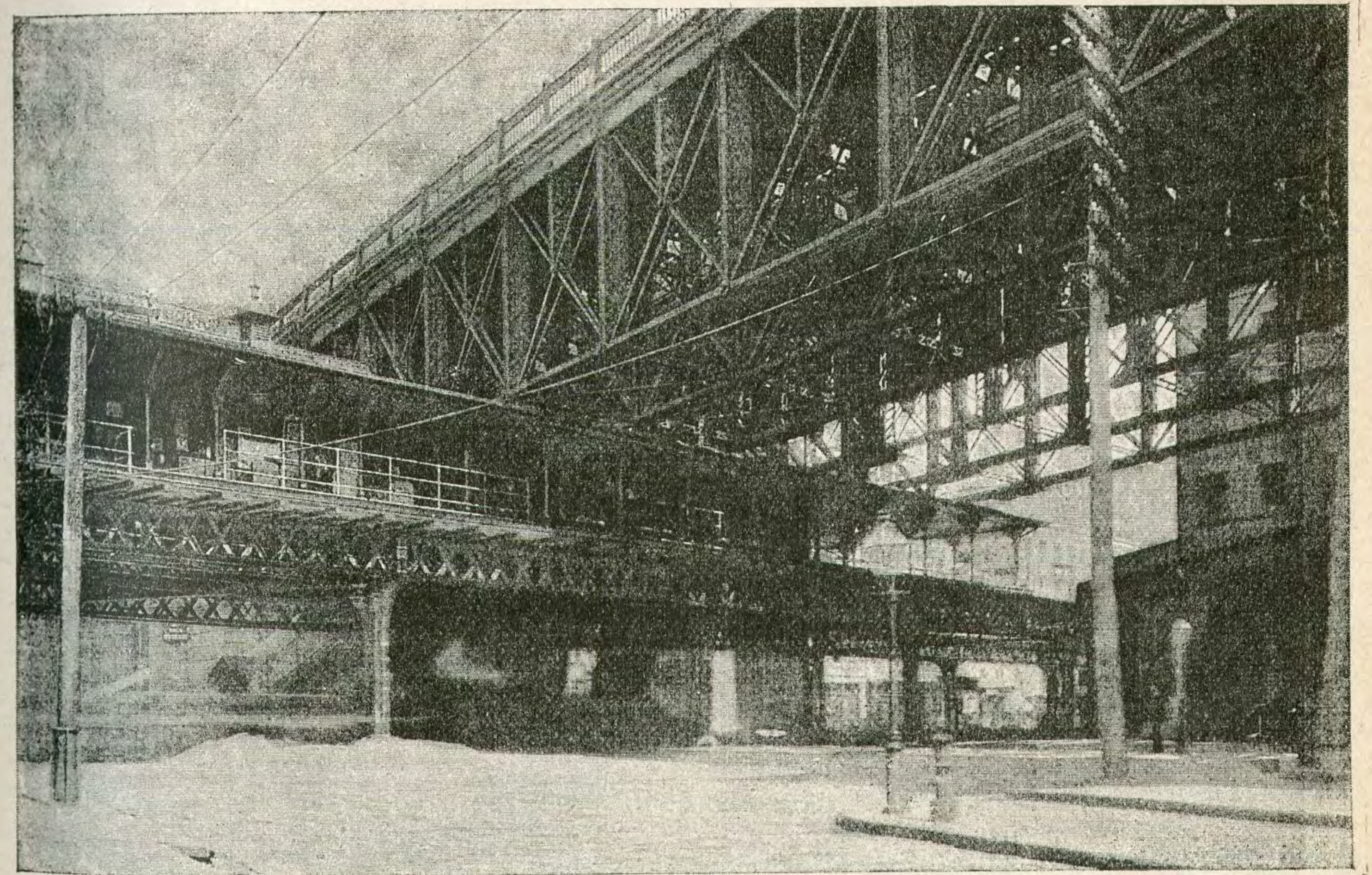
es preciso acercarse á esto lo más posible. Yo creo que tal apreciación es la única razonable que se pueda hacer de una cuestión tan complicada.»

Aquel hombre hablaba en plata, según creo; pero la idea de justicia que expresaba no ha merecido nunca mucho favor entre los fabricantes del Este, herederos de limitadas tradiciones. Las pequeñas colonias fundadas al principio de la historia americana en Nueva Inglaterra y Pensylvania estaban constituídas sólidamente, como lo prueban la importancia que han tenido y el desarrollo que tomaron; pero estaban impregnadas de un exclusivismo feroz; tenían ese conjunto de cualidades y defectos que de ordinario poseen las sociedades austeras que viven concentradas en sí mismas para mantenerse desviadas de la corrupción, profesando una especie de desprecio á todo cuanto es extraño para ellas, y pensaban que la opresión de los gentiles es aún obra agradable á Dios, sobre todo cuando ésta opresión debe redundar en provecho de sus verdaderos servidores. Mucho hubo de eso en la manera de tratar el Norte en otro tiempo, cuando la guerra de Secesión, á los plantadores del Sud, considerados como hombres sin costumbres ni principios; y aún queda algo de ello en la política de empeñado proteccionismo de que son la más reciente y marcada manifestación los *bills* de Mac-Kinley. Los fabricantes, muy poderosos en el partido republicano que ahora ocupa el poder, han aprovechado la ocasión para que se les concedan ventajas exageradas; y tanto peor para aquellos á quienes se perjudique.

II.—Las industrias americanas y la competencia europea.

Sin embargo, los intereses industriales no son todos proteccionistas en los Estados Unidos; se ha de distinguir entre ellos, y esta distinción tiene una importancia considerable, pues nos

permite conocer, en efecto, cuáles son las industrias que se han desarrollado normalmente, y cuáles, por el contrario, las que hubieran podido constituirse sin la existencia del régimen protector. Las primeras tienen una base natural; la de las segundas es artificial, y bien vale la pena tomar nota de ello.



Ferrocarril elevado debajo del puente de Brooklyn

Hay cierta clase de manufacturas que eluden casi en absoluto la competencia de las fábricas análogas de países muy lejanos, y son las que construyen objetos voluminosos. Así, por ejemplo, M. Pullman no debe temer que un industrial europeo envíe á los Estados Unidos *palace-cars*, ni menos *freight-cars*, para competir en baratura con los suyos, pues su transporte á través del Océano aumentaría en una proporción demasiado elevada el precio á que se podrían entregar al mercado. De igual modo, las *Baldwin locomotive works* no temen la competencia de las

locomotoras extranjeras, y también se pueden comprender en la misma categoría las fábricas de coches, de instrumentos agrícolas y de máquinas de vapor.

Todas estas industrias se han desarrollado en los Estados Unidos en condiciones naturales, y se mantendrían dueñas del mercado aunque las tarifas protectoras bajaran súbitamente, ó aunque se suprimieran.

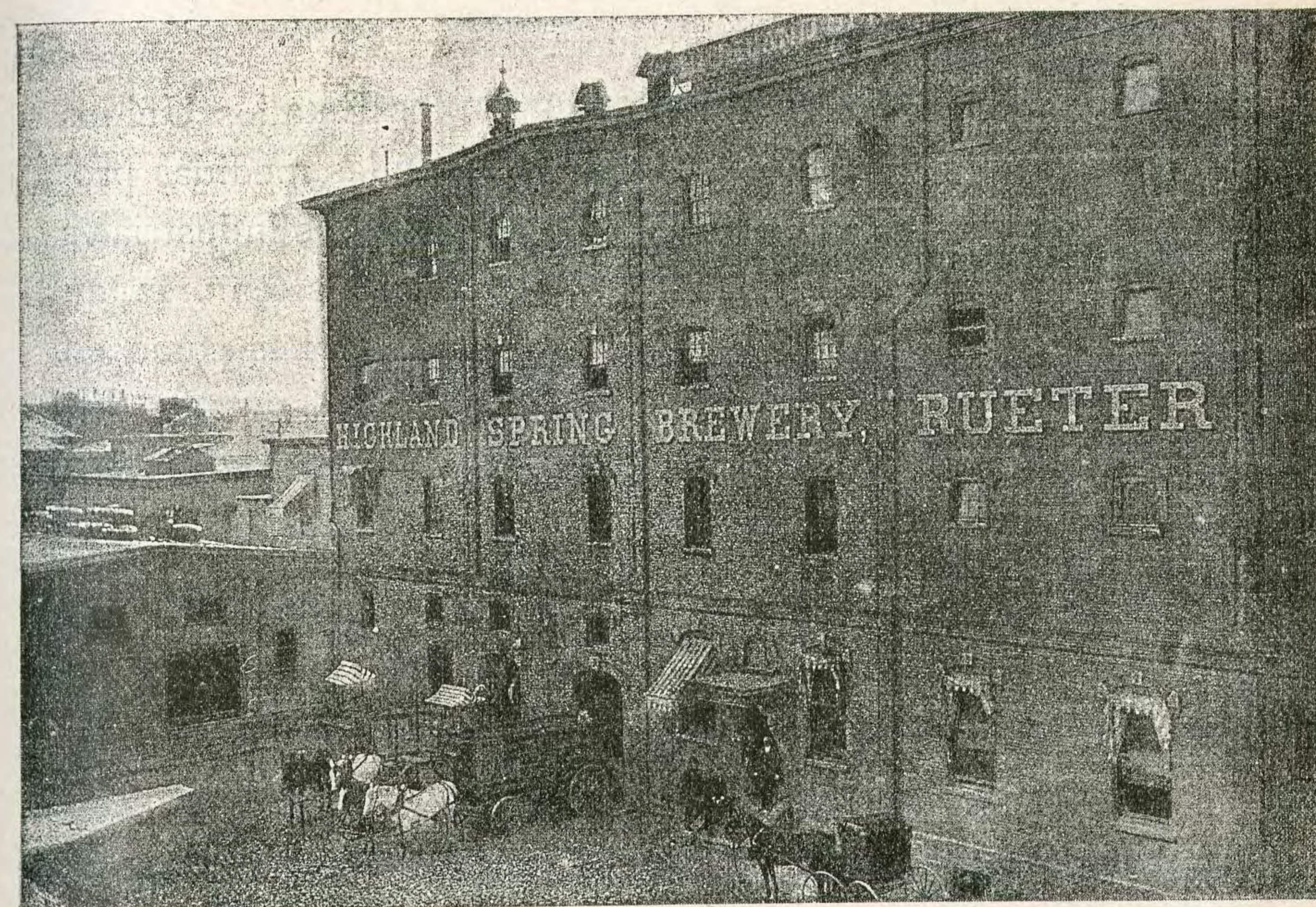
Es bastante curioso observar que las fabricaciones propias del Oeste pertenecen todas á esta variedad: hemos dicho que se relacionaban íntimamente con el cultivo y el transporte de los productos agrícolas; por este hecho participan ya de las condiciones excepcionalmente favorables que el cultivo encuentra en un país nuevo, y además, la naturaleza de sus productos las pone al abrigo de la competencia europea. Es una situación excelente que las asegura un brillante porvenir, cualquiera que sea la futura legislación aduanera de los Estados Unidos.

Esto explica también por qué en el Oeste se hallan tan poco representados los intereses proteccionistas. Con una agricultura que sueña en invadir todos los mercados de Europa, y una industria que nada debe temer de la competencia, ¿cómo no había de ser el Oeste librecambista?

Hasta en el Este, ciertas industrias reclaman poca protección. Las cervecerías, por ejemplo, cuya importancia es considerable, y las fábricas de *whiskey* común no pueden verse en peligro por causa de los establecimientos análogos de Europa. Para que un producto pueda soportar grandes gastos de porte no basta, en efecto, que sea fácilmente transportable; es preciso, además, que su valor exceda por mucho del coste del viaje. El precio de una botella de aguardiente ó de champaña no aumenta muy sensiblemente por estos gastos; mientras que el de una botella de *whiskey* podría ser doble.

Las fabricaciones que más necesidad tienen de protección

son, pues, aquellas que producen objetos de subido precio con relación á los gastos de transporte que exigen. Entre ellas figuran los tejidos y ropas de todo género, los objetos de arte ó de capricho, los artículos de modas, los guantes, las porcelanas, los buenos vinos, los licores, etc.



Una gran cervecería en Boston

Los hierros y los aceros de Europa, á pesar de su peso, pueden competir igualmente con los de Pensylvania en el mercado americano; en Pittsburgo, M. Carneggie lleva muy alta la bandera del proteccionismo, y ciertas disposiciones del *tariff bill* recientemente establecido á propuesta del Mayor Mac-Kinley, son debidas, según se asegura, á su poderosa influencia.

He aquí, pues, toda una clase de industria que necesita indispensablemente la protección para vivir; y repetiré que su

prosperidad, su existencia misma, reposan sobre esta base en alto grado artificial, bien frágil por lo tanto, á la merced de una mayoría de políticos legisladores. Cuando se piensa en la gran importancia de algunas de ellas, cuando se compara la enorme producción de M. Carneggie, por ejemplo, con el frágil apoyo legislativo que la sostiene, espanta la idea de las crisis que una nueva tarifa aduanera podría producir.

El ardimiento con que se discuten en los Estados Unidos estas cuestiones de tarifas y la exageración de las medidas protectoras á que se apela, demuestran bien que los industriales comprenden ese peligro. Jamás manifestaron sus temores tan claramente ni tuvieron tan exorbitantes pretensiones como en el momento de prepararse los *bills* Mac-Kinley, votados en 1890; y creo por lo tanto útil analizar brevemente estos *bills*, pues indicarán al lector el estado actual de la cuestión y la tenacidad de la lucha declarada entre los intereses librecambistas y los intereses proteccionistas.

III.—Los bills Mac-Kinley

Largo tiempo hace que los demócratas, generalmente librecambistas, pedían la reducción de las tarifas aduaneras, haciendo valer que esta reducción tendría por efecto remediar la plétora del Tesoro público.

Se sabe, en efecto, que los Estados Unidos tienen cada año excedentes de considerables ingresos, excedentes que se acumulan inútilmente en el Tesoro y se hallan así retirados de la circulación. Ahora bien: las aduanas constituyen por mucho la mayor parte de las rentas federales, y bajando las tarifas, se tenía la probabilidad de disminuir sensiblemente estas rentas.

Esto era un remedio, y á los librecambistas les tenía cuen-

ta; pero los fabricantes del Este, que dominan el partido republicano, amenazados de ver sus cajas vaciarse al mismo tiempo que la caja federal, opusieron al remedio de los demócratas el de los republicanos y lograron triunfar.

Este remedio no era otra cosa sino el doble *bill* Mac-Kinley, y su inventor demostraba su eficacia por el razonamiento siguiente: «Cuanto más se reduzcan las tarifas, más mercancías extranjeras entrarán y mayores serán los ingresos de aduanas, porque las importaciones irán en aumento en proporción más alta que la de la disminución de los derechos. En vez de esto, os traigo un medio de reducir con seguridad las entradas, y hasta de cerrar completamente el mercado, si se quiere; el día que se nos antoje no tendremos ya ni un duro de ingresos.»

En efecto, el Mayor Mac-Kinley había forjado dos armas defensivas temibles contra la competencia extranjera: por el *tariff bill* elevaba los derechos de entrada, y por el *bill* administrativo establecía una serie de vejaciones encaminadas á desalentar al importador, entregándole, atado de pies y manos, al arbitrio de algunos burócratas.

El *tariff bill* es un verdadero laberinto: contiene noventa y ocho páginas de texto muy compacto, y establece una infinidad de distinciones y reglas; pero como en todo laberinto, se puede encontrar la salida por un hilo conductor, y este hilo es la intención bien conocida de los legisladores americanos. Han querido impedir, sobre todo, la entrada de las mercancías que sus manufacturas nacionales producen ó pueden producir, cuidándose mucho más del interés particular de cada ramo de industria que de la aplicación de un principio general. Verdad es que esto pone en descubierto su política ofensivamente proteccionista, demostrando que su verdadero cuidado no es la acumulación de fondos en las cajas públicas; pero una vez hallado el pretexto para elevar las tarifas, se han arreglado para subir tan

sólo aquellas que les interesaba elevar y en la proporción que les convenía hacerlo.

Citemos algunos ejemplos:

Los Estados Unidos son aún tributarios de Europa por lo que hace á las obras artísticas y á los productos puramente intelectuales: el *bill* suprime el derecho de veinticinco por ciento existente en otro tiempo sobre la entrada de libros extranjeros, y reduce al quince por ciento el de los cuadros y estatuas. Los Estados no producen bastante azúcar y consumen una cantidad enorme, por lo cual este artículo entra libre de derechos, excepto aquel que no pasa de cierto grado. Sus fábricas de porcelana se desarrollan bastante poco, sobre todo en cuanto concierne á la de lujo; y el bill no modifica los derechos establecidos ya. Por el contrario, la industria de los tejidos toma gran incremento, al menos para las calidades inferiores y medianas, y particularmente para los tejidos mezclados de algodón, porque el fabricante americano obtiene con mucha facilidad la materia primera; y el bill revela al punto esta situación, recargando dichos artículos de una manera muy sensible. Tengo á la vista un cuadro formado por la solicitud de la Cámara sindical de los Tejidos, de París, en el cual se comprenden diferentes variedades de artículos que la antigua tarifa gravaba uniformemente con un derecho de cincuenta por ciento: el nuevo bill rebaja este derecho á un treinta por ciento y el treinta y cinco por ciento para ciertos artículos de lujo, tales como los damascos superiores y los ricos crespones de la China, que apenas se fabrican en América; pero le eleva hasta el quince por ciento para ciertas variedades de terciopelo de algodón de fabricación corriente, introduciendo la misma diferencia en cuanto concierne á los guantes. Los derechos no han tenido aumento en las calidades superiores, á las que los americanos no se han dedicado aún; y por el contrario, se han elevado hasta el punto de ser

prohibitivos en cuanto concierne á los guantes ordinarios que las manufacturas de los Estados Unidos producen. Un fabricante de Grenoble me aseguraba que el bill le favorecía en vez de perjudicarlo. «No fabricamos en Grenoble más que el guante fino, decía, y los enormes derechos que se imponen sobre las



Puerta de un bazar en Filadelfia

calidades inferiores tienden á nivelar la diferencia de precio que naturalmente existe entre esas dos variedades, con lo cual no podemos menos de ganar.» Por el contrario, ciertas fábricas de Alemania y de Italia que exportaban á América el guante común han sufrido gravemente.

Se podrían multiplicar estos ejemplos hasta lo infinito; pero los que acabo de exponer bastan para demostrar el espíritu del *tariff bill*. Veamos ahora cuál es el mecanismo del *bill* administrativo.

El Mayor Mac-Kinley ha sabido darle un título de expresión inocente, poniéndole el de *Acta para simplificar las leyes relativas al restablecimiento de los impuestos*; pero esta apariencia engañosa oculta innumerables lazos. El *bill* establece, en efecto, una serie de formalidades inquisitoriales y vejatorias, abre la puerta á lo arbitrario en las visitas oficiales, y entrégase á los importadores á la discreción de las aduanas.

Entre las formalidades exigidas, las que promueven más reprimendas son las referentes al establecimiento de las facturas consulares, á los certificados de origen y á la indicación del *coste verdadero*, de los gastos, etc., etc. Los que importan se quejan, por una parte, de que sus envíos se retrasen á causa de esos detalles sin número; y por otra, consideran que se les perjudica sensiblemente al someterlos á un interrogatorio sobre la procedencia de sus mercancías.

Sin embargo, la disposición más grave es aquella que pone en manos de nueve peritos generales, nombrados por el gobierno federal, la exorbitante atribución de fijar el valor de los objetos importados, cuando las declaraciones de los comerciantes les parecen poco sinceras. Se les han trazado reglas para guiarles en sus apreciaciones; pero los elementos que deben tener en cuenta les son demasiado desconocidos para que esas reglas puedan tener verdadera eficacia: dichas reglas constituyen tan sólo bases legales destinadas á imponer vejaciones; pero no medios para practicar la debida inspección. En efecto, los peritos deben calcular el coste de la materia primera, el de la mano de obra; los gastos generales, de embalaje y de transporte; agregar el ocho por ciento al total, y obtener así lo que el *bill* llama, por una amarga irrisión, *valor verdadero*. En todo esto no veo más que una sola cosa cuyo precio exacto puedan saber en realidad los peritos, y son los gastos de transporte; todo lo demás es puro capricho y fantasía fiscal, que lleva consigo fuertes mul-

tas y hasta la prisión. «Todo aquel que hiciere á sabiendas falsas declaraciones, dice el artículo 6.º del *bill*, ó que hubiese ayudado en cualquiera cosa á prestar una, será castigado, después de probada su culpabilidad, con una multa que no podrá exceder de cinco mil duros (veinticinco mil francos), ó con prisión de dos



Puerta de un bazar elegante en Filadelfia

años cuando más, con trabajo obligatorio, ó bien con ambas penas, á discreción del tribunal, y esto sin perjuicio de la confiscación de la mercancía, por causa de falsa declaración ó por toda otra causa determinada por la ley.»

Tal es, en sus grandes rasgos, el formidable arsenal que el partido republicano, órgano de los intereses proteccionistas, ha creado para hundir el librecambio y para el mayor provecho de los fabricantes del Este, que desde ahora pueden elevar sin temor el precio de sus productos. Y si la competencia les molesta aún, les bastará hacer una señal á los peritos generales,

armados de manera que pueden poner término á ella al punto. Añadiré que esos peritos, así como la mayor parte de los funcionarios y de los políticos americanos, sabrán probablemente obedecer á la señal de los fabricantes si va apoyada con alguna buena recompensa.

VI. — Los peligros del régimen protector

Dejemos á un lado los inconvenientes morales que producirá el espectáculo de una nueva forma de corrupción, y ocupémonos solamente de la situación en que la política proteccionista coloca á la industria americana.

Esta situación es falsa: los *bills* Mac-Kinley, multiplicando las barreras y elevándolas aún alrededor de las manufacturas nacionales, las han hecho un funesto presente; han obrado poco más ó menos como los padres que miman en demasía á sus hijos: los caprichos satisfechos en la niñez son otros tantos peligros para el porvenir, y cuanto más porfiados son aquéllos, más graves son los peligros.

La industria americana tiene todo cuanto necesita para vivir y desarrollarse; es como una niña bien constituida; pero se compromete su porvenir al querer apresurar su progreso.

Ya expliqué antes que el tipo elevado de los jornales hacía necesario establecer derechos protectores para el nacimiento de ciertas industrias, tales como las textiles; si estos derechos se hubieran calculado con el único objeto de compensar la carestía de la mano de obra, tendrían una base normal y permitirían á las fábricas americanas prosperar sin promover de parte de los consumidores ninguna seria oposición; pero su enormidad denuncia intenciones menos razonables y está probado que los industriales del Este acuñan moneda á expensas de los agricultores del Oeste, gracias á la nueva legislación aduanera.

Sin duda que esto comunica un impulso á la fabricación; pero este impulso, fruto de una fuerza artificial, cesaría súbitamente si desapareciera la que le dió nacimiento. Hoy día, la juventud americana se precipita de cabeza en la corriente industrial, creada á fuerza de textos legislativos, y tiende á dejar el cultivo, cuyas condiciones normales le parecen menos favorables que aquellas condiciones ficticias. Descuida la verdadera fuente de su riqueza, la fuente fecunda y natural que formó la América, y sigue una falsa pista con toda la energía que le es propia.

¡Qué despertar tan terrible el día en que una rebaja de las tarifas les abra los ojos! ¡Qué ruinas en casa de los patronos, y qué miserias en las de los obreros! Y sin embargo, ¿qué se necesita para producir una reacción librecambista? Un simple cambio político, el triunfo electoral de los demócratas.

Por su exageración, los *bills* Mac-Kinley han hecho á la vez más terrible y probable la crisis de que hablo; más terrible, porque la elevación actual de las tarifas acostumbra á los fabricantes á una protección poderosa, que llega á ser uno de los grandes elementos de sus beneficios; más probable, porque han suscitado violentas cóleras, que el partido demócrata confía explotar.

Por lo demás, no lo oculta, y ya se regocijaba en 1890 de la impopularidad de los *bills*. En el transcurso de sus debates, cuando se trataba de alguna tarifa particularmente agobiadora, sucedía algunas veces que un proteccionista, menos exigente, introducía una enmienda modificadora. En el mismo instante abandonaban sus asientos muchos demócratas; algunos de éstos iban á la peluquería, contigua á la sala de sesiones, para que los afeitasen, y los otros bajaban á los sótanos para tomar un refrigerio; en resumen, se eclipsaban lo bastante para que la enmienda, apoyada tan sólo por algunos republicanos y los pocos demócratas que aún quedaban en la sala, fuese desechada con

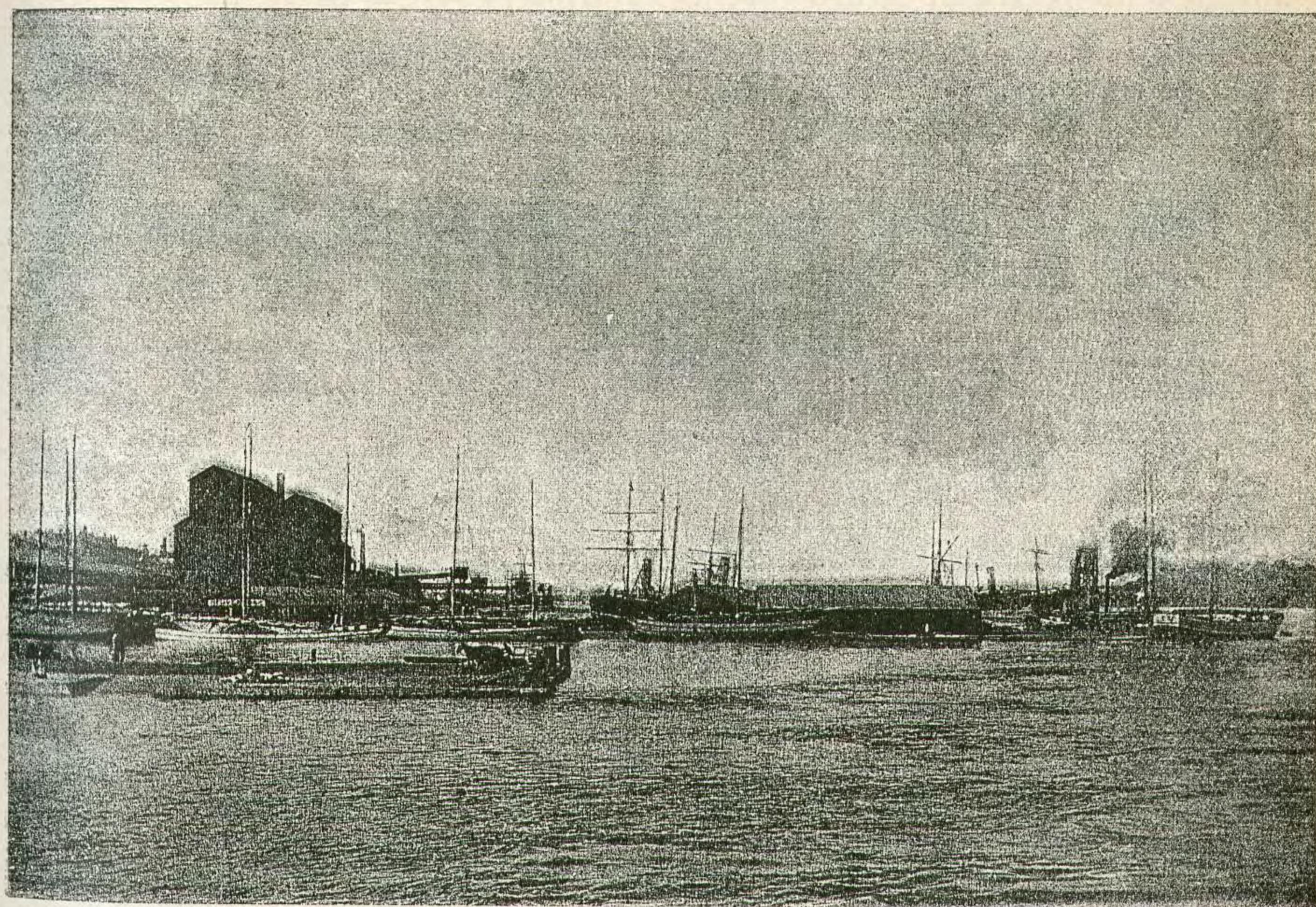
seguridad. Aquellos honrados políticos opinaban que valía más favorecer el triunfo de su partido, dejando pesar sin atenuación sobre sus adversarios lo odioso de las medidas excesivas, que no defender en parte los intereses actuales de sus comitentes. Preparaban su *plataforma*.

¡Qué magnífica ocasión les proporcionaban, en efecto, las disposiciones de los *bills* para levantar contra el partido republicano, principal sostén de la política proteccionista, un auditorio de labradores, por ejemplo! ¡Qué magníficos discursos contra los monopolistas que oprimen al trabajador, amenazan su independencia y le hacen pagar tan caros los paletosques ó los instrumentos agrícolas que le hacen falta! El colono del Oeste no necesita la insistencia sobre estos hechos para armarse en guerra; hay una sorda enemistad entre él y el fabricante del Este, y á la primera alusión del candidato demócrata manifiéstase por calurosas aprobaciones. Plantear la cuestión electoral en el Oeste sobre el terreno de las tarifas aduaneras es asegurar el triunfo de los demócratas.

Hasta entre los fabricantes proteccionistas los *bills* han creado descontentos, cuyo apoyo aumenta las probabilidades de una crisis próxima. A Nueva Inglaterra, que consume considerable cantidad de hulla, le parece muy mal que se impongan derechos sobre ese *pan de la industria*, y se queja de que la sacrifican á los intereses mineros de Pensilvania y del Ohío. Las mismas recriminaciones se elevan respecto á una infinidad de materias primeras: ciertos fundidores reclaman la libre entrada de los minerales, y los fabricantes de calzado lo mismo respecto á las pieles, así como los fabricantes de tapices la entrada libre para las lanas, etc.

Por parte de los obreros, el librecambio gana también terreno. Durante largo tiempo se habían contado entre los partidarios de la protección, y los patronos los atrajeron á su favor

por el razonamiento siguiente: «Habéis venido á este país con el objeto de ganar grandes jornales; para que los obtengáis es preciso que á nosotros, fabricantes que os los damos, nos protejan contra la competencia extranjera por medio de tarifas elevadas, y de lo contrario nos veremos en la precisión de rebajar



Barcos extranjeros cargando trigo en los *elevators*

vuestros salarios al tipo de los de Europa.» Hoy día, los obreros contestan: «Sin duda necesitáis tarifas para pagar la mano de obra como lo hacéis; pero no compartís equitativamente con nosotros el beneficio que esas tarifas os aseguran, y somos víctimas de un fraude; podríais pagarnos mucho más aún, asegurando para vosotros honrados beneficios, y esto sería justicia, porque esos derechos elevados que os enriquecen pesan mucho sobre nosotros. Como obreros, en efecto, obtenemos una ventaja parcial; pero como consumidores sostenemos todo el peso:

más valdría para nosotros recibir jornales inferiores y comprar menos caro lo que necesitamos.»

Estas discusiones son fatales: siempre y en todas partes, cuando cierto número de individuos se han entendido para oprimir á otro, disputan sobre el repartimiento de los despojos; nada es tan difícil como hacer la distribución justa de una ganancia artificial, y he aquí por qué los patrones y los obreros yankis no se avienen.

No es esto todo: á los descontentos del cultivo y de la industria se agregan también ciertos comerciantes, particularmente armadores. En otro tiempo, Boston era un gran puerto de armamento; algunos años hace se encontraban aún casas que poseían quince ó veinte buques de mucho tonelaje; pero hoy estas casas han desaparecido casi completamente, y esta es una consecuencia de la elevación de las tarifas. Subiendo artificialmente el precio de sus mercancías, los americanos se cierran por sí mismos el mercado extranjero, y de este modo sus barcos no tienen nada que transportar cuando salen del puerto, condición desfavorable que ha matado á sus armadores. En Boston y en Nueva York se ven barcos de comercio de todas las naciones, excepto americanos.

Una vez en la vía de las protecciones ficticias, se avanza siempre por ella: los industriales de los Estados Unidos, resguardados detrás de su muralla de la China, ven que es algo difícil despachar sus géneros; las crisis por exceso de producción se repiten con frecuencia, y el mercado nacional, por extenso que sea, no basta para absorber lo que las fábricas dan. Inútil es pensar en las salidas extranjeras, pues se han prohibido por el hecho mismo de las altas tarifas; y las primas sobre la exportación, instituidas por los *bills* Mac-Kinley, ni siquiera bastan para abrirlas. Se ha pensado, pues, en otro medio: como el Antiguo Continente se halla en condiciones económicas diferentes

de las del Nuevo, los Estados Unidos han soñado en declarar una guerra, en la que ambas Américas, unidas bajo su dominio, lucharían contra las fuerzas comerciales de Europa; y esta era la idea del congreso Pan Americano, promovido por M. Blaine en 1890. De este modo, las fábricas de Nueva Inglaterra se re-



Puerto de Nueva York (*East-River*)

servarían el inmenso mercado del Canadá, de Méjico, del Brasil, del Perú, de Chile, etc., que se les escapa ahora; pero el plan de M. Blaine no dió resultado, precisamente porque era demasiado visiblemente ventajoso para los yankis. Las repúblicas americanas no podían consentir en comprarles á ellos á subido precio lo que encontraban en Europa más barato.

En resumen, el régimen protector no satisface completamente á los fabricantes del Este y tiene enemigos declarados en los cultivadores del Oeste, una gran parte de la clase obrera y mu-

chos comerciantes. Por otra parte, la confusión prácticamente establecida entre los intereses proteccionistas y la política republicana une su fortuna á la de un partido; por lo tanto se puede prever su caída, y hasta recientes acontecimientos la hacen probable. Conocido es el considerable impulso que los demócratas han dado en las elecciones de 1890; éstas últimas se habían hecho en gran parte sobre la cuestión de los *bills*, y el éxito de esta *platform* indujo á dicho partido á emplearla igualmente en la preparación de la campaña presidencial de 1892. Para el país, Hárrison ó Blaine serán los candidatos proteccionistas, y Clé-veland el candidato librecambista. Cualquiera que sea el resultado de la lucha, ningún gobierno querrá proporcionar un arma contra sí, persistiendo en la política aduanera del Mayor Mac-Kinley; y sin creer que los Estados Unidos permitan hasta de aquí á mucho tiempo entrar libres de derechos los productos de competencia de Europa, es casi seguro, por lo tanto, que derribarán la barrera de las tarifas. Aquel día habrá crisis, como ya hemos dicho; pero ¿será esta crisis mortal para la industria americana? ¿Es una espada de Damocles suspendida sobre su cabeza? Es preciso darse cuenta de ello para conocer realmente su situación económica.

V. Lo que produciría una reacción librecambista

Se debe observar, por lo pronto, que ciertas industrias no se resentirían mucho, y son aquellas que, según hemos visto, se desarrollaron normalmente, mejor preservadas de la competencia por la naturaleza de sus productos que por las tarifas protectoras.

En las demás la perturbación sería considerable: la rebaja de los jornales, á la que los fabricantes apelarían inmediatamente, promovería conflictos con los obreros, y varias fabricaciones

vigorosamente sostenidas por derechos que varían de cien á ciento cincuenta por ciento deberían desaparecer probablemente; pero una vez pasado el primer momento de trastorno, la industria, colocada en condiciones más normales, proseguiría de nuevo su marcha hacia adelante bajo el poderoso impulso de la energía y de la iniciativa americanas.

La disminución en el tipo de los jornales y en el precio de los objetos fabricados ejercería igualmente en el porvenir de las manufacturas americanas una acción de las más felices, tendiendo á poner á los patrones de los Estados Unidos á la par con los europeos desde este punto de vista. Por otra parte, los fabricantes americanos conservarían las ventajas de tener materias primeras abundantes y los medios de transporte bien desarrollados que actualmente les ofrece su país; los fecundarían por sus costumbres laboriosas, por su inimitable espíritu de empresa y de invención, é inundarían muy pronto Europa con sus tejidos, sus hierros y sus aceros, como la inundan hoy con su carne y sus cereales. Los esfuerzos de M. Blaine para crear una unión aduanera *pan-americana* llegarían á ser inútiles, pues el mundo entero, y no ya una de sus partes, quedaría abierto para los productos de los Estados Unidos.

Cuanto más dure el régimen protector, más se alejará este brillante porvenir y más terrible será la reacción librecambista para los fabricantes ahora existentes. Lo que más feliz sería para la industria americana sería encontrarse de nuevo sin tardanza asentada sobre bases normales, con la protección necesaria para asegurar su crecimiento, pero con una fuente natural de beneficios.

Otra consecuencia de la rebaja de las tarifas sería comunicar á la agricultura un nuevo y fecundo impulso.

Con jornales menos elevados, las tierras abandonadas del Este se podrían poner otra vez en cultivo, y el *farming* (labran-

za), que *no paga ya* en Nueva Inglaterra, llegaría á ser un nuevo origen de utilidades. En el Oeste, como el colono paga menos cara la mano de obra que emplea y más baratos los objetos que compra, vería aumentar sus beneficios; los territorios desocupados se poblarían con más rapidez aún que hoy, y la clientela de la industria se acrecentaría al mismo tiempo.

Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla de resolver como pudiera creerse: no se ha de olvidar, en efecto, que el crecido precio de la mano de obra no proviene únicamente de las tarifas, sino que es consecuencia de un hecho económico peculiar de los Estados Unidos; es decir, de la abundancia de tierras disponibles y de la facilidad de establecerse. Contra este hecho nada puede el librecambio. La verdadera misión de los hombres de Estado americanos parecería consistir, pues, en proteger las manufacturas de su país en la medida en que este hecho las perjudica, y en aproximarlas lo más posible á una situación normal, de modo que aseguren su vida presente sin comprometer su porvenir. Para llevar á cabo esta difícil obra necesitarían gran habilidad, y por lo menos podrían intentarla si renunciásen á poner al servicio de mezquinas preocupaciones de partido los graves intereses que se les han confiado.

CAPITULO II

LA GRAN CIUDAD DEL COMERCIO Y DE LA BANCA

- I. La intensidad de la vida comercial y el cosmopolitismo de Nueva York.
- II. La Cité-Imperio. — III. Cómo coloca su dinero el capitalista americano

La agricultura americana tiene un carácter especial, que ya hemos indicado al principio de esta obra; el colono que produce carne ó cereales los quiere para la venta, no para el consumo personal, y de aquí las grandes ciudades donde se concentran la carne y los granos; pero estas ciudades, que sirven de salida para el ganado y los cereales, necesitan también la suya. Hemos demostrado en otro lugar que las *packing houses* y los molinos harineros trabajan para la exportación.

Junto á este movimiento industrial que el cultivo alimenta hay, pues, otro puramente comercial, al que da igualmente nacimiento.

Para medir su importancia es preciso situarse en uno de los grandes puertos del Atlántico, y muy particularmente en Nueva York, la *cité imperial* de los Estados, como la llaman orgullosamente sus ciudadanos. Allí es donde se ve rebosar en realidad el exceso del cultivo americano.

Por otra parte, las manufacturas de los Estados Unidos fabrican á precios altos, y no todas las clases de objetos que el consumo reclama; de modo que Europa enviará al Nuevo Continente el exceso de su industria, así como éste le remite el de su cultivo.

Nueva York, cabeza de línea natural de los transportes transatlánticos, es teatro de estos cambios y desempeña respecto al conjunto de los Estados Unidos la misma misión comercial de las pequeñas ciudades del Oeste respecto á los campos vecinos, ó las grandes ciudades para una región entera.

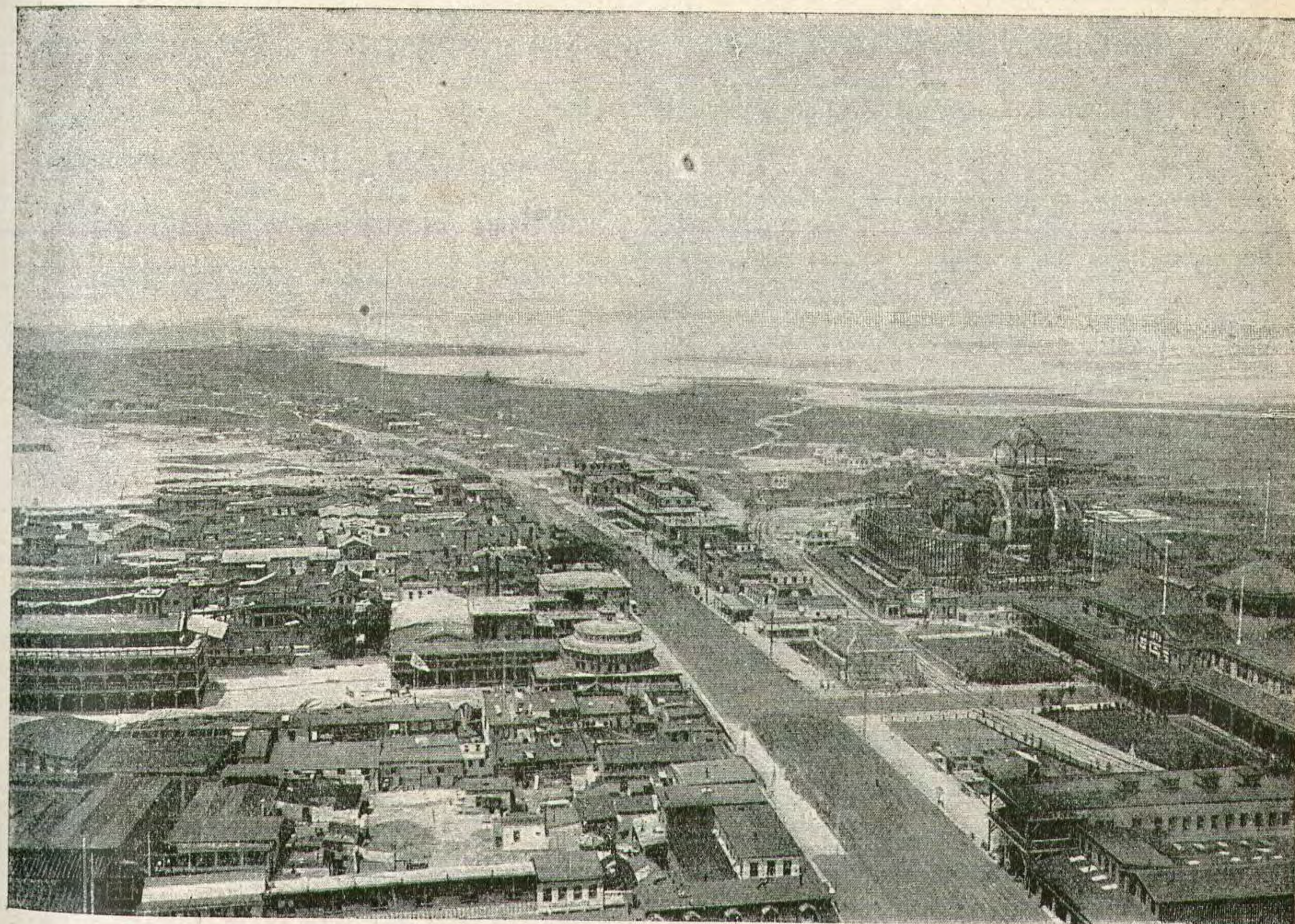
I. - La intensidad de la vida comercial y el cosmopolitismo de Nueva York

La llegada á la bahía de Nueva York comunica ya al viajero europeo la impresión de una actividad prodigiosa; grandes transatlánticos entran y salen; barcos de vapor de todas formas y dimensiones, grandes buques de transporte, remolcadores, pesados *ferry-boats* (barcazas), surcan la superficie del agua en todos sentidos; los muelles se hallan enteramente ocupados por inmensos cobertizos, donde cada compañía de navegación, cada vía férrea tiene su desembarcadero; y en fin, es una ciudad cuyo emplazamiento se ha conquistado al mar y como la avanzada de la gran ciudad comercial.

En la parte baja de Nueva York, la impresión se acentúa al desembarcar, y el espantoso bullicio que se oye aturde al viajero; los tranvías pasan de continuo, cruzándose en medio de los enormes camiones cargados de mercancías, de los coches pequeños que corren saltando sobre el espantoso pavimento, de los afanosos transeuntes y de los vendedores de diarios; el suelo resulta insuficiente para las necesidades de la circulación, las calles no tienen bastante anchura, y se han debido formar diversas vías de comunicación. En efecto, sobre mi cabeza, el *elevated railroad* (camino de hierro elevado) deja oír su sordo rumor continuo de idas y venidas; el aire está obscurecido por el humo y el polvo, y el sol no llega sino á través de las armazones de hierro y madera en que se apoya aquella vía férrea

aérea; además de esto, grandes postes de madera sostienen miles de hilos telegráficos, que contribuyen también á robar luz.

Demasiado oprimida en el reducido espacio de la isla de Manhattan, la ciudad se desborda por un lado sobre Brooklyn y por el otro sobre Nueva Jersey: para proporcionar entre estos



Bahía de Nueva York: vista tomada desde Coney Island

dos puntos una circulación más activa, se ha echado sobre el *East River* un gigantesco puente colgante, que los coches, los peatones y la vía férrea atraviesan á la vez por vías separadas, mientras que los buques de mayor porte pasan por debajo. Cerca de cien millones de francos se han gastado para el puente de Brooklyn, y hoy se trata de establecer la comunicación con Nueva Jersey por medio de un túnel debajo del Hudson.

Se sube al *elevated railroad*, y los anuncios que allí hay os

dicen que por aquella línea circulan diariamente quinientas mil personas; al bajar á la calle se ven con frecuentes intervalos estaciones telegráficas siempre llenas de gente, pequeños *messengers-boys* (muchachos recaderos), que llevan cartas ó billetes, y gente de toda clase, que anda precipitadamente. En el hotel, en los almacenes, en las oficinas y en muchas residencias privadas se tienen á mano el telégrafo y el teléfono, y en todas partes se manifiesta el movimiento con intensidad.

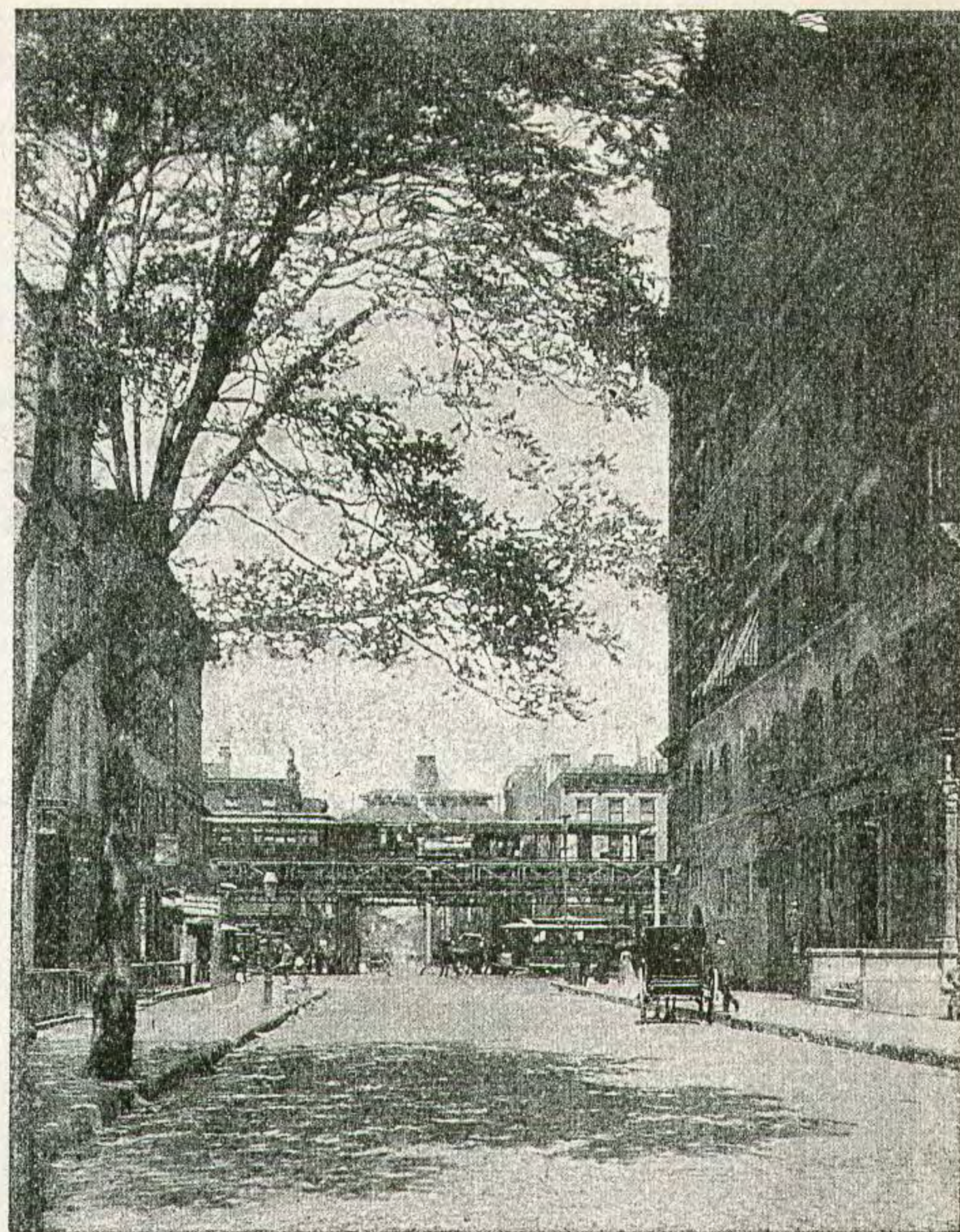
Las casas de negocios (*business buildings*) alcanzan dimensiones colosales: el *Mills building* cuenta quince pisos y contiene mil oficinas, bancos, agencias de toda especie, despachos de abogados, de notarios, de corredores de cambio, de ingenieros y de publicistas. Cuatro ascensores suben y bajan sin descanso desde la base á la cima: es la circulación vertical después de la horizontal en las calles, en el puente de Brooklyn y en el *elevated*. El edificio de la compañía de seguros *La Equitativa*, el del diario *The World* y una infinidad de otros rivalizan por su enormidad; creo que el de dicho diario es el más atrevido por su altura, pues tiene veinticuatro pisos. ¿No le aventajará al fin algún otro?

Nada hay tan cómodo para los negocios como esos enormes *falansteros*, ó por lo menos, así me lo explican los que tienen la práctica. «En una hora, me dicen, se puede ver á quince personas y tratar otros tantos asuntos. Si se suscita una dificultad, se puede pedir consejo á un abogado ó escuchar el parecer de un árbitro sin salir á la calle. ¡No se sabrá nunca cuántas idas y venidas nos ahorran las grandes *building houses!*» ¡Qué se haría sin esos bienaventurados edificios!

Fuera de ellos, pero casi tocándolos, en esa punta de la isla de Manhattan, que es probablemente el rincón de tierra más activo del mundo entero, se hallan los diferentes *exchanges* (casas de cambio) y las diversas bolsas, la del algodón, la del

petróleo, la de los productos agrícolas (*produce exchange*), y por último, la Bolsa propiamente dicha (*stock exchange*). Algodón, petróleo, cultivo: esto es lo que representa bien la riqueza americana.

He aquí ahora el otro lado, el otro término necesario del cambio comercial: negociantes en vinos franceses y españoles, importadores de porcelanas, de ropas confeccionadas, de guantes, de artículos de lujo y de capricho. No se hallan todos estos en la parte bajada de la ciudad; la naturaleza de los productos que venden les conduce á menudo á comerciar al por menor; y en el barrio elegante de la quinta avenida es donde las modistas y las costureras francesas, los sastres ingleses, los negociantes en cuadros, etc., instalan sus almacenes.

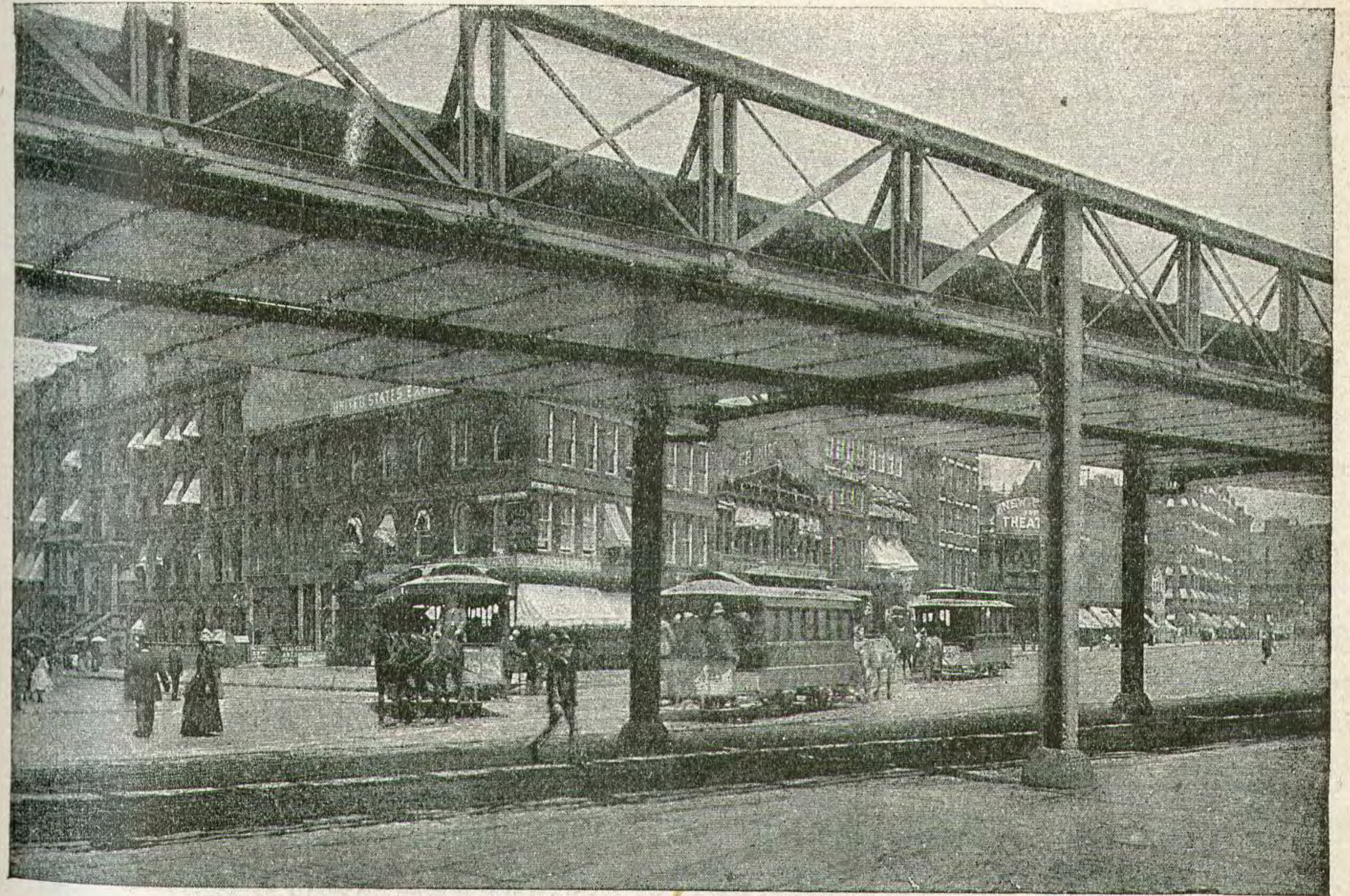


Una calle de Nueva York atravesada por el *Elevated Railroad*

La presencia de elementos tan diversos comunica á Nueva York un carácter cosmopolita de los más marcados. El mismo ciudadano, el que ha nacido y vivido allí, es menos americano que muchos individuos del Oeste nacidos en las orillas del Oder ó en las de algún fiordo escandinavo, y tiene los ojos fijos en Europa más bien que en el Far West. Me presentan á un abogado eminente, cuya familia se halla establecida en Nueva York desde hace muchos años; ha pasado su infancia en una casa de campo situada en el terreno actual de la décimoctava calle, y

ha visto cómo invadía gradualmente la ciudad la isla entera de Manhattan. Ha presenciado ese prodigioso desarrollo de Nueva York y se complace en describirle; de modo que no se podría encontrar un hijo de Nueva York más auténtico. Pues bien: este hombre no conoce nada de su país; jamás ha ido á Chicago, á cuyos habitantes considera como una especie de bárbaros; pero ahora ha regresado de París, donde va con bastante frecuencia, donde ha permanecido largo tiempo cuando se abrió la Exposición de 1889 y cuyos encantos elogia con apasionada admiración. En 1876 no quiso visitar la Exposición de Filadelfia, no solamente por causa del espíritu de rivalidad que existe entre esta ciudad y Nueva York, sino también porque no esperaba encontrar allí el lujo y la elegancia de las exposiciones europeas. En el fondo, el natural de Nueva York se avergüenza de América porque no se parece á Europa; le seducen nuestros modales más refinados, nuestras costumbres de vida elegante, que entrevé en París, y siente no encontrar todo esto cuando vuelve á pisar el suelo de su patria. De aquí una infatuación que se traduce de mil maneras, así por el furor del *chic* inglés, que predomina en los jóvenes, como por los casamientos, bastante numerosos, contraídos entre ricas damas de Nueva York y caballeros arruinados. Por la noche voy al teatro; se representa una de esas bufonadas del género inglés que guardan un término medio entre nuestras *Revistas* y *piecitas* de *Variedades*, en las que se pone en ridículo á muchas personas de Chicago, como lo hacíamos nosotros veinte años atrás, sobre todo con el tipo provinciano. Abro un periódico ilustrado y le encuentro lleno de innumerables pullas y chanzas acerca del Oeste. Voy á casa de un banquero para presentar una carta de crédito, y gracias á mi calidad de francés entablo con él conversación sobre los esplendores de París y de la Exposición. El hombre me habla con los ojos brillantes y se entusiasma al

tratar este asunto, como un glotón al recordar un succulento banquete; le pregunto qué piensa de la futura Exposición de Chicago, y entonces sus ojos se apagan, hace una mueca y mueve la cabeza. Es el momento de irme, porque la comparación que he sugerido le desagrade.



Plaza atravesada por el *Elevated Railroad* en Nueva York

Por eso, al regresar del Oeste es preciso bajar el diapason de los epítetos si no se quiere ofender á los de Nueva York. Si vais á San Pablo, á Chicago ó á Kansas City, y os dirigen la pregunta acostumbrada: *How do you like the country* (¿Qué le parece á usted el país?), no se ha de hacer más que acumular los superlativos; aun así, los elogios no satisfacen del todo nunca al interlocutor, y si éste es periodista, hasta añade algo á vuestras expresiones cuando carecen de vigor. Así he podido leer en un diario de Dacotah una conversación en que yo tomé

parte, según se decía, suponiéndose que había ensalzado la *magnanimidad* del pueblo americano (*so magnanimous*).

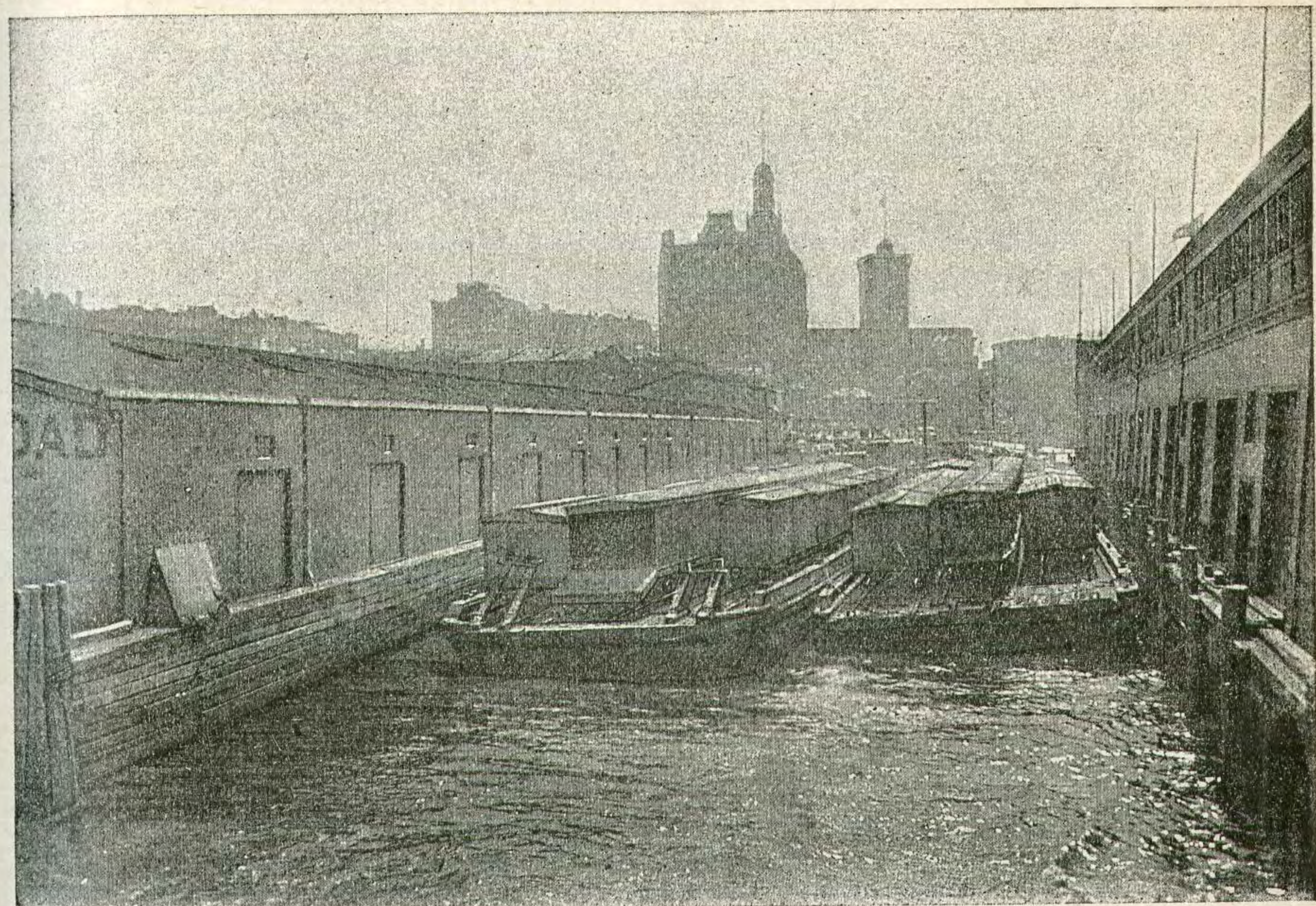
En Nueva York semejantes exageraciones se tomarían por un sarcasmo, y hasta es difícil algunas veces hacer comprender á ciertas personas de aquella ciudad lo que se admira realmente en América, la maravillosa energía de los colonos del Oeste, el verdadero sentimiento que poseen de su dignidad y de su independencia, y esa soberbia confianza en sí propios que les induce á intentar empresas tan asombrosas.

Los europeos que van á Nueva York, y hasta los que viven allí algunos años por cuestión de sus negocios, sin visitar el país, llevan, pues, una idea muy inexacta sobre los Estados Unidos; y cuando se reflexiona que allí está, en suma, la gran mayoría de los que franquean el Atlántico, compréndense las ideas extravagantes y erróneas que circulan en Francia, por ejemplo, respecto á América. Al desembarcar en Nueva York después de la travesía del Havre, se reconoce una diferencia sensible de Europa, creyéndose tener ya ante sí la verdadera América: yo experimenté esta impresión de una manera muy marcada, y me decía á cada momento: «¡Qué lejos estoy de París!» Más tarde, después de una prolongada permanencia en el Oeste, pasé quince días en Nueva York y ya me parecía haber salido de América. Estas dos impresiones explican bien el doble carácter de la ciudad, punto de unión entre dos mundos muy diferentes, americana por un lado y europea por el otro. Para los europeos, Nueva York es América; para los americanos es el principio de Europa.

II.—La ciudad imperio

Así como Nueva York centraliza los cambios internacionales, lo mismo hace con el movimiento financiero de América, que es el gran mercado del dinero.

Hay bancos importantes en Filadelfia, en Boston, en San Luis y en Chicago; pero á medida que van alcanzando una importancia local considerable, se ven precisados á crear en Nueva York una sucursal, que acaba por eclipsar á la primitiva casa respecto á la cifra de sus negocios. Por eso se encuentra en



Puerto de Nueva York: vagones en barcazas

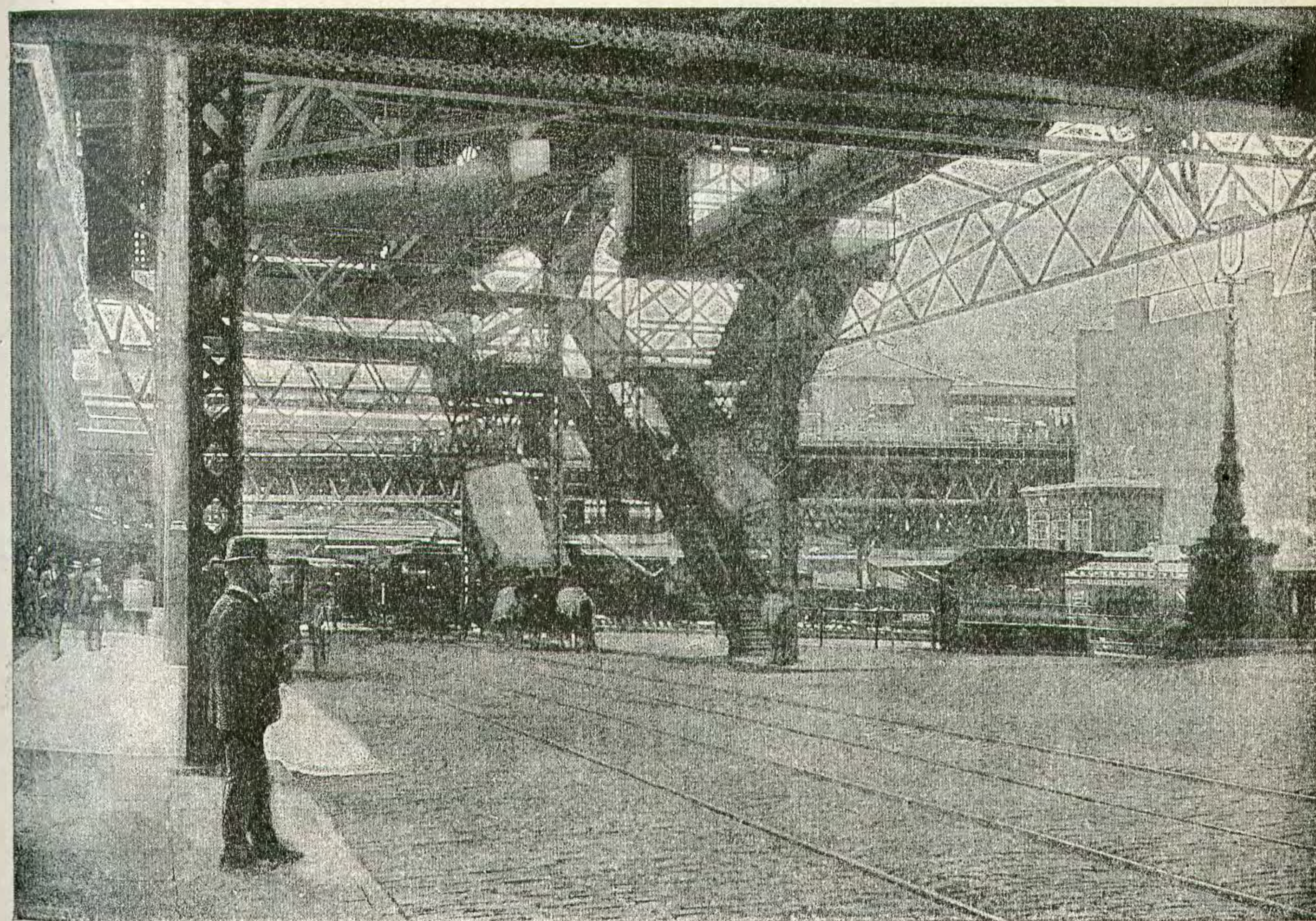
Nueva York á Drexel, el más rico banquero de Filadelfia; á Peabody, de Boston, etc.

La animación que reina alrededor de *Wall street* es indescible; allí está el *Stock Exchange*, ó bolsa de valores, y es necesario entrar para darse cuenta de los negocios que allí se tratan. Un agente de cambio á quien estoy recomendado me introduce y me informa. Desde lo alto de la galería circular que se corre alrededor de una sala inmensa, veo los mil cien individuos de la Bolsa ir y venir, telegrafiar, interpelarse y tomar notas rápi-

damente. Varios postes fijos en el suelo señalan los diferentes valores que son objeto de las transacciones: aquí se ven las acciones y obligaciones de los Caminos de hierro, y allá el *Sugar Trust*, ó sindicato monopolizador del azúcar. La agitación es extremada alrededor de este *Trust* á causa de las especulaciones de que es objeto; pido algunos detalles acerca del modo de hacer la especulación, y M. P....., muy al corriente de los usos de la Bolsa en París, me señala algunas diferencias típicas. «Aquí, me dice, no tenemos mercado á plazo, propiamente dicho; todas las compras que se hacen en una Bolsa se formalizan á la mañana siguiente por medio de *cheques*. — Pues entonces, ¿cómo se arreglan las personas que especulan? — Deben tomar por su cuenta los títulos que compran, y si no pueden pagarlos de por sí, han de dar seguridades, como aquí decimos; es preciso que encuentren una persona que dé su garantía, aceptando los títulos como prenda, y en este caso, no es el especulador mismo, sino su acreedor, quien corre el riesgo de la operación. El agente de cambio no debe temer que su cliente trate de eludir el compromiso, alegando la excepción de juego, como sucede entre ustedes, pues siempre encuentra, bien sea en este cliente ó en el que le garantiza, un individuo responsable: los títulos comprados se pagan realmente.»

Otra diferencia: los agentes de cambio no tienen, como entre nosotros, un privilegio reconocido por la ley; individuos de la Bolsa, su ministerio no es obligatorio. Por lo demás, mil cien personas forman parte del *Stock Exchange* en Nueva York, y M. P..... me refiere cómo ha llegado á ser agente de cambio. «A los veinte años, me dice, era asociado en una casa de importación de paños (*dry goods*); su fundador, que me había admitido muy joven aún, quiso volver á Europa al poco tiempo y me dejó solo en América; pero como tenía confianza en mí, me confió, al mismo tiempo que su negocio comercial, ciertos capi-

tales suyos para colocarlos en América, pensando obtener así un interés más elevado. Su cálculo se justificó, y varios de sus amigos de Europa, estimulados por su ejemplo, dirigiéronse á mí para colocar sus fondos; de modo que al cabo de poco tiempo me encontré así al frente de dos casas, una de paños y la otra



Bajada de viandantes en el puente de Brooklyn

de banca: pude traspasar la primera, y desde entonces soy agente de cambio.»

Pregunto á M. P..... si continúa colocando los fondos de sus clientes bajo su responsabilidad y sin órdenes precisas de su parte. «Esto no es ya posible, me contesta; en otro tiempo, veinte ó treinta años ha, los caminos de hierro, limitados en su extensión y atravesando países ya poblados, ofrecían colocaciones de primer orden con toda seguridad; pero hoy ya no es así.

No puedo darme cuenta exacta, ni más ni menos que los hacendistas de Londres ó de París, de las probabilidades de éxito de una vía trazada en medio de las soledades de Texas, sobre todo cuando una misma compañía posee, como el *Santa Fe railroad*, por ejemplo, once mil millas de caminos de hierro, entre los cua-



Esquina de una calle junto á un ferrocarril elevado

les hay líneas ventajosas, otras dudosas y algunas malas. ¿Cómo aclarar esto? Ahora bien: se ha de advertir que en las vías férreas sobre todo, por no decir casi exclusivamente, es donde podemos emplear nuestros capitales; los demás negocios tienen generalmente en América el carácter de asuntos *privados* (*private firms*), dirigidos por dos ó tres personas. Esto es verdad sobre todo en la industria, y por lo demás, puede usted convencerse de ello dirigiendo una mirada á ese lado de la Bolsa.»

Este lado es interesante por su composición: las obligaciones de caminos de hierro ocupan *más de la mitad* por sí solas, y con las acciones constituyen las tres cuartas partes de la lista; pero éstas son mucho menos numerosas: es porque en general los creadores de caminos de hierro quieren conservarse dueños de sus líneas y guardan para sí todo el capital en acciones, á fin de conducir el negocio sin participación. Los que ceden una parte de este capital se arreglan para tener entre manos la mayor, lo cual les asegura la mayoría en todas las resoluciones que se adopten: esto es lo que se llama administrar el negocio (*control the business*). Los Vanderbilt, por ejemplo, poseen así cinco

líneas de caminos de hierro, y Jay Gould administra también varias. Se citan ejemplos curiosos de caminos de hierro construídos casi enteramente con el dinero de los obligacionistas por individuos emprendedores que, corriendo todos los riesgos de la explotación, obtenían de consiguiente los beneficios en caso de un buen éxito. En 1860, cuatro tenderos de San Francisco, cuyos capitales reunidos no excedían de 600.000 francos, comenzaron los trabajos del *Great Central Pacific*; y uno de ellos murió en 1878 dejando doscientos millones de fortuna personal. Además del *Great Central Pacific*, los cuatro asociados habían construído el *Southern Pacific* y poseían casi todas las líneas de California y del Nevada; pero en un principio, cada nuevo trozo de vía terminado absorbía todo el importe de las obligaciones emitidas.



Una esquina de la quinta avenida en Nueva York

Los *reyes de los caminos de hierro*, como los llaman, se cuentan entre las más elevadas potencias financieras del país, y es bastante curioso ver cómo la gran masa de capitales lanzada por todo un público en la explotación de la red férrea conduce al fin y al cabo á la omnipotencia de algunos. Esto consiste precisamente en que no son más que algunos individuos los que dirigen en realidad, resolviendo sobre los trazados, las tarifas, etc. Las vías férreas conservan así, á pesar de algunas apariencias contrarias, el carácter de un negocio personal, ca-

rácter que es tan notable en todas las empresas americanas.

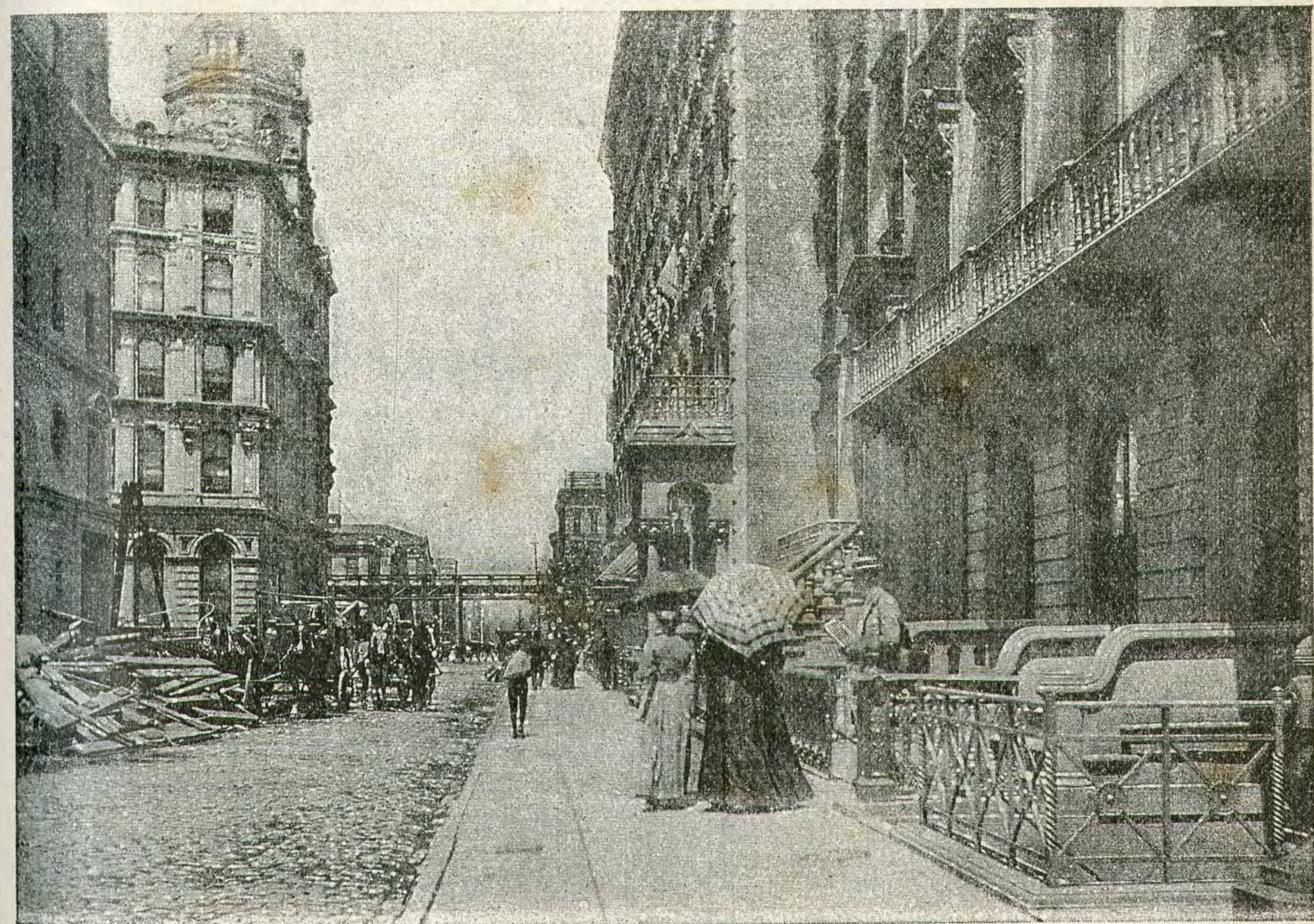
«Hoy, me dice M. P....., se efectúa ciertamente un movimiento en sentido contrario: sindicatos de capitalistas ingleses secundarios vienen á comprar negocios industriales ya creados y en plenas funciones, *cervecerías, packing houses*, etc.; pero el dinero que nos traen sirve á los americanos para emprender nuevos negocios bajo el régimen de *private firms*; de modo que el genio creador se conserva personal.»

Sin embargo, existe una potencia financiera de carácter colectivo, y es la de las compañías de seguros; pero precisamente debe su importancia á la energía individual de la raza y á las aventuradas empresas cuyos riesgos corre cada cual: me explicaré.

La inmensa mayoría de los padres de familia americanos no poseen, ni aun en la clase rica ó entre la gente acomodada, patrimonio propiamente dicho. Cuando se gana suficiente dinero para atender á la subsistencia de la mujer y de los hijos, los hombres se casan y se trabaja por fuerza. La esposa y los niños viven de lo que el marido gana, como sucede entre nosotros en la clase obrera; si le va mal, hay sufrimiento; pero se repone muy pronto con otro trabajo, y mientras que él exista, todo percance pecuniario es remediable; mientras que, por el contrario, la situación llega á ser insostenible si muere sin dejar nada. Contra este riesgo, el más grave de todos, el único irreparable, el americano trata de prevenirse, y para esto adquiere un seguro sobre la vida: de aquí la prosperidad de las compañías de seguros.

En Francia tenemos compañías semejantes, y algunas han alcanzado grandes beneficios; pero están infinitamente menos desarrolladas. Entre nosotros hay pocos padres, exceptuando la clase obrera, que sean los únicos sostenes de su familia; muchos son funcionarios, reciben sueldo, escaso, pero regular, y tienen

derecho á una pensión, que en caso de muerte corresponde á la viuda. Además, la mujer ha recibido casi siempre dote al casarse, y generalmente tiene derecho á una parte del patrimonio al morir sus padres. La desaparición del jefe de familia no lleva, pues, consigo, en la mayoría de casos ocurridos en nuestra na-



Una calle de Nueva York

ción, la supresión brusca y completa de los recursos de esa familia.

Aquí, por el contrario, solamente el padre se cuida de alimentarla; la mujer no tiene dote, y con frecuencia ningún patrimonio; de modo que si el padre muere, se queda sin pan. Un seguro sobre la vida, que le proporcione una pensión y hasta le permita educar á sus hijos hasta el día en que tengan edad para crearse una posición independiente, es necesario, por lo tanto, para la seguridad de su existencia.

En una sociedad en que todas las familias están constituidas de este modo, las compañías de seguros cuentan con una clientela innumerable; todo americano necesita su auxilio, y los que no se dirigen á ellas están inscritos en sociedades de socorros mutuos que les aseguran ventajas análogas. Además, ciertas corporaciones las proporcionan á sus individuos por medio de combinaciones diversas: así, por ejemplo, la familia de cada agente de cambio inscrito en el *Stock Exchange* recibe, al morir su jefe, un capital de diez mil dollars; lo mismo se hace en el *Produce Exchange*, etc.

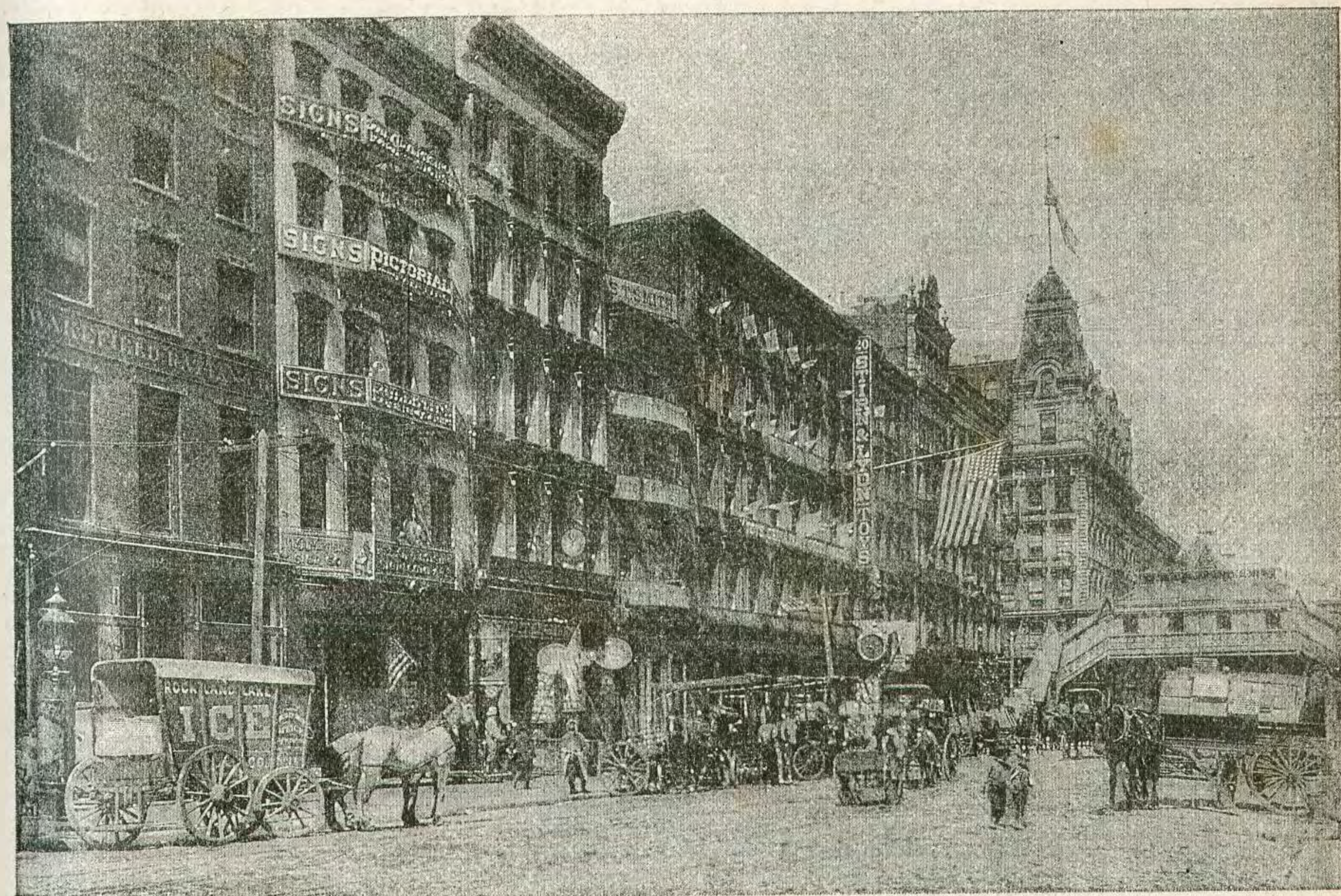
De aquí se sigue que las compañías de seguros disponen de enormes capitales, y las más importantes, tales como la *Mutual Life*, la *New-York* y la *Equitable*, tienen más peso en el mercado de Nueva York que todos los bancos de la ciudad reunidos. El carácter de esas instituciones les prohíbe toda empresa arriesgada, pero hacen ciertas operaciones de banca y prestan con garantía. Edificios de dimensiones colosales y de lujoso aspecto proclaman su riqueza é infunden confianza al cliente; pero bien se les puede perdonar este reclamo inofensivo, porque está verdaderamente justificado. Las compañías de seguros americanas representan, en suma, el conjunto de las reservas de la sociedad más activa que hay en el mundo; constituyen la mayor fuerza conservadora de un sistema económico en que la producción es excesiva y los riesgos enormes, y son como la semilla de buen juicio que corrige el carácter aventurero del yanki.

III.—Cómo coloca su dinero el capitalista americano

Al recorrer los diversos ramos de la actividad americana, hemos demostrado varias veces la importancia que tiene el crédito: el colono que acaba de establecerse en su *homestead* toma dinero á préstamo para comprar ganado é instrumentos de cul-

tivo; el industrial, el comerciante, el banquero, toman también para montar su negocio, y hasta el obrero pide para construir su vivienda: el crédito está prodigiosamente desarrollado.

Para explicar el hecho hay muchas causas, de las cuales hemos indicado varias y que recuerdo de memoria: la penuria de



Una calle de comercio en Nueva York

la mayor parte de los emigrantes; el espíritu emprendedor, muy extendido en una sociedad que cuenta con su energía y su trabajo, y la prodigiosa confianza en el porvenir, justificada por maravillosos triunfos. Pero debo señalar una condición económica muy principal, sin la que la organización del crédito americano no se comprendería apenas. Esta condición se puede enunciar así: el dinero abunda en el Este de los Estados Unidos y es raro en el Oeste.

M. James Bryce calcula, en la concienzuda obra que consa-

gró á América (1), que las seis séptimas partes del capital americano empleado en el conjunto de las empresas existentes en el territorio de los Estados se hallan en cuatro ó cinco de las grandes ciudades del Este. De aquí resulta que en el Este hay capitalistas.

Por otra parte, la clientela de los que toman á préstamo no les falta nunca, y mil rasgos demuestran que el dinero falta en el Oeste.

Uno de los más salientes es la frecuencia de los *bargains*, ó cambios ó trueques en especie. Pregunto á un colono de Kansas, que me pasea en su *buggy*, cuánto le han costado los caballos que nos llevan. «Me vería apurado para decírselo á usted, me contesta, porque los he tomado á cambio de unas malas vacas, pues ya sabe que aquí no se tiene siempre dinero en el bolsillo.» Un importador de caballos percherones me enseña una granja que ha tomado en pago de un potro, y en los diarios del Oeste leo los anuncios siguientes:

A CAMBIAR: *Trescientos sesenta acres de terreno bueno del Nebraska por un almacén de paños, de calzado ó de ropas de hombre.*

— *Cambiaré un buen lote de ciudad, libre de hipotecas, en el Sud de Omaha, por un piano, ó bien por un caballo ó un buggy.*

— *Si tenéis alguna cosa que cambiar, dirigíos á H. E. Cole R. 6. Continental Block. Oficina abierta todas las noches de siete á ocho y media.*

Todos los días, y en todos los diarios del Oeste, los anuncios de este género abundan. Cuando se quiere vender á crédito, se inscribe con grandes letras: *No cash payment* (Sin pago al contado). Los compradores afluyen siempre; y á menudo se hacen también cambios pagando una parte en dinero y otra en productos naturales, como se ve por el reclamo siguiente:

(1) *La Riqueza Americana.*

Doce mil duros de paños y calzado por una tercera parte al contado, ó dos en tierras de granja.

Esta escasez de numerario es la que impulsó recientemente á los habitantes del Oeste á prestar su más enérgico apoyo al nuevo *Silver bill* de 1890, en virtud del cual el gobierno debe



Estación del *New-York and Harlem Railroad* (uno de los ferrocarriles Vanderbilt)

comprar cada mes á los mineros cuatro millones quinientas mil onzas de plata. La mayor circulación de numerario produce siempre, en efecto, una baja en el tipo de interés, y toda la gente del Oeste tiene la ventaja de que disminuya el tipo de los préstamos que contrae.

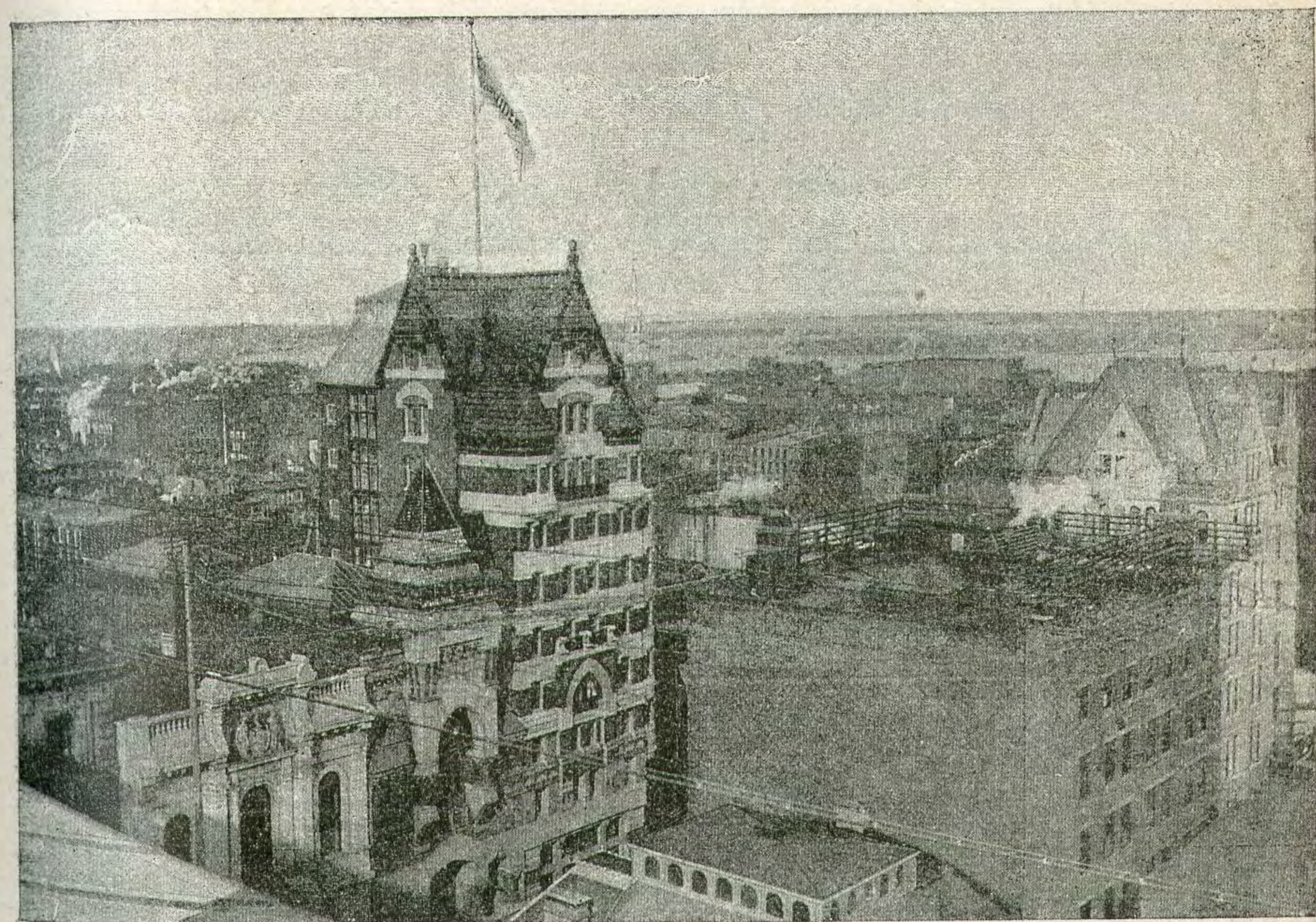
He aquí, pues, á todo el Oeste endeudado respecto al Este: se podría suponer, por lo tanto, que vamos á encontrar en las grandes ciudades como Boston, Filadelfia, etc., el tipo del ren-

tista tal como le conocemos en Francia, ó del usurero judío tal como le conocen Rusia ó Hungría.

Pues no es así. Hemos conocido ya capitalistas del Este: en el gran rancho de cebo de M. A....., en el Nebraska, son unos primos ricos de Boston los que proporcionan la mayor parte del dinero empleado en el negocio; pero corren todos sus riesgos, dirigen su marcha y toman parte en su gestión. Cuando su presencia es necesaria en el rancho, acuden y se enteran de las modificaciones que es necesario hacer: son los asociados de M. A....., y no sus acreedores. En el Dacotah hemos descrito un tipo de banquero agricultor, M. T....., llegado también del Este. M. T..... presta dinero y es realmente acreedor; pero al mismo tiempo dirige por sí mismo una empresa agrícola y hace progresar al país en vez de esquilmarle. En Nueva York y en Boston veo hombres dedicados á profesiones liberales, que emplean en el cultivo ó en otra cosa una parte de sus capitales; pero conocen las empresas que su dinero fecunda, y no son en general grandes asociaciones de capitales dirigidos administrativamente, sino *private firms*. Para darse cuenta así del empleo de sus fondos, se guardan bien de diseminarlos, como hacen en Francia la mayor parte de los padres de familia prudentes; no temen poner todos los huevos en la misma cesta, según la metáfora acostumbrada de nuestros rentistas, porque no separan de ella los ojos, se aseguran de que no está rota antes de confiarle su depósito, y evitan las sacudidas que consideran demasiado peligrosas. En resumen, vigilan el empleo de sus capitales en vez de fiarse de la casualidad y de ese cálculo de probabilidades que hace esperar que no se presentarán á un tiempo diez ó doce negocios de distinta naturaleza.

Por eso los diarios americanos, tan ricos en datos prácticos, no publican uniformemente, como los nuestros, la sección de la Bolsa de valores. A muchas personas, entre sus lectores, no les

interesaría nada esta publicación; si tienen fondos disponibles, hallan generalmente por su propia actividad la manera de emplearlos; fundan empresas y trabajan con sus capitales en vez de dormir sobre sus títulos de renta. Esta es su solución respecto á los capitales y al trabajo, y al parecer tiene verdaderas ventajas.



Panorama de Filadelfia: barrio de las grandes casas

En cambio, los diarios del Este atraen á los capitalistas con anuncios como el siguiente:

PARA WATERTOWN. — DACOTAH DEL SUD.

Una compañía de hombres de negocios que se halla á punto de visitar Watertown (Dacotah del Sud) á fin de enterarse de su situación financiera y de las ventajas que ofrece para la colocación de capitales, invita á las personas que lo desearan á reunir-

se con ella. Salida de Boston el sábado por la noche, 7 de junio.

Evidentemente, los que hagan un viaje de tres días por camino de hierro, empleando otro tanto tiempo para regresar, no son personajes dispuestos á emplear su dinero sobre las nieblas del Dacotah, y además, para legitimar semejante fatiga y pér-



Muestra de una casa de abonos en Baltimore

da de tiempo, será necesario que tengan intención de emplear en el negocio una suma importante. Después de practicar una investigación personal, se asociarán cuatro ó cinco de ellos para establecer el alumbrado en la ciudad, abastecerla de aguas, ó crear tranvías; y bien se ve por lo dicho que el capitalista de Boston es muy distinto del rentista europeo.

También difiere mucho del usurero* del tipo judío, que esquilma á los pobres y presta á los hijos de familia ó al campe-

sino acosado de deudas. Esto no depende precisamente de él, sino de los que le deben.

El propietario que gasta más del importe de sus rentas y no trabaja para aumentarlas se ve muy pronto obligado á recurrir al crédito; pero éste no sirve más que para ilusionarle y precipi-



Anuncios de un farmacéutico en Nueva York

tar su ruina. Cuando muchos propietarios proceden de este modo, se forma naturalmente una clase de deudores muy irritados contra aquellos á quienes deben, y este es el fondo de la cuestión antisemítica en Rusia y en Hungría.

Por el contrario, un cultivador, un industrial ó un comerciante que necesitan dinero para su trabajo, para el ejercicio de su profesión, se muestran agradecidos al banquero que les presta, sobre todo cuando el éxito viene á coronar sus empresas; gracias á él prosperan, y el crédito que les permite avanzar hacia

la fortuna se confunde por ellos en una misma simpatía con aquel que le otorga.

En el primer caso, el crédito acelera la ruina; en el segundo, fecunda la actividad y produce la riqueza. Esta consideración debilita un poco — dicho sea de paso — las teorías generales de la economía política sobre el crédito considerado *in abstracto*.

Es muy de notar que esta organización americana del crédito excluye la colocación *permanente*, tan querida de los notarios franceses, porque no hay que ocuparse de ella; en vano se buscaría allende el Atlántico, excepto en las compañías de caminos de hierro, y aun en ellas se corre algún riesgo, según he dicho antes.

La única institución que recuerda nuestra manera de proceder en Europa es la de las compañías de *Trusts*, especie de bancos de depósito que dispensan á los portadores de títulos y á los propietarios de inmuebles urbanos del cuidado de ciertos actos administrativos, cobran los cupones ó los alquileres, renuevan los arriendos, etc. Esta es una creación reciente, y se explica, pues muchos americanos del Este viajan por Europa y permanecen aquí ó se instalan; algunas mujeres disfrutan de pensiones importantes, y ciertos establecimientos de utilidad pública tienen allí dotaciones muy considerables. Así se forma una categoría de rentistas ó de propietarios del todo especial, que va desarrollándose con el aumento de la riqueza de todos. Las compañías de *Trusts* responden á las necesidades de esta categoría y tienden á ser una potencia financiera colectiva, comparable con la de las compañías de seguros. En los barrios comerciantes de las grandes ciudades del Este se ven sus soberbias instalaciones, rivalizando en importancia, brillo y mal gusto con los *business buildings* más asombrosos. En Nueva York veo cerca del *Stock Exchange* un edificio sobrecargado de esculturas; la compañía del *Trust*, á la cual pertenece, fundada hace

diez años tan sólo, ha emitido acciones que se negocian hoy á un precio trece veces mayor que el de la emisión.

Sin embargo, los *Trusts* no son más que un elemento parásito. Lo que constituye la fuerza del crédito americano y la fecundidad de las empresas en el país es la unión del capital y del trabajo en las mismas manos, el hecho de que un hombre rico no es en los Estados Unidos un ocioso inútil, sino un carácter emprendedor y activo. Allí donde el rentista se contenta con disfrutar, el capitalista americano produce.



CAPITULO III

LA EDUCACIÓN AMERICANA

I. La educación primera. — II. No hay oficio tonto. — III. Las niñas.

No es necesario permanecer largo tiempo en los Estados Unidos para notar que no todo el mundo es apto para aprovecharse de las ventajas que ofrecen. Los europeos que los visitan experimentan todos esta impresión, aunque la manifiestan de distintos modos, y espero que mis lectores la hayan sentido al recorrer conmigo las diversas esferas de actividad en que el americano se mueve. Para colonizar en el Oeste es preciso arrostrar el aislamiento; para intentar la menor empresa, hasta en el Este, se han de correr grandes riesgos y exponerse á la competencia de individuos enérgicos y activos; por todas partes se hace necesario saber cambiar de oficio siempre que las circunstancias lo exigen, estar al acecho de la ocasión favorable, vivir en una continua preocupación y acampar en el campo de batalla de la vida.

Hay europeos que consiguen hacer todo esto; hemos visto á varios trabajando; pero, en general, el americano es quien se distingue para triunfar en esa lucha cotidiana; él es quien conduce el movimiento, quien abre los territorios, quien funda las ciudades, quien construye las líneas férreas, quien crea las manufacturas y quien hace progresar al país, asegurándole un gran porvenir.

¿Por qué puede el americano llevar á cabo semejante tarea?

Sobre este punto, cada cual emite una opinión distinta; los unos dicen que se debe al hecho de ser un egoísta que solamente aprecia el dinero; los otros piensan, por el contrario, que su energía reconoce un origen más alto y nace de un elevado sentimiento de dignidad personal; éstos elogian, aquéllos vituperan, y nadie explica.

En efecto, no es explicar referirse á una ú otra manera de ver, porque ambas resultan de un conjunto de circunstancias, de las influencias del medio ambiente y de la educación; para comprenderlas se ha de observar este medio, esta educación y darse cuenta de los mil detalles de la vida diaria que inspiran al americano desde la más tierna edad ciertas ideas, dándole la costumbre de ciertas prácticas. He aquí por qué vamos á penetrar ahora en el interior de las familias americanas, como hemos penetrado en el interior de las granjas, de los talleres, de las casas de comercio y de banca. Hemos visto al americano trabajando; vamos á ver cómo su educación le prepara para ello.

I. — La educación primera.

A los cinco años, el niño americano difiere ya mucho del de Europa, según se ve por mil detalles. Al regresar de Nueva York al Havre, viajaba el año último con varias familias yanquis, cuyos jóvenes vástagos, generalmente exentos del mareo, constituyeron para mí una de las principales distracciones de la travesía; sus modales, sus conversaciones, que yo comparaba mentalmente con los de los niños franceses de su edad, eran de los más instructivos y arrojaban á veces viva luz sobre todo cuanto yo había visto en América. Cierta día, por ejemplo, cuando paseaba sobre cubierta, vi una niña como de cuatro años, que habiendo saltado á la borda del buque, inclinaba la mitad del cuerpo sobre el agua; instintivamente me acerqué á

ella, á fin de poder retenerla en caso de una caída; pero como su madre acertase á pasar junto á nosotros, se limitó á preguntarle si se divertía mucho, hízole una caricia en la mejilla y se dirigió al otro extremo del buque para saltar con la cuerda en compañía de dos ó tres *gentlemen* que habían organizado un pequeño *sport* para distraer el aburrimiento del viaje. A mi vez continué el paseo interrumpido, diciéndome que no debía ser más maternal que las madres y pensando en mi esposa y mis hijos. ¡Qué angustia hubiera sido la de una madre francesa en semejante caso! La americana de quien hablo no era, sin embargo, una madre desnaturalizada; muy por el contrario, parecía natural y saludable lo que nosotros considerábamos una imprudente locura. Cada cual debe cuidar de sí mismo: tal era para aquella señora todo el código de la solicitud maternal, y lo aplicaba tranquilamente, no por principio razonado, sino por costumbre y sin pensar que esto pueda ser criticado en modo alguno.

Sin duda hay inconvenientes en esta manera de proceder, y desde luego saltan á la vista; pero los americanos los aceptan, porque les parecen de menos valor que las ventajas; sus hijos son imprudentes, pero los jóvenes son atrevidos y emprendedores. Nosotros, por el contrario, deseamos niños juiciosos, obedientes y disciplinados; pero nuestros jóvenes carecen de iniciativa. De la vigilancia de su nodriza pasan sucesivamente á la de una criada, á la de un pasante de colegio ó á la de un mayordomo, y cuando al fin se les deja su libertad, no saben qué uso hacer de ella.

Aún me acuerdo de un niño de ocho años que se paseaba solo, con las manos en los bolsillos de su paletó, y respondía al nombre de Willie. Este niño había hecho ya varias veces la travesía; hablaba de lo que había visto en Europa, pedía explicaciones sobre la manera de funcionar el hélice, y conocía el in-

glés, el francés y el español. Bien se le hubiera podido enviar desde Europa á América, sin temor de que se viese apurado por nada.

Me diréis que era un tipo de niño cosmopolita, extraordinariamente avisado por la costumbre de viajar; pero id á cualquier punto de los Estados Unidos y encontraréis tipos semejantes. Uno de mis amigos de Kansas City, que vive á cuatro



Niños solos en carruaje en las calles de Nueva York

millas de la ciudad, deja á su hijo, de doce años, acompañar á su hermanita desde la escuela á su casa con su coche y su caballo. Voy á pasar la noche en San Luis con una familia bastante numerosa; pero no encuentro más que al padre, la madre y uno de los hijos; los demás han ido al teatro á ver la *Carmen*; el mayor tiene veinte años y sus hermanas diez y seis y diez y ocho respectivamente; volverán á media noche, y eso que habitan en un barrio desierto, casi en el campo. Otro habitante de San Luis me dice: «Mi hija, que tiene diez y seis años, ha marchado á Winipeg el otro día, y ahora debe haber llegado.» La

joven viajaba sola, y Winipeg se halla á más de dos mil kilómetros de San Luis.

Cuando los americanos van á Europa, esa independencia de los niños y de los jóvenes, esa confianza que en ellos tienen admira mucho. Una señora de Nueva York, que vive en París, envía á su niño, de once años, á cobrar un cheque de cinco mil francos á un Banco; el cajero no se atreve á rehusar y entrega la suma; pero previene al padre de la imprudencia cometida. «¡Bah!, le contesta éste, ¿cree usted que mi hijo no es capaz á los once años para desempeñar semejante comisión?» Y al referirme el hecho se reía mucho de nuestra desconfianza innata. Además, ese mismo niño, hallándome en París durante la Exposición de 1889, iba solo á visitarla todos los días; hablaba alemán con los expositores alemanes, inglés con los ingleses ó americanos, y francés con los demás, interrogando, recogiendo notas é informes útiles é instruyéndose á la manera americana, en la que los libros tienen poca parte. Cuando su padre pudo al fin salir de Nueva York para visitar la Exposición poco antes de terminarse, su hijo pudo servirle de guía por todas partes.

En resumen, los americanos acostumbran muy pronto á sus hijos á cuidarse de sí mismos, sin contar con nadie más, y á no necesitar á nadie. En viaje se ve á las niñas de siete á ocho años preparar su equipaje por sí solas, y cada cual tiene el suyo, á fin de ser la única responsable; en la mesa toman su comida y saben escoger los platos. Entre nosotros, los niños bien educados miran á su madre para saber si deben aceptar un confite.

También se les imbuye muy pronto en la idea de que en la vida hay necesidades penosas, y que es inútil contristarse por la marcha de un padre para un viaje lejano, por un revés de fortuna ó un accidente cualquiera: se les educa virilmente.

Repito que no es un razonamiento de cabeza lo que dicta generalmente todo esto á los padres americanos, así como no lo

es tampoco el que dicta á los padres franceses la educación que dan á sus hijos; pero el conjunto de las costumbres contribuye á este resultado.

Cuando más, el padre y la madre americanos predicán sobre todo el ejemplo; corrigen poco, y apenas se valen de la re-



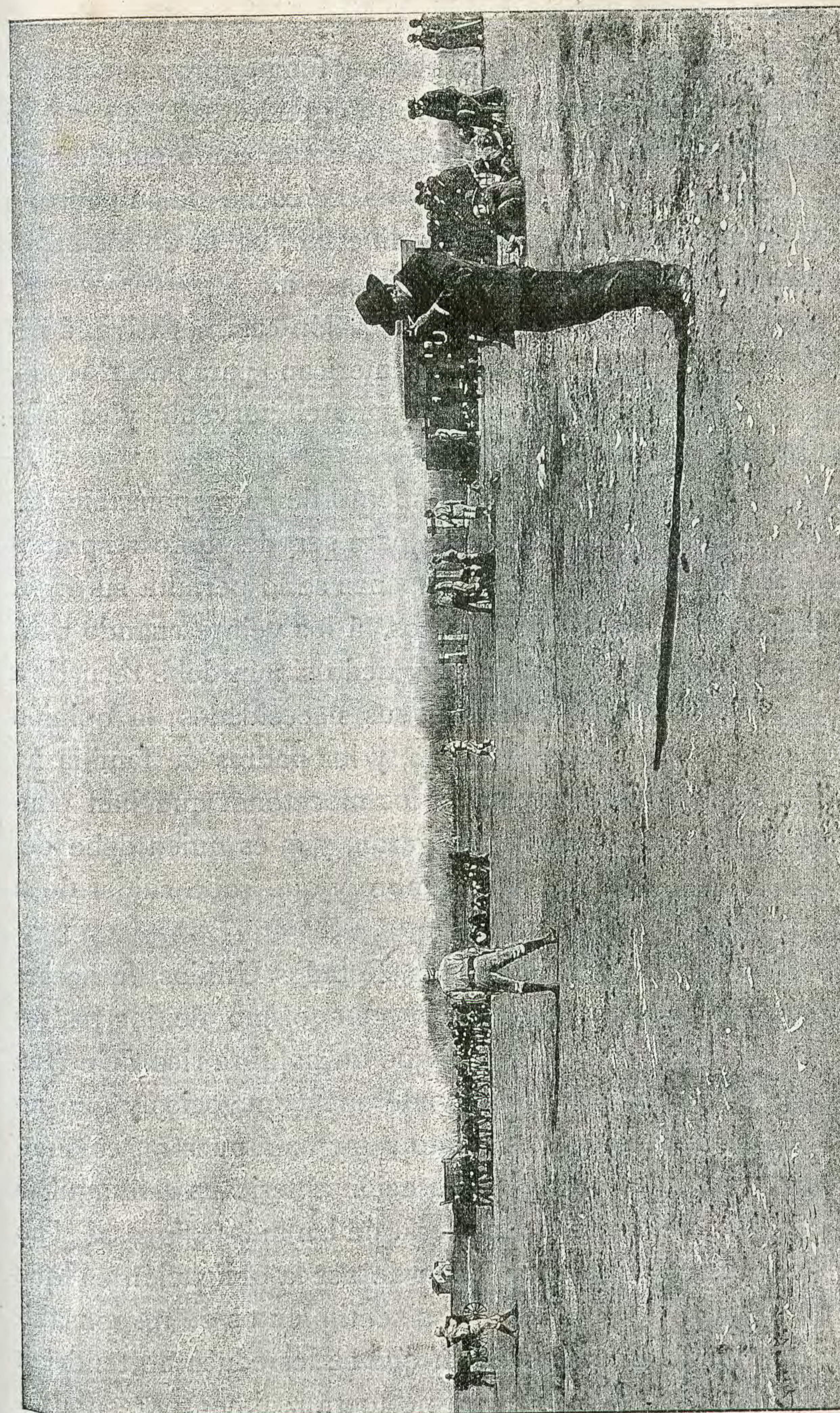
Muchachos á caballo, en el parque de Lincoln, en Chicago

presión, como lo explica bien lo que antes he dicho: para desarrollar la iniciativa *dejan obrar*. De aquí las costumbres de paciencia extraordinaria y las fórmulas de súplica allí donde nosotros empleamos las imperativas. En una pequeña ciudad del extremo Oeste, una joven madre dijo delante de mí á su hija de tres años, tan encantadora como traviesa, que lo desarreglaba todo en el salón: «Arabela, te ruego que no hagas eso; lo siento mucho, pero no puedo permitirte; Arabela, me destrozas el corazón.» Al fin de la tarde, el corazón de la pobre

mujer debía estar hecho pedazos, porque Arabela le quebrantaba á cada instante. Otros hechos me refieren por el mismo estilo. En San Pablo, un muchacho que ha dado lugar á que le despidan de varios establecimientos de educación, vuelve á la casa paterna después de una de estas aventuras, y el padre, sin alterarse, le dice: «¿Y bien, caballero, á qué colegio piensa usted dirigirse ahora?» Es imposible llevar más lejos el respeto á la libertad individual.

Como todos los sistemas de educación, éste no produce efecto en ciertas naturalezas; pero hace nacer en todas las que son susceptibles de él un sentimiento fecundo de responsabilidad, de dignidad y de energía. Un religioso de origen francés, que tiene mucha experiencia de los Estados Unidos, me decía: «Los pequeños americanos son más fáciles de conducir que los franceses, á condición de no contrariarlos; como los caballos de sangre jóvenes, necesitan grandes consideraciones; pero se puede obtener mucho de ellos; todo el secreto consiste en tratarlos como personajes y hacer un llamamiento á las ideas elevadas del deber. Cierta día oí á un americano deplorar el hecho de que muchos jovencitos de doce á quince años, instruídos en las escuelas públicas por maestras de clase, trabajaban para complacerlas. — ¿Y no le parece á usted, repliqué yo, que esta es una prueba de deferencia que les favorece? — Sin duda, me contestó; pero los niños no deben trabajar para complacer á las mujeres, sino para desarrollarse, para llegar á ser hombres, para elevarse y desempeñar su misión en la vida. La educación no se puede fundar útilmente sino sobre este sentimiento, y solamente á este precio se llega á ser hombre.» He aquí la verdadera idea americana.

Con frecuencia sucede que el niño de diez años la echa de hombrecito, lo cual es inevitable por la libertad que se le deja; pero las manifestaciones de su precocidad son serias, á pesar de



PARTIDA DE «BASE BALL» POR LOS COLEGIALES DE DENVER

su ridículo. No se cree hombre porque fuma, porque se contonea ó habla de las actrices notables; lo que le realza á sus ojos es tener una responsabilidad y hacerlo notar, como por ejemplo cuando protege á su hermanita ó guía el coche de su padre; y sobre todo, afecta la más completa libertad, habla de los negocios que se propone emprender, y piensa ya.

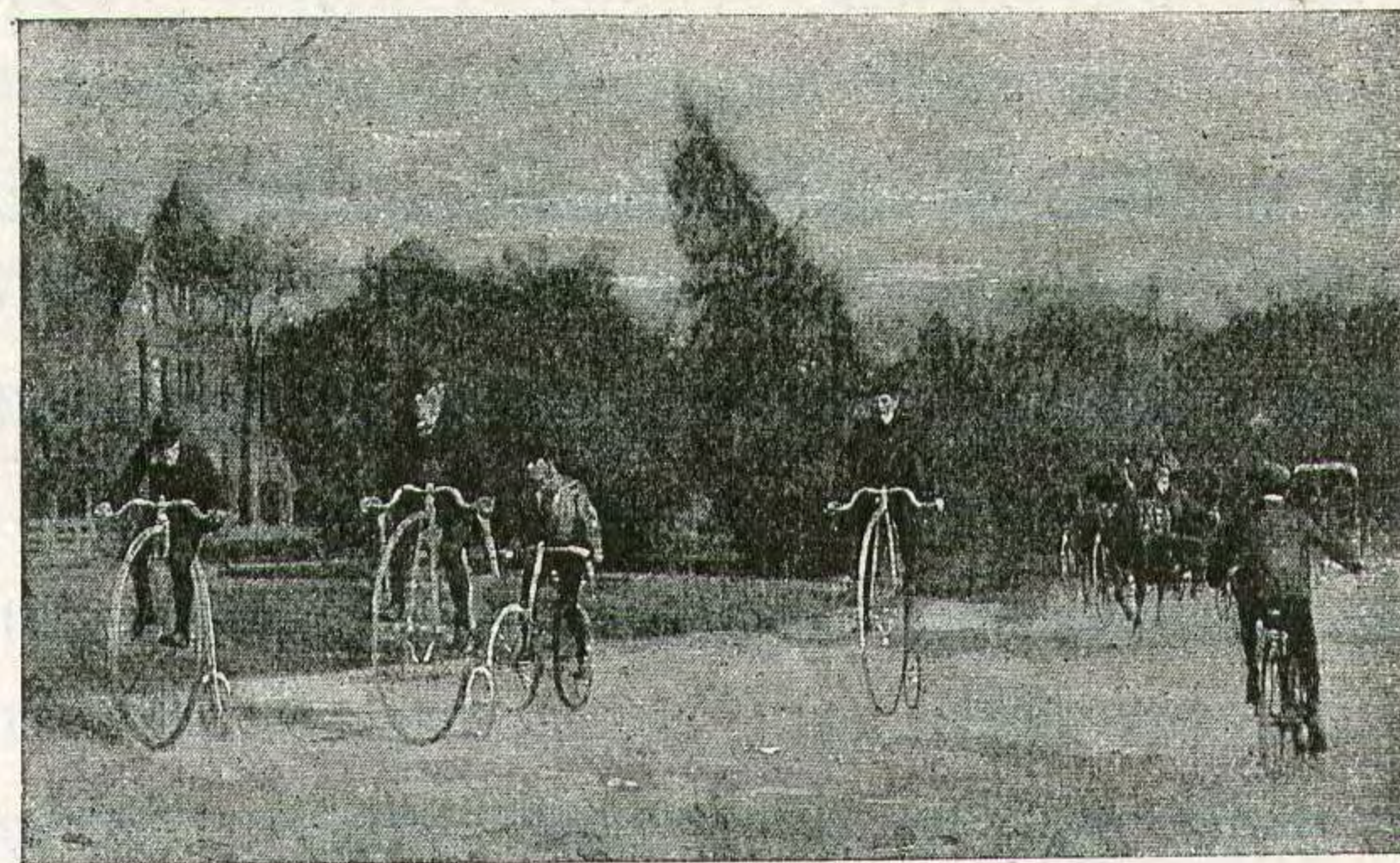
Sin embargo, á pesar de esta educación casi negativa, á pesar de la libertad en que se deja al americano para hacerlo todo, se le priva cuidadosamente de otra para el porvenir, y es la libertad de *no hacer nada*.

Si en él se desarrolla el sentimiento de la responsabilidad, es porque se necesita prepararle para ser del todo responsable de sus medios de existencia apenas se lo permita su edad. A los diez y seis ó diez y siete años, á los veinte cuando más, sus compañeros le señalarán con el dedo si aún debe recurrir á la bolsa paterna para atender á sus necesidades; la opinión pública es severa sobre este punto, y los padres de familia no entienden que han de alimentar á los mocetones que han educado; se retiran los víveres al holgazán, y él es quien debe demostrar que es realmente un hombre y que sabe cuidar de sí mismo.

He visto con frecuencia en los Estados Unidos, franceses muy asombrados de lo que llaman «el egoísmo de los padres americanos.» Les parece indigno que un hombre rico deje á su hijo ganarse la vida, que no le ayude en sus negocios y que no le establezca. Ciertamente que esto repugna á nuestras costumbres; pero toda la fuerza de la educación americana está aquí; la libertad que se deja á los niños sería de las más peligrosas si no tuviera por contrapeso y por razón de ser la obligación en que están de bastarse á sí mismos. Los sentimientos de responsabilidad y de dignidad personales en que se les educa no tendrían ya una base formal si todo joven no fuera realmente responsa-

ble de su conducta, si no sufriese la consecuencia de sus faltas ni se aprovecharse del resultado de sus esfuerzos.

Además, toda sociedad en que la riqueza se desarrolla ve plantearse ante ella un grave problema que con frecuencia es incapaz de resolver, y es encontrar empleo para los jóvenes ricos. Nada es tan difícil como conservar en los vástagos de esta clase la energía que fundó su poderío, y nada tan difícil como



Ciclistas en Chicago

preservarles de la corrupción. El americano resuelve el problema por ese ingenioso mecanismo que obliga al hijo de un millonario á comer su pan á costa del sudor de su frente.

Cierto día visité una cervecería de los alrededores de Boston con su dueño, hombre muy hospitalario, que me había recibido algún tiempo antes. Al atravesar los talleres de tonelería, M. R..... me dijo: «¿No conoce usted á nadie aquí?» Miro, y en efecto, veo con la blusa azul del obrero á uno de sus jóvenes hijos, con quien había comido días antes en la casa paterna y que me pareció entonces un perfecto caballero. Me adelanto para estrecharle la mano; pero se excusa, sonriendo, y me enseña sus dedos ennegrecidos porque acaba de salir de la fragua. M. R..... me explica que aquel joven pasa poco á poco por todos los distintos talleres, á fin de ponerse del todo al corriente

del trabajo que se ejecuta para el ramo de cervecería. Hace su tarea como un simple obrero, y después, llegada la noche, se viste y arregla, y siéntase á la mesa de su padre en una elegante y cómoda quinta muy lujosa. He aquí un joven á quien el porvenir no espanta, y suceda lo que quiera, sabrá encontrar un medio honroso para vivir. Uno de sus hermanos se levanta diariamente á las *dos de la madrugada* para ir á la cervecería á vigilar las entregas de lúpulo, cebada, etc., y se desquita del sueño perdido durmiendo el domingo; mientras que otro hermano que se ocupa en no sé qué, envidia su suerte. «Yo, dice, no duermo bien sino durante el verano; en invierno, los negocios me obligan á acostarme tarde y á levantarme temprano.» La familia es numerosa (creo que siete hijos); pero el padre posee por lo menos diez millones de francos; de modo que cada cual tendrá, si la fortuna se divide por partes iguales, un bonito patrimonio. Sin embargo, hasta que el padre muera es preciso vivir, y ningún usurero querría prestar ni un duro sobre esta sucesión futura, porque es incierta. El padre podría desheredar completamente á sus hijos ó á uno de ellos; lega su fortuna como mejor le parece, y la ley le deja en completa libertad sobre este punto.

Se adivina qué impulso progresivo debe recibir una sociedad por el solo hecho de todas estas jóvenes energías, de las que ninguna está dispensada de obrar; y el supuesto egoísmo de los padres americanos explica bastante bien el desarrollo de América.

Además, muchos rasgos demuestran que esta manera de proceder no tiene nada de común con los cálculos de un estrecho egoísmo. Un abogado de Chicago, padre de catorce hijos, de los cuales trece son varones, me dice que paga el viaje á Europa á cada cual de ellos cuando terminan sus estudios y antes de lanzarlos en la vida de los negocios, pues considera que éste

es un útil complemento de su educación. Este complemento le cuesta diez mil ó quince mil francos cada vez; pero más tarde sus hijos no tendrán tiempo de dar una vuelta tan completa, pues deberán pensar en sus empresas; es el mejor momento para ellos, y el padre no vacila en proporcionarles esta ventaja á sus expensas.

El hijo, educado desde su infancia con la idea de que ha de contar consigo mismo, y acostumbrado á ver á su alrededor personas que llegaron por su propia energía al colmo de la fortuna, aspira naturalmente á hacer lo mismo, y es curioso ver cómo trata de componérselas cuando llega el momento de medir sus fuerzas. Se lanza en la lucha por la vida con el mismo ardimiento que emplearía entre nosotros un alumno de Saint-Cyr para entrar en campaña, sólo que es bastante raro que á los de Saint-Cyr se les llame para empuñar las armas á los veinte años, suerte excepcional de algunas promociones; mientras que el *struggle for life* (la lucha por la vida), sin tregua y sin reposo, llama á todas las promociones de jóvenes americanos y para toda su vida.

II.—No hay oficio tonto.

No preguntéis á un joven americano qué carrera piensa seguir, porque no os comprendería, pues no hay aquí carrera propiamente dicha; á los veinte años nadie sabe si á los treinta disfrutará de cuatro mil francos de sueldo; si entre los cuarenta y cincuenta obtendrá alguna condecoración, y si á los sesenta tomará el retiro. En el Este, ó en algunas grandes ciudades del Oeste, apenas se encuentran jóvenes que se destinen á una profesión determinada, de médico, de abogado ó de ingeniero; de cada diez veces nueve, tienen simplemente la intención de lanzarse en los negocios (*to start in business*), y aprovechan la pri-

mera circunstancia que para ello se presenta. Según los casos, se dedican á la industria, al comercio, al cultivo ó al periodismo, sin dar á ninguna de estas cosas gran importancia. Para ellos, en efecto, no se trata de ocupar su vida entera confiándose al engraje de una administración que los dejará al cabo de cuarenta años en el umbral de la vejez; se trata simplemente de obtener por el pronto bastantes recursos, y también de adquirir experiencia. Con esta última y con recursos se llegará un día ú otro á trabajar para sí, á montar un negocio independiente: tal es el plan del americano.

No se le ve, pues, consagrar largas horas á la meditación para resolver sobre la carrera que ha de seguir, ni consultar el areópago de sus padres ancianos para oír su consejo acerca de la elección que debe hacer; piensa que el mejor modo de conocer sus aptitudes es ponerlas á prueba, y confía ilustrarse sobre su destino, probando fortuna.

Por eso se encuentran á veces muchachos de diez y seis años mezclados ya en importantes empresas, tal como aquel que visitaba conmigo uno de los establecimientos de M. Carnegie en Pitsburgo y me decía al ofrecerle yo un cigarro: «Gracias, caballero, creo que soy aún algo joven para fumar.» ¡Demasiado joven para fumar y no para ser industrial! ¿Qué piensan de ello nuestros retóricos?

Generalmente, los padres de familia, persuadidos de que nada reemplaza á la experiencia personal, dan pocos consejos á sus hijos y les dejan aprender la lección por sí mismos, como dicen allí (*Let him learn his lesson*). Un banquero de Nueva York me refería que en su juventud, en el momento de comenzar á dedicarse á los negocios, recibió como regalo una suma de algunos miles de duros; hallándose en relaciones diarias con especuladores de profesión, y frecuentando *Wall street*, ocurrióle arriesgar en las jugadas de bolsa la pequeña fortuna que po-

seía, y consultó á su padre sobre el proyecto. «Juega pronto y apresúrate á perder, le contestó aquél, porque así sabrás, mejor que con todos mis discursos, que el dinero se gana con el trabajo y no con el juego.» A los dos meses, después de diversas vicisitudes, el hijo se presentaba con las manos vacías, para anunciar á su padre que lo había perdido todo, aprendiendo así su lección.

Para aprenderla bien es preciso ser el único responsable de sus actos, y he aquí por qué el americano rara vez admite en sus negocios á uno de sus hijos sin dejarle completa libertad de ir á trabajar á otra parte si le parece bien; toda influencia relacionada con la autoridad paterna falsearía la experiencia, y este es un rasgo muy sorprendente para el europeo. Nos parece bastante natural hacer que nuestros hijos se aprovechen de una situación adquirida: un notario formalmente establecido, un comerciante cuyo almacén está bien provisto de todo, ó un industrial que prospera, se asocian de buena gana á su hijo, y éste acepta sin dificultad, si consiente en trabajar, la carrera que le sale al encuentro. Poco le importa ser tratado como dependiente, ni estar bajo el dominio de su padre, y para evitar en cuanto sea posible todo esfuerzo y todo riesgo, hace fácilmente el sacrificio de su iniciativa y de su personalidad. Aquí no sucede lo mismo: los padres piensan que esta fácil entrada en la vida no templá suficientemente los caracteres para la lucha, y los hijos, celosos de su independencia, se inclinan á huir del taller ó del escritorio paternos; si entran, es como extraños.

Además, cada cual tiene la ambición de formarse de por sí, y este sentimiento se halla hasta en las pocas personas que no se dedican á empresas cuyo objeto es el lucro. Me acuerdo de un niño apasionado por el estudio, que había instalado su mesa de trabajo junto á la jaula del ascensor, de la cual se encargaba

durante algunas horas diariamente para tener con que pagar sus lecciones, las cuales, así ganadas, eran muy provechosas, como ya se comprenderá. Ese muchacho no llegará á ser millonario, palideciendo sobre sus libros; pero no deberá á nadie la satisfacción de su gusto intelectual; podrá no ser rico, pero será independiente, y esto es lo esencial.

El mismo espíritu de dignidad se nota en el clero americano. El superior del seminario católico de Boston me refiere sobre este punto varios hechos característicos: un joven seminarista de origen muy humilde, cuyos padres no pueden pagar la pensión, fué á verle cierto día y le dijo: «Ruego á usted que me tenga aquí hasta fines del año escolar, considerando como adelantado el dinero que mi familia no estará en disposición de pagar; yo lo ganaré durante las vacaciones, y se lo devolveré á usted.» En efecto, llegadas las vacaciones, el joven seminarista marcha á Saratoga, elegante estación termal del Este; entra como camarero en un restaurant, y vuelve á los tres meses con una suma de bastante importancia para reembolsar el importe de la deuda contraída. En Francia consideraríamos como contrario á la dignidad eclesiástica el hecho de que un futuro cura sirviese la mesa á los bañistas de Vichy; pero aceptamos muy bien verle educado por la caridad pública. Aquí sucede lo contrario; ningún oficio es deshonoroso; pero sí se considera como tal no bastarse á sí propio: los individuos son los que realzan las profesiones, y tal vez muchos de los camareros de restaurant entre los cuales vivía el seminarista en cuestión, son hoy *gentlemen*, pudiendo suceder que á su vez no buscaran en sus poco elevadas funciones más que una ocupación temporal, á fin de obtener recursos que les permitieran dedicarse á una empresa de mayor porvenir.

Esto explica bien, por lo demás, el respeto de sí mismo, la actitud independiente que se observa en todos los grados de la

escala social. El obrero americano tiene alta idea de sí mismo, y no hay en todas las Españas hidalgo más altivo que él. Sin duda no sabe embozarse en una capa agujereada y tomar actitudes teatrales; mas este aparato exterior no es útil al americano. El hidalgo necesita aquel aparato para dar á conocer públicamente su alto origen, al mismo tiempo que ofrece su mano; el americano que trabaja y reconoce que es en realidad independiente, se cuida poco de lo que su vecino piense de él y prescinde en absoluto de apariencias; su sentimiento de dignidad es interior; el del hidalgo, exterior.

Con semejantes costumbres no hay desgracias irreparables, y el padre que por su mala suerte ó su mala gestión se arruina completamente, puede esperar que sus hijos lleguen á gran altura: el descalabro de una generación afecta poco á la siguiente, pues todos los jóvenes comienzan la vida con los mismos medios poco más ó menos.

En el Oeste, sobre todo, este hecho es muy notable: con frecuencia, un emigrante llegado de Europa con su mujer y sus hijos, después de sufrir reveses de fortuna, tropieza con las mayores dificultades, no ya para reconquistar una posición independiente, sino para vivir. Pero sus hijos caen jóvenes en el centro americano; están exentos de nuestras preocupaciones de Europa, así como de esa desconfianza universal, de esa acritud tan frecuente en las personas que han encontrado la adversidad en su camino, y ante ellos se abre el porvenir. Un joven de diez y ocho años, nacido en Francia, pero que desembarcó aquí cuando no tenía más de tres ó cuatro, con sus padres arruinados, me refiere cómo salió de apuros en Kansas. Por lo pronto, entró como pastor en un rancho de carneros, y después como vaquero en otro de ganado mayor. Corría á caballo desde la mañana hasta la noche, y adquirió en este ejercicio saludable una vigorosa constitución, que de todos modos debía servirle de

mucho. Después de esto quiso probar el cultivo; pero lo abandonó muy pronto para dedicarse al periodismo; y ahora se ocupa en el comercio con muy buen éxito. Tiene un caballo muy ligero y un *buggy*; pasea á sus hermanas en coche durante sus ratos de ocio, y considérase del todo feliz: es un verdadero americano. Su hermano, mayor que él, llegado á la Unión á los diez y siete años, después de terminar su curso de estudios clásicos, es un buen dependiente de Banco, pero será toda su vida burócrata subalterno; sus amigos menean la cabeza al hablar de él y le censuran porque no es emprendedor. «Conoce bien los asuntos de banca y podría establecerse por su cuenta, me dicen. — ¿Pero cómo quieren ustedes que funde un Banco si no tiene capitales?, replico yo. — ¡Vaya una razón!, exclaman. ¡Cómo estaríamos en el Oeste si esperásemos á ser ricos para crear nuestras empresas!»

En efecto, el americano se distingue en lo de aprovecharse de toda ocasión para especular, aplicando su inteligencia y su actividad á una combinación lucrativa. Ganar su vida al día, ocupándose en una tarea determinada, siempre la misma, le parece un trabajo de orden inferior, y no lo acepta sino temporalmente; *hacer negocios*: esto es lo que responde mejor á sus aspiraciones, y por eso, apenas puede, se lanza á probar fortuna (*to try his luck*).

Esta aptitud es tan marcada, que los mismos americanos se chancean sobre ella algunas veces. He aquí una historieta, tomada de un diario de Nueva York, que pinta muy bien el desarrollo precoz de los niños: la escena pasa en una ciudad minera del Oeste. «Johnnie, dice un hacendista distinguido á su hijo menor, te daré un *dollar* si cavas el cuadro de terreno donde quiero hacer el nuevo jardín de tu hermanita. — Está muy bien, contesta, quedando al punto pensativo; mas le pediré á usted que me adelante el veinticinco por ciento sobre el precio estipu-

lado en nuestro contrato, no porque ponga en duda su buena fe, sino porque necesito la suma como base de fondos. — ¿Qué quieres decir, Johnnie? — Voy á explicárselo, padre: el *quarter* (cuarta parte de un dollar) que usted me dará lo sepultaré en el cuadrado de tierra; después reuniré á mis compañeros y les diré



Un *buggy*

que un pirata ocultó en otro tiempo un tesoro en aquel sitio. Comprenderá usted que, cuando uno de ellos haya encontrado el *quarter*, los demás cavarán á porfía; el trabajo quedará concluido, y yo tendré el setenta y cinco por ciento de beneficio sin cansarme; pero además..... — ¿Qué otra cosa hay? — Además, si encontrase el *quarter* yo mismo, los otros trabajarían con igual ardimiento, y el negocio resultaría más beneficioso aún: sería la

misma jugada que aquella de que hablaba usted ayer á mamá, refiriéndose á cierta niña.» Y el padre derramó lágrimas de alegría, pensando qué triste iba á ser para Jay y Rufus el día en que su hijo llegase á la edad de hacer negocios.

Verdadera ó falsa, la anécdota es típica y demuestra bien hasta qué punto el americano sabe transformar en especulación provechosa la tarea que otros se contentarían con ejecutar para recibir la cantidad convenida: los individuos de esta especie no se contentan con ser dependientes de un Banco toda su vida.

En cambio, las fortunas que hacen son monumentos frágiles, sujetos á numerosos riesgos, y después de dormirse millonarios, muchos despiertan por la mañana sin un centavo; mas estos bruscos reveses no les abaten. Para ellos todo se reduce á volver á una situación conocida, como aquella de que partieron al principio; se trata de recorrer un camino franqueado antes, y esto es todo. Entonces se dedica animosamente al primer oficio que se presenta, con una sencillez y una energía verdaderamente admirables. Cierta día, un hombre de buen aspecto, de unos cuarenta años de edad, se presenta en casa de una señora de Chicago, á cuya familia había conocido en otro tiempo, y le dice que la casa de comercio en que se ocupaba ha quebrado hace un mes, por lo cual se halla sin recursos y quedaría muy agradecido á quien le proporcionara trabajo. «Mi marido llegará muy pronto, contesta la señora B....., y se ocupará en buscar una colocación para usted; pero entretanto, considérese aquí como en su propia casa, y no tema apelar á nosotros. — No me comprende usted bien, señora; nada poseo en el mundo; mas no puedo aceptar adelantos sin estar seguro de reembolsarlos; si usted desea complacerme, deme algún trabajo, como cultivar su jardín ó limpiar las alfombras; estoy dispuesto á ejecutar todo cuanto manos humanas puedan hacer; mas quiero ganar mi pan.» Fué preciso que la señora B....., á quien debo este relato, le

dirigiese á una de sus vecinas, que reparaba su casa, y en la tarde de aquel mismo día vió al caballero solicitante echado de espaldas y pintando la parte inferior de un balcón de madera. Al cabo de algún tiempo, el hombre consiguió encontrar una colocación más apropiada á sus aptitudes; pero jamás apeló á la bondad de sus amigos sino para pedir trabajo. Este era su puntillo de honor, y verdaderamente no faltan personas que le elevan menos.

Bien se ve que la educación americana tiene por objeto desarrollar en los jóvenes cuanto es posible ese sentimiento de dignidad personal y de independencia que se manifiesta por tantos rasgos. Sé muy bien que en Nueva York, en Boston, en San Luis, en Baltimore y hasta en Chicago, hay tendencia á formarse, desde hace algunos años, una clase de jóvenes ociosos, dispuestos á disfrutar de las riquezas acumuladas por sus padres; pero la reprobación que se les manifiesta y las críticas de que son objeto indican lo bastante su carácter excepcional. De todas maneras, si se quiere comprender por qué América adelanta, no se ha de buscar en esos jóvenes la razón de sus progresos; son americanos destinados á desaparecer, á ir á Europa á malgastar el tiempo en las capitales y en los establecimientos balnearios, porque su país no proporciona suficientes distracciones para hombres amantes de los placeres.

III. — Las jóvenes

El soplo de independencia que agita á la sociedad americana entera hace sentir sus efectos hasta en el sexo débil, y este es tal vez uno de los caracteres más originales de la educación de la juventud. Si los niños educados allende el Atlántico nos parecen asombrosos á nosotros los europeos, las niñas nos reservan sorpresas mayores aún. Por lo demás, así debe ser, pues

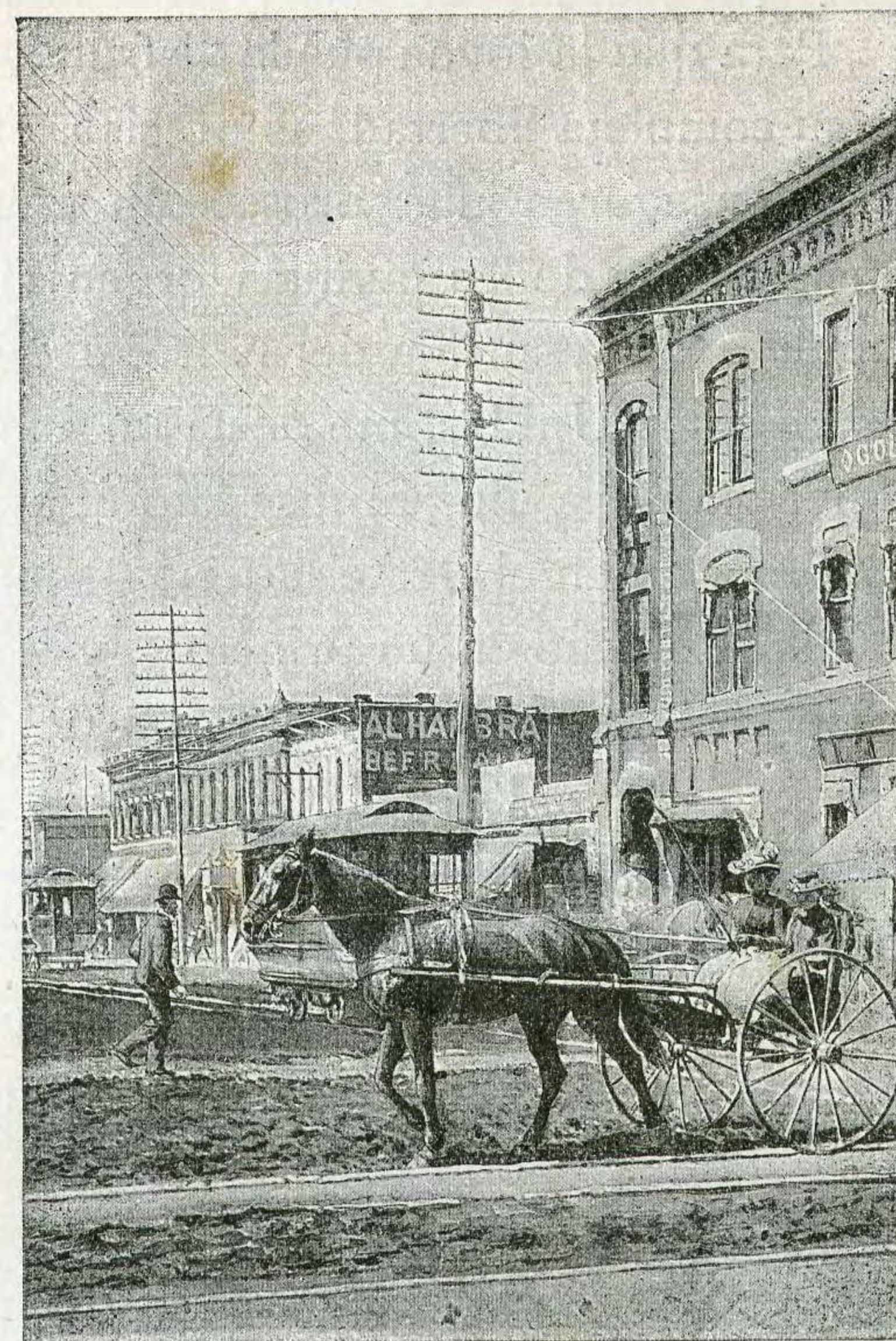
se reconoce hasta qué punto una mujer francesa, por ejemplo, estaría fuera de su centro y malcontenta en la sociedad que describimos.

Por lo pronto, la impresión que el extranjero experimenta es la de que en los Estados Unidos no hay sexo. Muchachos y niñas van á la escuela juntos, se sientan en los mismos bancos, escuchan las mismas lecciones y se pasean solos por las calles. Esto en cuanto á la primera juventud. A los veinte años se encuentra á la joven en las fábricas; en el *hall* (salón) de los grandes hoteles, donde, gracias á la estenografía y á la máquina de escribir, sirve de secretario al primer viajero que llega; en la escuela primaria, donde enseña; en los anfiteatros, donde cursa la medicina; en la calle, donde predica; en las sociedades de utilidad pública, donde se agita mucho; y hasta algunas veces, como en Kansas, en los colegios electorales, á la cabeza de las municipalidades, etc.

¿Cómo se educa, pues, ese ser extraño y complejo? ¿Para qué objeto, para qué deberes la forman? Se necesita un momento de reflexión para darse cuenta de la cuestión.

Tal vez los mismos americanos no lo saben bien, pues leyendo un diario encuentro el anuncio de un concurso bastante curioso: veinte dollars de recompensa á quien conteste mejor á esta pregunta: «¿Qué hacer de nuestras hijas?» (*What shall we do with our girls?*): Los concurrentes se dividen casi en dos bandos: los unos quieren que se eduque á las jóvenes de manera que sepan arreglarse por sí mismas, y uno de ellos cita con este motivo una frase de madame Stael que yo no conocía, y que me parece demasiado americana para ser de aquélla: «No me enorgullezco de mis escritos, la hace decir; estoy orgullosa de tener á mi disposición diez maneras diferentes de ganarme la vida.» Los otros insisten más sobre las virtudes domésticas, los quehaceres de la casa, la cocina, la colada y lo demás.

Estas dos corrientes se encuentran muy marcadas en la sociedad, correspondiendo á las dos posiciones diferentes que la mujer puede ocupar: si se mantiene soltera, debe luchar por la existencia como los hombres con quienes se hallará en competencia, y la mejor educación que conviene á una futura *spinster* (hilandera) es una educación viril, práctica, en la que se acostumbra á la lucha. Por el contrario, si tiene marido, el problema del pan cotidiano recae completamente sobre aquél, y los deberes de la mujer se limitarán casi exclusivamente á cuidar de sus hijos, educarlos, y gobernar la casa.



Carruaje habitual de una mujer del Oeste

Pero no se conoce de antemano la suerte reservada á una niña de diez años; y ante esta incertidumbre, ¿qué partido tomar?

Los americanos proceden desde luego como si sus hijas no debieran casarse nunca; las educan como á los muchachos, permitiéndoles la mayor independencia; y en la duda sobre su porvenir, prefieren asegurarles los medios de recorrer solas el camino de la vida. Si se ofrece algún aspirante para darlas el brazo y ser su compañero, estará muy bien; mas es preciso prever lo peor para evitar sorpresas desagradables.

Me parece, pues, que hay igualdad de situación entre las niñas y los muchachos; pero la igualdad de que hablo tiene por correctivo una desigualdad profunda, que las costumbres revelan y que la ley acusa también.

Para que la joven pueda disfrutar, en la sociedad americana, de su completa libertad, es preciso, en efecto, que las costumbres le aseguren una protección equivalente á la que la vigilancia asidua de las familias organiza entre nosotros. «Puede usted enviar á su hija del Norte al Sud y del Este al Oeste de los Estados Unidos, me decía un anciano caballero francés, sin temer para ella ningún disgusto ni aventura alguna. Esto consiste en que en el Oeste hay pocas mujeres; escaseaban particularmente mucho en un principio, y los americanos las respetan como á divinidades.» Esta razón del anciano caballero, que con frecuencia he oído repetir desde entonces, me ha hecho siempre mucha gracia. Imagínese una joven perdida entre doscientos franceses. ¿Hay quien piense que se la honraría cual si fuese una divinidad? Como una divinidad pagana, tal vez sí. Evidentemente no es el reducido número de mujeres lo que les vale el respeto de la población.

Este respeto se debe á la constitución misma de la sociedad, y para darse cuenta de él basta referirse á sus orígenes.

Por mezclada que sea la procedencia de los ciudadanos de la Unión, hemos demostrado varias veces que los emigrantes del Norte de Europa figuran en primer término en la sociedad americana; ellos son los que fundaron en otro tiempo las colonias madres de Nueva Inglaterra y de Pensilvania, y aún se les encuentra hoy de nuevo en el Oeste, llegados directamente de la llanura sajona, de las Islas Británicas y de la Escandinavia. Inútil es insistir en esta idea, varias veces expresada ya en la presente obra.

Ahora bien: sabemos, por el ejemplo de Inglaterra, que las

jóvenes de estas razas, protegidas por una alta barrera moral y legal, disfrutan de una libertad de acción que nos parece extraña y produciría entre nosotros graves inconvenientes.

Los americanos, pues, se hallan dispuestos por sus orígenes á recibir este género de educación; pero las circunstancias en



Jóvenes de ambos sexos en traje de *lawn-tennis*

medio de las cuales viven acentúan esto más aún. Entre ellos, en efecto, las jóvenes van á establecerse á menudo muy lejos, en situaciones que ofrecen graves peligros, en algún rancho perdido en el Oeste ó en una ciudad naciente, y nunca se las podría preparar demasiado para esa vida tan accidentada é incierta. He aquí por qué los padres las dejan más libertad que en Inglaterra y elevan á su alrededor una barrera moral más alta.

Por eso se ve á los jóvenes de ambos sexos vivir bajo un pie de compañerismo, sin que de ello se resientan las costumbres. Sé que esta opinión no está admitida en todas partes y que ciertos autores franceses consideran particularmente la escuela pública mixta como origen de graves desórdenes; pero las personas á quienes interrogué sobre este asunto se han mostrado unánimes en atestiguar lo contrario. Un sacerdote católico, establecido en América largos años hace, me dijo sobre este particular: «Yo vivo junto á una *high school* (escuela mayor) donde se hallan reunidos jóvenes de ambos sexos de diez y ocho años; muy á menudo los veo pasar por debajo de mis ventanas al salir de clase, y puedo asegurar á usted que jamás sorprendí un ademán ni una palabra inconvenientes.» Sin embargo, aquél era un centro de ciudad grande.

Además, interrogad á las madres y os dirán que sus hijas salen á la calle á todas horas del día y de la noche, bien solas ó con amigos, sin que nadie lo extrañe. Si habéis sido presentado en una casa, podréis solicitar de una joven de veinte años que os acompañe al teatro; y si esta joven tiene apetito á las once de la noche, no habrá inconveniente en que la llevéis á cenar á un restaurant, acompañándola después hasta la puerta de su casa: esto es cosa perfectamente admitida. Se cuenta con vuestra reserva y buena educación, y á falta de esto, con los tribunales que os harán cumplir vuestro deber y que no son nada condescendientes. Últimamente, un fondista de Pitsburgo que había besado á una linda irlandesa, sorprendiéndola de improviso, debió satisfacerla mil dollars por daños y perjuicios; y en la misma ciudad, un caballero que estampó igualmente un beso en la piel arrugada de una mujer de sesenta años, se vió condenado á pagar dos mil dollars. Sin duda la pena es proporcionada á la condición pecuniaria del delincuente más bien que á los encantos del cuerpo del delito. Se necesitan castigos de este género

para recordar el sentimiento de las conveniencias y el respeto á la mujer á los que tuvieren intención de faltar á ellos; pero las sociedades en que reinan este sentimiento y este respeto son las únicas que imponen semejantes castigos. Allí, como en todas partes, el espíritu público sostiene la legislación.

En América no me sorprenden más las escuelas mixtas honradas que las calles y las cenas que lo son también, y de una manera general las relaciones honestas entre los jóvenes de ambos sexos abandonados á sí mismos.

En Francia no conocemos apenas las costumbres de la juventud americana sino por las muestras que nos dan en París muchachas aturdidas que mezclan agradablemente las costumbres de independencia de su país con las costumbres disipadas del nuestro. Abandono de la mejor voluntad este género de americanas á todos los anatemas de los moralistas; pero á condición de que no juzguen la América por estos pocos ejemplos. ¿No necesitamos también, nosotros los franceses, que para apreciarnos no se tomen por guía aquellos de nuestros compatriotas que se encuentran en el extranjero? Nuestro amor propio nacional se resentiría con razón de este procedimiento de investigación tan defectuoso. Siempre que se quiera estudiar realmente á un pueblo, se ha de ir á verle en su país, en su marco, en su vida cotidiana, y no debemos contentarnos con examinar algunas individualidades elegidas á la casualidad en alguna estación balnearia. Al testimonio de los parisienses que se rozan con la colonia americana de los Campos Elíseos se ha de preferir, pues, el de aquellos que han visitado la América y han vivido allí.

Ahora bien: para todos estos, la honradez general de las costumbres americanas es cosa incontestable. La libertad de las jóvenes americanas, por ejemplo, sería desastrosa entre nosotros; todos lo saben, y todos se dan cuenta de ello; de modo que

es preciso que en los Estados de la Unión las costumbres sean mejores, sin lo cual el régimen se derrumbaría bajo los abusos.

Tal como existe, este régimen produce dos ventajas características: proporciona á las jóvenes solteras una posición aceptable, y permite á las futuras madres de familia adquirir experiencia y elegir esposo con conocimiento de causa. El casamiento no aparece como un acto que exime á la hija de la sujeción á la familia, sino como un acto grave cuyas consecuencias y responsabilidades se conocen. Por lo mismo, nada se parece tan poco á los casamientos franceses como los que se contraen en América; y vamos á verlo.

CAPÍTULO IV

LOS DESPOSORIOS Y EL CASAMIENTO

- I. Las herederas. — II. Las hijas sin dote. — III. Las formas del casamiento.
IV. Familias numerosas y familias estériles. — V. La cuestión del divorcio

Por lo pronto, separemos de nuestro asunto un elemento cuya importancia se aumenta en demasía á los ojos de un europeo y que podría falsear nuestra observación: me refiero á las jóvenes herederas americanas.

Las conocemos en Francia. Jóvenes de buenas casas, en número siempre mayor, van desde hace algunos años á ofrecer en el mercado de Nueva York títulos y blasones que no tienen colocación en el mercado matrimonial de París; y con algunos buenos informes encuentran sin mucha dificultad quien los acepte, pues hay gran demanda de distinciones nobiliarias en cierta esfera americana. Los lores ingleses, los príncipes y los barones alemanes no desprecian tampoco las gruesas talegas de dollars que los americanos les ofrecen, y se forma una corriente notable de transacciones de este género en Boston, en Nueva York y en Filadelfia.

Nada aguza tanto el ingenio de los diarios satíricos americanos como esos casamientos internacionales; el uno publica las *Lamentaciones de la heredera americana*, suspirando por una corona ducal y ardiendo en deseos de escapar de su centro de origen; y el otro representa mujeres jóvenes nadando perdidas en un oceano de dollars, mientras que un caballero travieso lanza

en medio de ellas su anzuelo y las pesca con su título; otro, un proyecto de dibujo para las vidrieras de una iglesia á la moda: un joven inglés, que viste chaquetón de cuadros, escucha las súplicas de un grupo de jóvenes americanas, contemplándolas á favor de su lente con un aire de suficiencia algo desdeñoso en el que se reconoce la raza; mientras que sus adoradoras, al contrario, manifiestan por sus actitudes un ardimiento sincero. El todo está tratado con un estilo pseudoarcaico que realza lo burlesco. Otra vez se representa la entrevista oficial del suegro y del yerno futuros: el primero hace la pregunta ordinaria en semejante caso: «Caballero, ¿se halla usted en situación de mantener á mi hija?» A lo cual contesta el otro con aire confuso: «Sin duda, caballero, si usted tiene á bien proporcionarme los medios.» En fin, como conclusión, como escena final, se introduce al lector en una mísera habitación, donde un caballero en mangas de camisa, con una botella vacía á su lado, pero ostentando muchas brillantes condecoraciones, da de azotes al heredero de su nombre. Sobre un calorífero, colocado en el centro de la habitación, la princesa ó la condesa, su mujer, prepara la comida: todo esto indica horriblemente la miseria; y las talegas de duros aportadas como dote se hallan ahora vacías.

Tal es la cruel lección que los periodistas americanos ponen á la vista de sus jóvenes compatriotas por los casos que imaginan; pero algo forzada, no les convence ni les corrige, y no podía menos de ser así. Jamás se ha visto que la sátira aproveche á los que son objeto de ella; denuncia sus faltas al público, proporciona á los literatos ocasión de usar palabras ingeniosas, y á los que les leen oportunidad de pasar un rato agradable; mas el efecto apenas pasa de aquí. Cuando se aplica á un hecho corriente — y solamente entonces puede ser divertida, — este hecho tiene causas demasiado poderosas para que se triunfe de ellas con el talento.

Este es precisamente el caso aquí. Las americanas dominadas por la manía nobiliaria no son esas mujeres del Oeste á quienes hemos visto correr á caballo cerca de un rancho, sino jóvenes educadas en las grandes ciudades del Este y particularmente en Nueva York, bajo la influencia de un centro esencialmente cosmopolita. Con frecuencia, también, han vivido largo tiempo en el extranjero, en París, en Londres, en Roma, en Niza ó en Biarritz; han conocido hombres amantes de las diversiones, amables, elegantes, que saben pasar todo un día acompañándolas, proporcionándoles mil distracciones diversas, hábiles para organizar una excursión á los Pirineos, combinar el *menú* de una merienda y representar una comedia de salón. Las americanas comprenden que entre nosotros toda una clase de hombres se afana en hacer de la vida una serie continua de placeres; que este arte es producto de esfuerzos largo tiempo repetidos, y que sus hermanos ó amigos de América no podrían alcanzar desde luego su completa posesión, como lo hacen jóvenes señores herederos de varias generaciones de ociosos. Nuestra fácil existencia seduce á las americanas, y compran de la mejor voluntad el derecho de participar de ella á quien puede vendérselo.

Sin embargo, la cosa no es posible si no pueden ofrecer como precio de la venta una suma redonda y líquida, é inútil es presentarse sin un bolsón bien repleto; y como los padres americanos no tienen costumbre de dotar á sus hijas, cortan así de raíz el comercio de explotación de que hablamos.

Tan sólo algunos americanos, sometidos á influencias europeas, atribuyen á la vida mundana del antiguo continente bastante mérito para desear que sus hijas disfruten de ella; pero éstos son sin duda falsos americanos, dispuestos á avergonzarse de sus compatriotas, disgustados de los trabajos á que deben dedicarse, y muy dispuestos á utilizar la primera coyuntura fa-

vorable para ir á tomar su retiro allende el Atlántico. A estos americanos les agrada mucho, por el contrario, hacer su entrada en el gran mundo por mediación de sus hijas; han visto, durante sus residencias en Europa, que aquél no se abre liberalmente al primer llegado; que es preciso pagar á la puerta para tener el derecho de entrar, y que no se penetra mucho como no sea por la puerta del matrimonio: esto es lo que les decide á tomar yerno.

En resumen, ese lujo es poco americano; la América no se recluta con esa especie de casamientos, sino que se vacía, y si queremos estudiar la vida americana, no se debe considerarla por este lado, sino por el de las hijas sin dote.

II.—Las hijas sin dote

Constituyen la inmensa mayoría, pues todos los padres de familia que no trabajan para la exportación no tienen la menor idea de hacer vivir varias generaciones á la vez; hasta hay algunos que, llegados á una brillante posición por su fortuna, dejan á sus hijas luchar con la mayor necesidad sin imaginar que puedan ayudarlas. Me citan un rico traficante, residente en Chicago, que gasta unos trescientos cincuenta mil francos al año; su hija, educada en medio del lujo paterno, se ha casado con un maestro que gana poco menos de trescientos francos al mes, y el joven matrimonio pasa mil apuros, sin que se aflojen los cordones de la bolsa paterna. Si se ha casado con un maestro, fué porque así lo quiso, sin que nadie la obligase á ello; y asunto suyo es vivir con trescientos francos mensuales. Aquí se entiende en absoluto que cada cual ha de arreglar su existencia como lo crea mejor y bajo su única responsabilidad.

Por eso las americanas saben muy pronto dedicarse á la *pesca de maridos*; para todas las que no se quedan solteras es

la manera clásica de obtener una posición, y necesitan un golpe de vista seguro al fin de descubrir en medio de la multitud de jóvenes que encuentran en su camino aquel con el cual les será ventajoso asociarse. Adviértase que la operación es mucho menos sencilla que entre nosotros. En Francia, cuando se conoce el dote de un candidato al matrimonio, su carrera y la fortuna y edad de sus padres, se le puede clasificar; y dirigiendo la vista á la clase correspondiente de las jóvenes, se sabe desde luego á qué manos tiene derecho de aspirar. Aquí no es posible conocer más que un solo elemento, el valor personal del joven; su dote es nulo, en su carrera hay mucha inseguridad y su patrimonio es incierto también. La única garantía que ofrece consiste en lo que haya hecho hasta entonces, en su mayor ó menor habilidad y en su energía; es, en suma, la opinión que de él tengan los hombres de cuarenta años capaces de juzgarle.

Así desde el punto de vista práctico como por lo que hace al sentimiento, no hay, pues, para la joven americana sino una manera única de casarse bien, y esta consiste en estudiar á su novio. Gracias á las costumbres, tiene completa libertad en este punto, y á ella corresponde aprovecharse de esa libertad.

A su vez, el joven no puede guiarse por la cifra del dote, y si es prudente, no se fiará de la fortuna de un suegro americano, sin contar que entretanto necesita vivir. La primera cualidad que reclamará de su mujer será, pues, que acepte sin murmurar las pruebas posibles y que le ayude á soportarlas. La esposa americana debe ser valerosa. ¿Cómo ha de luchar uno mismo, hallándose unido con una persona que tiene intención de huir de la lucha?

Así, pues, de una parte y otra se hace preciso, *por un simple cálculo de interés*, buscar en el compañero de su vida ciertas cualidades morales, y sobre todo la energía de carácter.

En su consecuencia, esas cualidades tienen una nueva razón

para desarrollarse; esta circunstancia es para ellas un estimulante activo, y muchos matrimonios americanos ofrecen la prueba de ello. Recuerdo haber visto en un rincón del Dacotah una mujer joven, llegada allí cuatro años antes con su esposo y su abuela; la mujer había sido educada en Nueva York; el marido era natural de Boston, y después de casados se instalaron en una ciudad entonces naciente; los principios son siempre penosos en semejante caso desde el punto de vista material; pero no les dejaron malos recuerdos. «Mi marido marchaba bien con sus negocios, me dijo la esposa; mi abuela vivía conmigo, y yo tenía una niña y una *pleasant home* (agradable casa).» Después, el socio del marido comprometió sus negocios; la abuela había muerto, y la joven, aislada y con apuros, no ocupaba ya más que una parte de su elegante casa de madera. Sin embargo, ninguna amargura se revelaba en el relato de sus infortunios, y hasta tenía una manera particular de referirlos, á la vez sencilla y viril, no resignada, sino razonada. Su esposo había perdido dinero; pero en cambio adquirió experiencia, *aprendiendo la lección*, lo cual le consolaba, infundiéndole esperanza para el porvenir. En el fondo, aquella valerosa joven tenía una idea muy exacta de la vida, aceptándola animosamente con sus inevitables contratiempos; por su educación habíase acostumbrado á considerarla desde este punto de vista, y no como una caja bien cerrada, construída para evitar todo riesgo. Había soportado pruebas, pero sin conocer esa espantosa decepción de la mujer francesa, á quien padres reputados de prudentes trataron de dispensar de la lucha por la existencia, haciendo todos los cálculos posibles, y que por un revés inesperado debieron sufrirle también sin estar preparados para ello. Esta es verdaderamente la compañera que un americano necesita.

Pero los buenos sentimientos no bastan, y las heroínas son á veces pobres amas de casa; la mujer que emprende la lucha

por la existencia de concierto con su esposo, debe poseer un conjunto de cualidades prácticas menos elevadas y más útiles en la marcha ordinaria de la vida.

He aquí por qué se encuentran en muchos establecimientos de instrucción jóvenes que asisten con asiduidad á las clases de cocina, donde se las enseña también á practicar los quehaceres domésticos, sin limitarse á darles nociones generales y teóricas. Con sus blancas manos han de mondar las legumbres y dar vueltas á las salsas, iniciándose en los complicados secretos del lavado y del planchado. Más tarde, cuando están en sus casas, han de lavar con frecuencia su ropa blanca y repararla, haciendo las veces de planchadoras; de modo que es necesario que se preparen, jóvenes aún, á cumplir tales deberes. Varias veces he observado en los hoteles donde me alojaba la siguiente frase, puesta bien á la vista: *No ironing in those rooms* (Está prohibido planchar en el aposento propio). Semejante recomendación sería inútil en Francia, pues las personas que pueden pagar en un hotel caro no tienen costumbre de planchar su ropa por sí mismas. En los Estados Unidos no es así, y los cuidados del matrimonio pesan más sobre las dueñas de las casas por la escasez de servidores. A esto se debe sin duda la profusión de publicaciones periódicas que se refieren al *Good house keeping* (buen gobierno de la casa): en el Oeste se encuentran en todas las mesas de familia.

Por eso las jóvenes que quieren establecerse tienen buen cuidado de hacer alarde de sus talentos domésticos; y he aquí un curioso ejemplo que dedico á los gastrónomos. Seis jóvenes ciudadanas del Ohio habían tendido sus redes á otros tantos mozos de la vecindad, y después se hicieron las mutuas confianzas acostumbradas en semejante caso entre buenas amigas. Las cosas seguían al parecer buen rumbo; pero en aquellas hijas de Eva manifestábase cierta impaciencia por alcanzar la vic-

toria, y resolvieron obtenerla por un golpe de audacia, probando cada una al objeto de su amor que eran realmente capaces de dirigir una casa. Después de asegurarse para un día determinado el libre uso de una casa amiga, enviaron seis invitaciones, ofreciendo á los jóvenes un almuerzo que ellas debían preparar y servir con sus propias manos. En el día señalado, aquéllos acudieron puntualmente á tan halagüeña cita y fueron recibidos por seis cocineras, vestidas como criaditas de comedia, con los brazos desnudos, el corpiño entreabierto, la cabeza adornada de una espesura de cintas que recordaban simbólicamente un sombrero, y falda corta, cubierta de un elegante delantal. Después de examinar las hornillas é inspeccionar, para asegurarse de que no se había cometido ningún engaño, los convidados fueron á sentarse á una mesa bien florida y bien servida, y pocas semanas después contábase en el Ohio seis matrimonios más.

Estas costumbres difieren mucho de las nuestras. Imagínese el espantoso escándalo que hubiera producido semejante escapatoria en una de nuestras pequeñas ciudades de provincia; seguramente no la habrían intentado siquiera jóvenes honradas; mas aquí la aventura pareció encantadora, y esto es consecuencia de la educación que sabemos. Por otra parte, el casamiento americano es una alianza entre dos personas más bien que entre dos familias; los padres no ayudan en modo alguno al joven matrimonio, ni tampoco intervienen directamente en la elección recíproca de ambos cónyuges: es preciso casarse por sí propio.

En su consecuencia, no se encuentra en los Estados Unidos la clase de casamenteros de profesión, tan interesante en Francia, ni tampoco existen esas viejas viudas que parecen haberse impuesto la misión de labrar la felicidad de sus semejantes, y emplean activamente sus ratos de ocio en combinar encuentros

fortuitos entre los diversos individuos de su numerosa clientela. Los americanos han suprimido ese mediador.

No se ha de temer, por otra parte, que los jóvenes se aventuren á la ligera en esa vía tan grave del matrimonio, donde nosotros penetramos comúnmente con todo el cortejo de nuestra familia y bajo la salvaguardia de sus consejos; la menor promesa, en efecto, es muy comprometedora, y puede dar lugar á la acción judicial por daños y perjuicios, si se falta á la fidelidad. Junto á las libres relaciones entre jóvenes de ambos sexos, las costumbres y las leyes imponen una severa represión á los seductores; y junto al libre arreglo de los matrimonios, han opuesto la dificultad de retraerse de un compromiso. Todo concurre á que los enamorados deban reflexionar seriamente, calmando su ardimiento: se les deja al parecer del todo libres; pero se les hace sentir rigurosamente el peso de la responsabilidad que asumen.

«Querida Mabel, dijo un joven imprudente á su novia, mucho temo que nuestros desposorios no se efectúen; pero no tome usted la cosa demasiado á pechos. — ¡Oh!, no se apure usted por tan poco, querido Bobby, contestó ella; lo tomaré con resignación, pero le demandaré ante los tribunales por veinte mil dollars.»

Estas costumbres, sin embargo, tienen un inconveniente, y es que estimulan la coquetería á que la mujer está naturalmente dispuesta. Cuando una joven de veinticinco años se halla poseída del afán matrimonial, no hay lazo que no tienda á los representantes del sexo feo. ¡Guay de éstos si en un momento de entusiasmo se permiten ofrecerla una caja de *candies!* (confites).

Esto equivale en América al envío clásico de un ramo de flores entre nosotros, y quizás el juez verá en este inocente regalo bastante prueba de un compromiso; si se olvidan hasta el

punto de rozar con sus labios la frente virginal de la dama, el asunto no admite duda é inútil será negar el hecho, pues el hermanito, oculto detrás de una cortina con su aparato fotográfico instantáneo, adquiere así un documento revelador.

A pesar de esto, es preciso reconocer que el casamiento adquiere, aun por los mismos peligros de la coquetería femenina, un carácter formal que en nuestra sociedad no tiene en el mismo grado. Nadie se aventura sin precaución en un terreno donde hay tan numerosas emboscadas; los aturcidos caen desde luego en el lazo y se enredan; los otros tienen la facultad de elegir esposa, se apartan prudentemente de la coqueta, y saben poco más ó menos lo que hacen cuando se casan.

Por su parte, las mujeres jóvenes ganan también con este régimen, pues son más respetadas que entre nosotros; las consecuencias de la falta de respeto tienen tal gravedad, que nadie quiere soportarlas, y la falta de dote evita los cálculos ofensivos á que nosotros estamos acostumbrados. En su matrimonio, la mujer americana tiene por lo tanto una posición muy digna; hasta es exigente y obliga á su esposo de la mejor voluntad á proceder como un niño; le parece muy feo, algunas veces, que fume en su presencia, y sabe muy bien arreglarse para que prevalezca su opinión en caso de disenso. En fin, es una reina. Con caracteres distintos, así sucede en toda la sociedad de arriba abajo. En la clase obrera, la mujer casada no va al taller, como ya hemos visto, y ha de tener un marido borracho para verse obligada á ganar por sí sola el sustento; mas el obrero honrado, que trabaja todo el día para el sustento de su familia, no afecta los modales de patriarca cuando viene á sentarse en su hogar, si bien es cierto que al franquear el umbral de su casa no pierde el derecho de fumar su pipa, por más que sea en cierto modo el huésped de su mujer: ésta es la que gobierna.

No tiene por esto el carácter de soberana absoluta, y respe-

ta la independencia de su esposo en cuanto concierne á sus propias atribuciones, así como éste respeta las suyas. Cada cual tiene su dominio, en el que es dueño: el marido en sus negocios, que arregla á su antojo, y la mujer en su casa, que gobierna como le parece. Por lo demás, cada uno de estos dominios está materialmente separado, pues el marido americano hace los negocios fuera de casa, en su taller ó en su oficina; no trabaja en su hogar; tan sólo descansa; mientras que para la mujer es el teatro de la actividad femenina.

III. — Las formas del matrimonio

Cuando el hombre y la mujer jóvenes han convenido en casarse, les basta obtener una licencia de matrimonio en casa del *probate judge*, y cualquier juez ó eclesiástico puede unirlos; de modo que, según vemos, nada hay más fácil: es rápido, sencillo y económico.

Así sucede algunas veces que un padre de familia se despierta una mañana teniendo yerno, ó una linda nuera, cuyo nombre ignora. Cierta día, un *farmer* (labrador), conocido mío, recibe la visita de un joven vecino, que le dice: «Sepa usted que no ha de llamar ya María á su hija, porque es mi esposa. ¡Ayer me casé con ella!» Cierta que esto sucedía en el Oeste, donde no están en uso las costumbres solemnes; pero tampoco se podría imaginar apenas un casamiento menos formalista. Lo más curioso es que el *farmer* no tuvo la menor intención de reprender á María; había consentido en casarse con aquel joven y este era negocio suyo.

El Estado americano no interviene más que la familia para dar al matrimonio el carácter de una ceremonia imponente. La licencia es la única formalidad exigida; no se requiere el consentimiento de los padres, y tampoco se necesita un funcionario

público. Si uno se casa ante el juez, es porque no tiene á mano un ministro de su religión, ó porque no es de la misma secta, ó no pertenece á ninguna.

De aquí resulta que los americanos se casan sin solemnidad ó con ella, según les place. Acabo de citar el ejemplo de un casamiento *express*; he aquí ahora el de otro entre personas que no tenían tanta prisa, unidas en presencia de sus padres y amigos.

El lugar de la escena está en los alrededores de Chicago, en una deliciosa propiedad sombreada por frondosos árboles; en el lindero del parque se ve la pequeña aguja de una capilla episcopal, perteneciente á un amable vecino del campo, que la ha ofrecido para el caso, aunque el casamiento debe celebrarse conforme al rito presbiteriano; pero no se procede tan escrupulosamente entre sectas protestantes. Estamos en la primavera, y la capilla, de ordinario desnuda, se ha decorado con plantas de toda especie, y hasta nos distribuyen flores á todos, con las que cada cual adorna, quién su corpiño, quién el ojal de su levita, para ir á tomar sitio después en el cortejo. La casada lleva un elegante vestido blanco y el velo tradicional, y su consorte traje de calle. Mientras que se arrodillan delante del altar, una reducida orquesta toca medianamente muy buena música clásica, y al punto comienza la ceremonia, presidida por un viejo *clergyman* (eclesiástico) que viste levita, asemejándose mucho á los padres de familia que vemos en las ediciones ilustradas de Berquín. A pesar de esta reminiscencia, que evidentemente nadie más que yo tiene, el rostro de aquel sacerdote me parece venerable y reposado, y su fisonomía muy especial en medio de las que me rodean, siendo tal vez la única que presenta el sello de una profesión particular. No pronuncia ningún discurso; pero lee en alta voz algunos textos, entre los cuales creo reconocer la epístola de San Pablo á los Efesios, puesta por la

liturgia católica en la misa del casamiento. Luego, los dos esposos repiten después de él una fórmula bastante larga, cuyo sentido es el siguiente, poco más ó menos: «Juro vivir con este hombre (ó con esta mujer) en el muy santo estado de casamiento durante toda mi vida, en salud ó enfermedad, rico ó pobre, para lo mejor ó lo peor (*for better, for worse*); juro amarle, etcétera;» después se recita el *pater*, contestando todos los presentes, y pronunciado el *sí* solemne, el ministro echa la bendición nupcial.

Evidentemente, esta ceremonia no tiene nada de común con la formalidad apresurada y casi clandestina que dos jóvenes enamorados solicitan de un juez ó *clergyman*, sin avisar á sus padres ó allegados. Aquí se trata realmente de una fiesta de familia; dos señoritas de honor acompañan á la novia, que en este punto ha sido modesta, según me dicen, pues numerosas jóvenes casadas tienen hasta seis; en la capilla se ven muchos graciosos trajes claros; la orquesta toca la marcha nupcial de Méndelshon á la salida del cortejo, y todo el mundo va al domicilio de la casada para ofrecer sus *best wishes* (mejores deseos) á la joven pareja, tomando su parte del *lunch* y del *wedding cake* (torta de la boda). Esta torta es un monumento de pastelería, destinado á desafiar los siglos, ó cuando menos los años. Se distribuye, á los presentes, pero aún queda gran cantidad, la cual se guardará cuidadosamente para mostrarla más tarde á los hijos y hacerla figurar en la mesa de familia en los aniversarios. Entretanto, los jóvenes conservan en el bolsillo un pedacito de torta, que colocarán por la noche bajo su almohada, pues así lo que sueñen se realizará. De este modo supe que un americano podía soñar, cosa que no hubiera podido sospechar á no ser por el *wedding cake*; no les conviene soñar á hombres tan activos todo el día, que consagran generalmente poco tiempo al reposo.

De regreso á Chicago, á la hora de comer, en el vagón que se reservaba para los convidados, hablo con una joven que ha visitado Europa, como otras muchas americanas bien educadas, y me pregunta si no me sorprenden las costumbres que observo aquí. «Tenemos una bastante curiosa respecto al matrimonio, me dice, y es la de casarnos de noche; si la señorita C..... se ha casado hoy á mediodía, es porque deseaba reunir á todas las personas de Chicago que usted ve aquí y que no hubieran podido venir fácilmente por la noche. Por lo demás, los hombres tienen tantas ocupaciones todo el día en este país, que no se casarían sin tal costumbre, pues les faltaría tiempo.» He aquí un chiste, sin duda; pero es divertido y justo, porque demuestra hasta dónde llega el carácter americano.

Los amigos que asisten á un casamiento en América, rara vez llegan con las manos vacías. El joven matrimonio se desvive por instalarse, y los regalos que se le hacen tienen generalmente por objeto ayudarle. La plata ocupa el primer lugar: servicios de té y café, bandejas, cubiertos, cuchillos, copas, azucareiras, grandes botes de cristal con círculo, asas y tapa de plata, para el agua helada, de la que se hace tan prodigioso consumo, para el jarabe, etc., etc. Pocas alhajas ó dijes; pero en cambio, sillas, una cama, mesas y otros muebles. Cuanto más se penetra en el Oeste, más se acentúa este carácter de utilidad práctica. En Nueva York se ofrecen más bien brazaletes y sortijas á la hija de un Vanderbilt ó de un Astor; y últimamente referíase que en un matrimonio de este género la novia había recibido por valor de *un millón de francos* en diamantes; pero aquí se trata de esos americanos para la exportación, de los cuales hablé al principio. En el Dacotah, entre los regalos ofrecidos á unos recién casados de gran tono, he oído hacer mención de un mondadientes de plata: no se puede llevar más lejos el amor á la plata y el espíritu utilitario.

Lo que comunica á los casamientos americanos su principal sello de elegancia es la costumbre de engalanar las habitaciones con un prodigioso número de flores; cuando la ceremonia religiosa se celebra en casa, como lo hacen de ordinario los protestantes, se pone sobre la joven pareja una gran corona, que es á veces como una verdadera cúpula de flores naturales del más gracioso efecto. Hasta en el extremo Oeste, donde aquéllas escasean tanto, las personas ricas envían á buscarlas á grandes expensas para tales ocasiones. Todo el mundo parece tener pasión por este género de lujo, que no exige, como el decorado artístico, un gusto refinado, teniendo además el mérito de ser costoso. Estas son otras tantas razones que explican su reinado en América.

IV. - Familias numerosas y familias estériles

Después de estrechar los cónyuges muchas manos, y cuando la joven se ha despojado de su vestido blanco para vestir un traje más sencillo, marchan al punto para emprender su *wedding tour* (viaje de boda); una fiel amiga arroja detrás del coche una zapatilla vieja, que debe proporcionar felicidades á los casados, y la vida conyugal comienza.

Somos demasiado discretos para seguir á la joven pareja en las diversas fases de su luna de miel; pero yo supuse que nada se parece tanto á una luna de miel americana como una francesa; de modo que el asunto ofrece poco interés y es inútil franquear el Atlántico para estudiarle.

Más interesa ver cómo la mujer, convertida en joven esposa, comprende los deberes de su nueva situación, y esto nos conduce á tratar una cuestión delicada, pero muy importante para el porvenir de América: la cuestión de los hijos.

En las grandes ciudades del Este, apenas hay más que familias irlandesas y alemanas que sean fecundas; las otras, las

que están fijadas en América desde hace algunas generaciones, parecen condenadas á la esterilidad. Aún recuerdo la risa prolongada que cierto día excitó en una mujer joven de Brooklyn al enumerarla mis hijos y mis sobrinos; tener mucha familia le parecía la cosa más extraordinaria del mundo, y me confesó que de los matrimonios que conocía, ninguno contaba más de dos hijos, añadiendo que los más se contentaban con uno solo. Como su esposo criticase algo este informe, la mujer le dijo: «Pero, amigo mío, ¿puedes citarme alguna de mis amigas que tenga tres hijos?» El esposo no tuvo qué contestar. Es preciso advertir que este fenómeno de esterilidad no es en ninguna parte tan marcado como en Nueva York y en Brooklyn; pero se observa en diversos grados en todas las grandes ciudades; en Filadelfia, un fabricante me hace la confesión siguiente: «Cuando tenemos un hijo, nos parece que es una equivocación (*a mistake*).» Un obrero alemán de la misma ciudad, mostrándome su numerosa y siempre creciente progenie, me dice: «No encontrará usted tantos entre los americanos de nacimiento; aquí, las mujeres se envenenan para no tener hijos.»

También he encontrado, hasta en los grandes centros y en familias de antiguo origen americano, algunas excepciones notables, entre otras un abogado de Chicago, padre de catorce hijos; un industrial de San Luis, que tenía ocho; y un banquero de Saint-Paul, á quien le quedaban siete. Cito estos ejemplos para no exagerar en demasía el mal que señalo; pero es cosa reconocida que desde hace algunos años va en aumento siempre en la parte urbana y oriental de los Estados Unidos.

¿A qué puede atribuirse la causa? ¿Será, como me dijo cierto día un economista yanqui, «por una lección francesa, demasiado fácilmente aprendida por sus compatriotas?» No lo creo, y me parece que la esterilidad francesa tiene poco que ver con la americana.

Cierto que las dos son voluntarias; mas para justificar á los americanos se han alegado varias causas: el exceso de actividad á que se entregan, sus consecuencias físicas y fisiológicas, la influencia del clima, el abuso del tabaco mascado y qué sé yo cuántas cosas más. En Francia, del mismo modo, la Academia de Medicina escribe, á cada recuento, informes en que se estudian en sus efectos generales algunos de los elementos de la vida moderna, sobre los cuales se trata de hacer recaer la responsabilidad de tal estado de cosas; mas á pesar de estas consideraciones de orden general, en Francia lo mismo que en América hay familias igualmente sometidas á esas influencias, de las cuales unas son fecundas y las otras estériles. La esterilidad, por lo tanto, no es fatal.

En Francia, los padres que poseen patrimonio quieren generalmente limitar su posteridad, algunos para no verle dividido á su muerte, y los más para no estar obligados á dar dotes en vida. Cada vez que tenemos un hijo, es como un acreedor que gira contra nosotros, pues veinte ó treinta años después de su nacimiento, cuando le habremos alimentado, alojado y educado, será preciso cederle una parte de nuestra fortuna. Esta perspectiva hace reflexionar á muchos padres; preguntadles, y lo confesarán.

En América no abunda la idea de transmitir á ninguno de los hijos una fortuna, ni tampoco se les dota, excepto en los casos excepcionales que ya he indicado; de modo que no hay cálculo que pueda inducir al padre á suprimirlos; pero junto al padre, para quien la educación no es una carga muy pesada, está la madre, sobre la cual recaen todos los cuidados que la niñez exige, los dolores de la maternidad y las complicaciones diversas que los hijos producen en la casa. Ahora bien: los americanos del Este no están muy preparados por su educación para aceptar el conjunto de esas atenciones y de esas molestias, que

agravan más aún la gran dificultad de hacerse servir y la estrechez de ciertas instalaciones urbanas. Por eso recae sobre las madres americanas la responsabilidad del reducido número de sus hijos.

Recordemos, en efecto, cómo se educa á la mujer americana: mucha independencia en los actos, ninguna costumbre de sujeción, una experiencia bastante adelantada de la vida y energía, pero una energía activa, inquieta, que se desarrolla mejor en la inmensidad de un rancho del Oeste que en una reducida habitación. Ahora, representémonos esa mujer en una gran ciudad donde todos se oprimen, como en Nueva York, mal instalada por lo tanto, sin criados con frecuencia y en todo caso sin servidumbre segura, y de consiguiente, del todo sola durante doce horas del día. ¿Son estas condiciones favorables para la educación de una numerosa familia? Sin duda que no, pues se trata de una persona acostumbrada á cierto bienestar; pero sí en el caso de ser la mujer de un obrero.

La primera retrocederá ante la perspectiva de media docena de hijos á quienes ha de peinar, lavar y cuidar; cuando joven, no debía ocuparse más que de sí propia, y la transformación le parece demasiado brusca; la segunda, libre del trabajo de la fábrica por su casamiento, considera, por el contrario, que aquellos cuidados maternales son más llevaderos que su tarea anterior, y por eso los acepta fácilmente.

Fuera de Nueva York y de algunas grandes ciudades del Este, el cuadro que acabo de trazar deja de ser exacto. En el Oeste, todo matrimonio joven puede tener su casa propia, no siempre muy grande, pero sí suficiente, y si la familia aumenta, no falta sitio para ensancharla con poco gasto, lo cual es ya una condición favorable. Por otra parte, la sencillez de las costumbres da por resultado que las jóvenes de toda clase tienen el hábito de asociarse á los trabajos de la casa sin repugnancia.

A menudo, esta casa es rural y complicada; es una granja, con obreros á quienes se debe dar de comer, animales de corral que exigen cuidados; y á veces se reclama de las jóvenes que echen una mano á ciertos trabajos agrícolas que están á su alcance, como por ejemplo, conducir el rastrillo á caballo cuando se siega, ó reunir un rebaño que se disemina. Claro es que este conjunto de operaciones constituye para ellas otro aprendizaje, muy diferente del de la asistencia á las *high schools* y los paseos ociosos por las calles de una gran ciudad; pero cuando los deberes maternales reemplacen para ellas á los otros, no los rechazarán.

En resumen, la esterilidad voluntaria se circunscribe á las ciudades del Este, recayendo principalmente en la clase rica. Es un fenómeno de corrupción moral, favorecido por la vida urbana, por una educación más exterior que doméstica y desarrollado por circunstancias particulares de instalación. Nos daremos mejor cuenta de esto penetrando en las casas americanas para observar su organización material; pero antes debemos decir dos palabras respecto á otra llaga de la sociedad americana.

V.—La cuestión del divorcio

En efecto, no se tendría idea exacta de las costumbres matrimoniales americanas si nos limitásemos á investigar cómo se conciertan y se celebran los matrimonios: demasiado á menudo también se rompen con notable facilidad.

Las leyes americanas sobre el divorcio varían en cada Estado de la Unión: en Nueva York es preciso probar la infidelidad; en Nueva Jersey basta que uno de los esposos maltrate al otro; en Chicago, y de una manera general en todo el Oeste, ni siquiera es necesaria la incompatibilidad de caracteres. La legislación de Illinois admite, en efecto, que todo matrimonio que

haya vivido separado durante dos años tiene derecho al divorcio.

Así, un americano ó un europeo cualquiera, cansado de la vida conyugal, puede ir á establecerse como soltero en Chicago; al cabo de un año se le considerará como hijo de la ciudad, y transcurridos dos, probará que su esposa no ha venido á buscarle y podrá hacer, si le conviene, una nueva prueba del matrimonio. No faltan hombres que se aprovechen de estas facilidades, y como la prodigiosa fortuna de Chicago atrae á muchos individuos que esperan hacer especulaciones brillantes, esa ciudad ha llegado á ser el punto de reunión de casi todos los descontentos del matrimonio. Cuando un marido de Nueva York, de Boston ó de Filadelfia quiere romper su cadena, toma el tren para Chicago, y de aquí nacen muchas bromas sobre el Tribunal de los divorcios, al cual se llama *molino de divorcios*, sobre los representantes de la ley y sobre el conjunto de las costumbres. Los yankis se chancean de la mejor gana sobre este asunto.

Y no les falta motivo para ello, pues junto á las tristes consecuencias de esa extremada flojedad del lazo matrimonial, hay otras verdaderamente cómicas: en el Oeste, donde, como ya he dicho, los trueques ó *bargains* son muy frecuentes, se llega algunas veces á cambiar la esposa como se cambian las tierras ó un tiro de caballos. En una granja importante de Iowa he visto una dama de respetable edad, de la cual se refería lo siguiente. En su juventud había sido mujer de un vaquero y vivía en un rancho aislado. El dueño, muy sensible á sus encantos, mas temiendo con razón la cólera del marido, envió á éste cierto día á un mercado lejano con una importante manada de bueyes, y después, cuando supo que se hallaba bastante lejos, le dirigió un telegrama concebido en estos términos: «¡Jorge, guarda los bueyes para ti, y yo me quedaré con tu mujer!» — *All*

right! (muy bien), contestó el poco escrupuloso Jorge; y he aquí cómo la señora X..... es hoy una señora importante (*prominent lady*): un sencillo divorcio y un pronto casamiento bastaron para arreglar el asunto.

Se podrían citar varios ejemplos del mismo género, pues con la libertad casi completa del divorcio, muchos hechos de simple prostitución revisten el carácter legal del casamiento: es el concubinato reconocido. Un joven francés del Oeste debió casarse, bajo la presión de un revólver que le aplicaban al cuello, con una joven de San Luis que le tendió un lazo; el mismo día del casamiento separóse de ella, y confía obtener muy pronto el divorcio. Con estas condiciones, nos podemos preguntar qué vale semejante reparación de honor: por la facilidad de los divorcios, resulta ser positivamente ilusoria.

Por otra parte, es preciso abstenerse de formar un juicio demasiado severo, tomando por base las estadísticas del divorcio, que acusan un número enorme de malos casamientos; pero ¿cuántos tenemos en Francia que todo el mundo podría citar y que ninguna estadística revela? La infidelidad se tolera poco aquí; ninguna ley civil tiende á mantener en armonía aparente dos esposos que han dejado de agradarse mutuamente, y entre las diferentes sectas que la población contiene, tan sólo una, la religión católica, se niega á reconocer el divorcio. Todas las denominaciones protestantes le admiten en principio, y á veces se han visto *clergymen* negarse á bendecir la unión de personas legalmente divorciadas; pero no lo hacían nunca en nombre del dogma; su oposición se debía siempre á una apreciación particular del caso que se presentaba. Así, por ejemplo, los ministros de la *high church* (alta iglesia) se muestran más rehacios que los metodistas para reconocer un divorcio; necesitan motivos más graves, pero ninguno enseña la indisolubilidad absoluta del lazo conyugal.

En su consecuencia, muchos desórdenes morales, que entre nosotros se conservan en el estado de vicios ocultos, aumentan el número de los divorcios. No hay falsos casamientos; pero se piden aquéllos para casarse con la mujer que en otra parte se tendría por querida. Esto es menos complicado que la vida entre tres personas, y sobre todo, mucho más prudente, pues no olvidemos que el concubinato ilegal ofrece aquí grandes peligros.

En fin, junto á estos tristes hechos conviene observar que la parte sana de la sociedad conserva el respeto al casamiento. He conocido un abogado que durante su larga carrera no defendió jamás una sola causa de divorcio; esto le parecía contrario á su dignidad, y sin embargo, su religión no le creaba sobre este punto ninguna obligación de conciencia. En ciertos centros no se recibe á una mujer divorciada, ni aun en Chicago; y en resumen, bien sea por espíritu de alta conveniencia moral ó por principio religioso, muchas familias profesan al divorcio la misma aversión que nuestras mejores familias francesas. La oposición absoluta de la Iglesia católica al rompimiento de los matrimonios contribuye también á realzar, entre los disidentes más respetables, la elevada situación moral que tiene en los Estados Unidos. Se comprende que en su doctrina hay una salvaguardia necesaria, aunque la fórmula solemne pronunciada por el *clergyman* sea completamente ridícula. ¿A qué decir con voz grave: *What God has joined together, do not let the man get asunder* (1), si los hechos contradicen esta afirmación dogmática, y si el mismo *clergyman* une á un individuo con cinco ó seis mujeres? Recuerdo la impresión penosa que experimenté, á pesar mío, al oír al ministro presbiteriano, de cabellos blancos y de aspecto venerable, bendecir delante de mí á una

(1) «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.»

joven pareja y leer en alta voz esas palabras tan sencillas y tan hermosas. Yo me dije que con frecuencia, sin duda, las dirigía á personas comprometidas ya por otros lazos; y la dignidad de su actitud, la convicción de su acento, parecíame que acusaban más aún esta anomalía.

Por lo demás, es bastante evidente para que la parte sana se preocupe de ella y busque remedio á los inconvenientes morales, muy graves, que la facilidad de los divorcios ofrece. No se debería creer que la legislación actual de los Estados Unidos sobre este asunto se considera por los americanos como una perfección.

He observado ya que variaba de una manera sensible según los Estados, y podemos decir con cierta verdad que las diversas disposiciones adoptadas son como otros tantos ensayos propios para ilustrar la opinión pública. Todos deben ser modificados, suprimidos ó completados según los frutos que den y las corrientes que se produzcan en el espíritu general de la nación.

De aquí esa abundancia de investigaciones publicadas en los diarios y las revistas periódicas americanas sobre la cuestión del divorcio. En 1890, la *North American Review* consagró una serie de artículos muy curiosos, firmados con numerosos nombres y emitiendo opiniones diversas, lo cual prueba el interés que se tiene en ilustrarse sobre una materia tan importante y delicada.

La notable elasticidad de las instituciones americanas permitirá poner á prueba los diversos sistemas propuestos; pero no es de creer que por este medio se encuentre una solución que garantice la dignidad del lazo matrimonial.

Para esta llaga del divorcio no se puede indicar más que un remedio, y un remedio religioso; se necesita para curarla algo más que los textos de la ley. Sin su auxilio, los católicos ameri-

canos conservan en su pureza y permanencia el casamiento cristiano; y á pesar de sus prescripciones, los desórdenes que hemos descrito continuarían bajo otros nombres.

Debemos penetrar ahora en la morada de esos matrimonios americanos, que hemos visto contraídos y disueltos, y así podremos conocerlos mejor, estudiar su vida y darnos cuenta de los diversos tipos que presentan.

CAPÍTULO V

LOS AMERICANOS EN SU CASA Y FUERA DE ELLA

- I. Las instalaciones de familia. — II. Nueva York y las *boarding houses*. — III. La cuestión de los criados. — IV. En viaje. — V. El último viaje y la última morada.

I. — Las instalaciones de familia (1).

El amor á la independencia, que en la vida americana se manifiesta por tantos rasgos, revélase de una manera muy especial en las instalaciones de familia. El hombre que ha trabajado duramente todo el día para no depender de nadie y sustentar á su familia, quiere, una vez terminados sus quehaceres, disfrutar de la paz y el reposo en su hogar, pequeño santuario de donde aleja á los importunos.

En los ranchos ó en las granjas del Oeste no es necesario aislarse artificialmente para evitar la aglomeración; en las ciudades no es así. Todo conduce á ella, á la vida en común; mas los americanos resisten cuanto es posible á esa influencia, y podemos decir que se instalan en la ciudad como los parisienses en el campo. Si queréis tener, sin salir de Francia, una idea aproximada del barrio de las residencias en una ciudad americana, id á Montmorency, á Maisons Laffitte y á Bellevue, don-

(1) Mis lectores tendrán á bien observar que no se trata aquí más que de las instalaciones urbanas; las otras, las que se encuentran en los ranchos, en las granjas y en las pequeñas ciudades nacientes del Oeste, se han descrito en los capítulos donde se trataron estos asuntos.

de las casas que se encontrarán tienen más semejanza con la morada de un americano de Chicago que con los inmensos cuarteles donde nos alojamos en París.

En efecto, no es en el centro de las grandes ciudades donde se establece el *home*: allí se tratan los negocios, pero las familias no lo habitan. Id á cualquier punto de América, á Filadelfia, á San Luis, á Chicago, y veréis en todas partes esa separación bien marcada entre el barrio de los negocios y el de las residencias. Todas las mañanas se verán los tranvías que van en dirección al primero completamente atestados de viajeros, y lo mismo se observa todas las noches cuando regresan; pero si al que viaja por recreo se le antoja seguir la dirección contraria, saliendo por la mañana de su hotel para ir á mirar las graciosas quintas ó los parques que rodean la ciudad, puede estar seguro de tener la libre disposición de un tranvía para él solo. En un día de primavera, la sensación es muy agradable, pues se va á respirar desahogadamente en medio de las avenidas cubiertas de sombra, á lo largo de las cuales se elevan de trecho en trecho elegantes casas; y mientras que uno se regocija de escapar así de una atmósfera pesada, se cruza á cada momento con los *cars* llenos de infelices que van á trabajar todo el día.

Por lo menos, saben cuánto vale un aire sano y le buscan para la mujer y los hijos. «Comprad vuestras casas en Long-Island, dice un anuncio transparente que veo una noche en Nueva-York: aire fresco, trenes rápidos, etc.» En su laconismo, este anuncio pone muy en relieve las tres condiciones que un americano desea para su instalación; pero ante todo, que sea de su propiedad. «Comprad casas.» No se trata de alquilar una habitación, sino de estar en la suya, y si con esto se tiene aire respirable y un medio rápido para ir por la mañana á evacuar los negocios, se está bien instalado. Otros anuncios llenan los diarios y hasta los tendréis ante los ojos en los tranvías, donde se

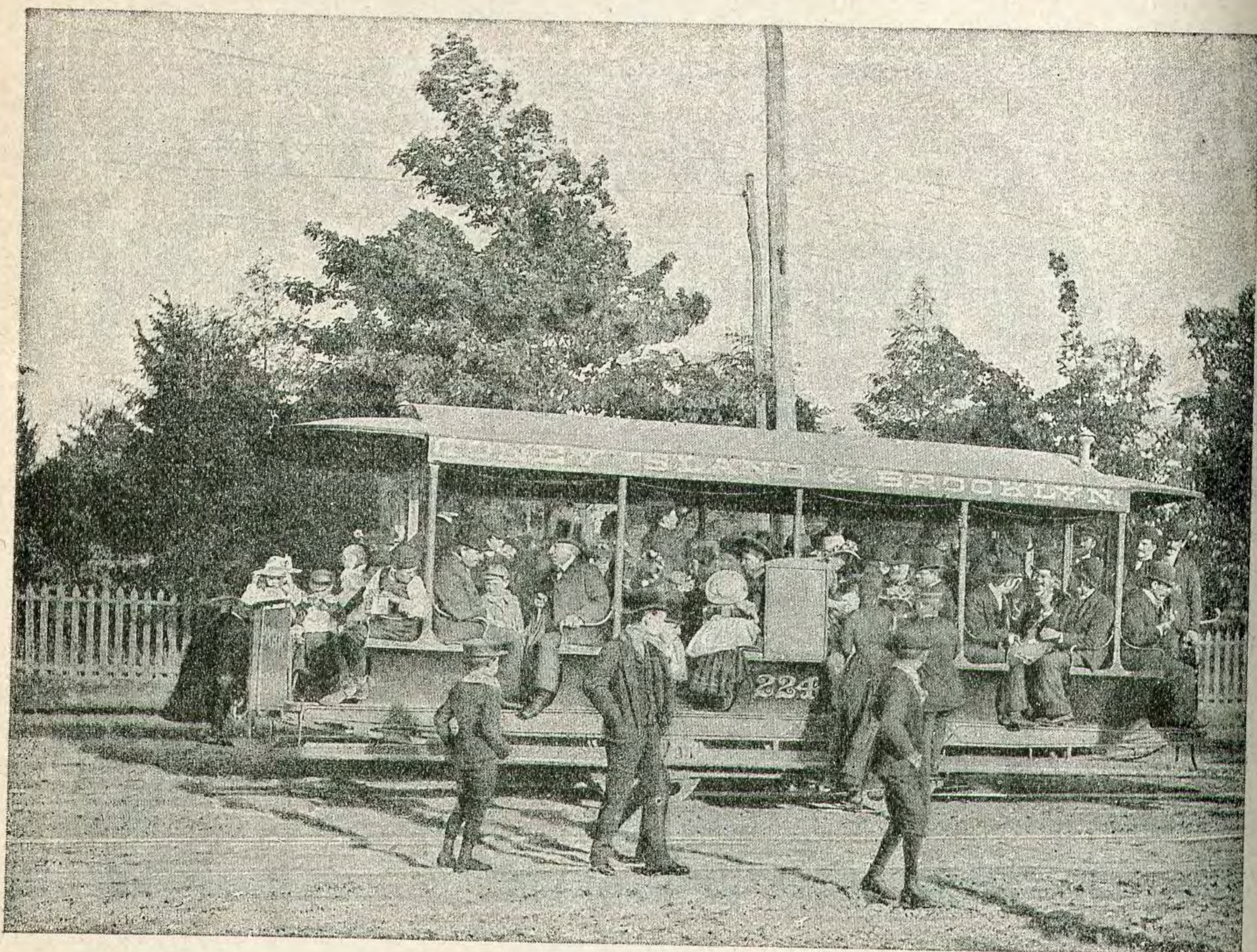
ostentan en el interior con las promesas más halagüeñas y consideraciones filosóficas sobre la alegría del *home*, su dignidad, su bienestar, etc., etc. Se comprende que el deseo de tener casa propia es bastante general para que todo el mundo se muestre sensible á estas consideraciones.



Viviendas en Denver

El gran obstáculo para la realización de este deseo es el alto precio de los terrenos; pero se vence alejándose bastante de la ciudad para encontrar precios arreglados; no es raro que uno habite á cuatro ó cinco millas de su oficina, y á veces, á lo largo de las líneas férreas, los barrios sub-urbanos se extienden á mayores distancias. Imposible es entonces saber dónde acaba la ciudad ni dónde comienza. Cierta día, hallándome en Omaha, tomo un *buggy* para dar una vuelta con mi compañero de viaje; avanzamos rápidamente al acaso por los anchos paseos planta-

dos de algodoneros, con pintorescas moradas á un lado y otro; y á medida que nos alejamos de las orillas del Misuri, la calzada comienza á ser más escabrosa. En algunas ocasiones nos vemos obligados á desviarnos de la línea para evitar una hor-

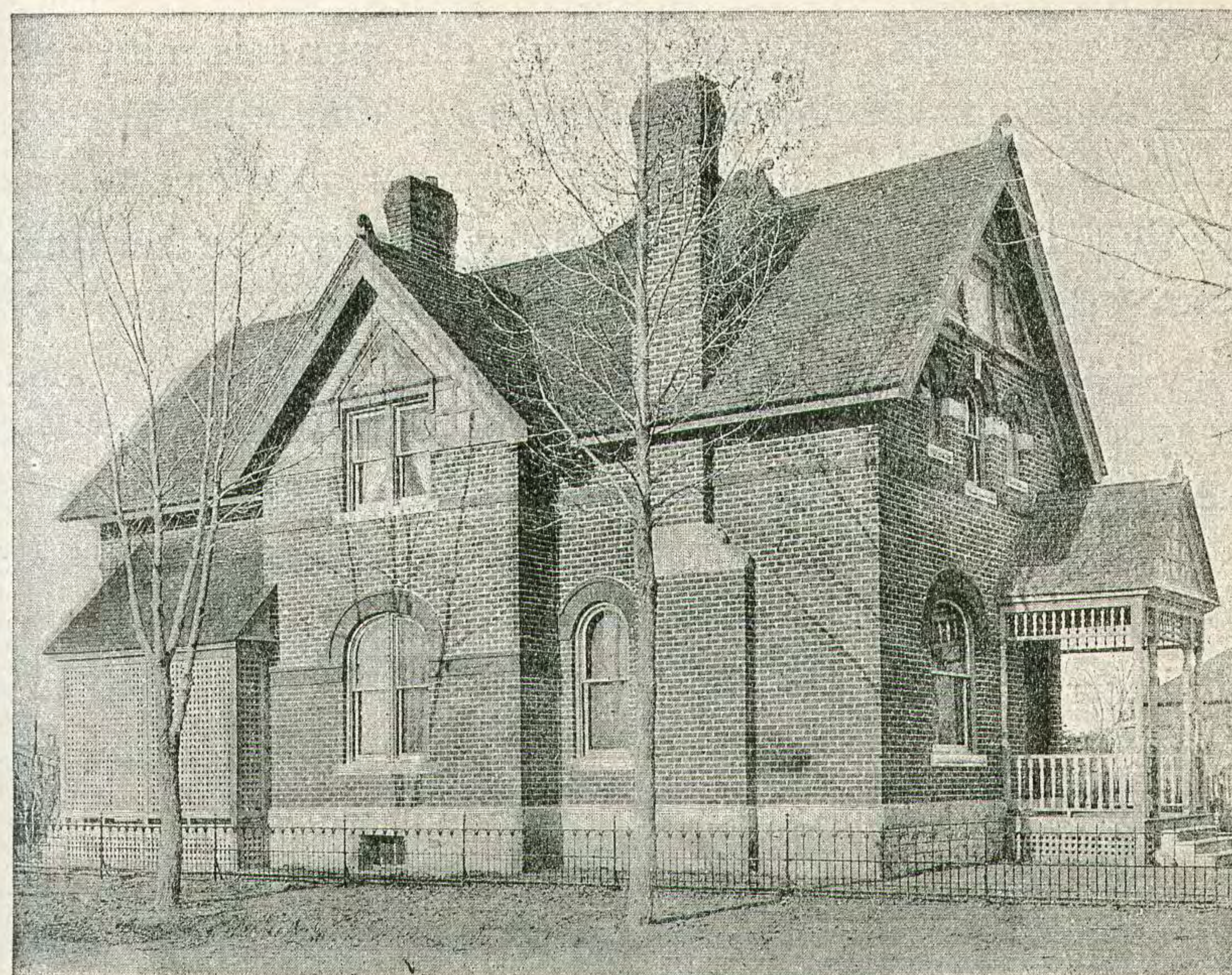


Un coche de tranvía en Nueva York

naguera demasiado profunda ó un camino en construcción; pero siempre vemos casas delante de nosotros, y nuestro ligero vehículo nos conduce muy pronto hasta el centro de bosques sin explotar aún, pero sembrados de modestas cabañas, algunas de ellas frescas y elegantes. De vez en cuando varios postes nos indicaban que circulábamos por una calle; mas la verdad es que á cada vuelta de rueda el coche tropieza contra gruesos troncos de árboles cortados casi á flor de tierra, y en vano

tratamos de retroceder. Al fin preguntamos á un transeunte dónde estamos, y nos dice que nuestro hotel se halla á unas cuatro millas de distancia y que hace una hora que hemos salido de Omaha.

Las casas que la clase acomodada ocupa no tienen la misma



Una casa de de valor 3.000 á 4.000 dollars en Denver

uniformidad de tipo que las casas de obreros, sobre todo en cuanto concierne á su forma exterior, en la cual predomina lo imprevisto y la fantasía; pero en el interior presentan un carácter constante, que se observa lo mismo en la casa del empleado del comercio que comienza su carrera y su fortuna, que en la del rico industrial.

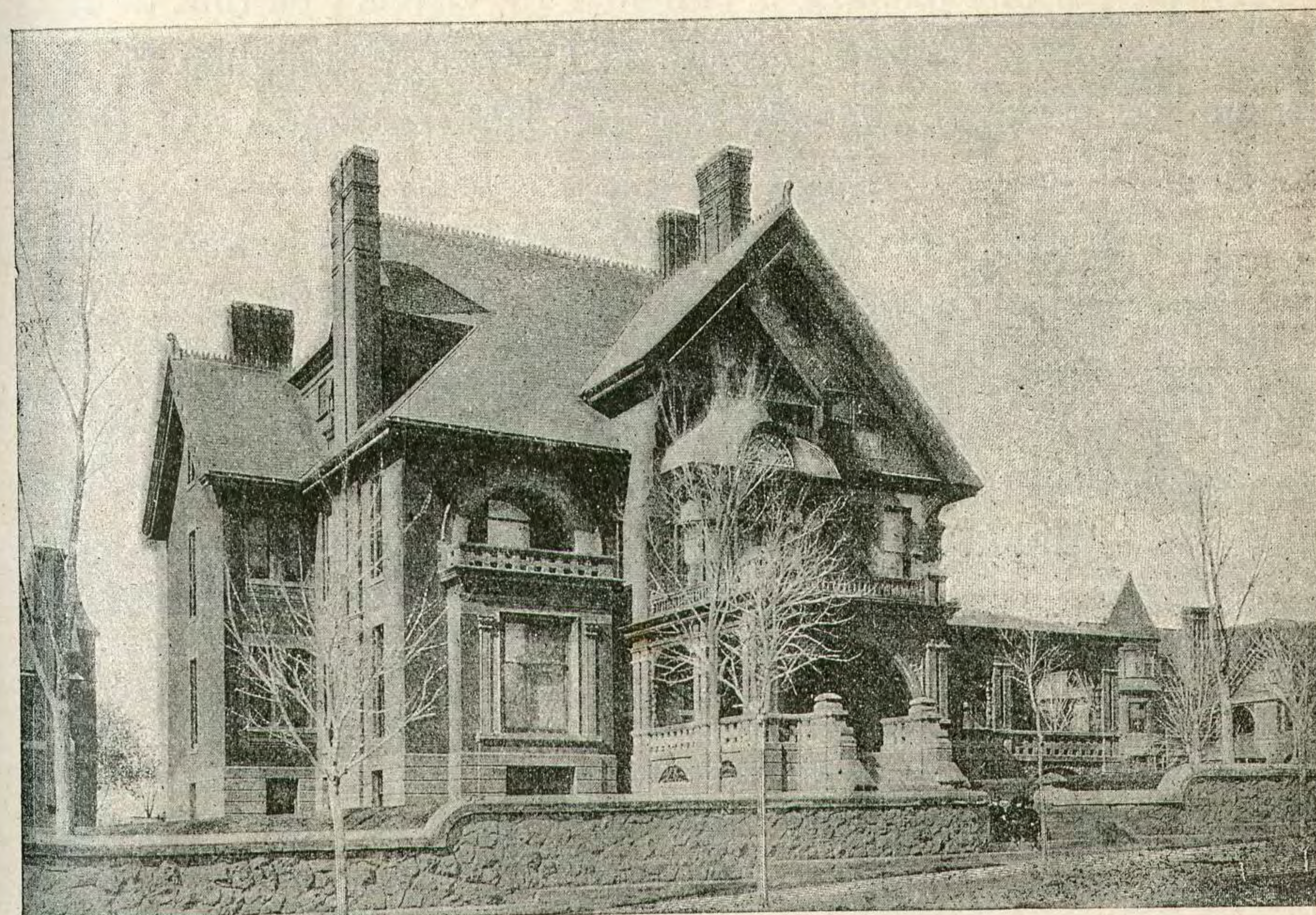
En efecto, todas están construídas para la vida de familia, y no para las recepciones, resultando una gran diferencia respecto á nuestras casas parisienses. A menudo se encontrarán dos sa-

lones, un *front parlour* y un *back parlour*; pero, generalmente, de reducidas dimensiones: en cambio, los aposentos son numerosos y cómodos. Las casitas de dos pisos, de tipo muy común, contienen, por lo general: en el piso bajo, cocina, escritorio, comedor, salón y vestíbulo; en el principal, cuatro habitaciones, y en el segundo tres; solamente los cimientos son de piedra, y el resto de madera; se puede construir esto por seis mil francos. No se tiene un palacio, pero es un *home*, donde hay medio de educar á una familia. Inútil parece observar que por este precio no se tienen molduras en los techos, y hasta puede ser que no existan estos últimos; pero entrad en las casas de piedra ó de ladrillo, que cuestan, por lo general, veinte veces más, siendo de mayores dimensiones y más lujosas, y encontraréis disposiciones análogas.

Del mismo modo, si penetráis en los pequeños hoteles estrechos y profundos de Nueva York ó de Boston, veréis que aquí el terreno es caro y que las casas se tocan; pero cada cual tiene su entrada por separado; es el *mínimum del home*, pero es el *home*. Con fachada á la calle, miden generalmente 7^m,50; es precisamente lo justo para tener un pequeño corredor y un *front parlour* (recibimiento); detrás otra habitación sirve de *back parlour* ó de comedor, y en el fondo del primero hay una escalera estrecha para subir á los pisos superiores, donde solamente se hallan las habitaciones reservadas. En el sótano están la cocina, las dependencias, y algunas veces el comedor: detrás de la casa hay un pequeño patio para los lavados, con cuerdas tendidas en todos sentidos, á fin de secar la ropa. Seguramente, el aspecto de todos estos patios en línea no es nada gracioso, cuando se contemplan desde una ventana próxima; pero situados entre las casas que flanquean las calles, perjudican poco al aspecto de las ciudades, y las dueñas de aquéllas los aprecian mucho. Gracias á estos sótanos y patios, pueden librarse de la

tiranía del lavandero chino que abrasa la ropa, y practican ó hacen practicar todos los trabajos de la casa, construída expresamente para esto.

En cambio no está bien organizada para reuniones ó bailes; excepto en las de algunos riquísimos ciudadanos del Este, de-



Capitol Hill, residencia en Denver

seos de imitar las costumbres europeas, no se encuentran esas líneas de habitaciones que tanto apreciamos; el vestíbulo, estrecho y largo, no recrea la vista; es cómodo para la vida diaria, pero de mezquina apariencia. Por otra parte, el género de vida mundana no es apenas posible aquí, y las mujeres no tienen día de recepción. Por la costumbre de tener las casas separadas, los unos viven lejos de los otros, y si no faltan los medios de comunicación, en cambio no son agradables para una mujer que hace visitas. En los coches del tranvía se sube sin contar las

personas, con tal que haya sitio; se oprimen unos contra otros, sentados ó de pie, y en aquella confusión hace triste papel un traje muy pulcro. Me diréis que se puede tomar un coche; pero no los hay, ó son demasiado caros; también es dado tener carruaje propio; mas esto es muy excepcional, mucho más que en Francia. En una palabra, la afluencia de visitas y de días de recepción no ha franqueado aún el Océano, y si alguna vez le franquea, los americanos verán que sus casas no están bien acondicionadas para esto.

Esas casas se asemejan de hecho á la vida americana: son particularistas; se construyen para los que las habitan, y no para los que vienen de paso. Comparadlas con un palacio italiano; aquí hay grandes habitaciones, que es preciso llenar de gente para animarlas; la vida de familia parece triste y desproporcionada en los inmensos salones; pero las fiestas se presentan con esplendor en los inmensos salones. En América no se está bien más que con la mujer y los hijos.

Por otra parte, las casas americanas reflejan la imagen de la sociedad, y generalmente tienen un carácter provisional; se construyen ligeramente con madera y ladrillo, y compréndese que sus habitantes no desean establecerse para siempre. Muchas se pueden transportar; todas arden con maravillosa facilidad, y apenas llama la atención de algunos curiosos el incendio, por la frecuencia de las conflagraciones.

Cuando los americanos quieren tener una casa de recreo, cuando renuncian á la concepción del *home* reducido á la familia, de ordinario van á establecerse en el campo. Si se exceptúa Nueva York, con los dos magníficos hoteles de la Quinta Avenida, que son un fenómeno europeo, en su *country seat* es donde al yanqui millonario le agrada ostentar su fausto. Alrededor de Filadelfia hay hermosas instalaciones de este género; pero se han de andar veinte ó treinta millas para encontrarlas; es preci-

so pasar de los arrabales más lejanos, pues el americano rico busca el aislamiento hasta en esta manifestación de su lujo. He aquí, por ejemplo, Wootton, la seductora residencia de Jorge W. Childs, el conocido propietario del *Public Ledger*: está situada en el condado de Delaware, lo bastante lejos de Filadelfia para



Casas en Kansas City

evitar la vecindad de sus fábricas, y es una de las más elegantes que se puedan encontrar; la casa habitación, construída al estilo arquitectónico inglés de la reina Ana, tiene el aspecto rústico deseado, que contribuye á su originalidad; y en el interior, un lujo bien comprendido contrasta felizmente con esa apariencia de sencillez: imagínese una quinta de príncipe á orillas del mar.

Hasta en Nueva York está bien visto hoy no tener en la ciudad más que un simple apeadero y establecer en el campo la

residencia principal: esto es un reflejo de la gran vida inglesa. Se dejan los *suburbs* (arrabales) para los dependientes de comercio, para los empleados, para el conjunto de la clase media (*middle class*). Jamás un yanqui rico consentiría, por ejemplo, en edificar una quinta en los deliciosos cerros de Hoboken, desde donde se domina la bahía, pues los alemanes han invadido todo este barrio y comprometen el carácter *fashionable*; el mismo Brooklyn, á pesar de Prospect Park y de los hermosos horizontes de Greenwood, no está de moda; pero á treinta millas de la ciudad, y sin que esté mal visto, se pueden gastar algunos centenares de miles de duros en edificar un *country seat* (residencia campestre). Esto es de muy buen tono. En Francia aceptamos la vida de quinta en Turena, durante el otoño, con las cacerías y las comidas, vistiendo traje encarnado; pero la mujer elegante y millonaria que se contenta con una morada transitoria en París comienza á ser ave rara. Buscamos demasiado la sociedad de nuestros semejantes para aceptar semejantes usos; entre nosotros, el campesino se aglomera en la aldea, mientras que el rentista lo hace en la ciudad. Aquí el obrero, el modesto empleado y el banquero rico parecen huir á porfía de todo contacto obligado.

II.—Nueva York y las «boarding houses»

Sin embargo, el enorme desarrollo que han tomado desde hace unos cincuenta años Nueva York y sus anejos de Brooklyn y de Nueva Jersey ha opuesto á esta inclinación al aislamiento, muy general, tan graves obstáculos, que muchos matrimonios han debido renunciar á su independencia y vivir juntos en la misma casa, lo cual ha producido un género de instalación particular, la *boarding house*.

Las pequeñas casas separadas que vemos en Nueva York,

en las inmediaciones de la calle 36 y más allá, pagan generalmente un alquiler de quince á veinte mil francos; su construcción no cuesta mucho; mas el precio del terreno es enorme: dos, tres ó cuatro mil francos el metro cuadrado es el tipo ordinario; entiéndase que no alcanza este último precio sino



Casa en Kansas City

cerca de las grandes avenidas; pero es preciso alejarse mucho para llegar á terrenos de precio razonable. Naturalmente, es imposible para muchas personas pagar los subidos alquileres que son consecuencia de tal estado de cosas, y más aún comprar una casa en plena ciudad de Nueva York, lo cual supone, por lo menos, un desembolso de cuatrocientos mil francos. De aquí ha venido la costumbre de vivir en la *boarding house*, especie de pensión de familia ó casa de huéspedes, muy generalizada hoy. La *boarding house* tiene todo el aspecto de uno de los peque-

ños hoteles ó casas particulares de que antes hablaba: la fachada es reducida; el pórtico, de cuatro ó cinco escalones, conduce á una doble puerta, y después á un exiguo corredor; y en fin, es una casa particular, cuyo destino se ha cambiado. La primera vez que puse los pies en una *boarding house*, no lo sospeché hasta una hora después de hallarme en ella: era en Brooklyn; yo había recorrido ya la ciudad durante el día, y al ver todas aquellas casitas estrechadas entre sí, pero cuidadosamente distintas, me forjé en la imaginación un gracioso idilio familiar; veía en cada una de ellas un hogar amado, un *home* celoso, embellecido por la presencia de una mujer, alegrado por los juegos de numerosos niños, y mientras me paseaba, mi sueño iba enterneciéndome. Pensé en la alegría bien merecida del esposo cuando llegaba por la noche para disfrutar durante algunas horas de la dicha de aquellos que por él vivían, y decíame que una casa en Brooklyn y una oficina en *Lowest Broadway* constituían para la felicidad conyugal un cuadro que no dejaba de tener su poesía. Entretanto, me ocurrió la idea de ir en busca de un joven matrimonio de Brooklyn á quien había sido recomendado; la ocasión era única para continuar mi sueño en la realidad, y muy pronto llamaba á la puerta de la casa. Abren al punto, me conducen al salón, y pocos minutos después una encantadora joven baja para recibirme. «Mi esposo no ha vuelto aún, me dice; mas hay un medio para que usted le vea con seguridad y es quedarse á comer conmigo.» Acepto con la indiscreción propia de todos los viajeros y creyendo sentarme á una mesa de familia; mas bajamos por la estrecha escalera á una habitación del sótano, donde comen diez ó doce personas. ¡Estoy en una *boarding house*! ¡Adiós, sueño! Aquel comedor presenta todos los horrores de la casa de huéspedes, ese aspecto engañoso de la comida de familia, que os obliga á sentaros junto á un extraño, privándoos de la libertad del restaurant; esto me molesta para hablar con la

amable americana, que con tanta gracia ha sabido atraerme á este lazo, y la presencia de todos aquellos indiferentes, los más de los cuales devoran silenciosos en la misma mesa la pitanza de la *boarding house*, me disgusta y enoja. Entonces doy á la conversación un giro por el estilo de la que se puede tener en



Casas en Nueva York

la mesa redonda de una estación balnearia: la Exposición de París, los barcos de la Compañía transatlántica, el puente de Brooklyn, etc.; en fin, paso como puedo, enojado interiormente, aunque sonriendo, la media hora necesaria para tomar una sopa de ostras y algunos otros manjares americanos. Por fin subimos al salón, y la señora R.... me pregunta si es la primera vez que entro en una *boarding house*; la contesto afirmativamente, y entonces me enumera los inconvenientes de aquel género de instalación.

«Todo el día, me dice, mi marido se ocupa en sus negocios y yo me quedo aquí sola, sin tener nada que hacer en la casa, ni ocupación alguna. Como he aprendido un poco el francés en mi infancia, me entretengo algunas veces, tratando de hacer traducciones.» En efecto, un número de la *Ilustración* que veo sobre la mesa, con un diccionario al lado, revela los esfuerzos que ha hecho para comprender la novela. Añade que así ha leído *Tartarín de Tarascón*, y yo me pregunto qué gracia habrá podido encontrar en esta obra, si bien es verdad, según confesión suya, que la interesaba muy medianamente, pero que no sabía en qué ocuparse durante aquellos interminables días. Comparo esta existencia, agobiada bajo el peso de la ociosidad, con la de las mujeres del Oeste, siempre tan activa, y ese *home* reducido á su modesta vivienda de madera, pero en la cual se hallan en su propia casa. ¡Qué contraste! ¡Evidentemente se juzga mal á las americanas cuando no se las ve más que en la *boarding house*, y no se comprende bien el verdadero papel que desempeñan en la masa progresiva de esta sociedad! Si se quiere, son las mismas americanas; trasladadas desde Brooklyn al Dacotah, ó recíprocamente, y las veréis transformarse, si bien esta transformación impuesta, no por los antecedentes de la raza, sino por condiciones de vida muy distintas, las cambiará hasta el punto de que no se las conozca ya.

La ociosidad de que hablo, por otra parte, es casi irremediable, y no debe esperarse que esta mujer joven pueda encontrar en la educación de sus hijos la ocupación que necesita. «Es cosa terrible tener niños en una *boarding house*,» me dice (*A dreadful thing to board with children*), y por eso no se suelen tener, ó si acaso, los menos que es posible. La esterilidad voluntaria, de que hablé en un capítulo anterior, predomina aquí de la manera más marcada, y no me extraña que los estadísticos demuestren su asombroso progreso en las grandes ciudades

del Este, sobre todo en Nueva York y en Brooklyn, donde el conjunto de la clase media está condenado al *boarding*. ¿Dónde poner por de pronto á esos pobres niños? Falta lugar; los vecinos se quejan del ruido, y muchos propietarios de la *boarding house* se niegan á admitir niños, con una severidad de que apenas puede dar ligera idea la tiranía del conserje parisiense. Por otra parte, ¿cómo han de vivir? La comida en la *boarding house* no conviene á los niños; la criada de servicio que la prepara, y á la cual se da el nombre de cocinera, no quiere molestar por una clase particular de huéspedes, y en resumen, el cuadro del *boarding* no se ha hecho para ellos, sino para los célibes.

Junto á esa odiosa casa de huéspedes hay otro género de *boarding* muy familiar que no debe confundirse con el primero. Muy á menudo un joven, y hasta algunas veces un matrimonio, se van á vivir con una familia particular, que les proporciona la habitación y la comida, llegando á ser así los huéspedes y como un aumento de la familia: éste es el *boarding in private family*, que llena las planas de anuncios de todos los diarios.

«Un joven sería feliz si encontrase un *home* en buena familia con hijos de su edad.»

«Un caballero, ocupado en los negocios cuarenta años hace, desea un *home* en una familia de clase media (no quiere *boarding house*); está ausente la mitad del año, pero paga bien durante su permanencia.»

«Dos jóvenes desean ser admitidos como pensionistas en familia que posea un terreno de *lawn tennis*.»

«Marido y mujer que consentirán en pagar una instalación de primer orden, desean alojamiento y pensión en familia particular.»

«Un caballero solicita pensión en familia distinguida (*of social standing*); pagará bien, pero desea todas las comodidades

de un *home*. Ofrece y exige las mejores referencias. Dar detalles completos en la contestación.»

Esta variedad de *boarding* es todo lo contrario de la otra desde cierto punto de vista: sustituye su frivolidad por una especie de adopción de carácter especial, y marca la persistencia del espíritu familiar y particularista en medio de la aglomeración fatal de las grandes ciudades.

Pero en Nueva York desaparece á causa de la rareza cada vez mayor de las instalaciones privadas en la clase media. El yanki rico que tiene su hotel no admite huéspedes, por supuesto, pues no necesita este recurso accesorio para sostenerle; y en cuanto al humilde burgués, que se daría por contento si pudiera encontrar una ó dos personas que le ayudaran á pagar los gastos generales de su casa, esta última no es suya, pues el desarrollo de la ciudad y lo caro de los terrenos que de él resulta, le han expropiado de hecho.

La *boarding house* trivial, dirigida por persona cuya industria consiste en tenerla, es, por lo tanto, lo que predomina en Nueva York, y de aquí proviene, sin duda, el dicho de que los americanos viven en el hotel, dicho que tiene su aspecto de verdad en el Este y del que se hacen eco muchos europeos poco cuidadosos de ir á ver lo que pasa fuera de Nueva York.

Una vez me pregunté si habría encontrado aquel americano que vive con su familia en un inmenso hotel de viajeros y del que hablamos á menudo en Francia. Era en Boston; yo iba en busca de un caballero cuyas señas me habían dado, y al llegar, me encuentro delante de una gran casa muy poco parecida á las moradas comunes de los americanos, en cuya puerta no se veía más que esta inscripción. «Hotel X.....» No se podía dudar; el padre de familia vive en el hotel; en efecto, veo una jaula de ascensor, me suben á un piso alto y me indican una puerta. Apenas llamo, un criado abre la puerta; entro en una

habitación de estilo parisiense, y el dueño me dice que se ha instalado así para complacer á su esposa, acostumbrada á los usos franceses. Su alojamiento se compone del salón, comedor, sala de billar, varias alcobas, la cocina y otras dependencias. Varios criados sirven al señor X....., que vive como en París: es un fenómeno de trasplante. Apenas se encuentran en Boston casas organizadas para alquilarlas por pisos; el tipo del inmueble de referencia, tal como le entendemos en Francia, no existe; y he aquí por qué es preciso ir al hotel para alojarse según nuestra costumbre.

En Nueva York, la invasión del cosmopolitismo ha producido desde hace algunos años la creación de algunas casas parisienses con habitaciones á pie llano (*flats*); pero las ocupan principalmente los europeos. Veinte años ha se llamaba á estas habitaciones *french flats*; pero hoy no han conquistado aún derecho de ciudadanía. Sin duda ofenden al gusto americano por la independencia menos completamente aún que la *boarding house*; mas éste tiene por lo menos otra ventaja, la de resolver la cuestión de los criados, lo cual es un gran asunto en el país.

«Si yo pudiese tener una mujer para servirme, abandonaría hoy mismo mi *boarding*,» me decía la joven de Brooklyn que ya conocen mis lectores.

Allí se produce, en efecto, un hecho particular de la vida americana, y es la dificultad enorme de encontrar servidores. Los que tienen la dicha de poder conservar criados medianos, ó son bastante sencillos en sus costumbres para servirse á sí mismos, pueden recrearse en una casa propia, y van á buscarla bastante lejos del centro á fin de obtenerla por un precio razonable; pero los que, por el contrario, no son capaces de hacerse servir ni de servirse á sí propios, toman fatalmente el camino de la *boarding*.

Así, pues, la cuestión de los criados tiene una influencia capital en la instalación americana, y por lo tanto, este es el lugar de examinarla.

III.—La cuestión de los criados

No necesito extenderme en largas consideraciones para explicar á mis lectores por qué los sirvientes son raros en los Estados Unidos. Muchas veces hemos demostrado ya que en ese vasto país, donde tantas riquezas hay sin explotar aún, todos caen naturalmente en la tentación de trabajar por su propia cuenta, de aprovecharse de las ventajas excepcionales de un país nuevo. El carácter americano es dado á acometer toda clase de empresas, el crédito las favorece y el espíritu público las estimula; se aprecia más al hombre atrevido, aunque fracase, que no al hombre prudente y timorato que no trata de elevarse por temor de caer. En su consecuencia, nadie consiente en ser criado de profesión; se busca qué hacer durante algún tiempo para ganar una suma que se necesita; mas no se acepta la idea de vivir y morir criado, porque se puede alcanzar algo mejor.

Por eso no hay nada tan extraño á los ojos del europeo como los criados transitorios que figuran en los hoteles más elegantes. Recuerdo la extraña impresión que me causaban cuando, al desembarcar por la mañana del transatlántico, los comparé con el digno «oficial de boca» que dirigía el servicio de la mesa á bordo, pareciendo tan penetrado de la gravedad de sus funciones como el más solemne presidente de un tribunal. Aquí, los sirvientes no tienen esa expresión impasible, ese aspecto de humildad que deseamos en los nuestros. Ninguna señal distintiva indicará su ocupación cuando se hayan despojado del traje negro y de la corbata blanca de rigor; los unos llevan bigote; los otros van completamente afeitados y tienen el aire de todo el

mundo, lo cual quiere decir, en buen francés, que tienen mal aire.

He dicho en otro lugar cómo las jóvenes que sirven la mesa en los hoteles de las pequeñas ciudades del Oeste llegan á ser á menudo *prominent ladies* (grandes señoras) al casarse; y aun antes de despedirse así definitivamente del delantal de servicio, le dejan y le vuelven á tomar con la mayor facilidad. Ser criadas es para ellas una situación transitoria y como un medio accesorio para vivir, al que apelan cuando los otros faltan.

Un americano de San Luis me citaba un ejemplo bastante curioso acerca de este asunto: tenía en su casa una cocinera alemana que le servía durante seis ó siete meses del año, en invierno; pero cada primavera volvía á la granja paterna. El americano había tratado de conservarla prometiéndola más salario y amenazándola con no admitirla al volver el invierno; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. La joven alemana salía de San Luis apenas los trabajos de la tierra exigían su presencia, y pasaba el verano en casa de su padre para ayudarle en la explotación de su finca. En rigor, aquella joven no era cocinera, sino labradora; si buscaba colocación durante el invierno, era porque nada tenía que hacer en la granja, y porque no la desagradaba un reducido peculio, ó tal vez facilitar á su padre el pago de las deudas. Me parece, en efecto, que aquel *farmer* del Missouri había hipotecado su tierra para darla más valor.

Lo más curioso del caso es que, no encontrando una cocinera que se aviniese á permanecer todo el año en su casa, mi americano debía contentarse con la alemana. Durante el verano, su esposa y sus hijas se ocupaban de la cocina por turno, y en el invierno tomaba de nuevo la joven de la granja.

Aún sería esto menos malo si esos servidores transitorios fueran dóciles, si se pudiese llamarles para dar alguna orden sin exponerse continuamente á que se nieguen á obedecer; pero se ha de pensarlo dos veces antes de mandar algo á un criado

americano. No entiende que está á vuestro servicio para hacerlo que os plazca; ha entrado en la casa con ciertas condiciones, para hacer un trabajo determinado, y antes de satisfacer vuestros deseos, se preguntará siempre si están conformes con lo que se ha convenido al entrar en la casa. Como este contrato es siempre susceptible de interpretaciones diversas en los mil detalles del servicio, ya se comprenderá por esta complicación del problema qué cosa tan grave puede ser decir en los Estados Unidos: «Nicolás, dame las zapatillas y el gorro de dormir.» Una señorita de Kansas City ruega un día á su *girl* (muchacha de servicio) que limpie los chanclos de goma de su esposo; la joven se indigna, se niega terminantemente y pide su cuenta: no le habían dicho nunca que debería limpiar los chanclos del caballero.

En los hoteles, después de cierta hora no se puede obtener una taza de te, pues los criados se han ido después de terminar el servicio; han vuelto á tomar el camino de su *home*; los que velan para recibir á los viajeros se encargan únicamente de esto y no penetran en la cocina; de modo que si se les pide el menor refrigerio, contestan cortésmente que en las ciudades hay restaurantes abiertos de noche. Así es como fuí acogido en Pittsburgh después de un largo viaje complicado con un accidente de vía férrea; habíamos permanecido con mucha molestia en el camino durante tres ó cuatro horas, á causa de hallarse la vía obstruída por un tren de mercancías descarrilado, y en vez de llegar á las ocho de la noche, entramos en la estación de Pittsburgh á eso de las doce. Hacía, pues, mucho tiempo que había pasado la hora de comer cuando llegué al hotel, y precisamente por esto me moría de hambre, á pesar de mis frecuentes recursos con los plátanos y las naranjas, que siempre se ofrecen á los que viajan en camino de hierro. Por eso no he olvidado nunca la negativa perentoria con que me contestó el *clerk* del

hotel cuando pedí alimento, contestándome que podía buscar un restaurant de noche.

Los sirvientes americanos son obreros de tarea fija, que conservan su independencia completa y no deben al amo más que el trabajo convenido; de modo que si se vigilase su conducta y se les dieran consejos, considerarían esto como un abuso. Si tenéis una camarera joven, recibirá á su novio, saldrá cuando le plazca, y en general obrará completamente á su antojo fuera de las horas de trabajo estipuladas por vuestros convenios. Observad además que si estuviera en casa de su madre, sucedería poco más ó menos lo mismo, pues las jóvenes educadas de la manera que hemos dicho no podrían aceptar una estrecha dependencia, y las costumbres que vemos en los criados son, en suma, las adoptadas en toda la nación.

Otra causa contribuye á que sus exigencias aumenten, y es su reducido número; no basta decir que se sirve mal en América; la verdad es que no se sirve de ningún modo.

Tres ó cuatro veces me ha ocurrido en el Oeste el caso que voy á decir: yo iba á presentarme en alguna casa con una carta de recomendación; la entregaba á la persona que me abría la puerta, rogándole que la entregase á sus amos, y..... esta persona la leía en mi presencia: era la misma dueña de la casa. Cada vez me reprendía interiormente por mi torpeza, diciéndome que hubiera debido sospecharlo; pero las apariencias son á veces engañosas, y verdaderamente se me podía dispensar. Una vez, sobre todo, la joven que había contestado á mi campanillazo llevaba un gracioso delantal blanco guarnecido de bordados y un niño cogido de la mano. ¿Cómo comprender que no era un aya? Para reparar mi falta, acaricié mucho al niño y me extasié ante sus encantos, ligero ardíd inocente al que no resisten las madres. Es preciso decir también que en los Estados del extremo Oeste los criados escasean de tal modo, que nadie se sonro-

ja por no tenerlos y verse en la precisión de abrir la puerta por sí mismo.

Hasta en el Este y en las casas de personas ricas, el servicio es nulo. He comido en algunas muy elegantes, en las cuales no había ni mayordomo, ni ayuda de cámara, ni lacayo de ninguna especie. En una comida de catorce cubiertos, en casa de un hacendista de Boston que tiene cuatrocientos mil francos de renta y que los gasta, somos servidos por una sola joven, que atraviesa el comedor de vez en cuando. Los convidados se pasan de uno á otro los platos, que no se cambian, y la dueña de la casa hace el te. En Francia, un funcionario poco acomodado no se atrevería á recibir un extranjero á su mesa con tan poca ceremonia.

Cierto que hay en las ciudades del Este americanos que se dan cuenta de esto y se sonrojan al ofrecer á un europeo la hospitalidad en su *home*, muy cómodo, pero que carece de las facilidades para el servicio á que nosotros estamos acostumbrados. En el Oeste son más sencillos y hospitalarios, y aquí la diferencia es bastante sensible para que los americanos la noten y se permitan bromas sobre ella. Sobre este asunto se refiere la historia de un extranjero que, acogido con los brazos abiertos en varios Estados del Oeste, llega á Boston y se extraña del poco afán que se muestra para festejarle. Las casas se cierran delante de él; nadie le invita á sentarse á su mesa, y solamente un viejo puritano le ruega que tenga á bien sentarse en su banco de iglesia el domingo siguiente (*I hope you will sit in my pew on sunday next*). Este rasgo indica bien el carácter.

Se podría preguntar por qué una gente tan rica como los americanos del Este no llegan á proporcionarse criados europeos ofreciéndoles subidos salarios. En París no faltan individuos susceptibles de convertirse en buenos lacayos, á los que no desagradaría ganar trescientos francos al mes; mas á pesar

de todo, hasta en Nueva York es muy difícil encontrar quien sirva.

Y no es que Europa rehuse á América emigrantes pobres, pues todos los años Irlanda y Alemania le envían considerable número, de los cuales varios se colocan como criados á su llegada; pero también ellos sienten el deseo de independencia general en los Estados Unidos, y se van apenas han reunido un pequeño peculio para arriesgarle en una empresa cualquiera. Los cocineros franceses establecen restaurantes; los alemanes, pequeños hoteles; y cuanto más se les paga, más se apresura el momento en que creen poder trabajar por su cuenta. Verdad es que muchos son incapaces de hacer este cálculo, y beben *wiskey* mientras tienen un duro; pero estos son muy malos sirvientes, como ya se comprenderá, y si no se van ellos, se hace preciso despedirlos, lo cual no resuelve la cuestión.

En cuanto al tipo de criado metódico y tranquilo, que tan sólo aspira á retirarse en su vejez con algunos ahorros cuidadosamente reunidos, es un hombre demasiado prudente para franquear el Atlántico; nadie se expatria cuando tiene tal temperamento; y de consiguiente, los únicos individuos que podrían quedarse como criados en América son precisamente los que no vienen.

De grado ó por fuerza es preciso, pues, aprender á prescindir de la servidumbre. Muchos americanos de Nueva York, ricos y de costumbres refinadas, imitan el ejemplo de Mahoma y van á la montaña que no quiere venir hacia ellos, á lo cual se debe la invasión americana en los Campos Elíseos. Otros cambian continuamente de criados, viajan mucho y van á comer en casa de Delmonico cuando su Vatel les abandona; y los más se arreglan en las *boarding houses*.

En cuanto á los verdaderos americanos, no huyen del mal, sino que le soportan con paciencia; las mujeres se ocupan resuel-

tamente en los quehaceres de la casa, simplificándolos cuanto es posible, y el mundo marcha lo mismo; pero como muchas cosas se pueden ejecutar mecánicamente en este siglo de vapor, se aprovecha la máquina siempre que se puede en el servicio de las casas.

Nada es tan curioso como visitar el sótano de una instalación americana; diríase que se está bajo el escenario de un teatro: en las paredes una infinidad de tubos de plomo, de hilos metálicos; las distribuciones de agua, de gas, de electricidad y de vapor de agua, que salen fuera; y las ramificaciones del *steam heater* ó de cualquier otro sistema de calefacción, destinado á combatir el clima riguroso de América. Cuando se sube, se puede ver en las diversas habitaciones la razón de ser de todo aquel aparato. La luz eléctrica ó el gas, con frecuencia ambos, instalados en todos los rincones; contiguo á cada habitación, un gabinete tocador, con llaves para el agua fría ó caliente, y una sala de baños muy completa; toda la casa caldeada é iluminada para el mayor *confort* de sus inquilinos, y la comodidad para el lavado, el planchado y la cocina, sin contar el teléfono y el telégrafo, complementos indispensables de la vida americana. Las mismas casas en que comáis, servidos por una joven alemana ó irlandesa que haya desembarcado la víspera, os ofrecerán ese lujo de mecánica, ese alumbrado dispendioso que parecería exagerado á muchos franceses con numerosa servidumbre. Es que aquí no basta el dinero para obtener servidores, mientras que es muy suficiente para pagar el servicio de los industriales.

En los hoteles, el maquinismo alcanza aún mayor grado de complicación. En el *Auditorium Hotel*, de Chicago, veo en una de las paredes de mi habitación un gran disco de cobre, por medio del cual puedo transmitir una orden al despacho del hotel sin molestar á nadie. Alrededor del disco se hallan inscritas veinticuatro órdenes diferentes, de las cuales doy aquí algu-

nos ejemplos: *Agua helada; cartas y paquetes; la cuenta del hotel; subid mi equipaje; bajad mi equipaje; recado de escribir; un coche; la lista de los vinos; etc., etc.* Cuando se quiere la cuenta, por ejemplo, se coloca sobre las palabras *Cuenta del hotel* una aguja movible; después se oprime el botón de un timbre eléctrico colocado en el centro del disco; un instante después la aguja vuelve á su posición normal, y ésta es la contestación del despacho, que acusa recibo de vuestra orden. Sin duda cuesta caro establecer todo esto; pero es aún más ventajoso para la administración del hotel que no pagar sirvientes encargados de responder á los que llaman.

IV.—En viaje

Para tener completa idea de la manera de instalarse los americanos, no basta verlos en sus casas; es preciso también verlos fuera de ellas. La necesidad de movimiento que les acompaña comunica á sus viajes, en efecto, el carácter de un hecho normal y acostumbrado. La clase acomodada, en particular, vive gran parte del año en camino de hierro, en los barcos, en las estaciones de invierno de la Florida, en las de verano de los Adirondacks, en Europa, y en fin, en todas partes menos en su casa. Aquellos á quienes la medianía de sus recursos los tiene sujetos á su cadena, se arreglan también para romperla de vez en cuando: tanta es la inclinación que sienten á trasladarse de un punto á otro.

En Nueva York no se dará importancia al hombre de negocios si no va á respirar algunos días en las montañas el aire puro cuando comienzan los grandes calores, ó á calentarse al sol de la Florida durante la estación rigurosa: si no lo hiciese, esto probaría, en efecto, que sus negocios van muy mal. Inútil es, por otra parte, que prolongue su permanencia en aquellos luga-

res de recreo; cuanto más lejos vaya á buscarlos, más gastará y menos tiempo estará ausente de su casa. Cada uno de estos rasgos indicará, en efecto, que su tiempo es precioso y que vale dinero.

Es preciso reconocer además que el clima americano justifica el deseo de cambiar de aires. Nueva York, sobre todo, tiene condiciones deplorables desde este punto de vista: en invierno hiela; las corrientes del Polo dejan sentir lo bastante su influencia para que la temperatura descienda á un grado muy bajo, y la humedad de la isla de Manhatlan comunica al frío una aspereza y una fuerza de penetración intensa. Sin embargo, Nueva York se halla á una latitud bastante próxima al Ecuador, poco más ó menos la de Nápoles, y por eso durante el verano llega á ser teatro de una lucha constante entre las corrientes polares y el calor muy fuerte del sol, de lo cual resultan variaciones muy bruscas. En el mes de junio he conocido días que, comenzando con un sol abrasador y una temperatura de estufa, terminaron con una violenta borrasca que enfrió súbitamente la atmósfera. En invierno se tiritaba, pues el termómetro señala 30° centígrados bajo cero; y en la fuerza del verano se siente languidez y sofocación á los 30° ó 40° de calor.

En la costa del Este y al Sud de Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Wáshington ofrecen ya mejores condiciones climáticas; pero en el Noroeste, la desviación entre las temperaturas extremas es más marcada aún. El inmenso valle plano del Mississipi, expuesto á todos los vientos, alejado de las influencias oceánicas, excepto en su parte más meridional, atrae á sí accidentes atmosféricos intensos, ciclones, vientos ó tempestades de nieve. Sabido es que Louisville quedó devastado últimamente por un ciclón espantoso; durante el verano de 1890, en Chicago murieron en un solo día cincuenta personas de insolación; los caballos se caían en la calle, agobiados por el terrible

calor del sol, y hasta los perros sufrían sus efectos: esto sucedía en el mes de julio, y pocas semanas antes, en los primeros días de mayo, aún había hielo.

Pero los americanos no viajan tan sólo para escapar de las molestias que el clima ocasiona, sino también para librarse de sus ocupaciones y de los negocios, para descansar. *To go abroad* (irse lejos) y romper su cadena, ¡qué sueño para un hombre que trabaja todo el día! La fatiga del viaje no es nada en comparación del reposo, de espíritu que proporciona. «Vea usted, decíame cierto día un abogado de Chicago, no hay ver-



Un cochero improvisado: Parque central en Nueva York

daderamente en el mundo más que un sitio donde descanso, y es el mar, porque estoy seguro de que no llegará hasta mí ninguna carta ni comunicación y disfruto completamente de tranquilidad. Después de los transatlánticos, Europa es lo que más me proporciona esa sensación de calma benéfica, y sobre todo, Francia. En París todo el mundo parece estar de vacaciones, y solamente al ver los Campos Elíseos ó el bulevar se me suavizan los nervios. He aquí por qué no apelo á los médicos cuando me fatigo demasiado; salto al primer bar-

co que sale para Europa y vuelvo curado al cabo de un mes.»

Estos viajes de salud explican bien la vida puramente vegetativa que observan de bastante buena voluntad ciertos americanos. En la Florida se les ve mecerse durante horas enteras en un balancín, con la mirada vaga, la cabeza echada hacia atrás, con los pies apoyados en el objeto próximo y á la mayor altura que puedan alcanzar. Se necesita tener gran necesidad de reposo para poder recrearse en este monótono ejercicio. No es el momento más favorable para juzgar á los yankis; es una hora negativa, un compás de espera en su existencia; y del mismo modo, durante las travesías, muchos no dicen ni hacen nada y se pasean maquinalmente sobre cubierta. Mientras que los brasileños y los demás americanos del Sud hacen un ruido infernal y fuman enormes cigarros; mientras que los viajeros de comercio franceses organizan un concierto ó buscan algún juego de palabras, el verdadero yanki parece indiferente á todo cuanto le rodea, y bosteza con toda su alma. Los grandes espectáculos de la naturaleza le conmueven poco: cuando el sol poniente abrasa el inmenso horizonte de alta mar, cuando sus magníficos reflejos vienen á teñir las olas de mil colores variados, no se nota en él la menor impresión; tal vez se incline uno á creerle estúpido; pero suspended vuestro juicio y vedle en su cuadro normal.

En el fondo, todo el mundo tiene la expresión un poco estúpida á primera vista. En esa reunión casual, donde la pereza es obligada y donde toda facultad utilizada de ordinario debe dormitar por fuerza, nada revela al hombre de valor. La personalidad de marca es la de un individuo cualquiera que os hace pasar el tiempo, que entona alguna canción, por ejemplo; es la del hombre acostumbrado á la vida ociosa, y el americano no pertenece á este tipo; tan sólo es ocioso en ocasiones, ó más bien, no lo es nunca, pues su reposo es una preparación para el trabajo.

Los viajes responden además á otra necesidad del yanki, que es la de instruirse por los ojos. En general, no adquiere sus conocimientos en los libros; pero se forma muy pronto, por la práctica de la vida; no es un letrado, pero sí un observador, y llega á darse cuenta de las cosas que ve, porque su educación se



Sobre cubierta de un transatlántico

ha hecho así, hallándose dotado de una curiosidad particular que le induce á examinar todos los detalles. Si mira con indiferencia una magnífica puesta de sol en pleno Océano, en cambio no deja de visitar las máquinas del buque, pidiendo la explicación del mecanismo y admirando después su potencia. Estos son otros tantos datos que conserva en la memoria, teniendo en cuenta su utilidad posible. En el extranjero visita los museos para saber qué son; pero sin que su atención se fije mucho en

ellos, salvo alguna excepción. Por el contrario, examina cuidadosamente los mecheros de gas para saber si producen más ó menos luz que en su casa; registra las estadísticas; se entera de los recursos del país, y preocúpase de la manera de vivir del campesino, del obrero y del empleado. Muchos americanos me causaban asombro al darme cuenta de lo que habían observado en este orden de ideas durante una excursión á Francia. Los viajes son de consiguiente considerados por ellos como el complemento necesario de la instrucción, como medio de comparar los hombres y las cosas en distintos centros y de adquirir experiencia.

Así, bien sea por una razón ó por otra, adquieren la costumbre de viajar por cualquier motivo. Agréguese á esto que sus asuntos les obligan de continuo á ir de una parte á otra, y se tendrá la explicación del movimiento perpetuo á que se entregan.

Consecuencia de esta costumbre es la excelente instalación de sus hoteles, de sus coches del camino de hierro y de sus barcos. En la entrada de todo hotel algo importante se puede tomar un billete para la vía férrea, una localidad de teatro y un seguro contra los accidentes: allí hay un notario público para autorizar los contratos que se hayan concluido; un estenógrafo escribirá vuestras cartas con máquina; un librero os venderá sellos; y por último, el buzón para las cartas, el telégrafo y el teléfono están á vuestra disposición. Si tenéis equipajes, el *porter* (portador) del hotel los enviará á una compañía del *express*, que se encarga de remitirlos á su destino, y ya los encontraréis al llegar. En una palabra, todo está organizado para facilitar los viajes, y sobre todo para evitar las pérdidas de tiempo.

Gracias al enorme número de viajeros que transportan, las compañías de caminos de hierro pueden establecer precios muy razonables, y la competencia les obliga á ello. Desde Nueva

York á Chicago un asiento de primera clase — única que existe — cuesta ciento cuatro francos, algo menos que desde París á Marsella; pero la distancia es mucho mayor (mil cuatrocientos setenta y nueve kilómetros en vez de ochocientos sesenta y tres), y aun el precio que indico es el de la tarifa oficial, pues á me-

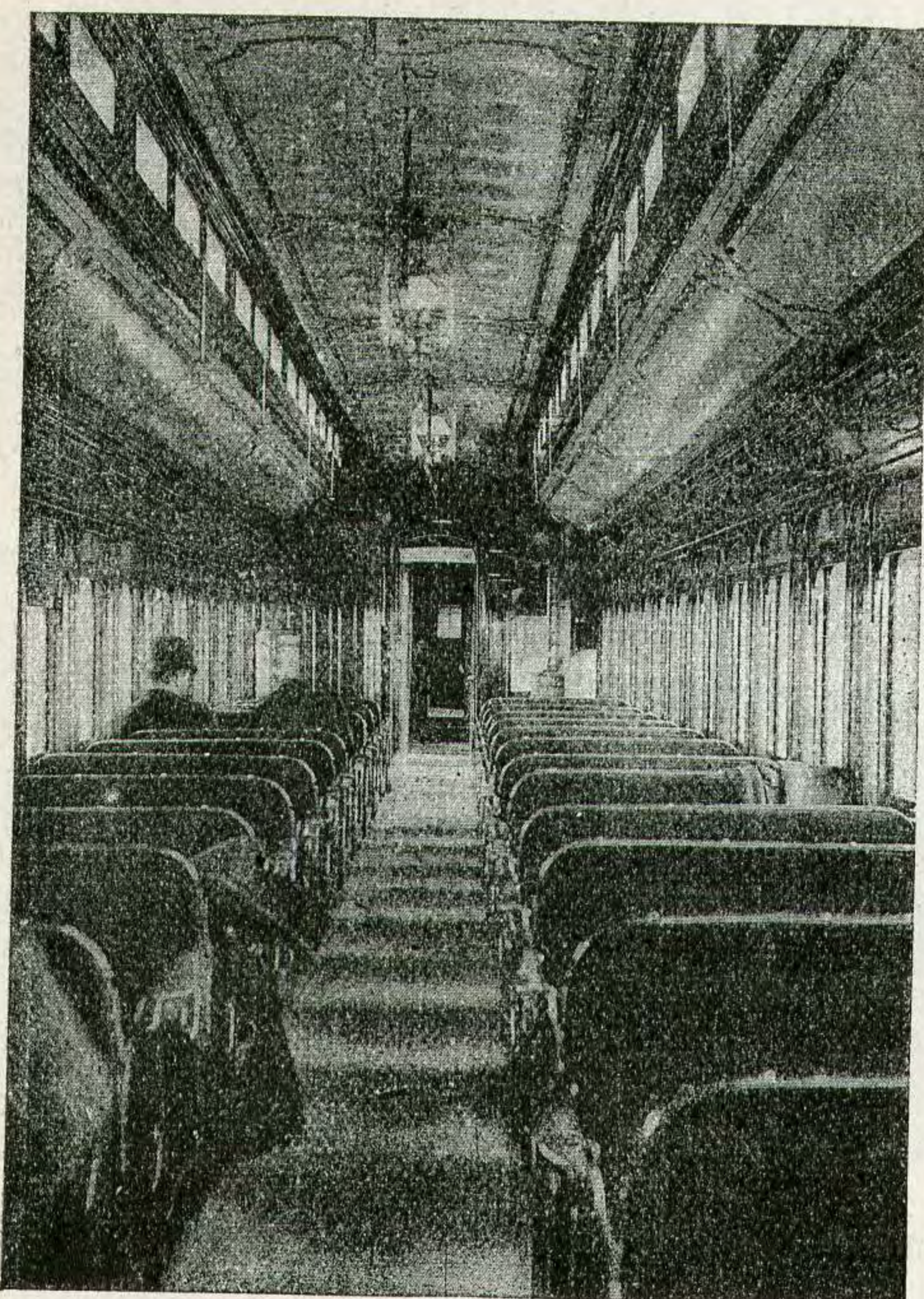


Una estación de ferrocarril elevado en Nueva York

nudo la competencia le hace bajar; de modo que para el conjunto del viaje á los Estados Unidos se puede contar que el camino de hierro cuesta poco más ó menos la mitad de lo que costaría en Francia el mismo trayecto.

Si agregáis al precio de vuestro billete diez francos por día y otro tanto por noche, podréis ir en el *pullman car* ó coche de lujo, donde se obtienen diversas ventajas. De día se dispone de un espacio considerable, doble del que se os concede en un coche ordinario; un saloncito de fumar y un gabinete tocador para los hombres ocupan una de las extremidades del coche, y en la

opuesta hay otro gabinete tocador para señoras: además hay un coche restaurant con el cual estáis en comunicación. Por la noche, vuestro asiento se transforma en un cómodo lecho, infinitamente superior á los de los *sleeping cars* europeos (coches para dormir); y por último, un negro á quien la influencia de



Interior de un vagón del ferrocarril de *San Pablo Minneapolis y Minnesota*

M. Pullman ha enseñado á ser cortés, os cepilla la ropa, lustra las botas y recibe vuestra propina con expresión risueña.

Pero no se reduce toda la comodidad á esto: si deseáis aislaros de los demás viajeros, podréis, mediante un aumento, instalaros en los *state rooms*, ó habitaciones particulares, bastante análogas á los camarotes de lujo de un transatlántico, y en ciertas líneas, muy frecuentadas, las compañías previsoras os dan todas las facilidades para escribir vuestra correspon-

dencia, tomar un baño, afeitaros, etc. He aquí, además, la numeración de las ventajas ofrecidas por el *Pensylvania railroad* en la línea de Nueva York á Chicago:

«A las diez de la mañana, salida de Nueva York y Chicago exclusivamente con coches Pullman que se comunican entre sí; salones y habitaciones particulares, restaurant, salón de fumar, coches con galería para examinar el paisaje, informes financieros, taquígrafos, *typewriters* (personas que escriben con máquina),

salas de baños para ambos sexos, camareras, peluquero, biblioteca, y todas las comodidades de un *home* y de un *office* (oficina). Calefacción por vapor de agua, y alumbrado eléctrico con lámparas fijas ó movibles.

» Llegada á Chicago á las 9'45 de la mañana del día siguiente.»

Claro es que se puede vivir varios días en una casa movable tan bien organizada, sin quedar rendido de fatiga. Cuando se circula entre dos ciudades distantes una de otra cien leguas, nada es tan práctico como franquear esta distancia durante la noche. Se acuesta uno, duerme, y á la mañana siguiente el negro se presenta para despertaros oportunamente, á fin de que tengáis tiempo de vestiros y arreglaros antes de lle-



Vagón comedor

gar. De este modo no habréis empleado en el viaje más que las horas destinadas al sueño, y hacéis negocios durante todo un día á cien leguas del punto donde los hacíais la víspera. Todo está combinado para personas que no tienen tiempo que perder, porque esta clase de personas constituye el fondo de la población.

Entre nosotros se encuentran también, excepcionalmente en la industria y el comercio; mas el propietario, el rentista y el funcionario público no necesitan apresurarse tanto. En

vez de emplear las horas de viaje dictando cartas de negocios, descansan y dejan para el día siguiente toda ocupación seria.

V.—El último viaje y la última morada

Hasta después de su muerte el americano viaja de prisa; el coche fúnebre le conduce al trote al cementerio, sin duda porque los parientes y amigos no pueden acompañarle sin esta condición. La primera vez que vi un cortejo fúnebre desfilar á mi vista con rápido paso, confieso francamente que me escandalizó. En mi concepto, la majestad de la muerte se avenía bastante mal con la ruidosa rapidez de aquella larga serie de coches. Ciertamente hay algo de más solemne y más digno en los acompañamientos procesionales que hacemos á nuestros difuntos. Sin embargo, no creo que esa precipitación para desembarazarse de los suyos provenga en los americanos de una falta de respeto, pues muchos detalles prueban lo contrario.

Primeramente, el conjunto de los demás ritos funerarios. Los ataúdes son objeto de un verdadero lujo y alcanzan á veces precios enormes: en una pequeña ciudad de Kansas me dicen que los más modestos se pagan de ciento cincuenta á doscientos francos. En los primeros tiempos de la colonización y antes de que hubiera caminos de hierro, se contentaban con cuatro tablas clavadas juntas ó una caja de embalaje: era la época heroica en que el audaz colono que encontraba la muerte lejos de los suyos era enterrado en el campo de batalla. Sin duda se hace todavía así en algunos territorios del Far West que las vías férreas no atraviesan aún; pero en todas las demás partes se da gran importancia á esa falta material de respeto.

También se manifiesta en este punto una preocupación moral y religiosa de carácter más elevado, y es la existencia, en el conjunto de la población, de una idea del «más allá,» con fre-

cuencia poco clara, pero casi siempre seria. He conocido en una pequeña ciudad de Kansas un anciano colono que llegó al país antes de que hubiese un ministro de ninguna religión y que, más instruído que la mayor parte de sus vecinos, había sido encargado por éstos de presidir las ceremonias célebres. Un devocionario que había traído de Europa en su reducido equipaje de emigrante le servía para leer algunas oraciones al borde de la tumba, y este minimum de culto revelaba por lo menos una fe sincera en la vida futura.

En Nueva York, en la parte baja de Broadway, en medio del barrio más ocupado, á dos pasos del Wall street y del enorme edificio de *La Equitativa*, elévase la iglesia de San Pablo, rodeada, según la antigua costumbre, de su cementerio parroquial. Las tumbas más recientes son de 1840, y hoy no se entierra ya allí, pero se conserva con piadoso cuidado; varias losas que datan de 1630 presentan aún sus inscripciones perfectamente intactas, y no sé que ningún yanki haya tenido jamás la idea de reclamar la expropiación de aquel terreno á pesar del inmenso valor que representa. De igual modo, en Boston, en la calle de Washington, un antiguo cementerio se corre alrededor de *Old South Church*, y podría citar otros numerosos ejemplos del mismo hecho. Imposible es que no cause una impresión profunda el marcado contraste que existe entre la extraordinaria animación de la calle y el eterno reposo de aquellas tumbas; este contraste es además instructivo, porque prueba el respeto á los difuntos. En Francia, ninguna de nuestras grandes ciudades presenta la actividad prodigiosa de Nueva York, y ninguna ha creído poder conservar en su recinto sus antiguos cementerios: se han edificado cuarteles, teatros ó casas en los terrenos que ocupaban, sin cuidado de la profanación que así se cometía; y en esto la joven América se ha mostrado menos utilitaria y más respetuosa que sus mayores.

Por lo demás, grave error sería representarse á los americanos como enemigos de la tradición. En ellos, el espíritu de novedad se armoniza muy bien con el culto del pasado, y esto, por una razón histórica y social que creo ver claramente. Jamás han tenido que rebelarse contra la tradición, como lo hemos hecho en Francia, porque sus representantes no les pusieron nunca trabas en su libre desarrollo; ninguna mano pesada ha reprimido su vuelo, y ningún poder absoluto ha intentado esclavizarles. En Francia, todo el mundo conserva aún el sentimiento de pertenecer por su cuna y sus opiniones al pasado ó al presente; no pocas ideas mezquinas se encierran en esta frase: «Soy un hombre de otro tiempo;» y no menos de rencor y envidia se resumen en esta otra: «Soy un hombre de mi siglo.» Diríase que dos sociedades se hallan en presencia una de otra en el campo de batalla del siglo XIX. En vez de trabajar juntas para el porvenir, pierden el tiempo en discutir el pasado con las pasiones del presente, triste herencia que nos han legado antiguas discordias civiles nacidas de antiguos errores sociales. En una época de nuestra historia, una clase de la nación abusó de la otra para la mayor desgracia de ambas, y aún pagamos nosotros esa falta. Aquí, por el contrario, no hay respecto al pasado ni antiguos odios ni afectos retrógrados, y por eso se conserva el derecho normal al respeto de todos.

Con el desarrollo de las grandes ciudades se ha reconocido la necesidad de crear cementerios en las afueras, y muchos merecen ser visitados.

Forest-Hill cemetery en Boston, y *Greenwood cemetery* en Brooklyn, figuran entre los más notables y más de moda. No se puede entrar en ellos sin que llame la atención la semejanza que ofrecen con los barrios elegantes de una ciudad americana. Imagínese un gran parque con una vista magnífica, sobre todo en Greenwood, y como diseminadas á la casualidad en el centro

diversas tumbas: es el triunfo de las costumbres, y como la última manifestación del gusto del aislamiento. En vez de las líneas solemnes y compactas del Père-Lachaise, se ven graciosas avenidas que siguen las pendientes naturales del terreno, dando vuelta á graciosos estanques; acá y allá hay canastillas de flores, espesuras de arbustos, y algunos grandes árboles forestales, que forman buenos puntos de vista y se armonizan con la arquitectura de los monumentos funerarios: es la fantasía del jardín inglés opuesta á la anchura simétrica del jardín francés, la independencia del *home* familiar y pintoresco opuesta á la promiscuidad de los lujosos edificios parisienses. Es curioso observar cómo las profundas diferencias que existen entre la sociedad americana y la nuestra se manifiestan así hasta en detalles insignificantes al parecer.

Otro rasgo característico de las costumbres: me muestran en *Greenwood cemetery* un monumento muy lujoso que llama la atención y que ha costado, según dicen, más de cincuenta mil duros. Se había construído para un especulador feliz, que hizo un negocio muy fructuoso; pero habiendo sufrido un súbito revés de fortuna, desapiadados acreedores quisieron apoderarse de la última morada de su deudor, sosteniendo que formaba parte de la fianza bajo el mismo título que el resto de sus propiedades. La cuestión se llevó ante el tribunal de justicia; se podía sostener que por su destino especial este inmueble quedaba fuera del comercio; y mientras que los jueces retardaban la resolución de la dificultad, la fortuna, sonriendo otra vez al especulador, permitióle pagar á sus feroces acreedores y recobrar la posesión de su monumento. ¿Se conservará propietario hasta el día de su muerte? Yo no quisiera afirmarlo.

CAPITULO VI

LA VIDA DIARIA

I. Las comidas. — II. La embriaguez, las sociedades de temperancia y la prohibición. — III. Los trajes. — IV. Cómo se divierten en América.

He procurado describir el cuadro en que se mueve el americano: he conducido á mi lector á la casa ó al *boarding house* que habita, le he acompañado al *pullman car* en que viaja, y después á la tumba en que reposa; ahora debo hacerle presentiar los diversos actos que constituyen su vida diaria.

Tal vez este cuidado de verlo y de examinarlo todo parecerá un poco infantil; pero si se reflexiona que pasamos la vida clasificando á nuestros semejantes por su manera de comer, de vestir y de divertirse, y que, por otra parte, los diversos pueblos de la tierra se distinguen mucho más unos de otros por las mil costumbres, á que se conservan fieles, que por los grandes sentimientos del corazón, de los que participa más ó menos toda la humanidad, espero que se me perdone haber dado importancia á esos rasgos de las costumbres que constituyen la originalidad de una raza. Alguno de ellos nos hará comprender mejor el estado de ánimo de un yanki que las más sabias disertaciones sobre la constitución federal. Si lo tenéis á bien, vamos, pues, á sentarnos á una mesa americana.

I. — Las comidas

Cierta noche, en Nueva York, asistí á una pantomima que representaba á un caballero arreglándose por la mañana para salir. El actor se presentaba en escena con los ojos hinchados de sueño y el cabello en desorden; se pasaba rápidamente un poco de agua por la cara, humedecía los dedos en su cubeta, y dirigiéndose á su mujer gritaba con voz de trueno: *Breakfast ready?* «¿Está listo mi almuerzo?» El público aplaudía estrepitosamente, atestiguando así la exactitud de la imitación. En efecto, la primera diligencia de un americano es tomar su almuerzo, para saltar después á la plataforma de un *car* ó á la escalera del *elevated railroad*, á fin de apearse á la puerta de su oficina á las ocho de la mañana lo más tarde.

Pero no es una simple taza de chocolate ó de te lo que toma; necesita alguna cosa substancial, algo que le permita esperar hasta la hora de la comida, con ayuda de un ligero *lunch* que tomará á media tarde.

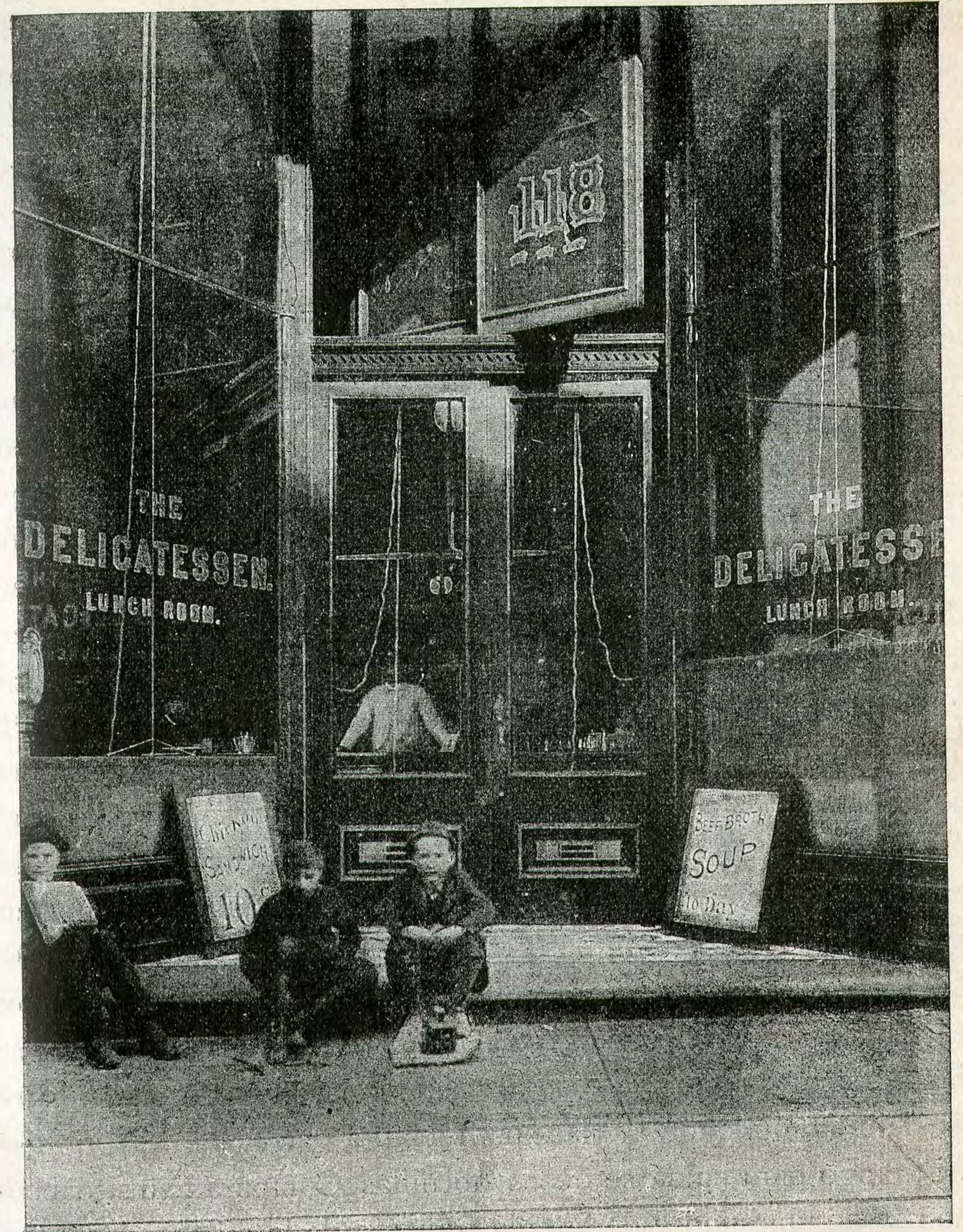
Por lo tanto, su almuerzo ha de ser formal: el biftec, la chuleta, el *bacon* ó cerdo salado constituyen el *menú* ordinario, con huevos y diversos caldos de avena ó de trigo (*oat meal porridge*); se devora todo esto muy bien pronto, porque se va de prisa; y para no perder tiempo, se violan injuriosamente las leyes de la gastronomía. En el restaurant, apenas os sentáis, un camarero pone sobre la mesa un plato con naranjas ó bananas, y se toma inmediatamente el postre, mientras que se asa la carne que habéis pedido, después de lo cual sirven el *porridge*, porque sólo se necesitan algunos minutos para presentarlo todo, y lo último que coméis es vuestro biftec, porque su preparación es lo que exige más tiempo. Se podría escribir en los restaurantes americanos, como en el comedor de Harpagón:

«Es preciso comer para vivir y no vivir para comer;» pero aquí no es el temor de malgastar el dinero lo que conduce á los crímenes de lesa gastronomía, sino el temor de perder el tiempo.

En el *lunch*, esta preocupación se revela con más intensidad aún: es preciso hallarse en algún *bar* (especie de taberna) de un barrio de negocios, entre una y tres de la tarde, para darse cuenta de ello. Varios individuos de pie, con el sombrero puesto, están alineados á lo largo del mostrador, en el cual se ven viandas frías, columnas de *sandwiches*, tortas, cerveza y agua helada, todo al alcance de la mano. En cinco minutos toman cierta cantidad de alimento, pagan y se van. El patrón del *bar*, si es inteligente, atrae á la clientela sobre todo por las facilidades que proporciona para comer de prisa. *Try our quick lunch* (probad nuestro *lunch* rápido) anuncia en carteles en las calles; poco importa la calidad del alimento; lo que se necesita ante todo es que no entorpezca los negocios ni divida el día en dos partes. Algunas veces, para llegar con más seguridad á este resultado, se envía á buscar algunos *sandwiches*, que se comen en la oficina; y en los grandes *business buildings* que ya he descrito, siempre hay un restaurant para evitar que los inquilinos hayan de salir á la hora del *lunch*.

Hasta en los clubs más á la moda el *lunch* conserva su carácter de rapidez. Ciertamente allí se sienta uno á una mesa de restaurant para tomar una verdadera comida; pero el servicio se presta con prontitud, y nadie se detiene á fumar largo tiempo mientras que toma el café.

En resumen, solamente al entrar en su casa, después de terminar el trabajo del día, el yanqui emplea el tiempo necesario para comer, si no está muy acostumbrado al régimen que acabo de indicar, al hábito inveterado de atracarse á toda prisa. Por eso su estómago protesta enérgicamente: la dispepsia, que está

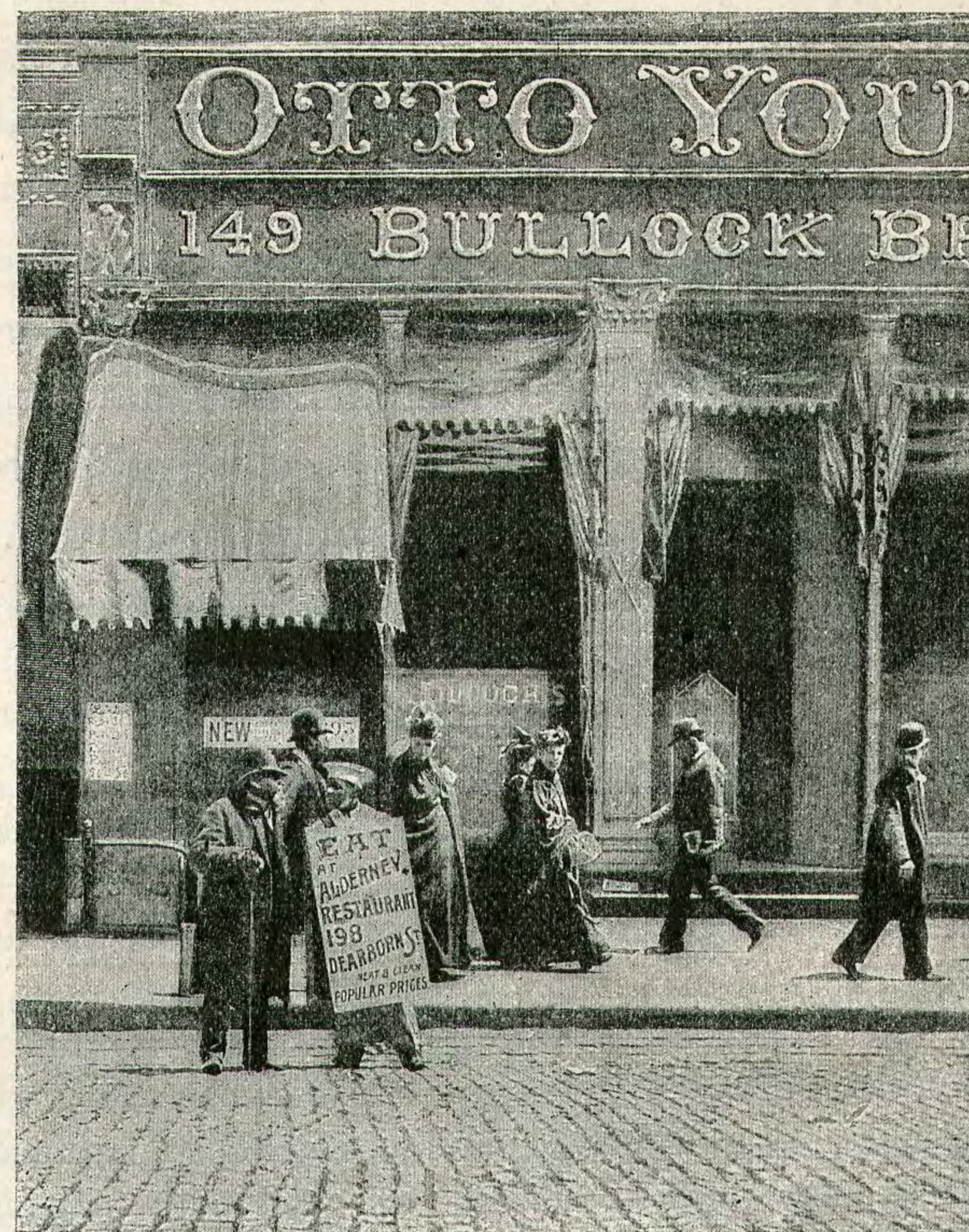


Bar en San Luis

en camino de obtener entre nosotros carta de naturalización reina como soberana en los Estados Unidos, y prueba de ello son los numerosos remedios americanos propuestos á los pacientes: en cierto modo es constitucional.

La cocina usada aquí contribuye quizás también á este resultado: no solamente se come siempre de prisa, sino que en general se come mal, ó mejor dicho, no se sabe comer. «Mi cuñada, que es americana, me decía una joven francesa, retirada en el Oeste, abre siete ú ocho cajas de conservas para obsequiarme cuando voy á su casa. Esta es toda la idea que tiene de una buena comida; pero el contenido de una sola de esas cajas, convenientemente preparado, me agradaría mucho más.» He aquí realmente lo que es el carácter americano: hacer gran provisión para alimentarse, y evitar la molestia necesaria para comer bien. De igual modo, á las *packing houses* se llevan animales perfectamente cebados con maíz, y de ellas sale una carne mal cortada, casi siempre dura; por todas partes el despilfarro y la falta de cuidado, resultantes de la abundancia de todas las cosas y de la escasez de la mano de obra; pues nótese bien, la cocina americana, ó mejor dicho, la falta de esta cocina no reconoce otras causas; y es peor en el Oeste que en el Este, porque estas causas son más intensas. En Kansas, la carne cuesta ocho sueldos la libra; pero un cocinero francés exige quinientos francos mensuales en el hotel más insignificante; la inmensa mayoría de las personas acomodadas se abstiene de servidores, y la madre de familia, obligada á criar sus hijos y á barrer su casa, no tiene tiempo para cuidarse de las hornillas. Comparad su situación con la de una madre de familia francesa de la misma clase, con la mujer de un modesto funcionario: esta última gasta cada mes en la panadería, en la carnicería y en la tienda de comestibles diez veces más de lo que paga á su sirvienta por hacerlo todo de modo que si es buena ama de gobierno, se arregla para gas-

tar lo menos posible y sacar el mejor partido de sus compras, empleando su tiempo y el de su criada en la cocina. Por un lado, el marido gana poco y la mujer no puede tener ayudanta;



Anuncios de restaurant en una calle de Chicago

por el otro, el marido no gana lo suficiente; pero la mujer encuentra tiempo para hacer ó mandar que hagan la cocina.

En los buenos hoteles, los jefes son siempre franceses, y se comería regularmente á no ser por la costumbre de servir á la americana, con lo cual lo echan á perder todo. Esta costumbre consiste en poner á la vez sobre la mesa, en una serie de platos donde se enfrían, todos los manjares que habéis pedido y algunos más. El único plato vacío que os dan queda así rodea-

do de un semicírculo de otros pequeños y llenos, ó más bien de pequeños objetos huecos y ovals, que tienen cierta semejanza con bañeras de pájaros. Por otra parte, el verdadero yanki hace poco uso de ese plato vacío; pasea el tenedor al acaso por todos los demás, pica de acá y de allá, ó compone espantosas mezclas sazonadas con mil ingredientes diversos, hecho lo cual, cree haber comido.

Por eso es imposible hacer comprender á los negros de un hotel americano (*on american plan*) que se desea comer tan sólo de tres ó cuatro platos del interminable *menú* que os presentan, y tomar una cosa después de otra: es preciso resignarse al régimen común ó morir de hambre. De aquí el apuro de un francés ante una lista como la siguiente, que encuentro entre mis notas:

COMIDA

Ostras de Blue Point. – Berros de Fontaine. – Crema de lechuga. – Caldo Macedonia. – Sábalo asado, salsa de lechuga. – Tomates en rama. – Patatas á la parisiense. – Cangrejos endiablados. – Entrecote asado. – Capón asado. – Cordero con salsa de hierba buena. – Filete de buey con manteca, salsa de trufas. – Croquetas de gallina. – Habichuelas verdes á la francesa. – Tortilla á la Celestina. – Patatas nuevas, tomates, cebollas, arroz. – Espinacas á la crema. – Guisantes. – Remolachas. – Espárragos con queso. – Ponche á la romana. – Ánade salvaje. – Langosta. – Lechuga. – Puding al ron. – Torta á la franchipana. – Torta de manzanas. – Pastel de capricho. – Pollo. – Gelatina de pie de ternera. – Helado. – Confitería. – Frutas. – Nueces. – Avellanas y queso. – Café.

Domingo 23 marzo 1890.

En este *menú* se observa el mismo carácter de despilfarro que antes indiqué, y la manera de servirle denota igualmente el mismo deseo de comer de prisa, sin que le entretenga el vecino como en la mesa redonda, sin ser esclavo del orden del servicio como en el restaurant. Se manda traer quince platos, se dejan cinco sin tocar, se prueban los otros, y no se come de hecho más que de dos ó tres.

Sin embargo, los cocineros franceses protestan contra estos usos bárbaros y se echan á perder la mano sirviendo á los yanquis. «¡Es una lástima, caballero, me decía uno de ellos, dar de comer buenas cosas á esos groseros!» Algunos, seducidos por unos honorarios de general de división, que les paga algún americano riquísimo, imponen cuanto pueden nuestras costumbres y redactan *menús* razonables, en los que se desfiguran los nombres franceses de la manera más divertida. He aquí un ejemplo entre mil:

POTAJE

Consommé Alphabet. – Hors de Nœuvres. – Celery. – Raves. – Olives. – Poisson. – Poumie de Terre Dauphin. – Colete d' Agneau a la Mirabeau. – Petit Pois Vert. – Sorbet a la Napolitaine. – Rotis. – Jeune Poulet au cresson. – Asperges en salade. – Entremets Fraires. – Creme a la glace. – Gateau. – Café Noir.

Bien se ve que el arte de comer bien no ha llegado á ser aún en los Estados Unidos un arte nacional.

Cuando un yanki millonario quiere dar una gran comida, no es raro que conduzca á sus convidados á casa de *Delmonico*, el mejor de los fondistas americanos y el más á la moda. En tal caso procura buscar alguna cosa extraordinaria que ofrecer á sus comensales, algo que llame la atención y de lo cual se hable, pues el delicado recreo de una sociedad escogida á gusto y de una comida bien ordenada no le parece suficiente. Un francés, amigo mío, residente en Nueva York, me cuenta que asistió á un banquete de este género, en el que cada cubierto costaba cuatrocientos francos; en el centro de la mesa se había formado una especie de piscina, en la cual nadaba un desgraciado cisne previamente despojado de sus alas; las damas tenían á su lado un gran ramo de flores raras, y á cada convidado se le daba una plancha de metal en que se había grabado el *menú*.

Estas extravagancias no agradan al gusto europeo; pero cuestan caras y no exigen, para ser apreciadas en su valor, la educación complicada y sabia de un gastrónomo de alta escuela: por eso convienen maravillosamente á los yankis ricos.

Fuera de estas fiestas, en las que el *Champagne* corre á torrentes, el agua helada es la única bebida que se usa para comer; en el almuerzo se toma con bastante frecuencia te, café ó leche; pero ninguna bebida fermentada se presenta nunca en la mesa. Se ha de ser alemán ó francés para pedir cerveza ó vino. ¿Quiere decir esto que la sobriedad es universal en América? De ningún modo; pero es un asunto de importancia, sobre el cual debo dar algunas explicaciones.

II.—La embriaguez, las sociedades de templanza y la prohibición

Hay dos especies de americanos, los que beben agua y los que se embriagan. El americano que sabe usar convenientemente del alcohol no existe aún.

He conocido un yanki muy auténtico, de antigua familia puritana y de elevada clase social, que á los sesenta años no había bebido jamás vino ni licores, ni te, ni café. Cierta día, aquejado de una fuerte jaqueca, y debiendo tomar la palabra en una circunstancia importante, consintió, sin embargo, en beber una taza de café, pero como medicamento, y aún se arrepentía, al parecer, de aquella infracción material de principios.

He conocido otro yanki, muy legítimo también, individuo de la Cámara de representantes, pero de origen alemán. Este amable legislador se empeñó un día en darme á conocer las diversas bebidas en uso en los *bars*; como era una observación que tenía su interés, acepté el ofrecimiento, y debo decir que me hubiera sido difícil encontrar un guía más experto. Cocktails variados; sabias combinaciones de wiskey, de hielo, de

Jerez, de agua de Seltz y de *Champagne*, que el *barkeeper* (tabernero), de pie detrás de su mostrador, agita juntos con mano hábil; nada se omitió. Por la noche me aquejaba un fuerte dolor de cabeza, y á eso de las ocho, mi guía estaba un poco vacilante, aunque conservando la razón. Yo volví á comer al hotel, solo, ante mi vaso de agua helada.

Desde entonces, muy á menudo he pensado en esos dos personajes, considerándolos como tipos de las dos variedades de americanos de que antes hablé. La primera comprende muchos puritanos (*clergymen*) y mujeres; todos cuantos aspiran á cierta distinción de modales, ó presumen de inflexibili-



Hancock's Bar (bar adonde van á inspirarse los hombres políticos, en la avenida de Pensilvania, en Wáshington)

dad en sus principios, quedan comprendidos en esta categoría. Así es que se encuentran personajes bastante diversos, desde el obispo católico, guiado por un sentimiento elevado de su misión y entristecido por los ejemplos deplorables de sus ovejas, hasta el *gentleman* entonado y algo fariseo, que os dice con gravedad: «Yo no fumo, no bebo ni juro.» En el uno es el escrúpulo de conciencia; en el otro, pura cuestión de forma y como una de-

claración que significa en lenguaje ordinario: «Soy un hombre perfectamente educado.»

La segunda variedad se compone, sobre todo, de emigrantes irlandeses ó alemanes, á los que se deben agregar todos los americanos de nacimiento que son aficionados á las bebidas espirituosas. Los unos, originarios de países pobres, donde la vida no puede crecer, son incapaces de soportar los vapores de una bebida fuerte y se embriagan con facilidad cuando llegan á un país donde su trabajo se paga bien; los otros, acostumbrados á considerar la absorción de un vaso de Burdeos como la manifestación de un vicio, llegan hasta el fin de su infamia, y los encontraréis vacilantes en la calle, á la una de la madrugada, esperando á que «su casa pase por delante de ellos.» A la hora de comer no han bebido probablemente más que agua helada; pero el diablo no pierde nada por eso.

En Wáshington, en la avenida de Pensilvania, existe un pequeño *bar* de modesta apariencia, donde los artículos son de primera calidad, y que se titula *Hancock bar*; allí se penetra con respeto, y es un lugar de peregrinación para algunos individuos del Congreso, pues muchos de sus antecesores vinieron á buscar inspiraciones para su elocuencia. Alrededor de la sala, que es larga, estrecha y obscura, varios recuerdos históricos traen á la memoria las glorias pasadas del *Hancock*: autógrafos de Wáshington y de Jáfferson, antiguos sombreros, y espadas cubiertas de orín, que pertenecieron á diversos grandes ciudadanos de la Unión: es casi un museo.

Para algunos americanos el *Hancock* es una especie de monumento nacional, y para otros un lugar de reprobación.

Esta profunda diferencia revélase por otros hechos de un alcance práctico de mayor importancia. El espectáculo degradante de la embriaguez y el deseo legítimo de arrancar á sus semejantes de tan vergonzoso vicio han excitado en ciertas al-

mas un sentimiento generoso de reacción, dando origen á una infinidad de sociedades de templanza. Discursos, folletos, *meetings*, congresos, todo el aparato ordinario de las asociaciones para el bien público, se han empleado por ellas sin mucho éxito; después se resolvió imponer la obligación, y entonces se produjo el movimiento prohibicionista.

La *prohibición* consiste simplemente en impedir que se venda al público ninguna especie de bebida fermentada, ni la inocente cerveza ni el terrible *wiskey*. Esto rige actualmente en cinco Estados de la Unión, el Maine, el Kansas, el Iowa y los dos Dacotahs. En todas partes, las sociedades de templanza reclaman esa medida de los legisladores locales; pero no han conseguido obtenerla sino en dichos cinco Estados.

Adviértase que todo cuanto no es prohibicionista pone el grito en el cielo. «¡De poco sirve, dicen, elogiar la libertad americana si se nos priva del vino como á simples musulmanes!» Por esto se ven los innumerables desarrollos que es fácil hacer sobre tal tema. Los pocos franceses sometidos á ese régimen figuran entre los más ardientes adversarios de la prohibición y se sublevan contra el poder, bebiendo vino juntos siempre que se encuentran; los irlandeses se embriagan en su casa con el *wiskey* de marca inferior que les proporciona de contrabando un traficante, y solamente el tranquilo viajero que se alberga en los hoteles y se alegraría mucho de beber durante la comida media botella de vino de California, se ve obligado á contentarse con agua.

En efecto, lo mismo sucede con la prohibición que con todas las leyes suntuarias, y es que ninguna remedia el exceso que se quiere combatir. No se puede impedir á un borracho que beba, así como tampoco á un glotón que coma; pero en ciertas condiciones se hace posible enseñar á las personas el arte de beber y de comer sin embriagarse ni sufrir indigestiones: la prueba es

que la gran mayoría de los franceses obtienen este resultado.

Desgraciadamente, las sociedades de templanza, compuestas de los bebedores de agua, no podían enseñar ese arte; y si sus individuos pudiesen siquiera darse cuenta de la exasperación que producen en muchas personas completamente sobrias, renunciarían tal vez á su campaña prohibicionista, empleando sus esfuerzos en otra cosa. En cuanto á mí, apenas veo más que un medio sensato para disminuir los estragos de la embriaguez y la pasión por el *wiskey*, y se reduce á plantar la vid. El remedio no tiene nada de difícil, pues la uva madura casi en todas partes en los Estados Unidos, y si el uso del vino se propagase en la población, se acostumbraría muy pronto á beberle razonablemente.

No necesita América leyes de prohibición, sino viticultores.

Las sociedades de templanza, hijas de un impulso muy loable, hallarían en esa nueva política un elemento de actividad digna de su celo y más conforme con el espíritu americano que no las medidas coercitivas á que se apela. Además evitarían que se las tachase de hipócritas, como se hace con frecuencia. En efecto, basta que uno de sus individuos sea sorprendido en estado de embriaguez por un antiprohibicionista — y esto sucede á menudo, — para anular toda la impresión eficaz de sus predicaciones y comprometer su prestigio de una manera irreparable. Se les perdonarían sus flaquezas si no impusiesen á otros más sobrios que ellos una ridícula tiranía.

III. — Los trajes

Creo que es imposible encontrar en ningún punto del globo un país tan extenso como los Estados Unidos en que la uniformidad y el descuido del traje sean comparables con los que se

observan allí. Desde Nueva York á San Francisco, desde Chicago á Nueva Orleans, todo el mundo parece vestirse á la *Belle-Jardinière* ó al *Bon Marché*, excepto, si se quiere, los *cowboys* con sus sombrerones y su pantalón de cuero, para ser exactos, y no encontraréis en todas partes más que personas vestidas de igual manera.

Sin duda que algunos van aseados, y no pocos sucios; los menos tienden á la elegancia, y muchos se limitan á ir vestidos; pero ninguna distinción social se revela por el género de ropa que llevan.

Claro es que no se podrían tener en los Estados Unidos esos trajes pintorescos á los que toda una población se mantiene fiel por antigua tradición local, como los de los campesinos bretones ó de los guías de los Pirineos: un colono del Dacotah no tiene las mismas razones históricas para vestirse de una manera determinada; esto es cosa que salta á la vista; pero no se explicó la cosa completamente cuando se observó que América es un país nuevo, sin pasado y sin historia. Efectivamente, no es más nuevo en Boston que en Río Janeiro ó en el Plata, y sin embargo, en el Brasil, en la República Argentina ó en Méjico, los trajes son variados, de colores brillantes. Un rico hacendado no consentirá en subir á un coche del tranvía con un traje de color obscuro, ni en salir de su casa sino montado en un soberbio caballo, ricamente enjaezado, y seguido de su mayordomo; su silla, sus espuelas, su capa y su sombrero de fieltro proclaman su alta clase, mientras que en la poca importancia que los yankis dan al vestido hay algo más que la juventud de América.

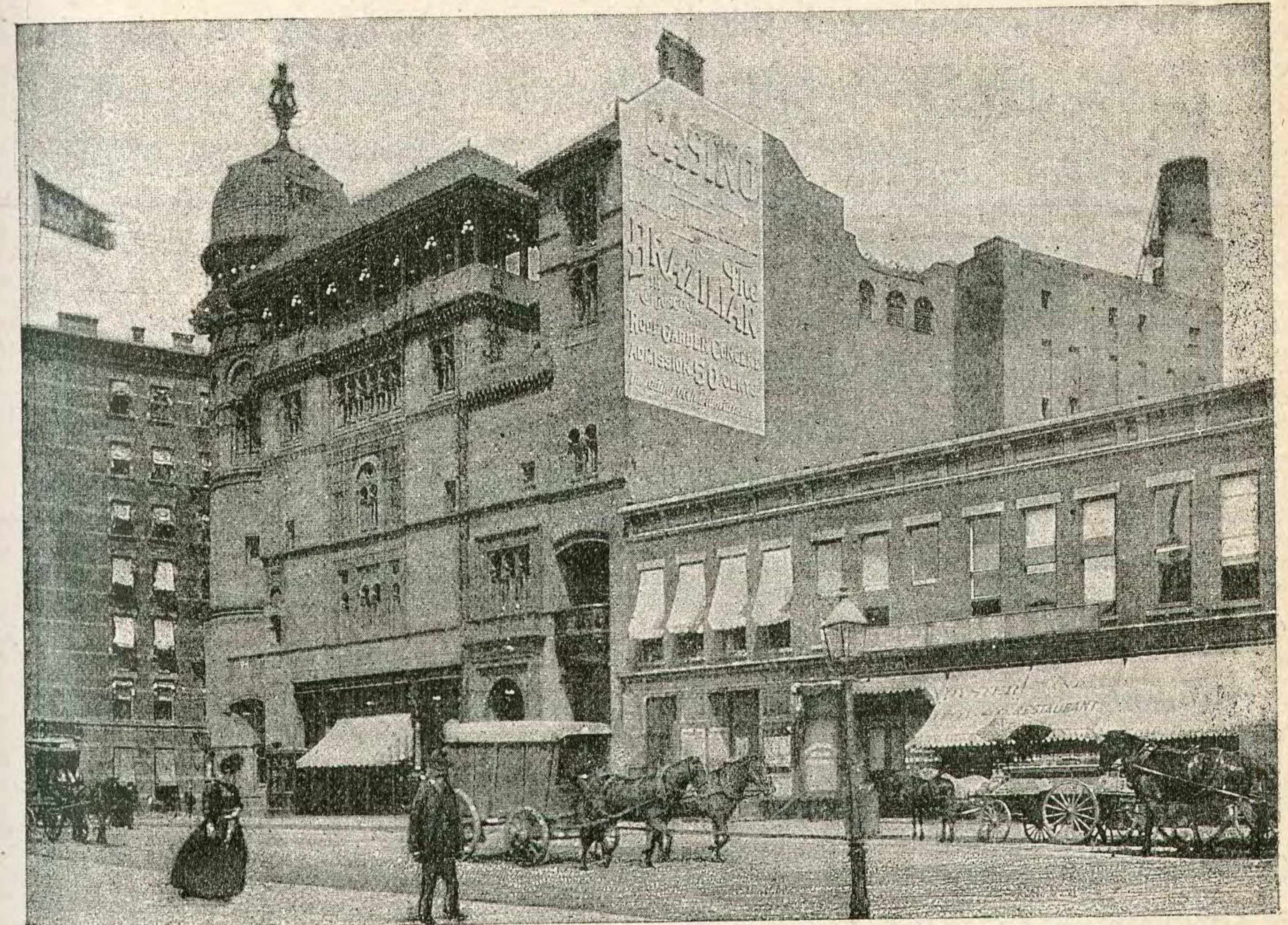
La razón primera está en la falta general de formalismo reinante en los Estados Unidos: no se tiene tiempo ni gusto para detenerse en los detalles del traje en una sociedad donde cada cual aspira á crearse una situación independiente; ninguno quiere entretenerse con semejantes miserias, á las cuales se da

poco valor, porque otras cosas tienen mucho más precio para el americano. El joven español se preocupa mucho del efecto que produce por su traje, cuidándose muy poco de ganar él mismo el dinero que debe á su sastre; pero si su padre quiere encargarse de pagar las cuentas, tendrá más facilidad para vestir con mucha elegancia, y sus amigos le dispensarán mayor consideración. El joven yanqui cifra toda su gloria en otra cosa, y adquiere más simpatías llevando la camisa de franela debida á su trabajo, que no el traje de corte elegante pagado por otro. Con semejantes ideas, las distinciones fundadas en el modo de vestir desaparecen, y aquél pierde su prestigio.

La uniformidad se acusa también por un hecho que ya he señalado varias veces: se cambia con facilidad y continuamente de profesión, y por lo tanto no se tiene ni el traje ni el aire correspondiente á ésta. Lo que es verdad para los criados, también lo es para los jueces, para los comerciantes, los cultivadores, los maestros, etc.

Sentado esto, y explicado ya el fenómeno, estoy dispuesto á reconocer que de aquí resultan las más deplorables consecuencias desde el punto de vista pintoresco. Nada tan feo como una multitud americana en un pueblo del Oeste; un pintor huiría tan sólo al ver su vulgaridad, y el simple mortal no halla nada en ella para recrear los ojos. Aún me parece ver desde aquí, en el mercado de Kansas City, dos mujeres de labradores, con sombreros adornados de plumas multicolores del gusto más excéntrico: sus rostros colorados, sus manos sucias, sin guantes, contrastaban con aquel tocado, y una falda interior, guarnecida de bordados abundantes, más larga que el vestido, se arrastraba por el polvo. A no ser por su mirada de honradez y por la piel curtida de las campesinas, hubiérase dicho que eran sirvientas de alguna cervecería. En las grandes ciudades del Este tienen más costumbre de arreglarse, y saben llevar mejor la ropa; pero

les falta al parecer discernimiento en su manera de vestirse. A veces se encontrarán en los tranvías ó en la calle señoras cuya elegancia llamaría la atención en París un día de Exposición; y por la noche, en el teatro, se verán, por el contrario, en las mejores localidades personas con traje de color obscuro, como el que



El casino de Broadway, Nueva York

se pondría una parisiense para ir por la mañana á oír misa en su parroquia. En cambio, los caballeros que las acompañan visten siempre de negro, costumbre inglesa que no exige interpretación, porque está convenido aquí, como entre nosotros, que un hombre va de etiqueta cuando su ropa tiene ese color sombrío. Fácil es para ellos estar siempre á punto; mas para las mujeres la cuestión se complica terriblemente, y las americanas — entien-

do las indígenas, y no las que van á París — no saben cómo arreglarse en medio de tal complicación.

Por lo demás, se mantienen tributarias de las modas francesas. En la quinta avenida, en Nueva York, se quiere que todas las costureras y modistas sean de nuestra nacionalidad, y es la mejor recomendación que pueden tener para su clientela. No van á París sin anunciar al público: *Just arrived from Paris, Before sailing to Paris* (Regreso de París, Antes de marchar á París) en carteles puestos en sus escaparates. Agrada saber que vuelven á menudo para ponerse al corriente de las modas y conservar buena la mano.

Así, pues, ni hay trajes pintorescos, ni arte en la manera de llevar los que usamos en Europa. Cuando un hombre quiere impresionar por su elegancia, se pone botones de camisa de diamantes, en medio del día, como un dentista que quiere llamar la atención.

¿Deberemos felicitarnos más de lo debido de la superioridad incontestable que desde este punto de vista tenemos sobre los yanquis? Cierta noche, hallándome en el casino de Nueva York, miraba cómo se sucedían las escenas de una pequeña comedia titulada *Brasiliana*, en la que el lujo y la variedad de los trajes regocijaban la vista fatigada de la uniformidad americana. Los terciopelos de vivos colores resplandecían, los bordados brillaban al reflejarse en ellos la luz, y yo me pregunté si las sociedades que visten ricos trajes y dan ruidosas fiestas no serían buenas más que para divertir por la noche, después de terminado el día, á las que ponen su confianza en la actividad laboriosa. Sin duda somos más trabajadores que los brasileños; pero producimos un poco en los americanos el efecto que á nosotros nos producen aquéllos.

IV. — Cómo se divierten en América

¡Qué extraña es la América! Tal es la idea común que el parisiense tiene de la vida en aquel país, y en cierto modo no le falta razón, porque se aburriría en los Estados Unidos; pero esto no es decir que el yanqui haga otro tanto. Si arregla su vida de cierta manera es porque esta manera le conviene; el placer no falta; pero no tiene el mismo carácter ni los mismos objetos que entre nosotros. Id por la tarde de un hermoso día á visitar cualquiera de los parques de una gran ciudad, y encontraréis personas que se divierten mucho. Por las sinuosas avenidas se ven coches que las recorren, elegantes ó sencillos, casi todos rápidos, conducidos con frecuencia por señoritas; jinetes de todas edades y sexos, que galopan solos ó en reducidos grupos, y filas de bicicletas que pasan y repasan de continuo. Después se llega á un estanque, surcado por ligeras embarcaciones al remo ó á la vela, donde se ejercitan los jóvenes de ambos sexos; y por último, los inmensos prados verdes desaparecen bajo las manchas claras que forman los trajes de los jugadores de *lawn tennis* y de *base ball*.

El *base ball* es principalmente el juego nacional de los americanos; tiene algunas analogías con el *cricket* inglés, y exige como éste mucha fuerza muscular y destreza. Desde la edad de diez y siete años, los niños comienzan á ejercitarse en lanzar la pelota con todo el vigor necesario, inclinándose para recibirla, ó bien teniendo entre las manos una especie de paleta redonda para rechazarla hasta el campo enemigo; pero es preciso tener doce años por lo menos para ocupar puesto en un *match* formal y tomar parte en un *team* (traducido literalmente, un tren) de *base ball*.

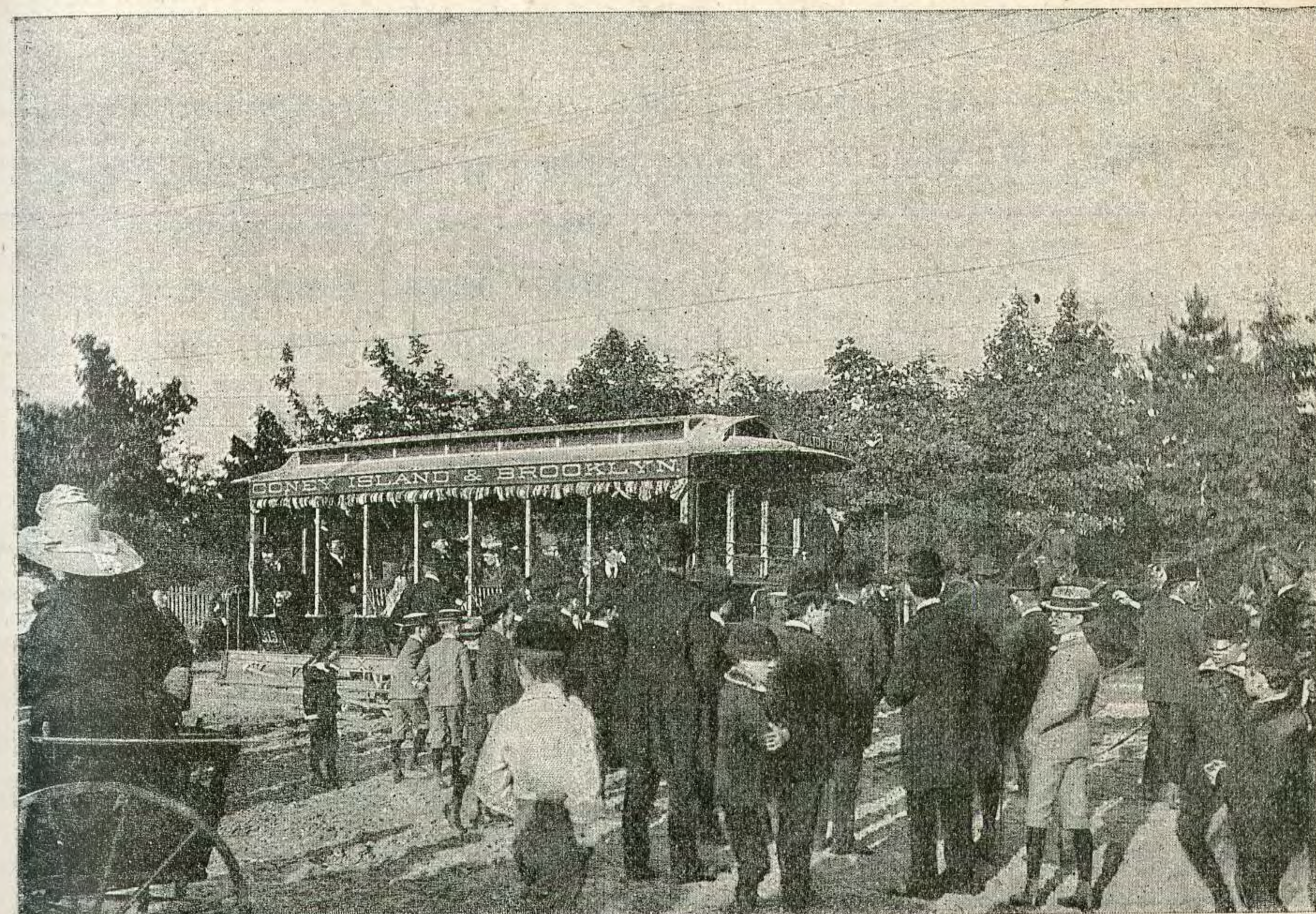
En los colegios de Harvard y de Yale se da una importan-

cia de primer orden al hecho de poseer un buen *team* de *base ball*, porque es una de las circunstancias por las cuales se recomienda más á las familias un colegio. Todos los años, numerosos concursos, para los cuales se preparan los jóvenes por medio de un ejercicio constante, ponen á prueba su habilidad en este género de *sport*, y la nación entera manifiesta el interés que en ello tiene. Los diarios reproducen las diferentes fases de la partida, y los telegramas tienen á su clientela al corriente de todos los resultados obtenidos: paseos triunfales anuncian y terminan los concursos.

Otros *sports* más atléticos aún apasionan á los americanos, sobre todo á los del Oeste, y el que tiene más aficionados es el *boxe*. En Denver existe una asociación de jóvenes que se reúnen de vez en cuando para practicar verdaderos pugilatos. La policía procura impedir estas luchas peligrosas; pero fácilmente se burla toda vigilancia: en el día convenido, y en secreto, cada individuo de la asociación sale de la ciudad por su lado, á caballo, en coche ó por la vía férrea, y después se encuentra con los demás en alguna propiedad particular, convertida en campo cerrado. Allí, desnudos hasta la cintura y sin guantes de combate, los adversarios, elegidos de igual fuerza en cuanto es posible, se propinan puñetazos con ardimiento y liberalidad. Los jueces cuentan el número de puntos obtenidos por cada combatiente, y al cabo de cierto tiempo ó de cierto número de aquéllos se proclaman los vencedores. Para ganar uno de esos puntos no basta tocar á su adversario; es preciso ocasionarle un daño material y serio. Así, el primero que hace correr la sangre del otro marca un punto, para lo cual se procura tocarle en la nariz ó el ángulo de la boca; y cada vez que se le derriba en tierra y no se levanta en el espacio de quince á treinta segundos, según las condiciones, se marca otro. Este resultado se obtiene generalmente por la diestra maniobra que voy á decir: un puñetazo bien dirigido

á la región del corazón corta el aliento; y otro, aplicado en seguida, sobre una de las venas del lado del cuello, derriba al adversario en tierra: éste es el *swinging blow*.

Semejantes recreos nos parecen salvajes; pero entran en el cuadro general de las costumbres del Oeste, toscas, rudas y vi-



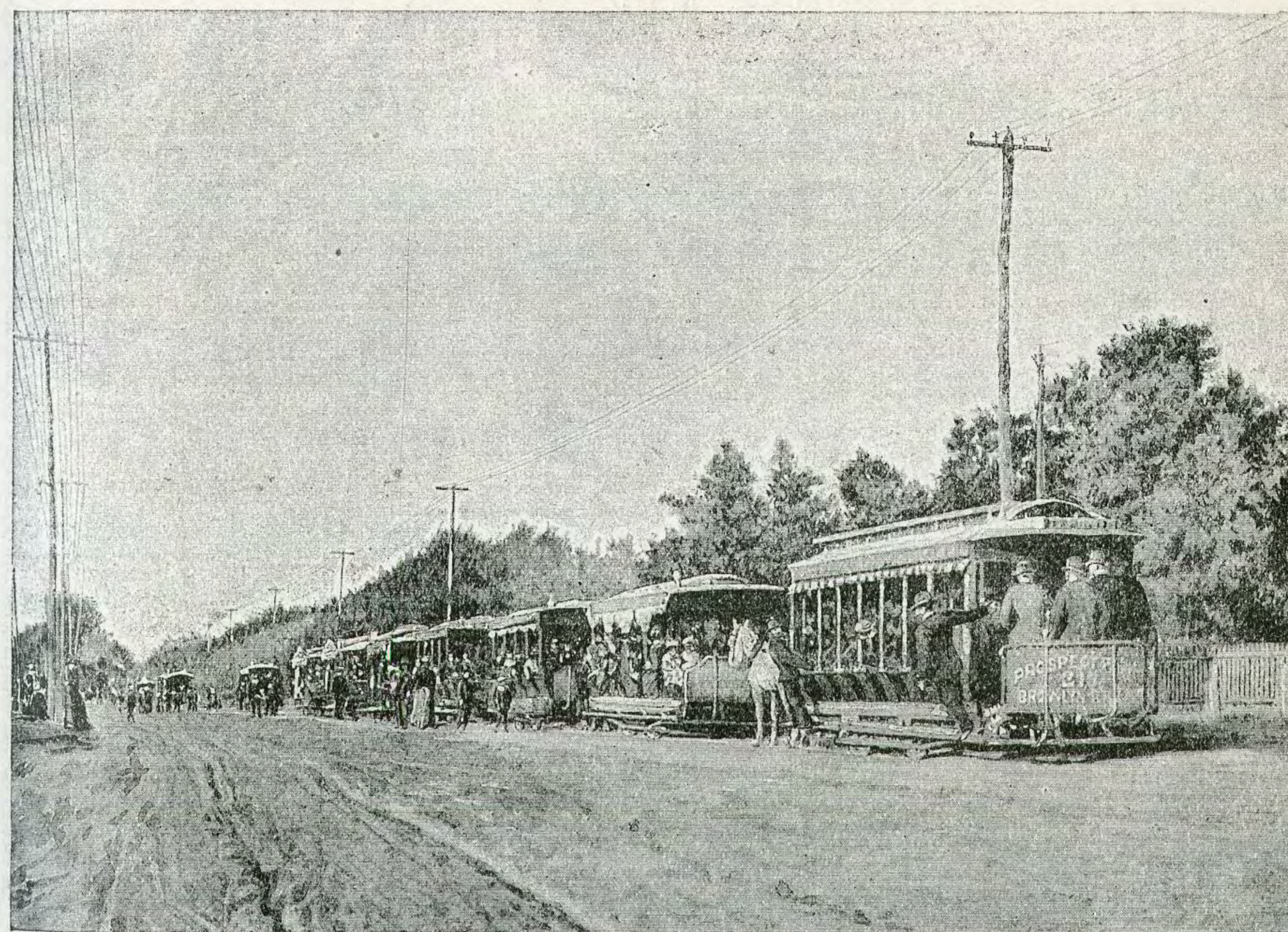
El domingo en Prospect Park, en Brooklyn

gorosas. Los mozos que las practican pueden instalarse en un rancho ó en una granja más fácilmente que nuestros jóvenes bachilleres, pues su fuerza muscular y el uso que siempre hacen de ella encuentran su aplicación. Es útil para ellos adquirir un gran desarrollo físico á fin de crearse una posición, así como en Francia necesitamos sufrir exámenes para llegar á ser funcionarios. De aquí la educación atlética en ellos, y la educación clásica en nosotros. Por otra parte, los que se distinguen en un ejercicio cualquiera, acaban siempre por aficionarse á él, y así

sucede que los jóvenes americanos se asocian para luchar á puñetazos, como nosotros lo hacemos para luchar á fuerza de textos en las conferencias de derecho, y á fuerza de talento en las literarias.

De aquí también la afición al pugilato, tan generalmente extendida en toda la nación. Se admira y se aprecia la fuerza física, aunque esté encerrada todo el día entre las cuatro paredes de una oficina. En Chicago, paseando una tarde por la avenida Michigan, vi un grupo de gente cerca del edificio de la Exposición; me acerco, y me dicen que unos luchadores célebres dan una representación, que por dos duros obtendré un asiento reservado, y que es un *great attraction* (gran atractivo). Doy mis dos duros, y voy á colocarme junto á otros *gentlemen* que, llegados como yo algo tarde, deben permanecer de pie; pero ninguno se queja de esta singular localidad reservada, pues el placer de presenciar la lucha y de ver á Jackson, uno de los príncipes del *boxe*, lo hace olvidar todo. Los luchadores suben dos á dos á un estrado central, donde se halla el empresario, que los presenta al público y regula el combate: á cada golpe que se dirigen, á cada quite hábil, el público manifiesta altamente su admiración, así como grita á cada falta; y se comprende que las dos mil quinientas personas apiñadas en la sala se interesan vivamente en el espectáculo. No se oyen más que alaridos, gritos feroces, silbidos agudos; y sería necesario asistir á las corridas de toros en España para formar idea de la extraordinaria sobreexcitación que anima á todo el mundo. Los luchadores, vestidos con simples calzones de baño y las manos resguardadas en gruesos guantes para el *boxe*, parecen estar convencidos de su importancia; á cada descanso se les permite tomar una bocanada de agua; gargarizan con ella un instante, echan la cabeza hacia atrás con un ademán gimnástico, y después la escupen graciosamente sobre el suelo. Las estrellas del *boxe* tienen

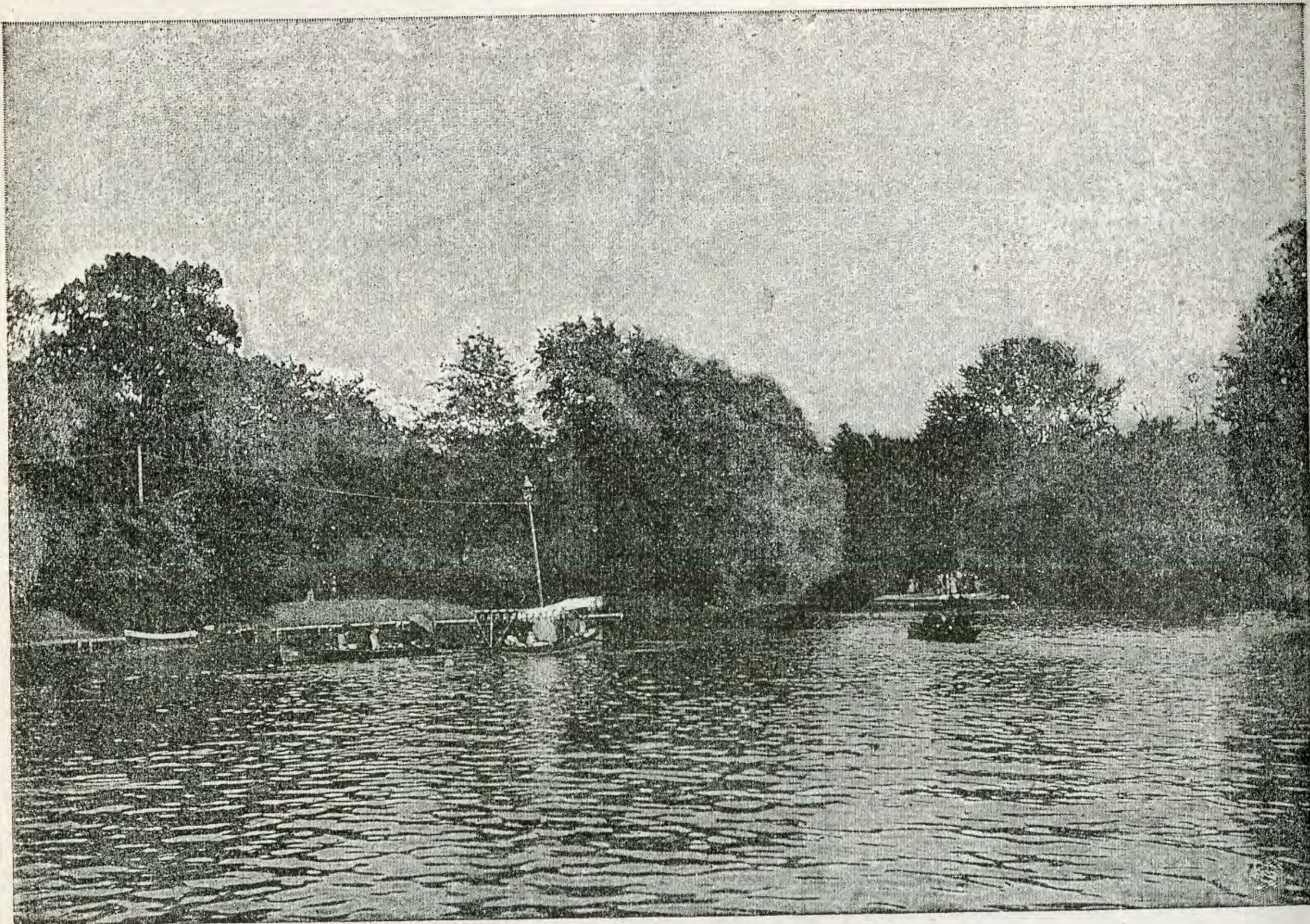
derecho á una solicitud más complicada, y en sus menores actos se nota una majestad cómica: los dos individuos que constituyen lo que llamaríamos en París el *clou de la soiree* llegan acompañados cada cual de dos guardias de corps, poseídos de la gravedad de sus funciones, que llevan cubos de agua con vinagre,



Los tranvías el domingo en Prospect Park

esponjas muy grandes y montones de toallas. Apenas se interrumpe la lucha, se lava á los combatientes con las esponjas; se les frota y tapa como á caballos de carrera; se les hace aire, agitando las toallas, y después se les pone de nuevo frente á frente. Para que se pueda juzgar mejor de las peripecias de la lucha, el campeón negro lleva calzón blanco, y el campeón blanco, negro; su piel húmeda se ilumina bajo los rayos de la luz eléctrica, que se refleja en los robustos músculos, y el público

aplaude ruidosamente. Siento como un frío terrible en medio de aquel tumulto; la destreza de los gladiadores me parece notable; mas el espectáculo es demasiado brutal para un francés del siglo XIX, y entro en mi casa prometiéndome no volver á ver jamás á Jackson. Evidentemente, las personas que me rodean

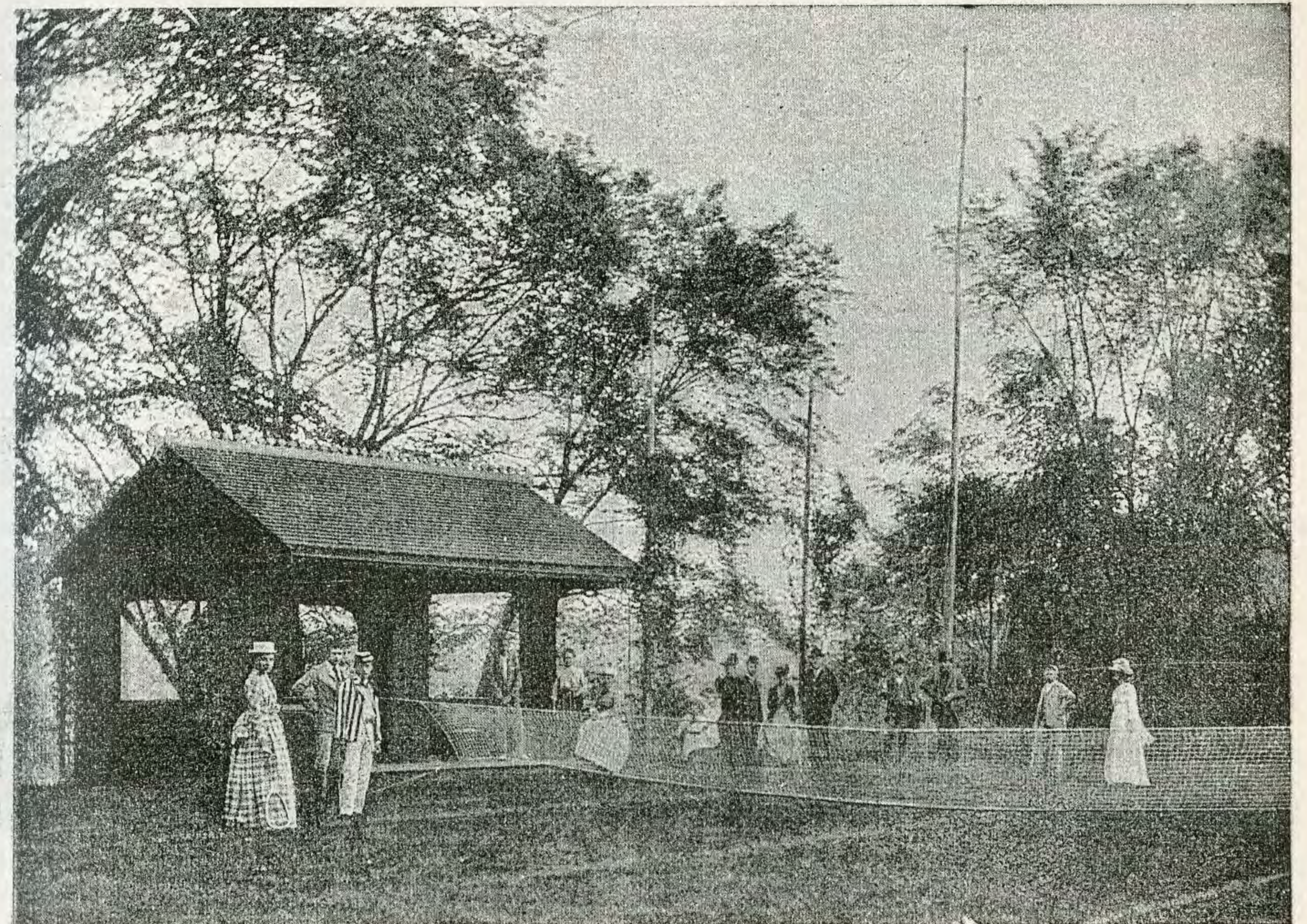


Paseo en canoas en Prospect Park, Brooklyn

confían en proporcionarse este recreo en la primera ocasión que se presente.

Con una afición tan pronunciada á los ejercicios físicos, los americanos no podían menos de adoptar el uso de las carreras de caballos. Junto á todas las ciudades importantes se encuentran siempre uno ó varios hipódromos bien organizados en los cuales galopan buenos caballos de origen europeo; pero la carrera verdaderamente nacional es al trote, sobre todo la carrera de coches, *buggy*. He visto un tiro de dos caballos correr sobre

la pista con un *record* de dos minutos veintidós segundos por milla, ó sea un minuto veintisiete segundos por kilómetro. Imagínese qué perfección se necesita para que el tiro dé á semejante paso las vueltas de la pista sin hacer perder el equilibrio al ligero *buggy* que arrastra. En cuanto al trote que al-



Una partida de *lawn tennis*

canza un *record* de un minuto veintisiete segundos, debe entenderse que es un trote completamente desunido, una especie de paso de andadura en extremo rápido. El país ha producido una raza particular de caballos de este andar, *pacers*; esta raza se conserva y escoge cuidadosamente por algunos ganaderos especiales para los que esto es á veces origen de pingües beneficios. Durante mi permanencia en San Pablo, el gobernador del Minnesota, M. Marryam, pagó por un potro de un año

setenta y ocho mil francos; y este detalle dará idea de la pasión que se siente en América por las carreras de *pacers*.

Fuera de las personas que corren ó hacen correr, otras muchas prefieren las distracciones hípicas, y de aquí una infinidad de *clubs* que tienen por objeto el manejo y la cría de caballos de



El juego del *base ball* en Lincoln Park, Chicago

precio. Esta especie de asociaciones participan mucho menos que sus análogas de Europa del carácter *fashionable* (de moda) que les induce á buscar gente de mundo; pero producen más resultados, porque se componen únicamente de individuos que se interesan de veras en su objeto: nadie se inscribe para figurar ó para lucirse, sino tan sólo por amor al caballo. Algunas veces, esta simpatía no supone una educación hípica consumada: he visto jóvenes socios de club que iban al trote en cuadrúpedos muy mal enseñados; caballos y jinetes parecían carecer de experiencia y de arte, y las grandes sombras del conde de Aure

ó de M. Baucher hubieran gemido ante este espectáculo. Sin embargo, un centenar de jóvenes de este género bastan para organizar un *club*, construir un hipódromo, fundar premios y mejorar una raza. Por lo demás, la equitación se aprende sobre todo por la práctica, y no es tan ridículo, en suma, montar á caballo, porque se tiene gusto en ello; el arte viene después con el tiempo y el perfeccionamiento de los métodos; pero no se le espera para comenzar.

Gracias á esta sencillez, creo que los americanos disfrutan mucho más que nosotros de este género de placeres; las jóvenes montan sin amazona, conducen sus caballos sin ir acompañadas de criado algu-



Un tronco de 75.000 francos en San Pablo. — Caballos trotones que andan una milla (1622 metros) en dos minutos veintidós segundos.

no, y salen cuando les parece bien; aquí como en otras partes conservan su independencia, prescindiendo de una infinidad de formas convenidas. Enganchar un coche no es una cuestión de Estado regulada anticipadamente, como en París, porque una mujer no moviliza por necesidad un cochero y un lacayo, y porque los caballos que la conducen no van enjaezados con lujo. Hay menos elegancia, pero todas las cosas se hacen más en grande.

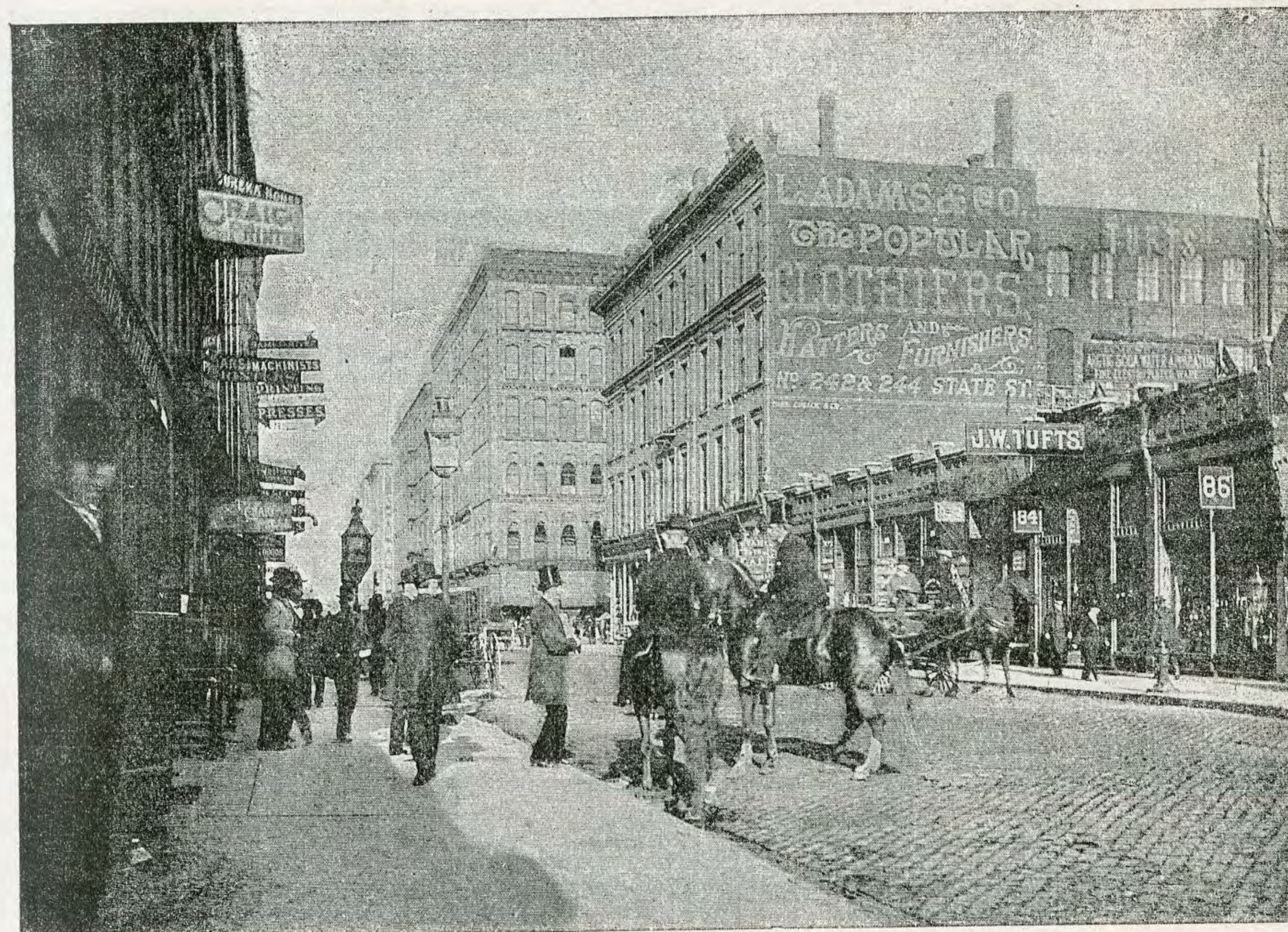
El mismo carácter de sencillez se observa en las relaciones sociales, por lo menos en el Oeste. Los bailes de Nueva York

son más bien una maravillosa exposición de flores, de diamantes y de tocados, más bien una ostentación que un placer; pero ya he dicho varias veces que Nueva York es tan poco América como Niza es Francia, pues hay demasiada tendencia á la imitación europea. Si queréis saber cómo se divierten los verdaderos americanos, es preciso ir á verlos allí donde están: es menos magnífico, pero más verdad.

He asistido á un baile en una pequeña ciudad del Nebraska, en Fremont: era en un gran salón alquilado por algunos jóvenes que habían organizado el sarao y hacían pagar un dollar á cada convidado; una mediana orquesta, dirigida por una especie de maestro de baile que indicaba las figuras que se debían ejecutar, como un ministril de pueblo, tocaba casi sin descanso, é infatigables parejas daban vueltas cadenciosamente al compás de su ritmo, discordante. Es preciso amar mucho el baile para sostener un ejercicio semejante; pero las personas que se hallan allí no tienen idea de que se pueda ir al salón más que para bailar, y lo hacen concienzudamente, como si se tratase de ejecutar un trabajo. El aspecto de la sala es variado: muchas mujeres con trajes claros; algunos vestidos altos, otros escotados, y unos pocos de calle, muy sencillos; entre los hombres, levitas, chaquetas y chaquetones: se baila con el traje que se tiene, en vez de ir á bostezar con uno de bailarín, muy correcto.

Naturalmente, el gusto de un europeo se resiente de estos detalles, que nada tienen de particular para los ciudadanos del Nebraska. En cuanto á la sociedad, me parece poco escogida; pero no se preocupan de esto: creo reconocer entre las bailarinas una de las jóvenes que todas las mañanas leen á mi oído la interminable lista de los manjares del hotel, y tal vez esté valiendo con uno de sus clientes ordinarios. Es preciso confesar además que la falta de distinción, revelada por mil detalles, no lleva consigo aquí lo que en Francia llamamos el mal género.

Varios jóvenes cuchichean, teniendo á sus parejas cogidas por la cintura; pero no se les ocurriría permitirse la menor broma dudosa. Aquí todo es común, pero honrado. Me dicen que estos bailes son periódicos y que se dan cada quince días durante la estación de invierno. ¡Cómo ha de ser! Nadie se instala aquí de



Jinetes en las calles de Chicago

modo que pueda dar fiestas, y hasta que se encuentre, no quieren privarse de bailar. ¿Qué importa, por lo demás, la opinión de los habitantes del antiguo continente?

Otro género de diversión, muy apreciada en las pequeñas ciudades del Oeste, es lo que llaman *surprise parties* (partida de sorpresa). Una tarde cualquiera, un grupo de gente llega á la casa de una familia amiga sin avisar; se registran todos los armarios para arreglar una cena cualquiera; se baila, hay música

ca, y todos se divierten. Es evidente que estos imprevistos no se compensan sino por la alegría y una gran sencillez de costumbres. Imagínese lo que en una casa bien puesta y cuidadosamente conservada tendrá de enojoso é inoportuno semejante invasión: cristales rotos, vajilla revuelta y el desorden reinante



Un baile en Fremont, de fotografía hecha con luz de manganeso

desde la bodega al granero: sería lo suficiente para que la dueña de la casa sufriera un ataque de nervios.

Con estas costumbres, la hospitalidad se ejerce fácilmente. No he ido jamás á visitar una granja en medio del día sin que me convidasen cordialmente á comer; en las ciudades nacientes del Oeste es cosa muy admitida, cuando se quiere recibir á los vecinos por la noche, invitar á sus mujeres ó á sus hijas á que vayan por la mañana para ayudar en la cocina y

poner la mesa; y si acaso sirven esta última, no se ha de extrañar ni deducir que no son *ladies*. Todo esto es muy rústico, pero mucho más alegre que las comidas á cuatrocientos francos cubierto en casa de Delmonico. Sin embargo, las cenas improvisadas *at home* (en casa) y los grandes banquetes en el restaurant á la moda reconocen la misma causa, cual es la escasez de servidores y la dificultad de organizar en su propia casa fiestas de aparato: la gente del Oeste se consuela sacrificando aquél, mientras que la del Este sacrifica el *home*.

Así en una región como en otra, los recreos americanos tienen cierto carácter general de honradez y de bienestar poco en relación con muchas costumbres europeas: el placer no despierta en los Estados Unidos la idea de la galantería, y las personas honradas se arreglan de manera que puedan distraerse inocentemente cuando tienen tiempo para ello. Los empresarios de diversiones públicas respetan su deseo, porque constituyen la mayoría de la clientela, y ejercen una policía exacta, que el conjunto de las costumbres les facilita mucho. Por eso se ven con bastante frecuencia anuncios como el que reproducimos á continuación, copiado en un paseo de Denver.

AVISO

ESTE LAGO Y ESTE PARQUE SON PROPIEDAD PARTICULAR

NUESTRA INTENCIÓN ES CONVERTIRLE EN

PUNTO DE REUNION DE LAS FAMILIAS (a family resort)

La dirección se reserva el derecho de prohibir la entrada á toda persona poco conveniente ó maléfica

(IMPROPER OR OBNOXIOUS CHARACTERS)

SE PROHIBE VENDER LICORES DE NINGUNA ESPECIE

Hasta en Nueva York, en Chicago y Filadelfia, en ciudades que cuentan un millón de almas ó más, los teatros, los circos y los lugares de recreo, abiertos algunos por la noche al público y á los que un hombre honrado puede asistir, no presentan, como entre nosotros, el espectáculo de una odiosa mezcla de carácter dudoso. En el Edén Museo de Nueva York veo una señora que ha llegado con su nodriza y el niño; los caballeros leen tranquilamente sus diarios en los entreactos, y ninguna mujer galante circula por las galerías superiores: se va allí para descansar, oyendo música que no es difícil de comprender ni apasionada: es un dulce preparativo para el sueño, y no una excitación. Jóvenes franceses, conocidos míos, acostumbrados á las reuniones de París, me afirman que Nueva York les parece una ciudad sumamente insulsa, y acusan á sus habitantes de hipocresía. Los detalles que me dan prueban, en efecto, á no dudarlo, que el gran desenfreno tiene sus templos, numerosos y magníficos en esta ciudad de tan austero exterior; pero no se necesita mucha filosofía para adivinar que esta inmensa aglomeración, rica y cosmopolita, no es un santuario immaculado de virtud, cosa que ya sospechaba yo. No es poco maravilloso resultado que la población indígena haya impuesto en semejante medio las costumbres de *respectability* exterior que observo, como por ejemplo la modestia en las calles. Toda la hipocresía de que me hablan prueba precisamente la fuerza del sentimiento público sobre este punto, y además tiene la ventaja moral considerable de que aquí el desenfreno se conserva como un vicio, aunque vicio oculto; mientras que entre nosotros la vida elegante y la vida galante marchan á la par.

Otras diferencias revelan tal vez la razón de las ya indicadas. ¿Cómo encontrarían lugar en la existencia atareada del yanki el desenfreno vulgar que no exige largas intrigas, la

galantería mundana y delicada que ocupa toda una vida? El primero podría pasar inadvertido, y por lo tanto ofrece menos riesgo de comprometer la reputación y el crédito del que á él se entrega, grave consideración en un país donde el valor personal de los individuos es la gran palanca de la fortuna y primera cosa que se pregunta antes de emprender un negocio; la segunda es objeto de todas las conversaciones y se declara públicamente, á veces mucho tiempo antes de haber alcanzado su objeto. En fin, las leyes contra la seducción protegen con tal eficacia á la mujer de reconocida honradez, que constituye un peligro, del cual se aleja el hombre afortunado en amores que se extravía en América. Queda la mujer perdida que vive oficialmente de su vicio. Bien se ve que la hipocresía americana no es una simple cuestión de gusto y de carácter, sino el resultado de un conjunto de circunstancias impuestas por la misma vida americana. Si nos inclinamos á condenarla duramente, recordemos por lo menos lo que decía Joubert con tan buen sentido: «Es un homenaje tributado á la virtud.» Esto no dispensa á los hipócritas; pero hace el elogio del centro que les obliga á serlo.

Mis lectores tendrían tan sólo una idea muy incompleta de los recreos americanos si no les dijese dos palabras acerca de uno de los más extendidos y populares, de aquel que puede agradar en medio de las ocupaciones más absorbentes, del *chewing*, ó sea la costumbre de mascar tabaco.

Apenas se ha permanecido dos horas en Nueva York, llama la atención la asombrosa multiplicidad de escupideras; las hay en todas partes y de todas formas: grandes cuencos de barro pardusco, brillantes vasijas de cobre y una especie de poncheras de loza ó de cristal se encuentran á cada paso en el *hall* (patio ó salón) de los hoteles, en los coches del camino de hierro, en las oficinas y en las alcobas; el negro que os enlustra las botas tiene cuidado de poner una á vuestro alcance, y no pare-

ce sino que la escupidera es lo más necesario para la humanidad. Si se avanza hacia el Oeste, no se podrá decir que haya más, pero se ve mejor su razón de ser, porque á ellas se dirigen continuamente salivazos negruzcos, los cuales denuncian el *chewing* que les dió nacimiento.

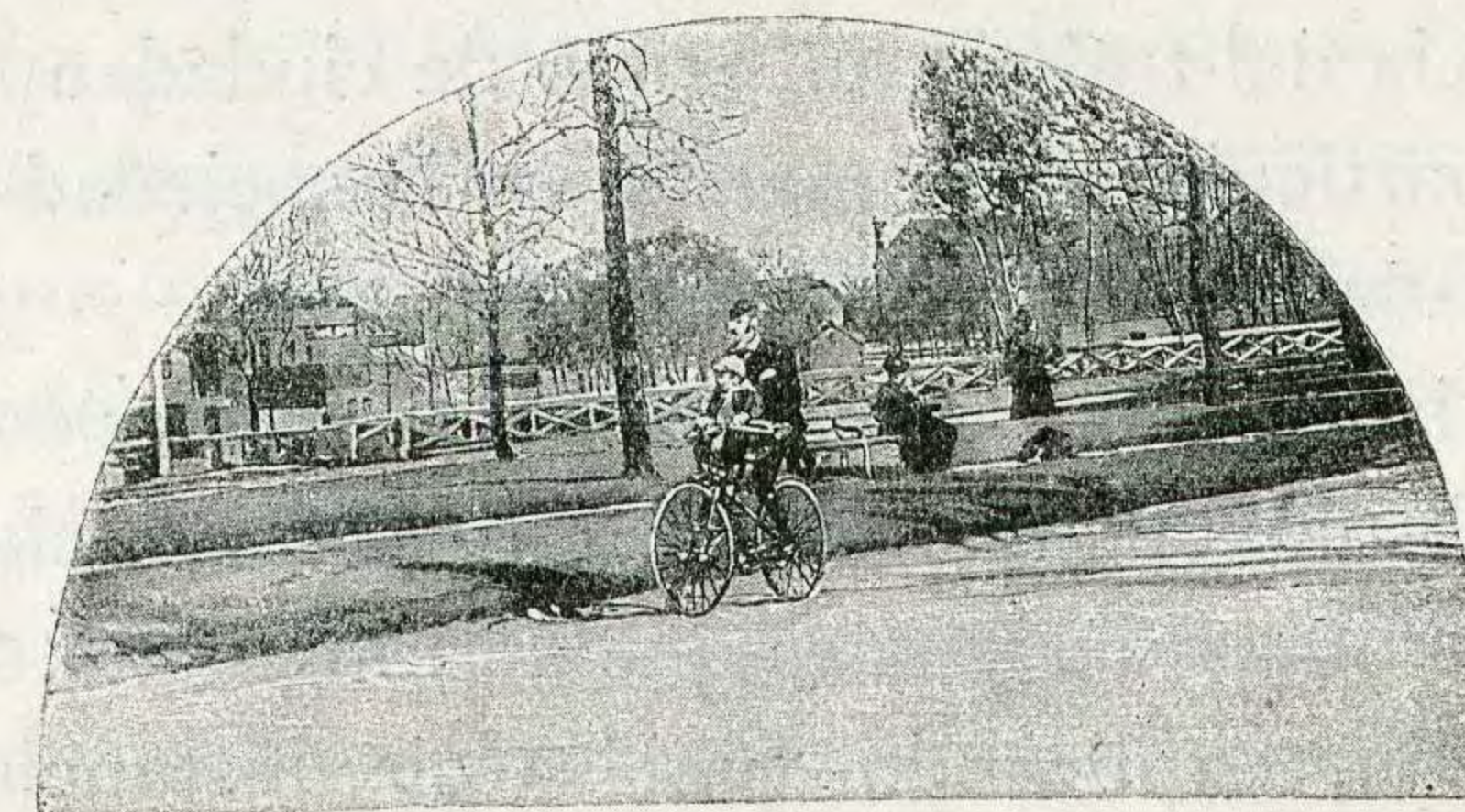
Y si solamente el sexo feo conservara ese repugnante privilegio de mascar tabaco, aún no sería tan malo; pero las mujeres le tienen también con gran detrimento de sus encantos. Cierto que hay pocas que tengan este vicio; pero en el Oeste, las más mascan una goma fabricada expresamente para este uso: se ve de continuo cómo se mueven sus mandíbulas, y una especie de bulto que se revuelve en la boca, deformándola continuamente: ninguna linda figura resiste á esto. Las elegantes de Nueva York y hasta de Chicago han renunciado muy pronto á una pasión tan perjudicial á su imperio; pero sus hermanas del Far West, menos coquetas, ó reinando sobre súbditos menos delicados, se entregan á ella sin remordimientos. Cierta día vi en un *buffet* de camino de hierro una mujer joven que vino á sentarse á mi lado, la cual introdujo graciosamente su pulgar y su índice en el fondo de la boca para retirar el pedazo de goma, que depositó cuidadosamente en la punta de su servilleta. Terminada la comida, volvió á cogerle y subió al coche. Esto es un ejemplo extremo, pero sería fácil multiplicar los detalles asquerosos.

Cuando se pregunta á los americanos por qué mascan tabaco, cada cual de ellos da una razón diferente; los unos piensan que así no pierden tanto tiempo en fumar, y otros invocan diversos motivos de higiene muy caprichosos. El único que parece verdadero se refiere á la extremada sequedad de la atmósfera en la antigua Pradera, es decir en todo el Oeste; resecaando el gaza-te, promueve, según dicen, la necesidad de un medio artificial de salivación; y esto es posible, pudiéndose creer bien que una

causa general ha producido esa costumbre, por repugnante que sea.

Después de este bosquejo de la vida diaria americana, creo que mis lectores formarán una idea de las diferencias muy curiosas que hay entre esa sociedad y la nuestra, y de su razón de ser. Réstanos ahora ver las que revelan los rasgos generales de su organización.

Hemos examinado hasta aquí los diferentes tipos de americanos, cada uno en particular; ganaderos, cultivadores, industriales, comerciantes y banqueros, se han mostrado ante nosotros en su taller de trabajo primeramente, y después en su *home*; pero ¿qué conjunto constituyen estos elementos diseminados? ¿Cómo se agrupan fuera de su oficio y de su familia para los grandes intereses de orden público? Esto es lo que nos falta ver.



CAPÍTULO VII

LA ARISTOCRACIA EN AMÉRICA

- I. La aristocracia de Virginia en otro tiempo y en la actualidad.
- II. Una aristocracia en formación.

Un libro célebre, del que todo el mundo habla y que nadie lee ya apenas, *La Democracia en América*, ha difundido en el público francés la idea de que los Estados de la Unión se dirigen únicamente por la democracia. En M. de Tocqueville era tanto menos dispensable acreditar esta opinión, cuanto que, en la época en que escribía, la aristocracia del Sud tenía aún en la Unión una importancia considerable. Hasta en Nueva Inglaterra, que él había estudiado más especialmente, formábase ya una aristocracia del trabajo, un grupo de ciudadanos eminentes, cuya acción particular en la marcha de la sociedad se hacía sentir muy marcadamente.

Hoy día, la República americana no es tampoco una reunión de hombres absolutamente iguales entre sí; desde cierto punto de vista, hasta son más desiguales que en ninguna otra parte, y ya indiqué la razón, explicando que las circunstancias permitían mejor que en nuestras sociedades de Europa el libre y completo desarrollo de las facultades de cada cual, muy desigualmente distribuidas entre los diversos individuos del género humano.

En la sociedad americana hay, pues, elementos superiores é inferiores; la lucha por la existencia los entresaca sin cesar, asegurando á los unos la dirección, señalando á los otros las situa-

ciones dependientes, y creando para cada ramo de actividad una verdadera jerarquía. Así es como se determina la categoría respectiva de cada individuo en el taller del trabajo.

Fuera de este taller, á decir verdad, parece que todas las clases se hallen confundidas, pues ninguna diferencia material se manifiesta á primera vista entre los distintos ciudadanos de la Unión, lo cual, en concepto de M. de Tocqueville, confirma hasta cierto punto el hecho. Sin embargo, distan mucho de tener todos la misma importancia, y apenas se abandona la esfera de los intereses particulares por la de los generales, se vuelven á encontrar en la segunda, como en la primera, elementos de valor muy diferente. Ninguna clase cerrada, ninguna casta hereditaria posee el monopolio de la abnegación por el bien público; pero ciertos individuos le consagran una parte notable de su tiempo ó de su dinero, atendiendo así por su propia iniciativa á una serie de necesidades comunes al conjunto de la población.

Esos individuos, cualesquiera que sea, por lo demás, su origen, son de hecho aristócratas, en el sentido más lato, más elevado y más verdadero de la expresión; prestan servicios gratuitos, y emplean para el bien común todas las cualidades personales que han asegurado el éxito de sus empresas particulares. La más antigua nobleza de Europa se ha fundado así sobre servicios prestados, y dondequiera que un hombre se consagra liberalmente al bienestar de sus conciudadanos, la opinión pública le clasifica inmediatamente por separado, y se distingue por este solo hecho de la gran mayoría de los humanos, ocupados todos en resolver de por sí el grave problema del pan cotidiano que se enuncia para cada cual de ellos.

La nación debe mucho á estos verdaderos aristócratas, pues no solamente ayudan á sus individuos menos bien dotados á llevar á buen fin su tarea personal, sino que dirigen ciertos intereses superiores que exigen facultades eminentes y que frac-

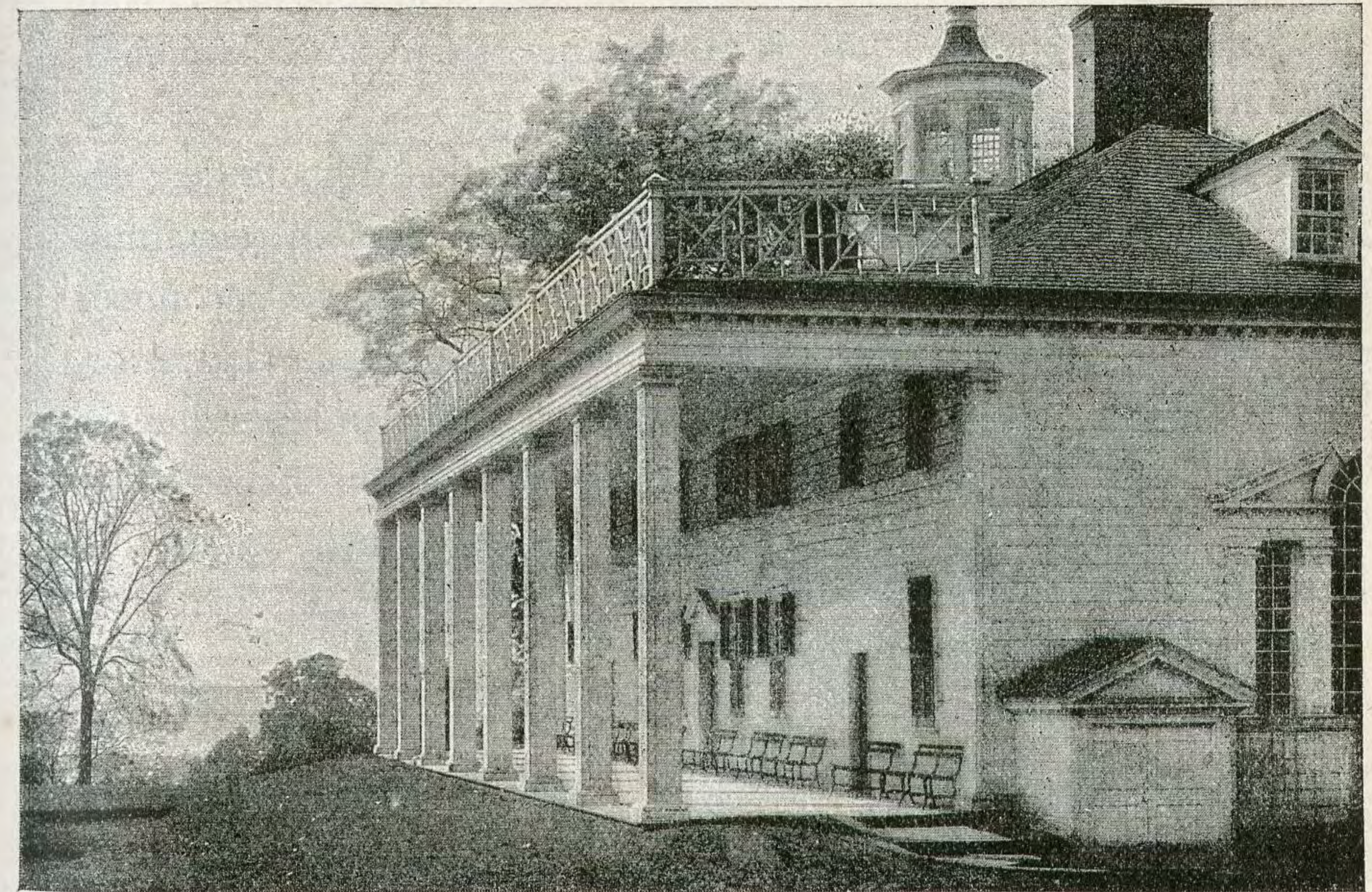
sarían con seguridad sin su intervención. El pueblo americano ha tenido la buena fortuna de producir hombres de este temple; á ellos es á quien debe su independenciam nacional, y ellos son los que preparan hoy sus destinos futuros. Una ojeada sobre su historia pasada nos dirá qué lugar han ocupado en su formación, y algunas observaciones contemporáneas pondrán en evidencia su importancia actual en su desarrollo.

I.—La aristocracia de Virginia en otro tiempo y hoy

Cuando á fines del siglo último los Estados Unidos rompieron el lazo que les unía con la madre patria, en las filas de la aristocracia de Virginia fué donde encontraron principalmente sus primeros hombres de Estado. Wáshington, para no hablar sino del más ilustre, encarnaba en sí de una manera notable las cualidades de esta raza: en su dominio patrimonial de Monte Vernón se había acostumbrado muy pronto á la dirección de un personal numeroso y á manejar considerables intereses; era un patrón bajo el mismo título que los propietarios de los grandes ranchos y de las grandes granjas que se encuentran hoy en el Oeste, bajo el mismo título que los grandes industriales del Este de que ya hemos hablado.

En aquella época, el Oeste era aún de los indios; la industria del Este no existía, por decirlo así, y la agricultura, que era la vida de Nueva Inglaterra, tenía un carácter modesto. Estaba constituída en pequeños dominios familiares, sobre los cuales se preparaba la raza enérgica del futuro, pero donde nadie había podido adquirir la costumbre del mando y de una dirección complicada. El Estado de Nueva York y Pensilvania contaban con algunas explotaciones bastante extensas, pero en reducido número; y el verdadero centro de los grandes patrones se hallaba en el Sud.

Aquí los plantadores residían en vastos dominios y dirigían el cultivo personalmente. Se comprende bien esto cuando se visita Monte Vernón, lleno de recuerdos de Wáshington, que el agradecimiento del pueblo americano conserva con piadoso cuidado. La casa habitación, de un aspecto sencillo y construída



Mount-Vernon, casa de Wáshington; fachada que da al Potomac

de madera, está rodeada de numerosas dependencias, y es una verdadera instalación rural situada junto á los cultivos, una *casa de amo*, y no precisamente un castillo. La posición, por lo demás, es maravillosa: una de las fachadas domina la magnífica extensión líquida del Potomac á la altura de un cerro muy empinado, cubierto de grandes árboles; la otra forma uno de los lados de un patio, detrás del cual se ve una vasta llanura cultivada.

Aquellos plantadores no limitaban su actividad á cuidar de sus propios intereses, sino que dirigían también los negocios

públicos y gobernaban, en suma, las colonias, en cuya administración intervenía muy poco la metrópoli.

Cuando llegaron á sublevarse contra una exigencia aduanera opresiva, rompiendo el lazo que las unía con la madre patria, los mismos hombres siguieron administrándolas como en el pasado, y solamente se hubo de crear un nuevo lazo para sustituir el que se acababa de romper: de esta necesidad nació la constitución federal.

Sin embargo, la situación ofrecía grandes dificultades; era preciso resistir á las armas de Inglaterra, entrar en relaciones diplomáticas con los Estados de Europa y hacerse reconocer por ellos: esto en cuanto al exterior. Por lo que hace al interior, se debía reunir en una acción común Estados independientes unos de otros, sin cohibir en nada su libertad, sin hacer pesar sobre ellos el yugo de la centralización y sin aprovecharse de la dictadura momentánea que una grave crisis ponía en manos de los jefes.

Estos últimos cumplieron con todos sus deberes, y no se podría admirar bastante el magnífico papel que entonces desempeñó la aristocracia del Sud, el desinterés, la sabiduría, la calma serena de Wáshington, la elevación de sus miras y la exactitud de sus concepciones, ese conjunto de cualidades, en fin, que hicieron de él un hombre de Estado de primer orden.

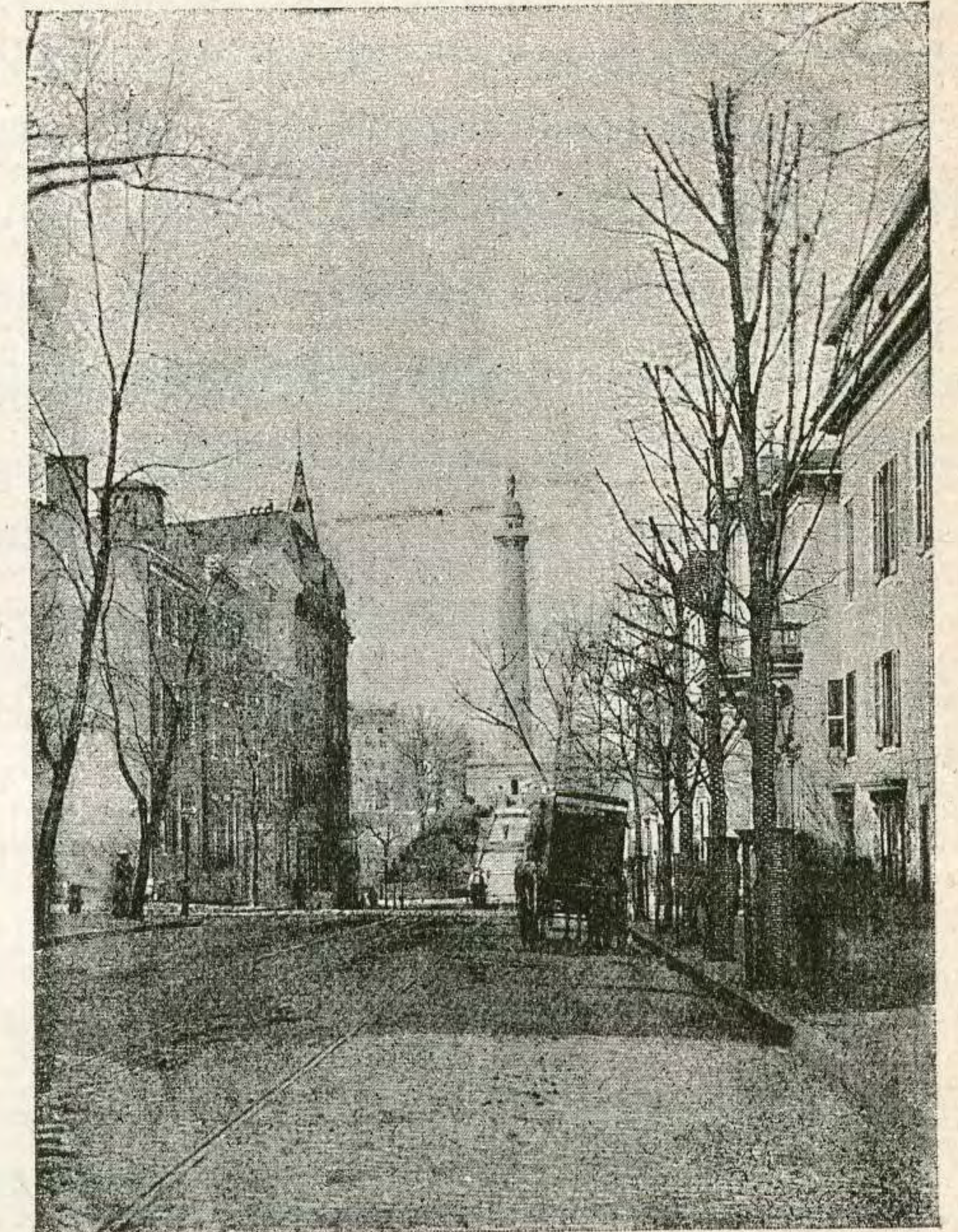
Durante largo tiempo aún, después de haberse declarado la independencia, la aristocracia de Virginia proporcionó á la Unión la mayor parte de sus presidentes; era un verdadero plantel de gobernadores de hombres, porque la administración de las grandes plantaciones acostumbraba sin cesar al manejo de considerables intereses á los propietarios importantes del país. Sin ningún privilegio político que les designase para las funciones supremas, se veían revestidos de ellas como los más

aptos para desempeñarlas. En resumen, aquellos grandes patrones agricultores fueron los que facilitaron á las colonias americanas los medios de soportar su separación de la metrópoli, y gracias á ellos pudieron crearse los Estados Unidos y engrandecerse.

Guiándose por esos recuerdos históricos se siente uno inclinado á buscar entre los descendientes de esa aristocracia los jefes naturales de la nación; pero ya no es ahí donde se encuentran: el cetro ha pasado á otras manos.

Por lo pronto, desde el punto de vista político, han perdido la dirección del país bajo la influencia de causas que examinaremos más adelante, al estudiar la vida pública en los Estados Unidos.

Desde el punto de vista social, su importancia es también muy vaga. En efecto, se ha producido en el trabajo americano una revolución considerable: los grandes intereses agrícolas del Oeste y los grandes intereses manufactureros del Este se hallan regidos hoy en dichas regiones por hombres eminentes, mientras que el cultivo de las plantaciones ha caído en una decadencia profunda; el Sud no produce ya grandes patrones, pero sí el Este y el Oeste; de modo que las causas que constituían la preponderancia del Sud han desaparecido, y por decirlo así, se han vuelto contra él.



Columna de Wáshington, Charles street, en Baltimore

No solamente la antigua *caballería* del Sud ha sido reemplazada por una nueva aristocracia del trabajo, sino que ya no se recobra de su abatimiento, y sus representantes actuales parecen hundirse cada vez más en la medianía.

Muchos se hallan aún en sus plantaciones desmembradas ó disminuídas, sin hacer ningún esfuerzo para recobrar el puesto que por su educación les correspondía; son objeto de la consideración general porque se mantienen fieles á las tradiciones delicadas y generosas de sus antecesores; pero la deben más bien á los recuerdos que á los hechos actuales; de modo que es una raza que desaparece. Algunos, demasiado pobres para educar á sus hijos de una manera conforme á sus antiguas costumbres, demasiado orgullosos ó indolentes para dedicarlos á oficios lucrativos, los conservan junto á sí, vegetando con una mediana renta; y de este modo, en una ó dos generaciones, esos descendientes de los grandes plantadores serán fatalmente absorbidos por la clase obrera. En efecto, ningún apoyo artificial los sostiene en este país; ninguna prerrogativa, ningún privilegio se atribuyen á su nacimiento, y de la clase popular sube continuamente una oleada de hombres capaces.

¿Cómo se ha producido tan pronto semejante decadencia? Sin duda la guerra de Secesión y las funestas consecuencias que tuvo en el Sud han contribuído por alguna cosa; el licenciamiento de los esclavos, sin ninguna indemnización concedida á los propietarios, ha desorganizado la mayor parte de las plantaciones, dirigiendo un golpe cruel á la fortuna de la aristocracia de los grandes hacendados; pero si estas causas explican muy bien el estado de crisis, no justifican la incapacidad de rehacerse. Un arzobispo católico de Virginia, muy favorable á los descendientes de los antiguos plantadores, me decía de ellos: «Bien hay algunos que tratan de reponerse; pero en su lugar hay yanquis en Nueva Inglaterra que harían diez veces más esfuerzos y

conseguirían su objeto; son hombres, añadió, muy propios para mandar, pero poco aptos para salir de apuros.»

Este juicio, exento seguramente de toda malevolencia respecto á la aristocracia de Virginia, demuestra bien el doble carácter que poseen aun los mejores de sus representantes. Son propios para mandar en el sentido de que han tenido en otro tiempo la costumbre de ejercer el poder en torno suyo; aún conservan ciertas cualidades, cierto prestigio; pero no saben asegurarse de por sí las situaciones en que se manda; de modo que sus cualidades y su prestigio no tienen ya en qué emplearse desde el momento en que las circunstancias no les proporcionan ya tales situaciones.

Su gran desgracia ha sido precisamente que el régimen de la esclavitud les había acostumbrado á la explotación de posiciones aseguradas ya. El plantador heredaba un dominio constituído de antemano, y los esclavos que tenía bajo su autoridad no podían abandonarle; de modo que gozaba de una especie de privilegio que le constituía en gran patrono agrícola, aunque dejase de cumplir los deberes de tal. Además, los negros que dirigía, á menudo con gran benevolencia, estaban condenados para siempre á la condición servil; y aunque los liberasen, por extraordinario, su categoría social no se modificaba apenas, quedando siempre inferiores de hecho, si no de derecho. En efecto, no se hacía nada para realzarlos; los plantadores de carácter benigno, cuyos capataces no eran demasiado brutales, los trataban bien, pero siempre como esclavos, y entre las dos clases de la sociedad existía una separación profunda: la una mandaba y la otra obedecía, sin que fuese posible pasar de una clase á otra.

Con este régimen ha sucedido lo que fatalmente debía suceder: la clase superior ha sido cada vez menos capaz de mandar, y la inferior se ha sometido menos y menos á su yugo. Es cosa

muy difícil para una aristocracia mantenerse siempre al mismo nivel durante una serie de generaciones; si algunas familias aisladas lo consiguen, las más ven cómo sus vástagos degeneran á medida que se alejan del tronco primitivo, y desaparecen después: es la historia de muchas casas ilustres. Para que la aristocracia figure de algún modo en la dirección de la sociedad, es preciso que se renueve poco á poco, que se infiltre sangre nueva, que tome continuamente en el conjunto de la nación lo mejor que tiene, para asimilárselo; haciéndolo así, se conservará como una reunión de individualidades eminentes, siendo el resultado de una elección perpetua. Con la esclavitud, por el contrario, la aristocracia llegaba á ser forzosamente un cuerpo cerrado, una casta, y esto es lo que la ha perdido.

En el momento de la guerra de Secesión, el cultivo de los grandes plantíos se hacía en condiciones deplorables; repetidas cosechas de tabaco habían agotado las tierras más ricas, y los plantadores gastaban más bien su dinero en las fiestas y en las riñas de gallos que en comprar abonos para obtener la fertilidad primitiva. Un defecto general de vigilancia estimulaba la rapacidad de los intendentes, así como la pereza de los negros, é introducía por todas partes los más detestables métodos de cultivo. La crisis era inevitable, y los sacrificios de dinero impuestos por la guerra apresuraron el desenlace; por la abolición de la esclavitud fué particularmente dura para los plantadores; pero sus causas profundas provenían de otra cosa, y prueba de ello es la continuación de esta crisis hasta la época actual.

II.—Una aristocracia en formación

Junto á las antiguas familias del Sud, hoy decaídas, se forma un poco por todas partes, en el territorio de la Unión, una clase de grandes patronos, que por su amor al bien público y su

acción efectiva sobre la sociedad se indican como los individuos de una nueva aristocracia.

Evidentemente, si se entiende por aristocracia un conjunto de familias, dueñas por herencia de grandes dominios y que ejercen con el mismo carácter ciertas funciones elevadas, en los Estados Unidos no se encontraría tal cosa.

Pero si se entiende por aristocracia un conjunto de individuos que se distinguen por su elevación y su desinterés, que consagran al bien público una parte notable de las ventajas que supieron adquirir, un grupo, en fin, de hombres eminentes y generosos, esto existe en alto grado entre los yankis.

El carácter distintivo de esa aristocracia americana es el afán de elevar hasta sí los elementos sociales capaces de subir. Todos los hombres que, llegados á la cima de la escala, tienden generosamente la mano á los que se esfuerzan por alcanzarla, forman de hecho parte del grupo, y semejantes hombres no son raros en los Estados Unidos. En el transcurso de esta obra hemos observado muy á menudo en el obrero americano una constante aspiración á elevarse, y en muchos patronos el continuo deseo de ayudarle en esta marcha ascensional. Pullman, Pillsbury y otros muchos son curiosos ejemplos. Casi nunca se halla en América ese sentimiento que se produce con tanta frecuencia en Europa en algunos centros, muy dignos por lo demás; esa especie de envidia secreta á todo lo que se eleva; y si allí no se encuentra es porque no existen las causas que le originan entre nosotros.

En Francia, un hombre de la alta sociedad cree fácilmente que su vecino le hace daño al elevarse, y es que nuestro país se parece un poco á una sala de espectáculos muy reducida, donde todos los mejores asientos están tomados desde hace largo tiempo; no se puede aumentar indefinidamente el número; es preciso ponerlos á concurso, y los que los ocupan ven con pesar cómo

mo aumenta el número de los concurrentes, amenazando su tranquilo goce.

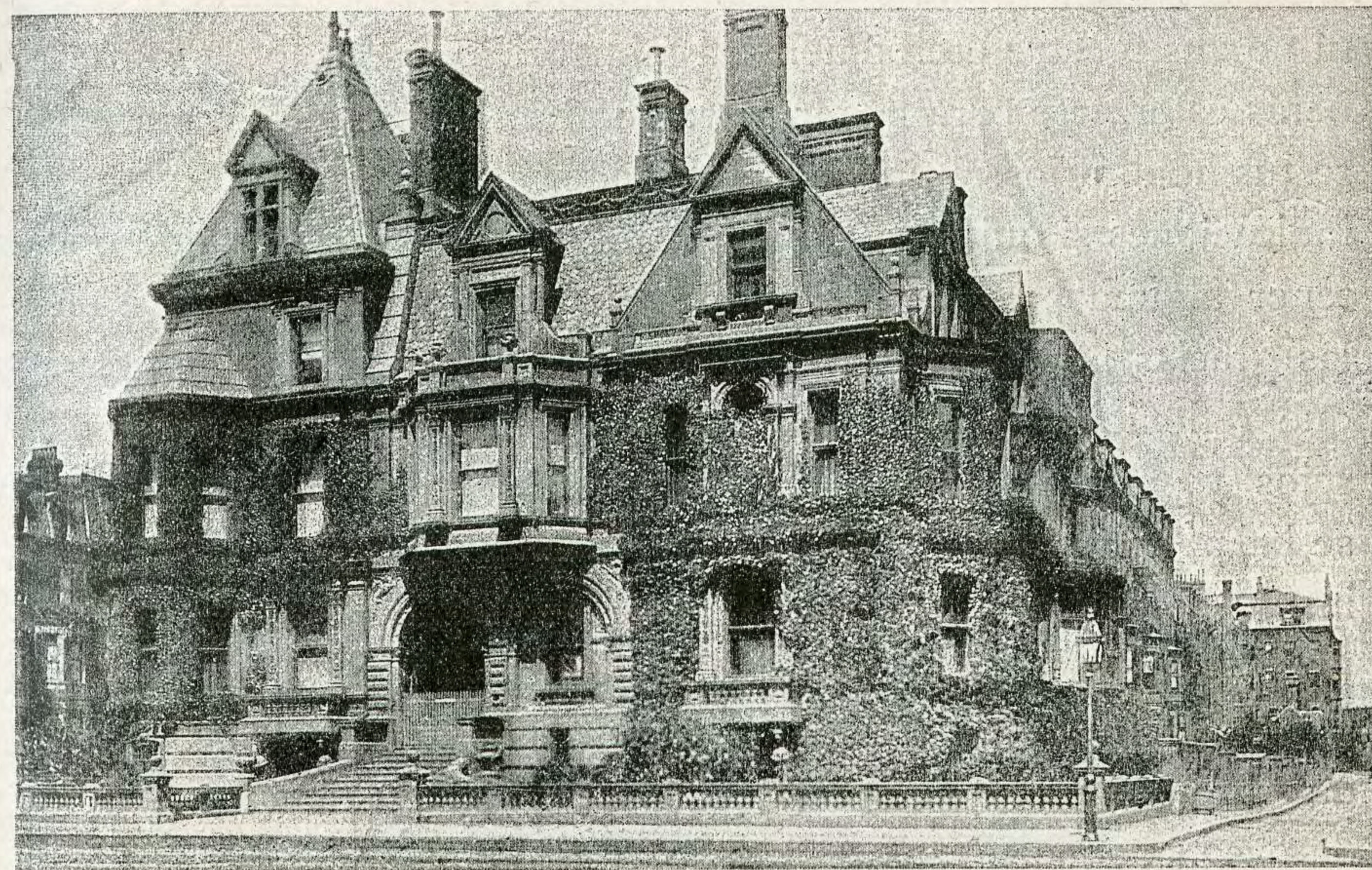
América, por el contrario, es un vasto circo, donde los sitios no faltan, pero que están sin ordenar aún. Solamente algunas personas se han construido magníficos palcos de lejos en lejos; y cuando un nuevo palco se agrega á los suyos, obtienen un golpe de vista más agradable, sin temer que nadie venga á desposeerles, por lo cual están sinceramente dispuestos á manifestar su aprobación y hasta ayudar á cualquiera á construir uno.

Además, aquí no hay oposición entre la clase trabajadora y la clase que disfruta. Fuera de los Estados del Sud de que hablaba antes, apenas hay quien se entregue á la vida de placeres, y por lo tanto, pocos ó ninguno de esos herederos de situaciones medianas, siempre dispuestos á tomar pequeñas venganzas contra las personas vigorosas ó enérgicas, que salidos de la nada, consiguen al fin hacerse superiores á ellas.

Gracias á esto, en el conjunto de las familias ricas hay una disposición general á la benevolencia y al aprecio á las familias obreras. Esta inclinación existía igualmente entre muchos de los plantadores de Virginia respecto á sus esclavos, por más que se haya dicho lo contrario; pero no se revelaba lo mismo, y aún hoy se puede notar la diferencia.

Cierto día me hallaba en casa de una señora muy distinguida, descendiente de una antigua familia de Virginia, y cuya persona tenía un perfume aristocrático muy raro entre los americanos; en su casa, grande y cómoda, notábanse ciertas elegancias verdaderamente europeas, y un criado italiano, á quien la señora B..... hablaba siempre en francés, completaba la ilusión, tanto que por poco más se hubiera creído estar en Francia. Al ayudar á su señora á subir al coche, aquel italiano, poco atento, cometió la torpeza de cogerla el dedo en la portezuela; y sin una

palabra de reprensión, la señora B..... se apeó al punto para que la curasen. Una hora después, el pobre hombre, algo avergonzado, fué á informarse sobre el accidente y á excusarse; la dama le contestó: «¡Cómo ha de ser; yo he tenido en parte la culpa!» Después, volviéndose hacia mí, cuando el hombre hubo



Casa particular en Boston

salido, me dijo: «¡Es tan duro obligar los criados á excusarse por esta especie de cosas! *¡It is so rude to make the servants apologize for those things!*» ¡He aquí un sentimiento muy delicado, que sin duda no había nacido en el pecho plano de una mujer del Oeste! Para que se produzca, se necesita una larga costumbre de mando unida á cierto refinamiento de corazón y de alma, que apenas se puede encontrar en *ladies* ó *gentlemen*, que son los primeros de su familia. En éstos la benevolencia tiene menos gracia, pero es más eficaz. No se estudia el arte caritativo de hacer menos penosa á sus servidores la condición

en que se hallan, sino que se trata de sacarles de ella. Un fabricante conocido mío tiene de criado en su casa un joven de diez y siete años, huérfano y procedente de Francia, donde fué educado por caridad; es un honrado joven, cortés y tranquilo; pero carece de orden y de energía, por lo cual son muy curiosos los sermones que su amo le dirige. «Vamos, Jorge, le dice á veces, tú no vas á estar eternamente á mi servicio, y por lo tanto, deberás esforzarte para llegar á ser hombre, amigo mío; economiza tus honorarios, y procura emprender alguna cosa; yo te daré indicaciones si quieres, y te ayudaré también, pero trata de obtener alguna posición.» Como francés bien educado, Jorge da las gracias por los ofrecimientos que se le hacen, y contesta que reflexionará; pero tal vez preferiría no escuchar estos consejos y permanecer tranquilamente en el escalón social donde se halla, aunque su amo hace todos los esfuerzos posibles para inspirarle el deseo de elevarse.

Fuera de este patronato individual, que muchos americanos ricos ejercen de la mejor voluntad respecto á sus inferiores, hay otro más general que es también objeto de sus esfuerzos. A cada paso se encuentran en el suelo de los Estados Unidos pruebas de su munificencia y de su abnegación por el bien público, y voy á citar algunas, que bastarán para dar una idea de su importancia.

Paso en silencio las fundaciones puramente caritativas, tales como los hospitales y los asilos, de los que un gran número, por ejemplo, desde el *Johns Hophins hospital* en Baltimore, y el *Drexel hospital* en Filadelfia, son debidos á la generosa iniciativa de algún rico ciudadano. Sin duda honran mucho á los que las han establecido, pero no son características del espíritu americano, porque su objeto es únicamente socorrer á los desgraciados. El americano se cuida más bien de ayudar á los capaces á subir, que de impedir que los incapaces se mueran de

hambre; la primera obra le interesa; en cuanto á la segunda, cumple con ella para tranquilizar su conciencia, pero sin gusto.

Entre los hombres en que se manifiesta el cuidado de elevar á los que le rodean, el más notable es sin disputa Andrés Carneggie, el gran fundador de Pitsburgo: sale de las filas más



Un carruaje bien equipado en Nueva York

humildes de la clase popular; sus padres se ocupaban en tejer telas en el pueblecillo escocés de Dunfermline, y comenzó su carrera con una cantidad insignificante; pero hoy su fortuna se aprecia en doscientos millones de francos, y de ellos hace el uso más liberal. Últimamente entregó cerca de dos millones para fundar una biblioteca pública en Pitsburgo y permitir que todos los habitantes de la ciudad fuesen admitidos sin retribución alguna. Poco después, queriendo completar su obra, se compro-

metió á mandar construir cerca de dicha biblioteca una galería de pinturas y una gran sala de conciertos; mas no se redujo todo á esto: señaló á la galería una pensión anual y perpetua de doscientos cincuenta mil francos; y muy pronto, el primer obrero de Pitsburgo que se presente podrá encontrar á la vez todas las facilidades para entregarse á las lecturas apetecibles, asistir á los conciertos populares y ver las obras de arte más escogidas.

Semejantes liberalidades no son raras. En Chicago visito la *Newberry library*, otra biblioteca pública destinada á tomar un desarrollo considerable. Para fundarla, un habitante de la ciudad fué quien legó toda su fortuna, apreciada por unos en quince millones de francos y por otros en veinte. En la actualidad no posee aún más que cuarenta y cinco mil volúmenes, y se halla instalada en un edificio provisional; pero se ha resuelto ya levantar uno definitivo, susceptible de ensanches ulteriores.

No se reduce todo á dar dinero para crear un instituto de este género; es necesario saber administrarlo, y la iniciativa privada se muestra en los Estados Unidos á la altura de semejante tarea. Observo desde luego la inteligente organización de esta biblioteca. A la cabeza de cada sección hay un empleado especial como director responsable, un médico en el *medical department*, un artista en bellas artes, etc. En vez de agrupar á los lectores en un inmenso salón, como se hace en la Biblioteca nacional de París, se diseminan, por el contrario, según el objeto de sus estudios. De este modo, cada cual está seguro de encontrar ayuda y consejo cerca de un hombre competente; y así, también, cada uno puede ir á tomar los libros que necesita sin perder tiempo. El organizador, M. Podés, opina que esta libertad otorgada á los clientes de la biblioteca es mucho menos perjudicial para los libros que nuestra costumbre de enviarlos y traerlos después continuamente. Es una opinión muy america-

na, que haría saltar sin duda á los conservadores de todas nuestras bibliotecas, como saltarían por otras muchas cosas, por ejemplo el hecho de que la biblioteca no esté ahora abierta con regularidad todas las noches. ¿La abrirán jamás? No se sabe; esto dependerá del deseo manifestado por los habitantes de Chicago.



Ante la puerta de un hotel en Boston

Entretanto, si un individuo cualquiera avisa en un día dado, por teléfono ó por escrito, que tiene intención de ir á consultar por la noche tales ó cuales obras, se le abrirá la puerta, y encontrará sobre una mesa los libros pedidos. He aquí lo que es comprender las necesidades del público; aquí se tiene bien la idea de que las administraciones son para servirle y no para tirarle, lo cual no es precisamente la idea francesa; pero bien mirado, ¿por qué comparar administraciones fundadas por un Estado omnipotente con las que crea la iniciativa privada? Co-

mo la *Newberry library* se halla en la parte Norte de Chicago, un ciudadano fiel á los intereses de la parte Sud ha legado al morir quince millones para establecer otra en esta región. Aún no se ha constituido, pues el legado no data más que de diez y ocho meses; pero muy pronto podrá rivalizar con su primogénita. Esto no es poca cosa para una ciudad de cuarenta años, completamente incendiada en 1871.

Algunas veces, ciudades muy pequeñas se benefician así de los proyectos generosos de uno de sus habitantes y poseen magníficas bibliotecas. Welseley (Massachusetts), que cuenta unos mil seiscientos habitantes, tiene en su vecindad una especie de castillo inglés, rodeado de magníficos árboles y de grandes prados, que contiene su *public library*, y otras muchas aglomeraciones de mediana importancia se aprovechan de recursos análogos: la generosidad americana se ha inclinado mucho en este sentido.

Pero el estudio de los libros no sería suficiente para el desarrollo intelectual; se necesita, para abrir las inteligencias y encaminar sus esfuerzos, una enseñanza oral; y por eso los Mecenas de los Estados Unidos han creado considerable número de establecimientos de instrucción, colegios y universidades, sin contar los cursos públicos abiertos por la noche, para dar á las personas lanzadas ya en la vida de los negocios la facilidad de completar sus conocimientos intelectuales.

Es preciso remontarse mucho en la historia americana del pasado para encontrar las primeras fundaciones de este género. En 1638, diez y ocho años después del desembarco de los *Peregrinos*, John Harvard, sacerdote puritano, legaba la mitad de su fortuna para organizar junto á Boston un colegio que llegó á ser después la universidad más renombrada de la Unión. Hoy, la universidad de Harvard posee inmensas riquezas, que el agradecimiento de sus alumnos aumenta cada día: tan pronto

recibe considerables donativos en dinero, que le permiten construir su magnífico *Memorial hall*, como legados en tierras, que aumentan sus rentas; y por eso rivaliza en importancia con las antiguas universidades inglesas, sobre el modelo de las cuales se organizó.

Otras universidades más recientemente establecidas se deben también á la iniciativa particular, como por ejemplo la *John Hopkins university* de Baltimore, fundada por el mismo Hopkins, que creó el hospital de este nombre; la universidad católica de Wáshington, para la cual la señorita Caldwell dió más de millón y medio de francos; y además, infinidad de colegios, destinados los unos, como el *Girard college*, de Filadelfia, á la instrucción gratuita de los huérfanos sin recursos,



Colegio Girard, en Filadelfia

y siendo los otros simples establecimientos de educación que reciben alumnos de pago: algunos de ellos son muy ricos. *Girard college* disfruta de una renta de cinco millones de francos, poco más ó menos, y en él hay unos mil cuatrocientos huérfanos. Un comerciante de Filadelfia, originario de Francia, fué quien lo fundó en 1831. Se deberían citar miles de hechos para poder darse cuenta, aunque ni siquiera aproximadamente, de la importancia considerable que los donativos y legados particulares tienen para la organización de las universidades, colegios y escuelas

de todo género. Lo único que puedo decir es que casi en todas partes se encuentra en el origen de esos establecimientos el vestigio de una intención generosa. En Denver visito un colegio de jesuitas magníficamente situado en medio de una propiedad de veinte hectáreas. «¿Cómo ha comprado usted tan extenso terreno junto á la ciudad?, pregunto al Padre que me acompaña. — Es que el propietario nos le ha regalado,» me contesta. En Baltimore entro en un colegio metodista de niñas; varias construcciones tienen los nombres de los fundadores, y veo una del todo nueva, cuyo frontis parece esperar una inscripción. «En efecto, me dice el director, esperamos que alguno quiera comprar el derecho de poner su nombre, pagando.» Agréguese á esto que el número de escuelas primarias sostenidas por particulares es enorme; que el clero no recibe de los Estados ninguna especie de subvención; que las iglesias y los templos se edifican sin su concurso, y veréis que el amor al bien público atiende aquí á una infinidad de servicios de interés general en el orden moral é intelectual.

Aún se manifiestan otros testimonios. Los museos públicos comienzan á enriquecerse desde hace algunos años con colecciones particulares legadas por sus propietarios, y de aquí á medio siglo, si el movimiento actual continúa, algunos podrán tener para los artistas y aficionados de Europa verdadero interés. Los museos de Nueva York y de Boston poseen ya lienzos de gran valor, casi todos ofrecidos por ciudadanos generosos. En el *Metropolitan Museum* de Nueva York se nota sobre todo la colección de miss Catherine Lorillard Wolfe, que comprende ciento cuarenta y tres cuadros, entre los cuales hay varios firmados por Rosa Bonheur, Horacio Vernet, Meissonnier, Troyon, Teodoro Rousseau, Corot, Bouguereau, Detaille, Henner, Fromentin, Jules Bretón, etc. Miss Lorillard ha legado además al Museo la suma de un millón de francos, cuya

renta se debe aplicar á la conservación y aumento de esa colección.

Otra colección de los maestros antiguos, compuesta de cuarenta y tres lienzos, ha sido ofrecida por M. H. G. Marquand: contiene cuatro de Velázquez, tres Rubens, tres Rembrandt,



Colegio metodista de mujeres en Baltimore

tres Teniers, dos Van Eyck, un Vandyck, un Leonardo de Vinci, etc. El regalo, como se ve, es de importancia. Junto á estas colecciones hay muchos cuadros aislados, que se legaron igualmente al Museo. Si se hojean los catálogos, se ven todos los nombres conocidos de Nueva York, Cornelius Vanderbilt, Stewart, Havemeyer, etc.

Del mismo modo, la mayor parte de los cuadros de valor que figuran en el *Museum of fine arts*, en Boston, provienen de donativos de ricos habitantes; y así es que las ciudades no

necesitan ponerse á contribución para organizar sus museos.

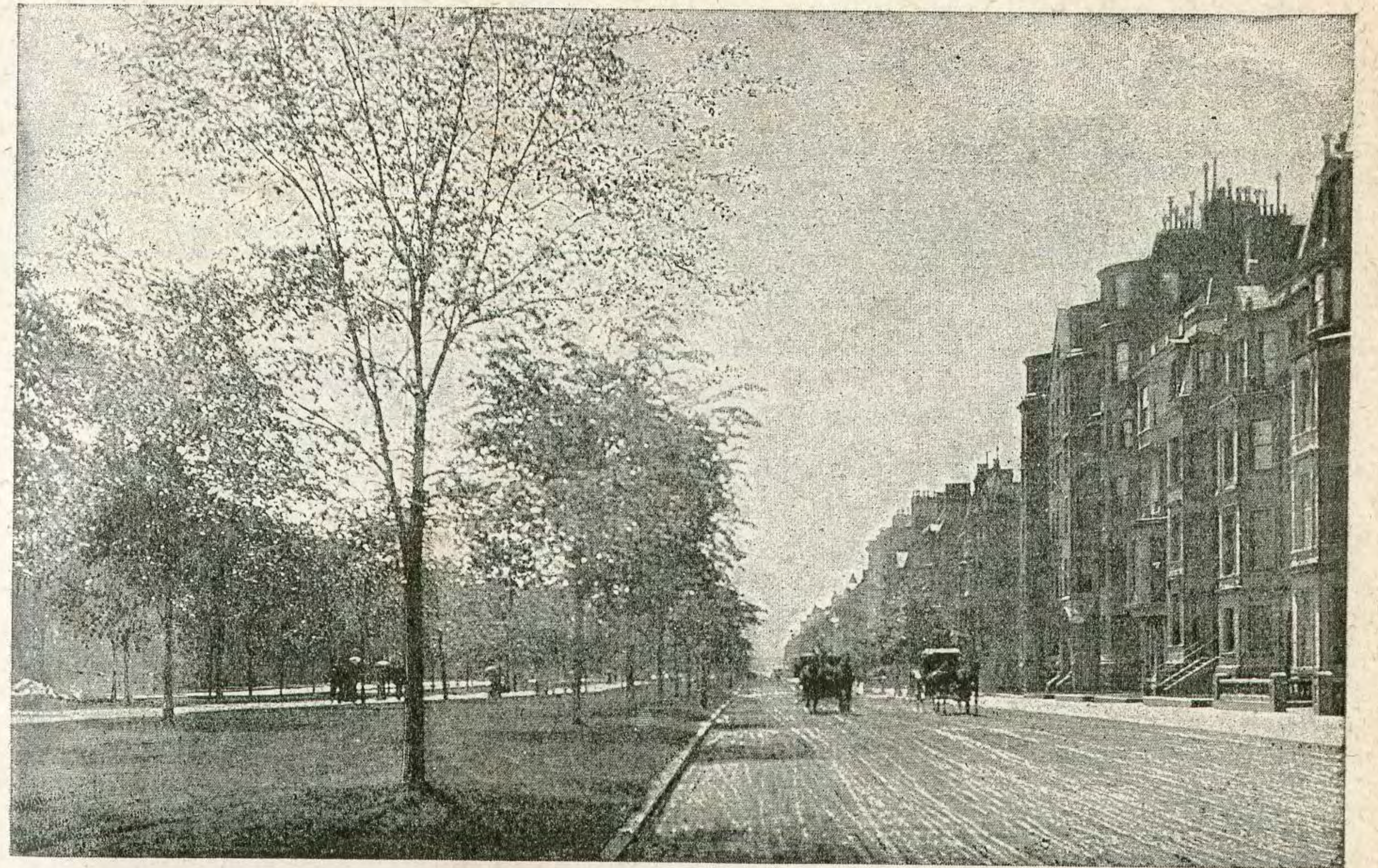
En fin, no es raro ver parques públicos creados igualmente por la munificencia privada: en Pitsburgo me enseñan un terreno considerable que acaba de ser legado para tal objeto; y en Boston veo, en el barrio más elegante, un gran jardín público lleno de árboles, pero muy mal conservado: me explican que se legó á la ciudad con la expresa condición de no cambiar en él nada; el testador quería asegurar el libre disfrute para sus ciudadanos, y los prados desmontados que contiene sirven indistintamente para los juegos de los niños, para dormir la siesta los perezosos y para las predicaciones al aire libre de los apóstoles de buena voluntad. Las voluntades expresadas en el testamento son respetadas con tal escrúpulo, que se deja á los transeuntes oprimirse en la calle contigua, más bien que tomar de la superficie del jardín el espacio necesario para ensancharla, porque esto sería cambiar alguna cosa, violando la voluntad formal del donador.

Esto no es, por lo demás, un caso aislado, sino la manifestación de un sentimiento general en los Estados Unidos: se respetan con notable religiosidad las voluntades de todos esos fundadores cuyas obras acabo de indicar, y diríase que se quiere estimular á los del porvenir por la manera de cumplir los deseos de los del pasado.

Nada es tan fácil como establecer en América una universidad, una biblioteca, un hospital ó un museo, ú organizar de una manera estable la institución que se quiera fundar: para esto basta nombrar en el testamento un consejo de fideicomisarios, *Board of trustees*, al que se confía la administración, autorizándole para renovarla cuando ocurra una vacante en su seno. Supóngase, por ejemplo, que se trate de una biblioteca: el testador designa tres ó cuatro personas, cuya competencia especial conoce, sabios, abogados y literatos, y les da los poderes necesarios para

adquirir las obras, construir y arreglar los edificios, nombrar los empleados, y en general, adoptar todas las medidas que juzguen útiles. Si uno de ellos muere, los otros nombran el sucesor; y el consejo instituido por el fundador no desaparece así jamás.

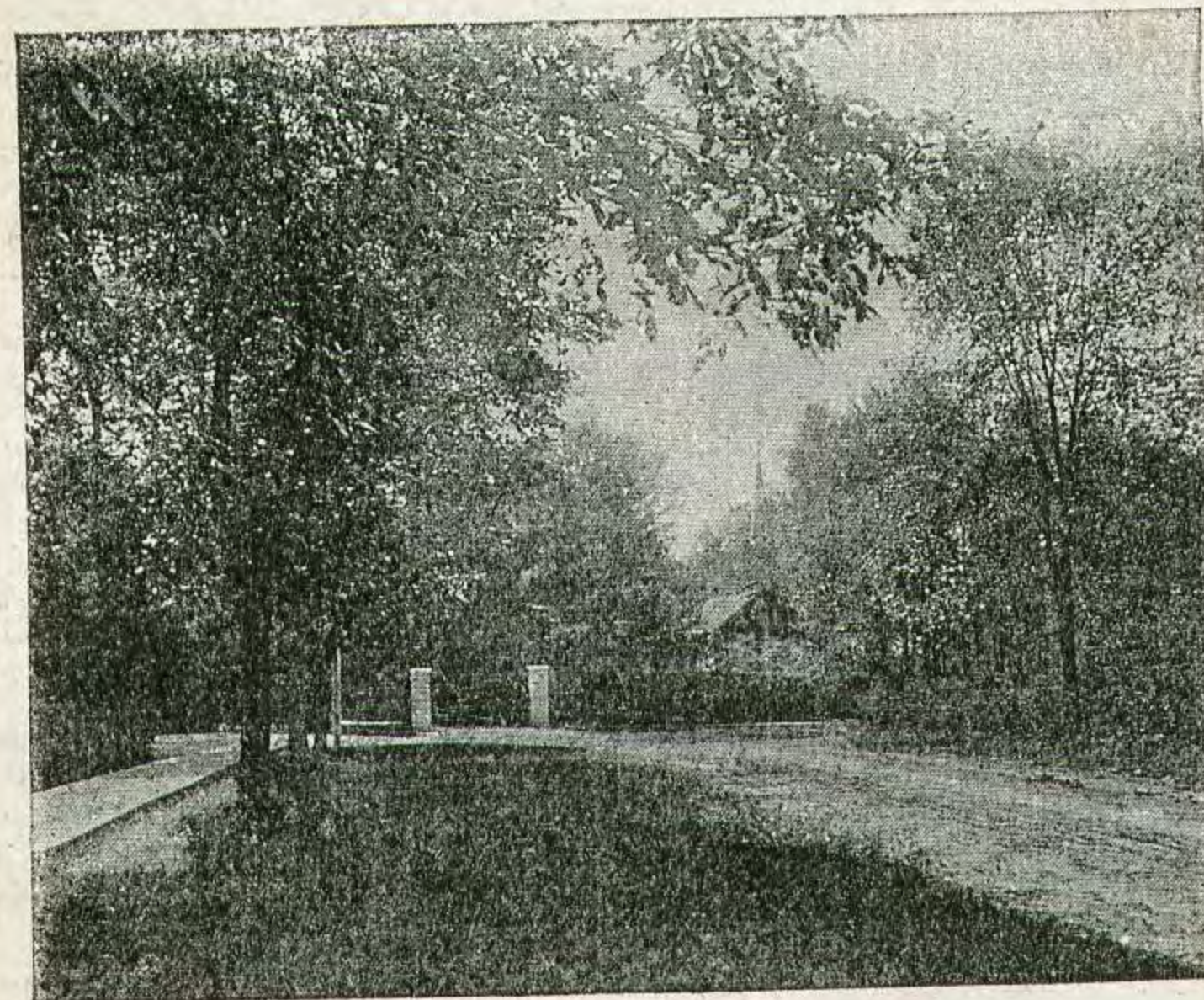
Desde el punto de vista legal, la situación no ofrece ninguna



El barrio elegante de Boston: avenida Commonwealth

dificultad, pues toda institución que no sea contraria á las buenas costumbres recibe la personalidad civil por medio de una «Carta» del Estado donde existe. Así, la *Newberry library* de que ya he hablado puede adquirir, enajenar, hacer transacciones como un simple particular; su *Board of trustees* obra con toda libertad, y no conoce esas trabas administrativas que entre nosotros entorpecen en tan alto grado la marcha y el desarrollo de establecimientos análogos; no está más ligada que un padre de familia que goza de sus derechos civiles. Esto le permite cálculos acertados y experiencias que serían imposibles allí don-

de la menor decisión debe llevar consigo formalidades sin número. Así, por ejemplo, cuando la *Johns Hopkins university* fué creada, se podía elegir entre dos terrenos para la construcción de los edificios; algunas personas aconsejaban mucho Clifton park, la antigua residencia de John Hopkins, vasta propiedad situada en la inmediación de Baltimore, y otros se inclinaban por el centro de la ciudad; pero el *Board of trustees* se adhirió



Cercanías de Chicago (Elmhurst)

por unanimidad al parecer de uno de sus individuos, que en presencia de esta división propuso muy acertadamente una solución provisional. «Instalémonos por lo pronto modestamente en la ciudad, dijo, en una casa ordinaria; veremos en la práctica si esto nos conviene y después resolveremos. En todo caso, nada se comprometerá, porque la casa que tomemos se podrá vender siempre á particulares.» Desde entonces, la experiencia parece haber sido favorable al centro de la ciudad. La inmediación de la magnífica *Peabody library* – otra fundación particular – para celebrar conferencias (*seminaries*) por la noche, y otras diversas circunstancias, hacen inclinar la balanza de este lado. Por eso la universidad ha mandado levantar sucesivamente detrás de su primera casa una serie de otros edificios, sin aspecto vistoso, pero muy propios para su destino.

Los *Boards of trustees* tienen la inmensa ventaja de asegurar la independencia y la perpetuidad á los establecimientos que regentan, y además prestan otro servicio apreciable, cual es el de proporcionar empleo á las facultades directivas de ciertos

particulares. No es poca responsabilidad administrar como soberano una fortuna de veinte millones de francos y hacerla servir útilmente para la dirección de una universidad, por lo cual se necesita en los *trustees* una verdadera abnegación en favor del bien público para desempeñar su misión. También deben

particulares. No es poca responsabilidad administrar como soberano una fortuna de veinte millones de francos y hacerla servir útilmente para la dirección de una universidad, por lo cual se necesita en los *trustees* una verdadera abnegación en favor del bien público para desempeñar su misión. También deben



The Baldwin english and classical seminary, en San Pablo (Minnesota)

tener cualidades eminentes, unidas á una elevada posición personal; y en una palabra, han de ser hombres superiores. Si el cuidado de sus propios asuntos les absorbiera completamente, se debilitaría poco á poco en ellos el sentimiento de su responsabilidad social, mientras que los *Boards of trustees*, por el contrario, les ofrecen un excelente teatro para ejercerle y desarrollarle. Son una escuela eficaz de gobierno aristocrático, porque se aprende á administrar gratuitamente considerables intereses públicos.

CAPÍTULO VIII

EL ESPÍRITU DE ASOCIACIÓN Y LOS INTERESES GENERALES

I. Las asociaciones de intereses comunes. — II. Las asociaciones de bien público

Los americanos apelan poco, en general, á las formas colectivas: ya lo hemos demostrado en diversas ocasiones. Tratándose de cultivo, de industria, de comercio ó de banca, tienen marcada propensión á dirigir los negocios independientemente, y no reunirse varios allí donde uno solo puede obtener buen resultado.

Mas no por eso se muestran rebeldes á la asociación, y hasta la practican con muy buen éxito siempre que la juzgan necesaria, tanto más cuanto menos recursos tienen para sus intereses particulares.

La necesidad de asociarse mal ó bien proviene, en efecto, las más de las veces del conocimiento que se tiene de la propia debilidad ó de la indolencia: tal propietario francés que no arriesgaría mil francos para mejorar su tierra, confiará sumas mucho más considerables á una sociedad de crédito de dudosa reputación, ó á una de caballeros de industria, porque tiene más confianza en el trabajo de los otros que en el suyo mismo. Tal ó cual otro que se afilia en todas las asociaciones para la elevación material y moral de las clases inferiores, no hace nada para ayudar á las personas que dependen de él ó sobre las cuales puede tener una acción personal. Cuando semejantes

hombres se asocian, reúnen sus incapacidades, y de aquí el descalabro de tantas sociedades.

Por el contrario, cuando hombres acostumbrados á ejecutar por sí mismos lo que han de hacer, sin contar con su vecino, se asocian, es porque se hallan realmente ante una dificultad, porque hay algún interés común que dirigir, y no porque hayan tenido mal éxito en una empresa personal; reúnen sus capacidades y forman una poderosa unión, la de los hombres hábiles, la única que constituye la fuerza.

Ya hemos encontrado buen número de casos, como por ejemplo la *Farmer's alliance*, los *Caballeros del trabajo*, y una infinidad de otras asociaciones obreras: los sindicatos financieros (*Trusts*), que monopolizan el azúcar ó el petróleo; las sociedades de templanza, que han determinado el movimiento prohibicionista, y las *building associations*, cuya importancia en la capital hemos demostrado al hablar de los alojamientos de obreros. Bajo un régimen de completa independencia, y con las facilidades para obtener una *chart* que confiera la personalidad civil cuando lo juzguen necesario, las asociaciones de toda especie pueden tomar nacimiento.

I. — Las asociaciones de intereses comunes

El ciudadano americano pertenece siempre, por lo menos, á una sociedad de socorros mutuos, por la misma razón que le induce á contratar un seguro sobre la vida, ó contra los accidentes, cuando llega á cierto grado de bienestar. En una sociedad de trabajadores se teme, sobre todo, las incapacidades para el trabajo.

Por eso es prodigioso el número de esas sociedades, y considerables los resultados que dan. Los impuestos exigidos á cada individuo alcanzan una cifra bastante elevada; pero los socio-

ros prestados son efectivos: tal asociación, fundada desde hace diez años, y que cuenta con tres mil individuos, posee hoy ochocientos mil francos de fondos de reserva, después de haber dado cinco mil á los herederos de cada asociado muerto, y de sufragar la construcción de un asilo donde se han criado é instruído gratuitamente los huérfanos. Un fotógrafo, individuo de la *Odd Fellows society*, me dice que esta asociación da cuatro ó cinco dollars (20'80 á 26 francos) diarios á cada uno de sus socios en caso de enfermedad. De igual modo, los *Knights of Father Mathew*, sociedad católica fundada por un sacerdote muy popular; los *Knights of the Legion of Honour* (Caballeros de la Legión de honor), los Caballeros del Temple, y una infinidad de otras asociaciones con títulos caballerescos, tienen principalmente por objeto asegurar á sus individuos una indemnización en ciertas circunstancias determinadas por sus estatutos.

La mayor parte de esas sociedades imponen á todos los que ingresan en ellas condiciones de admisión bastante rigurosas. Así, por ejemplo, los *Knights of Father Mathew* deben ser católicos, abstenerse de bebidas fermentadas, y hasta hacerse en algunas ocasiones apóstoles de la templanza (Ley II, sección segunda); además es preciso que se hallen en estado de ganarse la vida, que tengan más de diez y seis años y menos de cincuenta. Otras sociedades, afiliadas más ó menos directamente á la Francmasonería, imponen, por el contrario, á sus individuos como un deber la indiferencia religiosa. En resumen, se ha querido encaminar á un objeto religioso ó antirreligioso la gran fuerza de que en América disponen las sociedades de socorros mutuos, lo cual es una nueva prueba de su poder. También se agrupan por nacionalidades, para mantener en el nuevo continente los recuerdos del antiguo; por profesiones, para tener ocasión de discutir ciertos asuntos que interesan á la sociedad:

la necesidad de asistencia mutua ha revestido todas las formas. La única que es casi desconocida en los Estados Unidos es aquella á que estamos acostumbrados en Francia y que se oculta bajo nuestra organización familiar: se cuenta poco con el padre ó la madre ó con la herencia del tío para salir de apuros



Un tranvía descarrilado en Denver. Todo el mundo á las ruedas

en un caso difícil; de modo que es preciso crearse una familia artificial que preste, en el momento de un accidente ó de una enfermedad, los mismos servicios que esperamos bastante á menudo de la nuestra. Esto es lo que explica cómo los seguros contra accidentes, por ejemplo, cuya utilidad no vemos en Francia sino para los obreros, tienen una clientela americana en la clase elevada. Aquí, todo el mundo es un poco obrero en cierto sentido, pues todo el mundo vive de su trabajo y no espera nada de su familia.

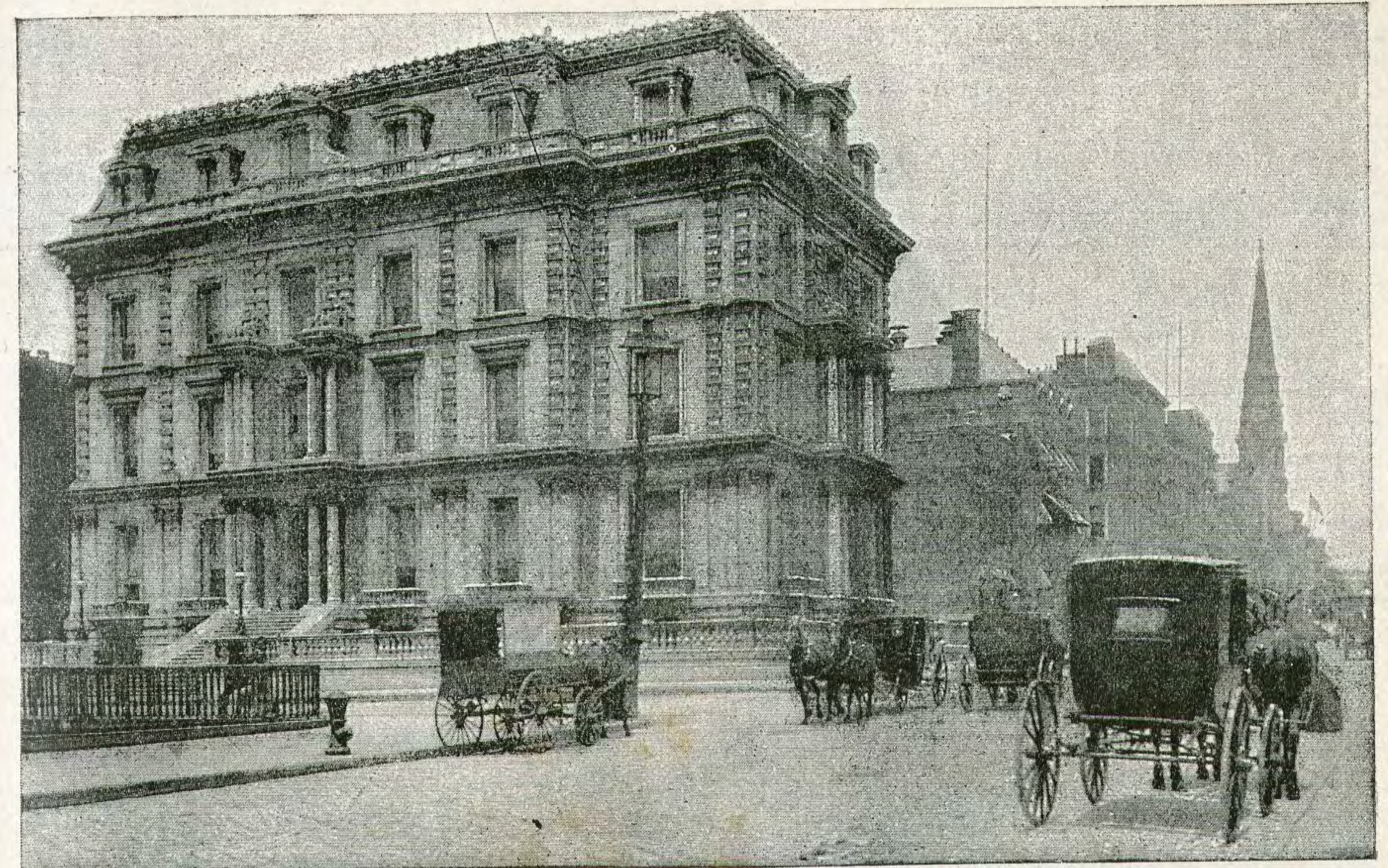
Por eso se encuentra en todas partes una compañía de seguros contra los accidentes que pueden ocurrir. En la taquilla de la estación y en el hotel os ofrecen un billete para el caso de que el tren descarrile; si compráis un diario, os dan como prima la promesa de cierto número de dollars, por si acaso os ocurre alguna desgracia mientras leéis; y en la calle veis anuncios como el que sigue: «Comprad vuestro seguro contra los accidentes á la *Commonwealth Casualty C.* El tiempo es dinero; toda pérdida de tiempo es una pérdida de dinero, y nosotros aseguramos contra esta última. Por quince duros daremos las ventajas siguientes durante un año; por la pérdida de un ojo, seiscientos cincuenta dollars; incapacidad permanente y total para el trabajo, dos mil quinientos dollars; pérdida de tiempo por causa de accidente, veinticinco dollars cada semana;» y á esto sigue una serie de tarifas por la pérdida de una mano, de una pierna, etc.

Junto á estas sociedades que tienen por objeto asegurar la vida material, se forman otras muchas entre personas que tienen las mismas aficiones, que se unen para boxar, para hacer excursiones por agua, para jugar al *base ball*, para montar á caballo, para correr en velocípedo, para comprar libros, para fundar un círculo, etc., etc. El número y variedad de estas asociaciones, establecidas únicamente con el objeto de proporcionarse con más facilidad un recreo cualquiera, son verdaderamente extraordinarios.

En Nueva York, el *Athletic club*, compuesto de jóvenes aficionados á *sports*, acaba de mandar construir un inmueble: en el piso bajo hay una gran piscina de natación, que mide ciento cincuenta pies de longitud por cincuenta de anchura; en el principal hay diferentes aposentos, destinado uno de ellos para las recepciones y que puede contener mil doscientas personas; además hay sala de armas muy completa; un patio para la gim-

nasia, con todos los aparatos posibles; una espaciosa pista asfaltada para los ciclistas; una pista enarenada para los pedestres; y en el terrado, un verdadero jardín. El círculo cuenta con mil quinientos socios.

En los pueblos nacientes del Oeste no se ven, por supuesto,



Un casino de la quinta avenida en Nueva York: el *Manhattan Club* (Antigua casa Stewart)

semejantes clubs; pero es raro que no se formen sociedades para el *sport*. De igual modo, cuando nadie ha fundado una biblioteca pública, se asocian para tener una *circulating library*, construir un teatro, contratar compañías de artistas dramáticos, etc. Algunos jóvenes que habitan en un pueblecillo de Kansas me dicen que el año último hicieron representar *La Mascota*; uno de ellos es dependiente de una casa de banca, y el otro empleado de comercio; pero constituyeron un comité con todas las personas deseosas de ver dicha pieza, las cuales se comprometieron solidariamente respecto á la compañía para asegurar los ingre-

sos necesarios. Cualquiera que sea el objeto que se proponga, siempre se encuentran individuos dispuestos á tomar la responsabilidad; y con esta buena voluntad general siempre es fácil pasar del proyecto á la ejecución.

En San Luis visito la *Mercantile library*, biblioteca que ha llegado á un alto grado de prosperidad y que se mantiene tan sólo por las cotizaciones de sus abonados. Posee noventa mil volúmenes; se compran cuatro ó cinco mil anualmente, y está instalada en un gran edificio de su pertenencia. La mandó construir algunos años hace, calculando futuros engrandecimientos; pero no ocupa hoy día más que el quinto piso; los demás están alquilados á un almacén de novedades por doscientos mil francos. Por estas cifras se comprenderá qué desarrollo debe tomar. Las mujeres, sobre todo, y las jóvenes forman su clientela; veo muchas que llegan para cambiar sus libros, pedir informes ó consultar obras: tienen más tiempo que los hombres para consagrarle á ocupaciones mentales.

Estos últimos, sin embargo, con frecuencia dedican á su instrucción las noches que el trabajo les deja libres. Al efecto, muchas sociedades proporcionan á sus individuos la ventaja de las conferencias (*lectures*) y hasta escuelas de noche. Tengo á la vista el programa de una asociación obrera de Filadelfia que hace enseñar así por profesores competentes la historia americana, la literatura inglesa, la fisiología, la economía política y el dibujo lineal. Con frecuencia, son personas de buena voluntad las que se encargan de estos cursos, dando así una prueba de su abnegación por los intereses de la clase obrera. Vamos á ver, además, que el desinterés de ciertos hombres generosos ha creado un género particular de sociedades en que predominan ideas de orden superior: es como una manifestación colectiva de un sentimiento elevado de responsabilidad social al que se deben las grandes fundaciones de que acabo de hablar.

II.—Las asociaciones de bien público

No trataré de pasar en revista las innumerables sociedades que se imponen por misión llevar á cabo una reforma, desarro-



Un club en Filadelfia

llar una práctica, aliviar una miseria, fundar asociaciones de templanza, para la protección de los niños, de las mujeres y de los animales, sociedades de beneficencia, de caridad, etc. Me limitaré á citar algunos ejemplos observados al paso, que indican la fuerza y actividad de esas asociaciones.

Tal vez deban una parte de su eficacia al espíritu de unión que predomina. Cuando un interés se halla en juego, no vacilan en asociarse para socorrerse, sin ningún sentimiento mezquino de rivalidad. Este hecho es tanto más notable cuanto que algu-

nas de esas asociaciones se hallan marcadamente ligadas por una confesión religiosa, como ya indiqué al hablar de las sociedades de socorros mutuos. A pesar de las diferencias que les separan desde este punto de vista, organizan congresos para estudiar juntas las cuestiones que les interesan. En 1890 se reunió en Baltimore un congreso de este género (*Conference of Charities and Correction*), debido á la iniciativa de varios personajes de la ciudad, y entre los firmantes de la invitación recojo los nombres, cuya reunión sorprendería á un público francés:

El cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore;

William Paret, obispo protestante de Maryland;

Thos. J. Shryock, gran maestro de francmasones de Maryland;

Theo Rothschild, secretario del Asilo de los huérfanos judíos.

M. A. Fuller Crane, presidente de la Sociedad imparcial humanitaria de socorros á los ancianos;

J. Pembroke Thom, doctor en Medicina, presidente del Hospital de locos de Maryland y del Asilo de huérfanos de la Iglesia de Cristo;

F. W. Dammann, presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl;

Philip Herzberg, presidente de la Sociedad israelita de beneficencia, etc., etc.

Para que se asocien útilmente personas que pertenecen á centros tan distintos, es preciso que su objeto sea verdaderamente caritativo, y nada más que caritativo.

Con un objeto tan bien definido y la eficaz actividad de los americanos, no pueden menos de prestar grandes servicios. Visito el taller de una artista establecida desde hace poco tiempo en la Unión, y que pinta los retratos con no poca habilidad. Desconocida en un principio, pasó días de apuro por falta de

trabajo, y cierto día se dirigió á la *Young Women Christian Association* (Asociación cristiana de mujeres jóvenes), para manifestar el caso en que se hallaba y pedir ocupación. «Acto continuo, me dijo, varias personas ricas y de buena posición se pusieron en campaña para proporcionarme retratos que hacer, y á



Asilo de sordo- mudos en Filadelfia

ellas debo varios de mis clientes. Siempre encontré en todas una inagotable buena voluntad para ayudar á las niñas ó mujeres jóvenes que necesiten ganar su vida, sea cual fuere la clase á que pertenezcan, lo mismo simples obreras que millonarias arruinadas, institutrices, artistas, etc.» Generalmente son damas muy ricas las que se ponen á la cabeza de esas sociedades, y no se trata por lo tanto aquí de la asistencia mutua, sino del patronato benéfico, de la caridad inteligente. De igual modo, la *La-*

dies' Exchange (traducido literalmente, «Bolsa de las damas») organiza una exposición permanente de trabajos á la aguja, de objetos de capricho, pinturas sobre porcelanas, golosinas y esas mil frioleras que una mujer puede hacer sin abandonar su *home*, y que á otras, más afortunadas, les agrada tener sin tomarse la molestia de confeccionarlas. De este modo, la *Ladies' Exchange* alivia muchas necesidades ocultas.

Las sociedades que se proponen como objeto principal el mejoramiento moral de sus individuos no descuidan las ventajas de toda especie que pueden atraerles ó retenerlos en su seno. Una de las más poderosas es la titulada *Young Men's christian Association* (Asociación cristiana de jóvenes). Casi en todos los Estados Unidos cuenta afiliados, y en varias ciudades posee magníficas instalaciones, en las cuales sirven de divisa las cuatro iniciales Y. M. C. A.

Su doble carácter moral y práctico se revela perfectamente en estos dos reclamos que cierto día vi en Baltimore, á pocas horas de distancia uno de otro: el primero no podía tener acción sino en almas muy virtuosas y exentas de respeto humano, siendo el anuncio de una conferencia sobre la castidad, con un título al que pocos franceses hubieran rehusado una sonrisa: «Historia de José, hombre puro» (*Joseph, a pure man*). Un sacerdote de no sé qué secta debía exponer á los socios de la Y. M. C. A., y á todos cuantos quisieran reunirse con ellos para escucharle, la conducta meritoria de José y los graves errores de la mujer de Putifar; de modo que, según vemos, tratábase de un verdadero sermón.

El segundo anuncio, por el contrario, daba ancho campo á consideraciones de un orden más positivo: «Todo joven de Baltimore, decía, debería saber lo que la Asociación cristiana de jóvenes le ofrece en cambio de una cotización anual de veinticinco francos: 1.º, gimnasio, con los aparatos más perfeccionados

y un profesor experto; 2.º, baños, duchas de lluvia y chorro, con agua caliente ó fría; 3.º, salas de juego, salones de lectura, y reuniones con jóvenes de buena sociedad. Diez representaciones dramáticas con los mejores artistas. Clases de enseñanza para teneduría de libros, escritura, estenografía, máquinas de



Asociación cristiana de jóvenes en Boston

escribir, lengua alemana, música y dibujo. Para más informes dirigirse á la oficina de la Y. M. C. A. Se admite la suscripción á todas horas.»

Esta poderosa asociación cuenta con ciento noventa y cinco mil quinientos individuos en los Estados Unidos y el Canadá, aunque solamente es para los jóvenes de las sectas protestantes. No es porque excluya por su propia iniciativa, sino porque la interpretación libre de la Biblia, único lazo de doctrina entre

los protestantes, constituye el fondo de la enseñanza religiosa que da bajo diversas formas á sus socios; de modo que los jóvenes católicos se deben mantener forzosamente separados. Para remediar tal estado de cosas, han formado entre sí sociedades del mismo género, como por ejemplo la *Young catholic's Friend Society*, y sostienen con su celo las sociedades de San Vicente de Paúl, algunas de las cuales son muy florecientes en América.

Se pueden citar igualmente entre las sociedades del mismo género las más conocidas, como la del Esfuerzo cristiano (*Christian Endeavour*), la orden de las Hijas del rey (*Order of the king's Daughters*), etc. Esta última cuenta por sí sola más de cien mil afiliados, que se comprometen á consagrar una parte de su tiempo al ejercicio de la caridad, al alivio material y al progreso moral de las clases inferiores. Pero estas diversas sociedades se hallan lejos de absorber toda la actividad disponible de los americanos, y aún les queda bastante para una infinidad de objetos especiales. En Filadelfia me presentan á una dama de mundo que ha organizado una sociedad para la cría del gusano de seda (*Women silk culture association*); y esto inspira gran interés, atendido que las fábricas americanas son tributarias de Francia, de Italia y de la China, por las enormes cantidades de seda que emplean. El clima de los Estados del Sud se presta además maravillosamente á la cría de dicho gusano, y estos países, que tanto han sufrido desde hace veinte años, podrían hallar en esa industria un precioso recurso. La señora Lucas y algunas otras personas pertenecientes á la alta sociedad de Filadelfia se han preocupado de este asunto y hacen loables esfuerzos para estimular la plantación de los morales y la creación de criaderos. Hasta aquí no han obtenido resultados muy apreciables; pero no se desaniman, y es un espectáculo muy americano el que ofrecen esas mujeres de mundo tratando de promo-

ver la formación de una nueva rama de actividad nacional, con el desinterés de verdaderos hombres de Estado.

En la misma ciudad de Filadelfia admiraba cierto día la vasta extensión de *Fairmount Park*, y calculé los enormes gastos que su conservación debía imponer á la ciudad en un país donde toda mano de obra es tan costosa. «Tranquilícese usted, me dijo un joven médico á quien comunicaba mis reflexiones, no es la ciudad la que soporta todos los gastos, pues tenemos una ciudad para la conservación y embellecimiento de los parques públicos, la cual satisface considerables subvenciones y hace ejecutar por sí misma una parte de los trabajos. Cada individuo da cinco *dollars*, y somos unos seis mil; de modo que cada año se reúnen más de ciento cincuenta mil francos para los gastos, y recogemos continuamente.»

La mayor parte de las estatuas que adornan los paseos públicos proceden igualmente de particulares, y esto explica la variedad extraordinaria de personajes que representan. Un día, paseándome por *Central Park* en Nueva York, fui á sentarme cerca de un busto en cuyo zócalo se ostentaba el nombre de Mazzini; yo no esperaba este encuentro; pero la presencia de numerosos emigrantes italianos en Nueva York me dió la explicación. Así se encuentran estatuas de hombres célebres de toda nación y de toda opinión, y la administración de los parques las admite de la mejor voluntad, sin preocuparse de los singulares contrastes que produce á veces su mutua vecindad.

La misma libertad de acción existe en cuanto se refiere á las asociaciones de carácter político. Cada cual es libre de manifestar sus opiniones como le plazca y de promover un cambio de idea por los medios que juzgue convenientes. Así, por ejemplo, se ve en la misma ciudad á los antiguos sudistas y nordistas celebrar respectivamente los aniversarios de sus victorias durante la guerra de Secesión, pronunciar discursos á la gloria

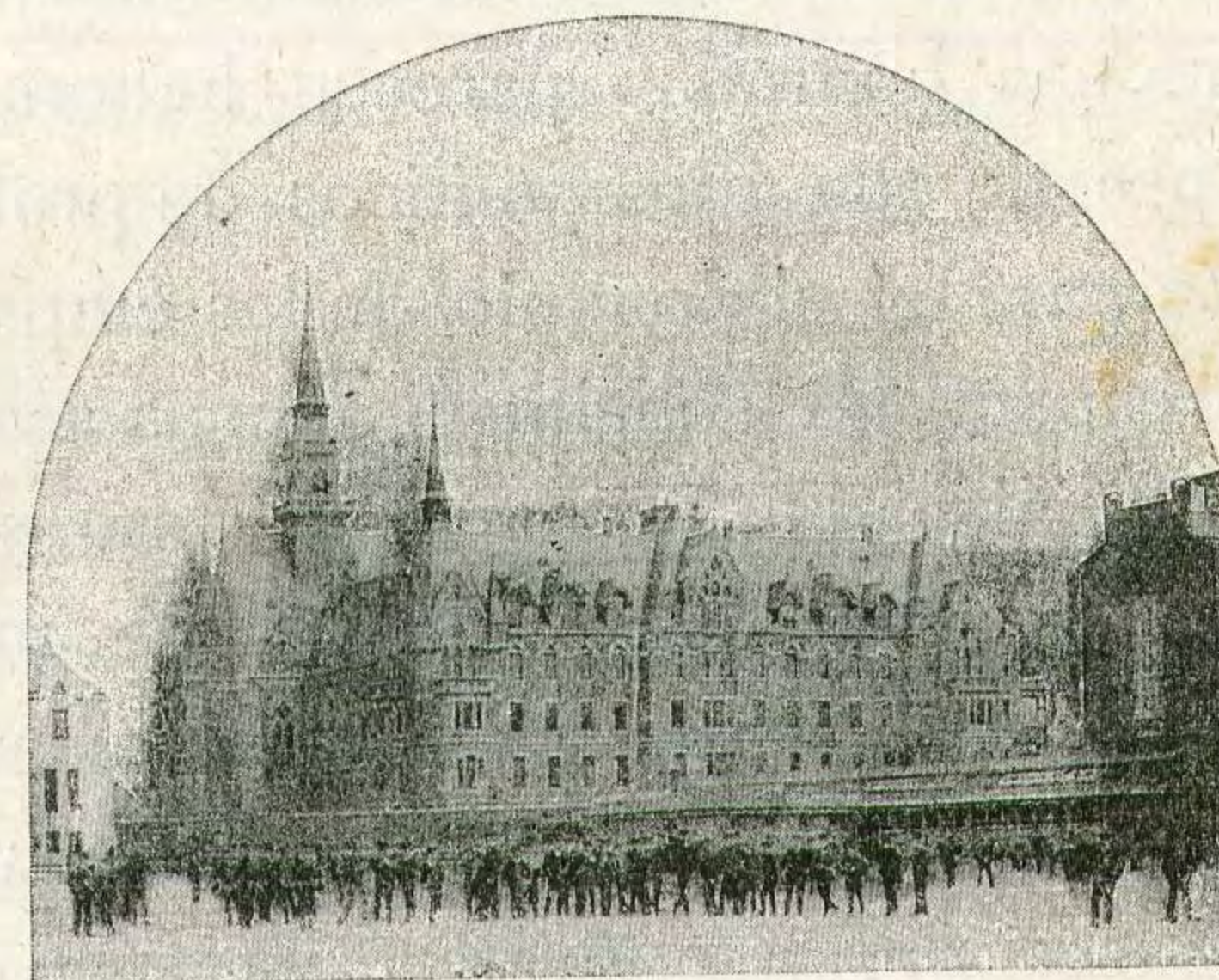
de sus generales, iluminar, etc. Sé muy bien que los recuerdos de esa lucha no despiertan ya hoy rivalidades efectivas, y que éstas carecerían casi de objeto actual, pues ningún sudista querría volver ahora al régimen de la esclavitud; por esto no deja de ser una prueba del gran espíritu de tolerancia la libertad de esas manifestaciones.

En la época en que se produjo la terrible crisis que puso en tan grave peligro la existencia de la Unión americana, la asociación libre de los ciudadanos demostró todo su poder. En cada gran ciudad se formaban *ligas de la Unión*, sociedades compuestas de ciudadanos leales á la Unión (*loyal to the Union*), que equipaban tropas á sus expensas, adquirían cañones y se encargaban personalmente de una parte de los gastos de la guerra. Una vez terminada ésta, aquellas ligas, no teniendo ya objeto, se convirtieron generalmente en núcleos de elegantes clubs que han conservado su nombre (*Union League Clubs*); pero no se trata ya de política sino por recuerdo.

Esto pone en evidencia un hecho muy curioso y característico del espíritu americano: en la parte sana y activa de la población, en aquella que no vive de la política, se sabe tomar en mano los asuntos públicos cuando un interés grave lo exige; entonces se emplea el espíritu práctico á las costumbres de iniciativa y de pronta decisión que la vida americana desarrolla, y una vez pasada la crisis, cada cual vuelve á ocuparse de sus asuntos privados.

Tal ha sido durante largo tiempo el rasgo esencial de la política en los Estados Unidos. Estaba dirigida por personas honradas en las raras horas de ocio que les dejaba una vida de trabajo, y no era una profesión distinta. El gobierno, democrático en su forma, se ejercía por gran número de ciudadanos acostumbrados á reunirse libremente para la gestión de una infinidad de intereses, dominados por el sincero deseo del bien público, y

hábiles además para desempeñar su tarea. La educación de esta democracia se hacía diariamente en las mil asociaciones que atendían sin obstáculo legal á numerosas necesidades, y el ciudadano particular que debía entregarse á la vida pública era apto para desempeñar su cometido. Esta educación prosigue aún: acabamos de ver, en efecto, la vitalidad de las asociaciones americanas; pero los elementos que preparan para la vida pública se utilizan poco; otros les sustituyen ahora en la política, y vamos á ver por qué circunstancias.



CAPÍTULO IX

LA VIDA POLÍTICA

- I. La corrupción de los poderes públicos y los políticos. — II. Cómo se ha suplido la acción pública cuando los intereses privados lo exigían. — III. Carácter restringido de los poderes públicos.

I.—La corrupción de los poderes públicos y los políticos

La política americana actual está dominada por un hecho curioso: las personas honradas parecen haberla abandonado, haciendo partícipes de ella á los políticos de profesión y reservando solamente para sí el dominio de las empresas privadas: cuando uno se respeta, no solicita ni apenas acepta funciones públicas. En los sitios del Tribunal supremo y en el Senado hay sin duda algunos hombres rodeados de consideraciones; pero en la Cámara de los representantes se encuentran pocos, y menos aún entre los individuos de la magistratura ó de la administración.

Este hecho se ha acentuado sobre todo desde la guerra de Secesión. Al terminar aquella terrible lucha, en la que el Norte y el Sud habían agotado sus fuerzas, hubo como una inmensa necesidad de reparación; durante cinco años se habían consagrado á un interés general el tiempo y el dinero; habíanse sacrificado miles de vidas, gastando además millares de dollars; y ahora tratábase de aprovechar la victoria y la pacificación para cerrar las heridas.

Además, aquella guerra había tenido por móvil principal una cuestión económica: el Sud, agrícola, quería evitar la súbita abolición de la esclavitud y recibir libremente las mercancías de Europa; mientras que el Norte, manufacturero, quería levantar barreras alrededor del mercado americano, reservándose el disfrute exclusivo. Cuando el triunfo de sus armas le aseguró este resultado, se apresuró, de consiguiente, á sacar partido de él, á fabricar, á establecer nuevas manufacturas, á construir vías férreas en toda la superficie de la Unión, y á dar valor al magnífico terreno que había sometido á su dominio. Ya hemos visto qué obra gigantesca se llevó á cabo desde entonces: el Oeste transformado, el cultivo de las nuevas tierras desarrollándose con inusitada rapidez, las fábricas siguiendo en el Este una marcha paralela y comenzando ya á mostrarse en el valle del Missisipi, las minas explotadas, etc. Todas las fuerzas vivas de la nación fueron absorbidas por tan enormes trabajos, y hasta se puede extrañar que hayan bastado.

Pero la política quedó abandonada. Comprendíase que se estaba en una era de gran seguridad después de la formidable sacudida de una larga y cruel guerra civil; veíase cómo se abría un campo de actividad sin límites casi, donde la acción pública no tenía nada que hacer, donde la iniciativa libre y personal era poderosa, y por lo tanto hubiera sido á la vez inútil y perjudicial perder en la política un tiempo reclamado por otras atenciones más urgentes.

No se trataba de administrar el país; era preciso crearle; la patria no debía temer nada de sus vecinos, mas érale necesario el concurso de todos sus hijos para obtener su desarrollo. Toda la corriente de energía y actividad empleada hacía cinco años en la salvaguardia de la Unión se encontró por lo tanto desviada hacia otro objeto.

Por lo demás, difícil era llevar de frente los asuntos priva-

dos y los negocios públicos, pues ya sabemos que los primeros son muy absorbentes y que los segundos tienen el mismo carácter. La elección no confiere más que cargos de corta duración, de uno ó dos años en general; de modo que es preciso renovarlos de continuo, tener á sus constituyentes con alientos para los *meetings*, cuidarse sin descanso de sus opiniones y estar en perpetuo contacto con ellos; de modo que el período electoral dura siempre. Agréguese á esto que los centros de vida política no son generalmente centros de vida industrial y comercial. Wáshington, asiento de las cámaras federales, es una ciudad muerta; y en los Estados particulares, las capitales políticas se hallan casi siempre fuera de las grandes ciudades. Los diputados y senadores de Nueva York tienen su punto de reunión en Albany, y no en aquella ciudad; los de Pensilvania en Harrisburgo, y no en Filadelfia, y los del Illinois en Springfield, y no en Chicago. Los hombres á quienes el ejercicio de su profesión sujete á una de esas poderosas ciudades se verían, pues, obligados á dejarla para dedicarse á los asuntos públicos. Entre su profesión y la política eligen muy pronto, como ya se comprenderá, cuando sus asuntos marchan bien.

Conducidas así las individualidades eminentes de la vida privada á descuidar las funciones públicas, ¿en qué manos han de caer?

Naturalmente, entre las de aquellos que no han sabido ó no han querido crearse una posición, es decir, en manos de los políticos. Dispéñenme la expresión: el político americano es un *desperdicio* de la vida privada; es la escoria del cultivo, de la industria ó del comercio, el hombre incapaz ó poco deseoso de vivir de su trabajo, por no haber podido ó querido emprender un negocio de por sí; el suyo será la política, y le hará para vivir, así como otros se ganan la vida vendiendo comestibles ó dedicándose á la cría de animales.

Así reducida á la cuestión de ganar el sustento, la política no llegará á ser realmente envidiable sino allí donde *produzca*



Casa consistorial de Filadelfia

como debe ser en todo negocio (*business*). En el *township* (*distrito rural*), el político no se ganaría la vida, y las personas pueden, sin pérdida de tiempo, administrar los simples intere-

dos y los negocios públicos, pues ya sabemos que los primeros son muy absorbentes y que los segundos tienen el mismo carácter. La elección no confiere más que cargos de corta duración, de uno ó dos años en general; de modo que es preciso renovarlos de continuo, tener á sus constituyentes con alientos para los *meetings*, cuidarse sin descanso de sus opiniones y estar en perpetuo contacto con ellos; de modo que el período electoral dura siempre. Agréguese á esto que los centros de vida política no son generalmente centros de vida industrial y comercial. Wáshington, asiento de las cámaras federales, es una ciudad muerta; y en los Estados particulares, las capitales políticas se hallan casi siempre fuera de las grandes ciudades. Los diputados y senadores de Nueva York tienen su punto de reunión en Albany, y no en aquella ciudad; los de Pensilvania en Harrisburgo, y no en Filadelfia, y los del Illinois en Springfield, y no en Chicago. Los hombres á quienes el ejercicio de su profesión sujete á una de esas poderosas ciudades se verían, pues, obligados á dejarla para dedicarse á los asuntos públicos. Entre su profesión y la política eligen muy pronto, como ya se comprenderá, cuando sus asuntos marchan bien.

Conducidas así las individualidades eminentes de la vida privada á descuidar las funciones públicas, ¿en qué manos han de caer?

Naturalmente, entre las de aquellos que no han sabido ó no han querido crearse una posición, es decir, en manos de los políticos. Dispéñenme la expresión: el político americano es un *desperdicio* de la vida privada; es la escoria del cultivo, de la industria ó del comercio, el hombre incapaz ó poco deseoso de vivir de su trabajo, por no haber podido ó querido emprender un negocio de por sí; el suyo será la política, y le hará para vivir, así como otros se ganan la vida vendiendo comestibles ó dedicándose á la cría de animales.

Así reducida á la cuestión de ganar el sustento, la política no llegará á ser realmente envidiable sino allí donde *produzca*



Casa consistorial de Filadelfia

como debe ser en todo negocio (*business*). En el *township* (*distrito rural*), el político no se ganaría la vida, y las personas pueden, sin pérdida de tiempo, administrar los simples intere-

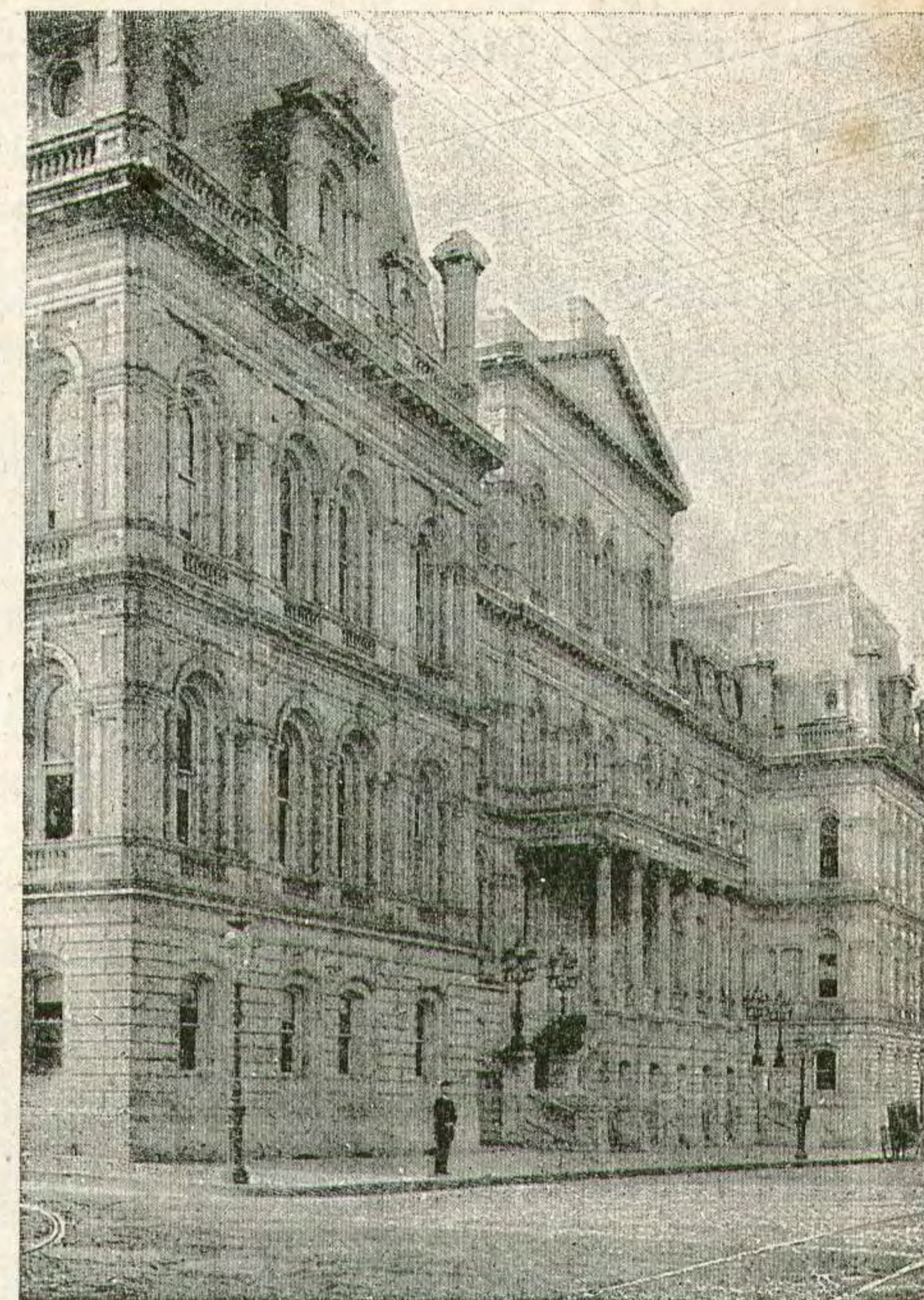
ses que les conciernan. En un condado rural, las funciones de juez producen ligeras utilidades; pero, en general, no suficientes para que un hombre pueda vivir sin otra cosa, de modo que no viene á ser sino una industria accesoria. La legislatura de Estado y los cargos que de ella dependen comienzan á ser ya más apetecibles. Con un poco de habilidad, haciéndose comprar sus votos por las compañías del camino de hierro en las cuestiones que les interesen, por ejemplo, es posible alcanzar una posición envidiable; y hasta pueden abundar los ingresos bastante para sostener, además de los diputados y senadores, la interesante clase de los *lobbyists* (traducido literalmente, gente de pasillos), especie de corredores que ponen en relación al legislador que vende con el comprador, y que circulan alrededor de las Cámaras en busca de algún buen negocio, desempeñando en general todas las mezquinas diligencias concernientes á su especialidad.

Los individuos del Congreso federal se ven igualmente acusados de *lobbyists*; y son necesarios, cuando una ley de aduanas, como los recientes *bills* de Mac-Kinley, ó una ley monetaria, como el *Silver-bill*, están en discusión; entonces se hallan comprometidos graves intereses financieros, y por lo tanto se puede pagar un voto muy caro, de lo cual resultan numerosas transacciones importantes, que la hábil intriga de los *lobbyists* se complace en combinar para mayor provecho del diputado y para el suyo propio.

Pero ningún teatro vale tanto para el político como la administración de las grandes ciudades. La complicación de los negocios del municipio de una ciudad rica y populosa, y el tiempo que reclaman, alejan fatalmente á las personas atareadas en sus ocupaciones profesionales; las obras públicas que se han de ejecutar ofrecen oportunidad para numerosos negocios más ó menos limpios, y su importancia permite grandes gastos: es el

paraíso de los políticos. Además, todas las funciones judiciales van siendo lucrativas, pues muchos ricos pueden comprar á los que las ejercen; de modo que á las grandes ciudades se dirigen principalmente los esfuerzos de los políticos.

Pero cualquiera que sea el campo de actividad donde operen, necesitan una clientela electoral: en el Sud la encuentran sobre todo en el elemento negro. Al día siguiente de la guerra de Secesión, los *carpet-baggers* políticos yankis, temporalmente establecidos entre los derrotados, para oprimirlos más, explotaron de la manera más odiosa el resentimiento de los antiguos esclavos contra sus primitivos amos, é hicieron un arma del antagonismo que habían tenido cuidado de mantener y excitar. La legislatura de la Carolina del Sud, sobre



Casa consistorial de Baltimore

todo, llegó á ser, bajo la dominación de los *carpet-baggers* y de los negros, una verdadera asociación de ladrones. Las del Misuri, de Virginia y de Maryland no reposaban mucho, y aún hoy, aunque se ha producido cierta mejora en el conjunto, la de Luisiana pasa por imitar fielmente tales modelos. En los Estados mineros, como por ejemplo, California, los políticos se apoyan con buen éxito en la turba de aventureros á quienes atrae la esperanza de obtener rápidas utilidades; mientras que en los

Estados puramente agrícolas, donde las influencias rurales no están sofocadas por una gran ciudad, su fuerza es infinitamente menos temible.

Se puede esperar que el tiempo traerá un remedio parcial á la situación del Sud y de California; en el Sud, los malos recuerdos de la guerra se van borrando; y en California, el gran desarrollo del cultivo tiende á equilibrar el de las minas; pero el mal parece menos fácil de curar, menos accidental y más crónico en los Estados que encierran una gran ciudad, particularmente en el de Nueva York. Aquí, pues, conviene estudiarle para conocer bien su carácter.

En ese Estado, el cómplice inconsciente del político, su instrumento, si se quiere, no es ya el negro, sino el emigrante europeo desembarcado la víspera, y que pasa á ser de pronto individuo de una democracia, al salir de los países autoritarios del antiguo continente. Ahora bien, este cómplice ha llegado á ser *legión* desde hace unos cuarenta años.

En efecto, hacia mediados de este siglo, la inmigración europea en América ha tomado un desarrollo enorme. Desde 1845 á 1889 inclusive, la Unión ha recibido más de catorce millones de emigrantes, que llegaron á ser muy pronto ciudadanos americanos, gracias á las extraordinarias facilidades para la naturalización, que se puede adquirir á los cinco años de residencia.

La mayor parte de esos emigrantes eran originarios de Alemania, de Irlanda, de Inglaterra y de los países escandinavos. Los alemanes se distribuían entre la ciudad y el campo; los irlandeses se agrupaban todos en las ciudades, y los ingleses y escandinavos diseminábanse en las granjas. Los grandes centros urbanos del Este se vieron así poco á poco invadidos por una multitud de irlandeses y alemanes, muy mal preparados para el ejercicio de los derechos políticos que les confería la calidad de ciudadanos americanos.

Los irlandeses, sobre todo, expulsados de su isla por la miseria, imprevisores por carácter y sin habilidad profesional, constituían una clase de electores de todo punto incompetentes. Eran niños á quienes se confiaban intereses graves, y aun peor que niños, hombres de edad sin experiencia é incapaces de adquirirla en los oficios dependientes que ejercían de ordinario. Estos labradores, disgustados del cultivo, se dedicaban generalmente al servicio doméstico ó á desempeñar empleos secundarios, ocupando de la mejor voluntad posiciones inferiores desechadas por los americanos de nacimiento; y así es que su traslación de Irlanda á los Estados Unidos no les elevaba mucho, aunque mejorara sensiblemente su posición material. Semejantes electores eran por sí mismos un peligro.

Además de esta incapacidad poco remediable, los irlandeses ofrecían otro peligro: tenían en supremo grado la costumbre de la asociación, por lo menos de cierto género de ella, y podían, por lo tanto, organizarse para obrar de concierto, formando una poderosa liga de incapaces.

Todo les preparaba para esto; su constitución familiar por lo pronto, especie de patriarcado comunal (*la Sept*), de clan celosamente cerrado, donde cada cual cuenta con la fuerza del grupo á que pertenece más bien que con su energía individual; después de esto, su historia, esa larga serie de rebeliones contra un opresor secular, lo cual les condujo á estrechar más aún sus vínculos en sociedades secretas ó en ligas abiertamente declaradas, según las probabilidades de obtener buen éxito que ellos preveían; y por último, su llegada en tropel á una tierra extranjera, nueva razón para agruparse, así como su instalación en las ciudades, nueva facilidad para hacerlo.

Obsérvese que la asociación que estaban acostumbrados á contraer en Irlanda era precisamente política, y así debía ser, puesto que todos los esfuerzos tendían á librarse de un conquis-

tador para recobrar la independencia nacional; de modo que los inmigrantes debían formar totalmente un grupo político compacto.

Por eso su influencia se consolida altamente en los asuntos públicos, mientras que es muy poco marcada en los privados. Mis lectores observarán que he podido conducirles á muchas granjas, fábricas y bancos sin hablar mucho de los irlandeses; sin embargo, son numerosos en los talleres, mas como obreros, rara vez como amos; mientras que apenas puedo andar por la vía pública sin reconocer el importante lugar que ocupan. Poco importa allí su posición social, en un sistema político donde el minero, el obrero y hasta el vagabundo pesan tanto como M. Pullman.

La primera vez que fuí á Nueva York llegué precisamente el día de San Patricio; la bandera de la verde Erín flotaba en la *City Hall* (Casa de la Ciudad); varias sociedades irlandesas recorrían las calles con banderas desplegadas; compro un número del diario *The World*, y veo que está impreso en papel verde y que sus columnas desbordan de entusiasmo por el relato sobre las paradas, los discursos, los banquetes y los brindis con motivo de la celebración del santo. Jamás he estado en Irlanda; pero imagino que en Dublín no se celebra mejor la fiesta nacional: se podría creer que los irlandeses han conquistado la ciudad de Nueva York.

Y en efecto, la han conquistado políticamente, pues ocupan un lugar importante en el grupo de políticos á cuyo yugo está sometida; constituyen el grueso del ejército que éstos conducen á las urnas y por medio del cual aseguran su dominación.

Todo el mundo ha oído hablar del *Tammany Ring*, célebre por las extraordinarias concusiones de sus individuos. El origen del *Tammany Ring* se halla en una asociación irlandesa, y su medio de acción consiste en apoderarse del voto de los electores

ignorantes. Por eso su influencia ha ido desarrollándose siempre con los progresos de la inmigración, sobre todo la irlandesa (1).

En 1805, al fundarse la *Tammany society*, era el punto de reunión de los demócratas de Nueva York; desde 1822 tomó el carácter de un comité director, nombrado por elección en las asambleas de los demócratas, y muy pronto llegó á ser instrumento de despotismo en manos de algunos políticos. Después de la enorme afluencia de emigrantes que se produjo desde 1855 á 1860, adquirió mayor fuerza, y en 1863, siendo su presidente Villiam Tweed — tipo eminente del político, — entró en escena en la vida pública, y entonces fué cuando la población honrada le dió el significativo de *Tammany Ring*: esta última palabra significa anillo ó círculo. Los políticos de Tammany se habían encerrado en él como en una fortaleza, y ningún ciudadano podía obtener un empleo público sin pertenecer al *Ring*. Era como un clan que, dueño de la fuerza política, servíase de ella para explotarla en su provecho.

Ante todo, el *Ring* puso la mano sobre los cargos de jueces, pues se necesitaba tener magistrados pertenecientes al *Ring* para asegurarse la impunidad en los robos que se trataba de ejecutar; después acaparó poco á poco todas las funciones municipales de Nueva York, y comenzó la serie de sus operaciones, llenándose la bolsa cada cual de sus individuos con tanta rapidez como poca vergüenza.

Estas operaciones eran tanto más fructuosas cuanto que la importancia de la ciudad iba en aumento cada día; y de aquí la necesidad de transformaciones que producían considerables ganancias, así como también la cifra creciente de las rentas municipales, que permitían hacer ventajosos negocios. A medida que la

(1) Se encontrará una historia detallada de los orígenes y organización de *Tammany Ring* en la obra *Commonwealth of America*.

emigración europea se precipitaba en Nueva York, la clientela de electores ignorantes en que se apoyaba el *Tammany Ring* aumentaba también, ensanchándose al mismo tiempo el campo de su actividad.

Sin embargo, se debía vencer otro obstáculo para conquistar la libertad del bandolerismo burocrático soñado por el *Ring*. A causa de una antigua y constante oposición política entre el Estado de Nueva York y la ciudad del mismo nombre, la carta municipal otorgada á la segunda era poco liberal; la legislatura del Estado, donde el partido republicano estaba en mayoría, se inclinaba también continuamente á restringir la autonomía de la ciudad, donde dominaba el elemento democrático; y así es que el *Tammany Ring* se hallaba entorpecido en su acción por una especie de tutela. Por eso obró con acierto al desembarazarse de ella cuando las elecciones de 1869 produjeron una mayoría demócrata en los dos poderes legislativos del Estado. Inmediatamente Nueva York recibió una nueva carta combinada de modo que favoreciese la rapiña de los funcionarios; y esta fué la edad de oro del *Tammany Ring*.

Las concusiones cometidas en tal época se han conservado famosas: una de las más célebres fué la que tuvo por objeto las cuentas del edificio de la *Court house* del condado: el gasto máximo previsto se elevaba á doscientos cincuenta mil *dollars*, y se habían pagado ya por valor de más de ocho millones de *dollars* cuando los manejos del *Ring* fueron denunciados, sin que la construcción hubiera concluido. Cada vez que un contratista se presentaba, rogábanle que aumentase su cuenta artificialmente, y la diferencia iba á perderse en los bolsillos de los magistrados municipales. El ensanche *Broadway* dió lugar también á un escándalo del mismo género; las indemnizaciones concedidas á los propietarios variaban de lo simple á lo triple, según la simpatía que inspiraban al *Ring*; los funcionarios com-

praban espacios de terreno junto á las calles en los sitios que sabían muy bien que debían ser adquiridos por la ciudad; y *Broadway* llegó á ser una verdadera caverna de ladrones. Al mismo tiempo, los intereses municipales eran sacrificados en provecho de los intereses particulares de los administradores; la



Palacio de Justicia en Nueva York

deuda ascendía á veintiocho millones y medio de *dollars* al año, y los informes financieros del *city comptroller* clasificaban bajo la vaga denominación de *general purposes* (necesidades generales) cerca de la mitad de los gastos declarados.

Sin embargo, tan formidables abusos no podían tardar en ser descubiertos: cierto día, un burócrata de segundo orden, extranjero en el *Tammany Ring*, puso la mano sobre cierto número de documentos reveladores, los copió cuidadosamente y fué á presentarlos al director del *New York Times*: esto sucedía

en 1871. La impresión producida por el artículo fué inmensa, y después de numerosos *meetings*, se nombró un comité de vigilancia, elegido entre los ciudadanos honrados, para examinar las cuentas de la ciudad, y por último, los administradores más comprometidos se vieron en la precisión de renunciar sus cargos. Algunos huyeron al extranjero; otros, como Tweed, no lograron escapar bastante pronto, y Nueva York quedó libre durante algunos años del régimen á que había estado sometida.

Pero el comité de vigilancia, conocido con el nombre de *Comité de los Setenta*, no debía permanecer siempre en funciones. Compuesto de hombres de negocios, con poco tiempo desocupado, y extraños los más á las organizaciones políticas, era más propio para quebrantar en un momento de crisis la fuerza del *Tammany*, que no para encargarse de la administración de la ciudad. Por eso, poco á poco, como la energía de la población honrada no encontrase ya ningún excitante, como el recuerdo de los pasados fraudes tendiera á borrarse y la inmigración constante ofreciera á los políticos de profesión un nuevo instrumento para dominar, por el acceso á los derechos políticos de una multitud ignorante y extranjera, el *Tammany* volvió á levantar la cabeza. Esto era fatal; el poder de aquellos políticos no era debido á un accidente, á una casualidad, sino que resultaba de una situación enojosa que el desarrollo de la ciudad no podía menos de empeorar, y así es que en 1890 se produjeron nuevos escándalos.

Esta vez fué un comité del senado del Estado de Nueva York el que descubrió el fraude. La administración del *sherif* de Nueva York fué acusada de irregularidades graves, ó más claro, el *sherif* robaba. Una vez en la pista, el comité echó de ver que las cosas pasaban así hacía algunos años, y en vez de un *sherif*, se condujeron más de media docena á los bancos de la *court of common pleas* (tribunal de causas comunes).

Aquel que ejercía entonces el cargo había atravesado muy oportunamente el Atlántico para mejorar su salud en Baden; pero los otros no habían previsto la revista retrospectiva de los actos de su administración, y viéronse obligados á comparecer, siguiéndose interesantes revelaciones. Se supo, por ejemplo, que el alcalde de Nueva York, Grant, había percibido, mientras que era *sherif*, más de cien mil francos, además de los honorarios que el comisario de embargos encargado de bienes de los deudores insolventes percibía de una manera ilegal. La prisión de la calle de Ludlow era también teatro de innumerables fraudes; puesta bajo la vigilancia del *sherif* y administrada por un director afiliado también al *Tammany*, daba muy buenos productos á los dignos funcionarios, que no desdeñaban, cuando se ofrecía oportunidad, dejar libre temporalmente á un prisionero, mediante el pago de una fianza que olvidaban siempre devolver.

Cuando se trató de una exposición universal en honor del aniversario cuadringentésimo del descubrimiento de América, toda la sociedad del *Tammany* se agitó violentamente para que se celebrase en Nueva York, y esperábase que se confiaría al alcalde Grant la dirección del asunto. Grant tenía una gran ventaja á los ojos de sus cómplices, porque era á la vez rico y rapaz; rico, eludía más fácilmente las sospechas; y rapaz, tendría en la explotación de sus administrados el mismo afán que el más hambriento de los políticos. Por desgracia para el *Tammany*, se erigió la ciudad de Chicago, y poco tiempo después, las concusiones de los *sherifs* de Nueva York eran descubiertas; de modo que en vez de asegurarse una buena oportunidad de hacer negocios productivos, era preciso entregarse.

Y no es que la administración principal de Nueva York haya dejado de ser completamente provechosa para los que la dirigen. De vez en cuando se echa de ver que tal crédito está del todo

agotado, sin que nadie justifique su empleo. En 1890, en el mes de marzo, estalló una tempestad de nieve sobre la ciudad; las calles ofrecían el más extraordinario aspecto por lo sucias, y para alcanzar el tranvía en la calzada, era preciso introducir los pies hasta el tobillo en un cieno de nieve medio derretida; y hasta en Broadway, la gran arteria de la ciudad, no se circulaba sin sufrir esto. Sin embargo, en el presupuesto figuraba la suma de cincuenta mil dollars para recoger las nieves; pero se esperaba que no caerían más, y los cincuenta mil dollars siguieron otro camino.

Con semejantes procederes, esa ciudad tan rica está como un pueblo pobre: malos pavimentos, sistemas de cloacas defectuosos, lodo en invierno y polvo en el verano: he aquí lo que el primero de los viajeros llegados reconoce fácilmente; lo demás se sabe muy pronto apenas se habla con un americano, pues además de los políticos comprometidos en los negocios del *Tammany*, todo el mundo se queja de la corrupción.

A pesar de esto, las cosas no mejoran; cuando llega el momento de las elecciones, la gran mayoría de los electores se deja conducir como dócil rebaño, y las personas honradas, á quienes la lucha repugna, se retiran de los negocios públicos. Para hacerlos salir de su actitud pasiva se necesita un gran escándalo, como el de 1871, que condujo á la formación del Comité de los Setenta. Entonces, los políticos desacreditados desaparecen un momento de la escena; pero la mayoría ignorante los hace volver muy pronto.

Fuera de las grandes ciudades, también se encuentra la corrupción, aunque en menor grado, en el gobierno federal, en el gobierno local y en la justicia. Expliqué antes que el mal estaba en todas partes en relación directa con dos elementos, la importancia de las concusiones posibles que sirven de cebo á los políticos, y el número de electores que los sostienen. Una cir-

cunstancia particular ha venido, desde la guerra de Secesión, á dar á estos dos elementos nueva fuerza en la política federal, y ha introducido costumbres deplorables. El régimen proteccionista á porfía, fruto de la victoria del Norte, ha tenido por resultado, en efecto, aumentar prodigiosamente el producto de las aduanas, ramo el más importante de la renta federal. Con este producto, el Estado federal ha podido amortizar rápidamente su deuda; pero también ha contraído el deber de recompensar los servicios prestados durante la guerra á la causa nordista, concediendo una infinidad de pensiones á los soldados veteranos. La cosa, legítima en su principio, ha dado muy pronto lugar á marcados abusos, cuando los políticos se dieron cuenta de que tenían bajo la mano un medio fácil y sencillo de crearse amigos. Entonces, todo individuo que hubiese figurado en las listas del ejército, su viuda, su madre y sus hijos, recibieron una parte de las liberalidades federales. Hoy se perciben también, según parece, gracias á un descuido intencionado, pensiones cuyo derecho se ha extinguido hace algunos años; esto aumenta siempre la clientela del partido que está en el poder, y la renta creciente de las aduanas permite al Tesoro pagar sin impuestos una deuda anual de ochocientos millones de francos, dotación reconocida por él á los defensores de la Unión.

Debe entenderse que esto no pasa sin protestas. Los demócratas, generalmente librecambistas, opuestos por lo tanto á las tarifas elevadas que constituyen los grandes ingresos de aduanas, son particularmente violentos cuando denuncian en algún gran *meeting* esa dilapidación de los fondos públicos; pero tal vez lamentan, más que esa dilapidación misma, la fuerza que da á los republicanos proteccionistas, en los cuales predomina el antiguo elemento nordista. Por eso los republicanos, reconociendo el mal efecto de sus larguezas en la gran mayoría de los consumidores, que sufren el efecto de las tarifas sin obtener el

beneficio bajo forma de pensión militar, han inventado recientemente un ardid bastante notable para calmar la opinión: cuando el mayor Mac-Kinley se presentó con el proyecto de su primer bill, se hubiera jurado, al oírle, que su más sincero deseo era disminuir y hasta suprimir completamente los ingresos de aduanas; anunciaba que cerraría del todo el mercado americano á los productos extranjeros, que el Tesoro federal se agotaría; y proponíase cortar en su origen el escándalo de las pensiones militares para restablecer el reinado de la virtud puritana. Entiéndase bien que los productos extranjeros continúan entrando, que la renta de aduanas va en aumento, y que la caja federal se llena. ¿En provecho de quién? El porvenir lo dirá.

Los pocos hechos que acabo de citar á título de ejemplos explican muy bien las apreciaciones muy desfavorables de que es objeto con frecuencia la sociedad americana. Las personas que juzgan de una nación por su gobierno no pueden tener confianza en el porvenir de América; pero las que conocen la maravillosa energía de que da pruebas diariamente en mil diferentes empresas, que la han visto trabajar y que han apreciado su valor, no podrían considerarla como una sociedad caducada. Muy por el contrario, es una sociedad que se forma, no sin sacudidas, pero estalla para soportarlas. Los lectores que han tenido á bien seguirme en los diversos capítulos de esta obra, difícilmente admitirían, sin duda, que ese pueblo siempre creciente, laborioso y activo, se deje arruinar por políticos de cualquier especie. Cierro que hay un marcado contraste entre el vigor sano de la vida privada y la corrupción de la vida pública; pero se puede explicar este contraste. Por lo pronto es preciso darse cuenta de los elementos de resistencia que hay en la nación y del papel que desempeñan en ciertas circunstancias graves.

Estos elementos ya los conocemos por haberlos encontrado en hombres que, encargándose de algunos de los intereses ge-

nerales á que los poderes públicos no alcanzan, los organizan por medio de fundaciones particulares ó de asociaciones del bien público: ahora los veremos en un nuevo teatro.

II.—Cómo se suple la acción pública cuando los intereses privados lo exigen

Los americanos se hallan un poco en la situación de un capitán de navío que averigua en el momento de una tempestad que su cocinero le roba; evidentemente, el hombre no dejará el puente para examinar sus cuentas; tiene que hacer otra cosa, y mientras que la tempestad dure, el cocinero podrá disfrutar impunemente de su robo: de igual manera, cuando alguno viene á decir á los americanos que sus políticos les roban, contestan de ordinario: «¡Pardiez, bien lo sabemos!»

Mientras que los negocios marchan, y en tanto que los políticos no se hallen á través del camino, aquéllos escapan sin demasiada dificultad de los castigos que merecen; mas apenas su acción funesta se deja sentir en el dominio de la actividad privada, es maravilla ver con qué desenvoltura se desembarazan de ellos.

A esos hombres que trabajan, el respeto material de la propiedad es tan útil como el respeto de la disciplina á los marinos. Un colono que desmonta la pradera para sembrar trigo no puede conseguir su objeto si su vecino perezoso viene á despojarle de ella en el momento de recoger la cosecha. Un *ranchman* que manda venir á grandes expensas animales reproductores, perdería su tiempo si pudieran robárselos; pero el colono ó el *ranchman*, bastante enérgicos para ir á crearse una explotación en alguna soledad perdida del Oeste, no se dejarán imponer la ley por algunos tunantes, y si nadie les protege, sabrán protegerse solos. En la ciudad, el banquero, el comerciante ó el industrial que se conforman con enfangarse en el lodo, porque llega-

rán de todas maneras, no permitirán por eso que la canalla fracture su caja. Si la policía no basta para prender á los malhechores, ó si jueces miedosos ó pervertidos carecen de severidad, los robados harán las veces de la policía, juzgarán, y ellos mismos aplicarán la sentencia. Ante todo, quieren la libertad en el trabajo, seguramente la más santa de todas las libertades.

Ahora bien: los jueces americanos tienen debilidades de más de un género; se les puede intimidar con la amenaza de que no serán reelegidos, ó bien comprarlos; hay diversas maneras de arreglarse, algunas muy eficaces; y además, en ciertos países medio desiertos aún, no hay juez alguno. El orden moral quedaría, pues, gravemente perturbado si los particulares no reformasen de vez en cuando las sentencias de los jueces pervertidos, sustituyendo á los que están ausentes.

El caso se presenta lo bastante á menudo para tener su nombre en la lengua americana, y llámase la ley de Lynch. A falta de otros magistrados, el juez Lynch, á quien representa un grupo de hombres honrados de la misma vecindad, suspende en las ramas del primer árbol que se encuentre al criminal convicto de su crimen.

Ya sé que la ley de Lynch se considera generalmente en Francia como un síntoma de barbarie. Los magistrados no tienen suficientes palabras para condenar y estigmatizar una ley que se sobrepone á las demás, y se participa con ellos de esta apreciación severa; pero si los hombres honrados de Europa piensan así, los hombres honrados de América piensan de otro modo.

En primer lugar, no les domina la idea de que no deben tomarse la justicia por su mano; en su concepto, no es solamente la sociedad en su conjunto la que tiene derecho de hacer reinar el orden y de castigar á los malhechores, sino también cada uno de sus individuos honrados, porque el orden es la primera necesidad de todos y de cada cual. Si se confía á los magistrados

autoridad para reprimir, es bajo la condición tácita de que ejercerán aquélla equitativamente. Nada más natural, por lo tanto, que retirársela cuando de ella hacen mal uso.

En segundo lugar, la costumbre de obrar prontamente impulsa á los americanos á dejar á un lado las formas lentas y complicadas de la justicia europea. Cuando un individuo ha matado ó robado positivamente, les parece razonable ahorcarle sin tardanza; y además, la costumbre de obrar personalmente les induce á tomar una resolución grave, asumiendo la responsabilidad. Lo que creen justo lo hacen sin temor.

Por último, la necesidad les obliga con frecuencia á obrar así. En las soledades del Oeste no se necesitan razonamientos filosóficos para comprender que cada cual tiene derecho para imponer el orden á su alrededor; y cuando en una ciudad grande la policía no basta para llenar su misión, se piensa lo mismo; pero la ley de Lynch no afecta el mismo carácter en la pradera y en los centros populosos donde se aplica.

En la pradera, los juicios son particularmente sumarísimos: si á un *ranchman* le han robado animales, monta á caballo con dos ó tres de sus vecinos, y galopa durante dos días en busca del ladrón. ¡Ay del viajero pacífico á quien halle en su camino! Si las apariencias están contra él, si su presencia no parece justificada, si se embrolla en sus contestaciones, el tribunal improvisado que le cita ante su tribunal le condenará sin misericordia. Es incontestable que se han cometido así algunos errores muy sensibles, y las excusas que van á presentar algunas veces los *linchadores* arrepentidos á la viuda de la víctima no son suficientes para compensarlos; pero ¿qué remedio tiene? No es posible ejercer una justicia exacta en extensiones medio desiertas.

En las ciudades donde se practica la ley de Lynch, casi siempre se buscan, por el contrario, garantías formales; ya no es un

jurado casual el que pronuncia la pena de muerte, sino un *Comité de vigilancia permanente*, compuesto de ciudadanos dignos, que juzgan concienzudamente á los criminales sobre cuya culpabilidad no puede suscitarse ninguna duda. No tan sólo persigue directamente á los malhechores, sino que reforma los juicios de la justicia oficial cuando le parece que se ha incurrido en un error grave. El Comité de vigilancia hace, pues, las veces de un verdadero tribunal; no se le reconoce por derecho, pero es admitido de hecho; y los buenos ciudadanos tienen confianza en él porque no se deja sobornar.

Sin él, la vida sería imposible en algunos centros mineros del Oeste y en varios puertos del Sud. En San Francisco tiene mucho que hacer para asegurar un *mínimum indispensable* de orden público; en Denver ha conseguido pacificar la ciudad, en otro tiempo punto de reunión de los bribones de la peor especie, y en Nueva Orleáns está en camino de sofocar la dominación naciente de la *Maffia* siciliana. Como este último ejemplo es muy reciente, diremos algo más acerca del asunto.

Sabido es que Italia en general, y Sicilia en particular, la tierra prometida de los bandidos, bandidos de los Abruzos, bandidos napolitanos y bandidos palermitanos, han fundado numerosas asociaciones secretas, la *Camorra*, la *Mala Vita*, la *Maffia*, etcétera, cuyo objeto esencial es hacer vivir á sus individuos á expensas de la población laboriosa; y á pesar de la justicia oficial y de los gendarmes del rey Humberto, lo consiguen del todo. Como la inmigración ha llevado á Nueva Orleáns muchos sicilianos, se había organizado desde hace algunos años una ramificación importante de la *Maffia*, y gracias á las debilidades de la justicia, comenzaba á prosperar como en la madre patria, cuando en 1890, un jefe de policía enérgico, M. Hennessy, se encargó de poner término á sus fechorías. Esto bastó para que el gran consejo de la *Maffia* le condenase á muerte, y pocos días

después se ejecutaba la sentencia por los individuos de la Asociación que la suerte había designado. Cogidos y juzgados por el Jurado criminal, los asesinos fueron absueltos, porque los individuos de aquél, temiendo la terrible venganza de la *Maffia* é impresionados por el ejemplo del asesinato á cuyos autores acababan de juzgar, faltaron á su deber, declarando inocentes á los culpables para salvar sus propias vidas. La situación, según se ve, comenzaba á ser bastante grave: era la impunidad asegurada para todos los crímenes y la tiranía de la *Maffia*, que se extendía en Nueva Orleáns como en Palermo. Por fortuna, el Comité de vigilancia era menos débil que el Jurado. Gracias á dicho Comité, los asesinos de M. Hennessy fueron cogidos y sólidamente ahorcados, con gran satisfacción de todas las personas honradas.

Ya se comprenderá que aquella justicia tan ejecutiva, muy contraria á nuestras costumbres europeas, no debía agradar mucho á los diplomáticos italianos acreditados en Wáshington; y de aquí el origen de la diferencia italo-americana, que mis lectores recordarán sin duda y cuya curiosa historia no necesitamos referir en estas páginas.

Los Comités de vigilancia están generalmente apoyados por la prensa, siendo en esto órgano del sentimiento público, y hasta algunas veces encuentran en ella un poderoso auxilio y combinan su mutua acción. La prensa denuncia públicamente los fautores de desórdenes, á quienes se permite, sin embargo, hacer su defensa en el diario acusador, y así hace mucha luz, una especie de información preliminar que facilita la tarea del Co-



Un policemán en Filadelfia

mité de vigilancia. Esto sucede, sobre todo, en los momentos de perturbaciones graves, ó ya en la creación de las ciudades mineras, siempre atestadas de aventureros de toda especie. Ya he referido cómo en Denver, algunos años hace, los tipógrafos del diario *Las Noticias de las Montañas Pedregosas* trabajaban con armas á su alcance; el director no salía á la calle sin oír silbar las balas á su alrededor, y jamás gendarme ó juez instructor estuvieron sometidos á un régimen de intimidación tan implacable: lo que hacían era realmente oficio de gendarmes y de jueces, con la diferencia de que se interesaban personal y altamente en el resultado de su cometido: necesitaban encontrar y castigar á los culpables, ó bien renunciar á su cargo que era insostenible. Ninguna represión oficial podía ser, pues, tan eficaz como la suya.

Recordemos, en fin, que los Comités de vigilancia conservan sus útiles funciones aunque no manden ahorcar á nadie. El Comité de los Setenta, constituido en Nueva York en 1871 para el examen de las cuentas municipales, no pronunció ninguna sentencia capital; pero ha prestado servicios á la ciudad, y ésta necesita bien su auxilio contra los políticos que la explotan.

No es solamente en los dominios de la Justicia donde los americanos se preservan por la iniciativa privada contra las debilidades posibles de la acción pública. Sus funcionarios, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, se hallan entorpecidos en muchos casos á causa de la responsabilidad personal en que incurren con motivo de los actos de su administración.

En Francia, un funcionario es sagrado: cuando obra como tal no ha de dar cuenta de su conducta más que á sus superiores jerárquicos, y no al público, considerado como su inferior. Si se extralimita en sus poderes y ataca un derecho, un tribunal administrativo es el que juzga; de modo que el particular perjudicado tiene pocas probabilidades de obtener reparación, y ne-

cesita, para conservarlas, someterse á numerosas y costosas formalidades. Además, no obtendrá nada si el funcionario puede probar que ha obrado dentro de los derechos que le confiere su función, aunque el ejercicio de estos derechos haya ocasionado un perjuicio reconocido: esto es lo que se llama la *garantía administrativa*. En América no hay semejante cosa: en el funcionario se ve desde luego el hombre, y si éste ocasiona un mal cualquiera, le paga lo mismo que los demás; como funcionario, se halla expuesto con más frecuencia que un simple ciudadano á perjudicar los intereses particulares, y he aquí todo su privilegio.

De este modo, la tiranía administrativa se hace muy difícil; se permite á un político mangonear en las cajas públicas; pero si un agente de policía os detiene sin justo motivo, se le ataca en justicia como al primer ladronzuelo que se presente. La vida privada está bien defendida, en suma, contra la invasión de la vida pública, y esta es una de las razones que permiten á América progresar siempre á pesar de la corrupción de sus políticos.

Otra causa es que la esfera de acción de los poderes públicos no tan sólo está cuidadosamente determinada, sino que es muy restringida. El particular delega á su *township* y á su condado lo menos posible de sus derechos políticos; el *township* y el condado hacen lo mismo respecto al Estado, y éste procede igualmente con el gobierno federal; de modo que en esa sociedad el particular ocupa la altura, y los poderes descienden á medida que se alejan de él. Es precisamente lo contrario de lo que sucede entre nosotros.

III. - El carácter restringido de los poderes públicos

No quiero afligir á mis lectores con un curso de derecho administrativo americano. El asunto se ha tratado por muchos autores; de modo que es conocido, y además siempre nos inclinamos á exagerar demasiado su importancia.

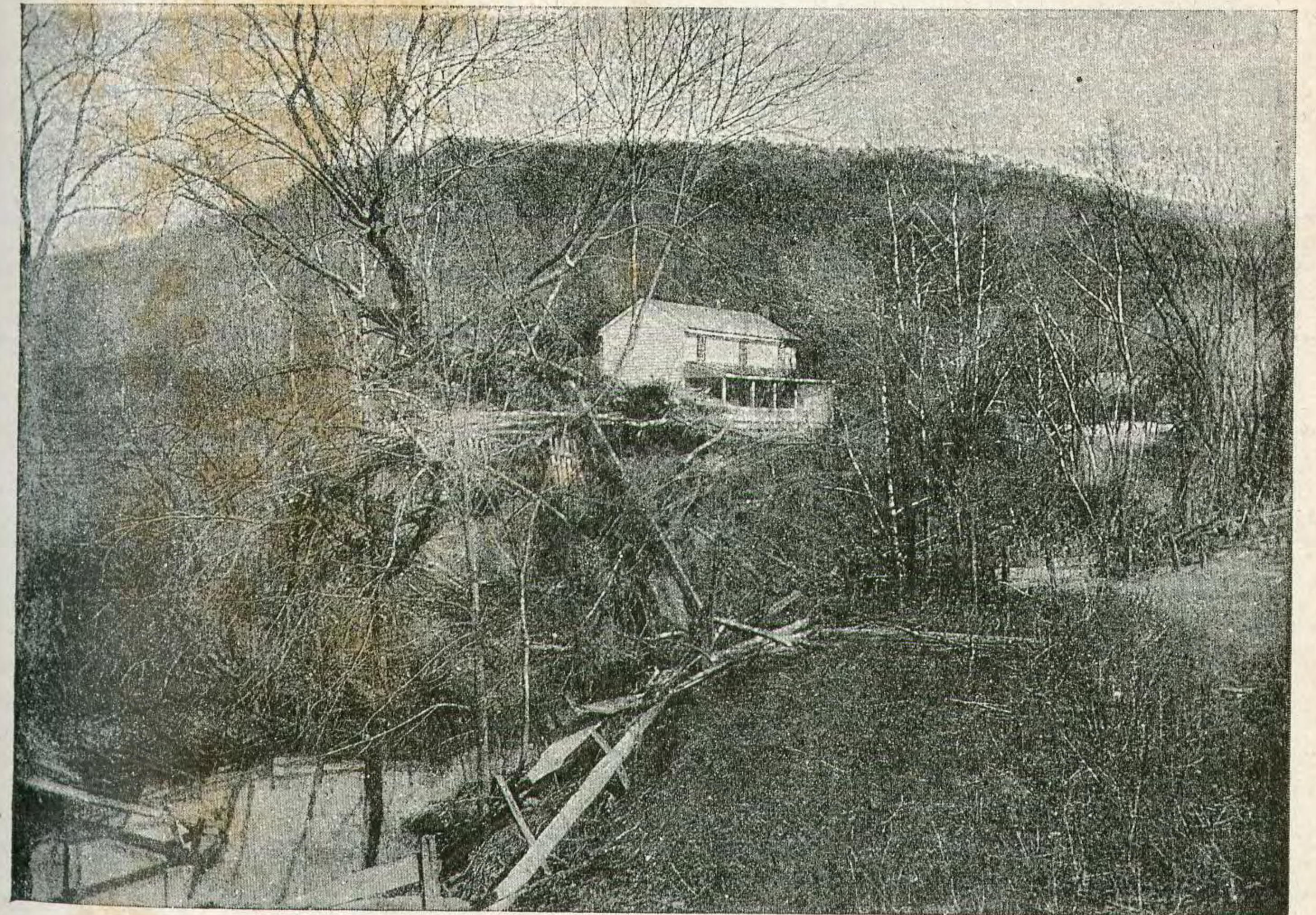
No se puede vivir en América sin que llame la atención lo muy limitado de la acción pública. Ciertos servicios de utilidad general no existen absolutamente. Así, por ejemplo, se permite desmontar los lados de los Montes Alleghanys sin oponer ningún obstáculo al capricho de los particulares, y frecuentes inundaciones ocasionan en las llanuras de los alrededores graves desastres. En cambio, si se quiere emprender cualquier empresa, raro es que se encuentre al gobierno en contra, y más raro aún que se pida auxilio. Imaginad nada más la supresión de todo poder público en los Estados Unidos: muchas instituciones continuarían su marcha sin echarlo de ver, porque son en realidad independientes. Sería, pues, dar una falsa idea de la vida americana hacer figurar en una obra que tiene por objeto describirla largas consideraciones sobre la organización política.

Del mismo modo, hay poco interés en conocer detalladamente las formas administrativas empleadas en los Estados Unidos, porque el rasgo dominante de la constitución es dar poca importancia á las formas.

En vez de estudiar un mecanismo gubernamental en los textos legislativos, más vale, de consiguiente, limitarse á observar la fisonomía material. Así tendremos una impresión viva, y se hallará mejor el carácter restringido de los poderes públicos americanos.

Por lo demás, existe una circunstancia que facilita singularmente esta observación, y es que América posee una ciudad

consagrada toda ella á la vida política. Id á Wáshington, y no encontraréis industria ni comercio sino al detalle, que exige la presencia de familias ricas. No es, como París, una capital á la vez política, comercial, financiera, artística y literaria: es simplemente una capital política.



Desastre ocasionado por las inundaciones á causa de la tala de los montes en Sir Jon's Rum (Virginia occidental)

De aquí el sello artificial y oficial que llama la atención apenas se llega, y que recuerda Versalles por ciertas cosas: avenidas desmesuradamente anchas, flanqueadas de casas poco elevadas de ordinario, que las hacen parecer más anchas aún; una circulación escasa que comunica la idea de la soledad cuando se llega de Nueva York ó de Filadelfia; muchas estatuas á la memoria de los generales y hombres de Estado americano; y por

último, el Capitolio, centro matemático de la ciudad y domi-nándola desde lo alto de la colina en que eleva su alta cúpula entre dos grandes alas de mármol blanco.

Es casi el único monumento imponente. Los demás edificios oficiales parecen mezquinos á los ojos europeos, acostumbrados á la pompa de que el poder se rodea entre nosotros. La Casa Blanca, morada del presidente de los Estados Unidos, tiene las proporciones de una quinta grande y es residencia de un rico burgués más bien que un palacio. El aspecto exterior es agradable, sobre todo por el lado del Potomac, gracias á la gran plaza pública que se extiende delante; y en el interior no hay nada extraordinario, como no sea el mal gusto que reina en el decorado de ciertas habitaciones. El salón azul (*blue room*), donde se casó recientemente el presidente Cleveland, se hace notar sobre todo por el desagradable brillo de sus dorados; otro salón verde no es menos feo, y es preciso asomarse á la ventana para reposar la vista en los floridos prados del jardín.

Me acompaña y guía en mi visita á la Casa Blanca un individuo de la Cámara de representantes. Por una estrecha escalera subimos desde las habitaciones del piso bajo á su gabinete, aposento sin ostentación, rodeado de bibliotecas. El presidente habla con nosotros algunos minutos más de lo que lo haría un hombre de negocios muy ocupado; se informa del objeto de mi viaje á los Estados Unidos, con el aire de un hombre cuyo deber es preguntar estas cosas á las personas que le presentan; le estrechamos la mano, y salimos. Ya se ve que no es muy difícil acercarse al jefe del Estado.

Desde la Casa Blanca nos dirigimos á los diferentes ministerios; sus proporciones son modestas, comparadas con las de los nuestros; pero tengo á la vista todo el aparato de centralización administrativa de un inmenso país, dos veces más poblado que Francia y treinta ó cuarenta más extenso. En Nueva York, en

Filadelfia y en Chicago, ciertos *business buildings* son tan grandes como los ministerios. Por lo demás, no todos tienen edificios separados: el Interior, Guerra y Marina se hallan reunidos en una gran construcción situada al Oeste de la Casa Blanca y que forma pareja con el *Treasury Department*, ó ministerio de Hacienda. El ministerio de Agricultura está aislado en medio de jardines y se contenta con hacer estadísticas y experimentos de aclimatación: en rigor no es más que una oficina para tomar informes, y de igual manera la *Office of Education* está encargada tan sólo de reunir documentos sobre instrucción pública, que cada Estado organiza á su modo. He ahí, sin embargo, dos inmensos edificios oficiales, uno frente á otro: son la

Post-Office y la *Patent-Office* (la casa de Correos y la de Patentes). Ya se comprenderá que la primera debe ser una gran administración teniendo en cuenta que ha de servir para un país tan vasto como los Estados Unidos; y en cuanto á la segunda, es simplemente un depósito de privilegios de invención; sus grandes proporciones indican, pues, no el poder del gobierno, sino el de la iniciativa privada y del espíritu investigador de los americanos. Cada quincena, por término medio, la *Patent-Office* publica un volumen bastante grueso de texto compacto



El Capitolio en Washington

á dos columnas, describiendo los inventos privilegiados: en el mismo año se han inscrito una vez veintitrés diferentes para perfeccionamiento de sitiales.

Los ministros, así como el presidente, son fáciles de ver: conducido por mi amigo el diputado, veo cuatro en la misma mañana, si bien es verdad que nada tengo que pedirles, lo cual explica su buen deseo de recibirme. En todas partes se nota, por lo demás, la falta de formalismo. Asisto á una sesión del Senado: la sala cuadrada donde se reúnen los ochenta senadores de la Unión se parece, más ó menos, á nuestros anfiteatros de facultades: el presidente ocupa un púlpito poco elevado; cada cual habla desde su sitio; y hay poco aparato escénico; en vez de los ujieres con cadena que vemos entre nosotros, allí se emplean muchachos de diez á catorce años, que se ocupan en llevar las cartas, los telegramas y esquelas que les entregan los senadores. Cuando un legislador necesita sus servicios, castañetea los dedos, y al instante uno de ellos corre como un conejo en medio de la sala para contestar á su llamamiento, sin ningún respeto á la majestad de la alta Cámara. Entretanto, sus compañeros desocupados se sientan en los escalones del estrado presidencial, donde juegan y se revuelcan.

Las tribunas públicas están casi desiertas, así aquí como en la Cámara de diputados: fuera de las dos ó tres cuestiones que apasionan la opinión, porque tocan graves intereses, cuestiones aduaneras ó monetarias en general, en América se interesan poco por lo que pasa aquí, porque no es en las cámaras donde está la vida. Por eso los diarios de Nueva York ó de Chicago no se cuidan de reproducir los debates de las cámaras federales. Al hijo de esas ciudades le preocupa mucho más, cuando sus negocios le dejan tiempo para ello, la administración local que la administración federal. A la municipalidad, sobre todo, es á la que paga contribuciones, y aquí es donde ha de vigilar parti-

cularmente á sus mandatarios. En el momento de las elecciones del congreso y de las presidenciales, se ve cómo reina en el país, es verdad, considerable emoción; pero esto se explica muy bien, en primer lugar por la pasión con que los políticos toman parte en la lucha, puesto que la victoria ó la derrota es cuestión



La Casa Blanca en Washington (fachada del Norte)

de subsistencia en primer lugar, y después, por el gran interés de la legislación aduanera, únicos puntos en que difieren las *platforms* de los republicanos y las de los demócratas.

Uno de los rasgos que mejor señalan la poca acción del gobierno federal es la debilidad de su ejército. Nuestros gobiernos europeos no se creerían seguros en el interior, y tendrían razón, si no sintieran tras sí esa inmensa fuerza pública que, desde el general, hasta el soldado y el gendarme, está dispuesta á obligar á que se respeten sus decisiones; exigen demasiado

del país para que éste les obedezca de buena voluntad. Aquí, por el contrario, el Estado pide poco al ciudadano, y no necesita mantener agentes de represión.

Por otra parte, el ciudadano que desea ante todo la libertad de sus movimientos, vería con inquietud al poder central disponer de un gran aparato militar, pues temería encontrar en esto un instrumento peligroso de tiranía en manos de políticos sin escrúpulos y una amenaza seria para la libertad.

Pero tal como existe, el ejército federal no puede ser ni un sostén muy firme para el gobierno, ni un objeto de temor para el elector americano; se compone de veinticinco mil hombres, y se emplea casi del todo en las «reservas» indias, ya para protegerlas contra la invasión ilegal de los colonos, como hemos visto al hablar de la apertura de Oklahoma, ó bien para reprimir los motines de los Pielas Rojas, según sucedió en el invierno de 1891. El ministro de la Guerra me enseña en su gabinete un gran mapa que indica la distribución de las fuerzas federales en el territorio de los Estados: ni un solo escuadrón de caballería en el Este, á lo largo de la costa del Atlántico, y tan sólo de lejos en lejos algunos grupos de soldados de infantería. El reclutamiento se efectúa alistando voluntarios, por supuesto: cuando hay plazas que llenar, se pone en conocimiento del público por medio de anuncios, como toda persona que ofrece un empleo. En la Casa de Correos de Cincinnati vi un modelo de esos anuncios, concebido así:

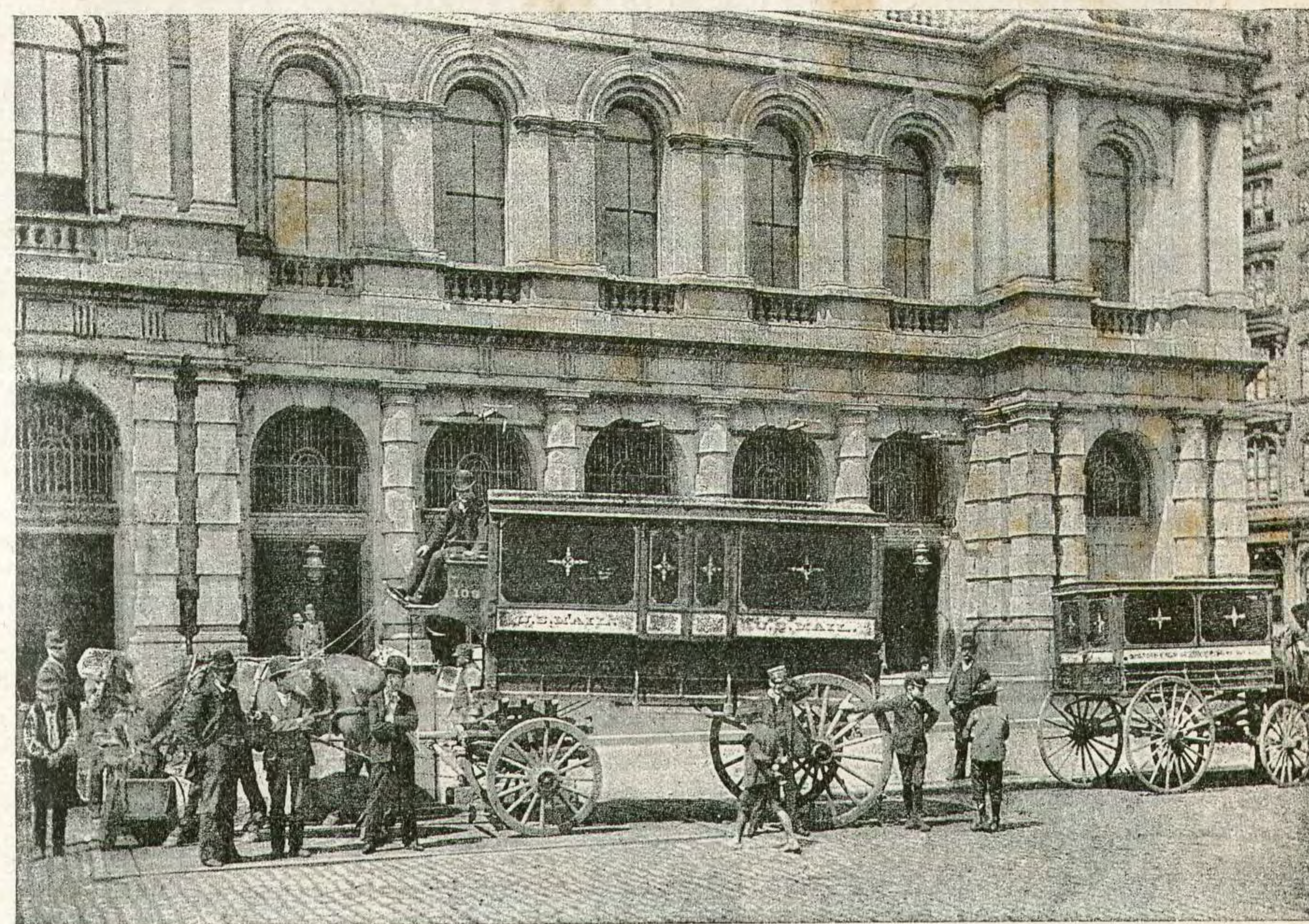
«EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS.

»*Servicio de reclutamiento.*

»Se necesitan para el ejército de los Estados Unidos hombres vigorosos, de buena conducta, de veintiuno á treinta y cinco años de edad.»

Seguidamente se hace mención de la talla y del peso exigidos, de las ventajas ofrecidas, etc., firmando: «El capitán M. Roper, 8.º caballería. Dirigirse 219 West, 4.º Street, Cincinnati, Ohio.»

Tal vez se me diga que es peligroso para un país tan gran-



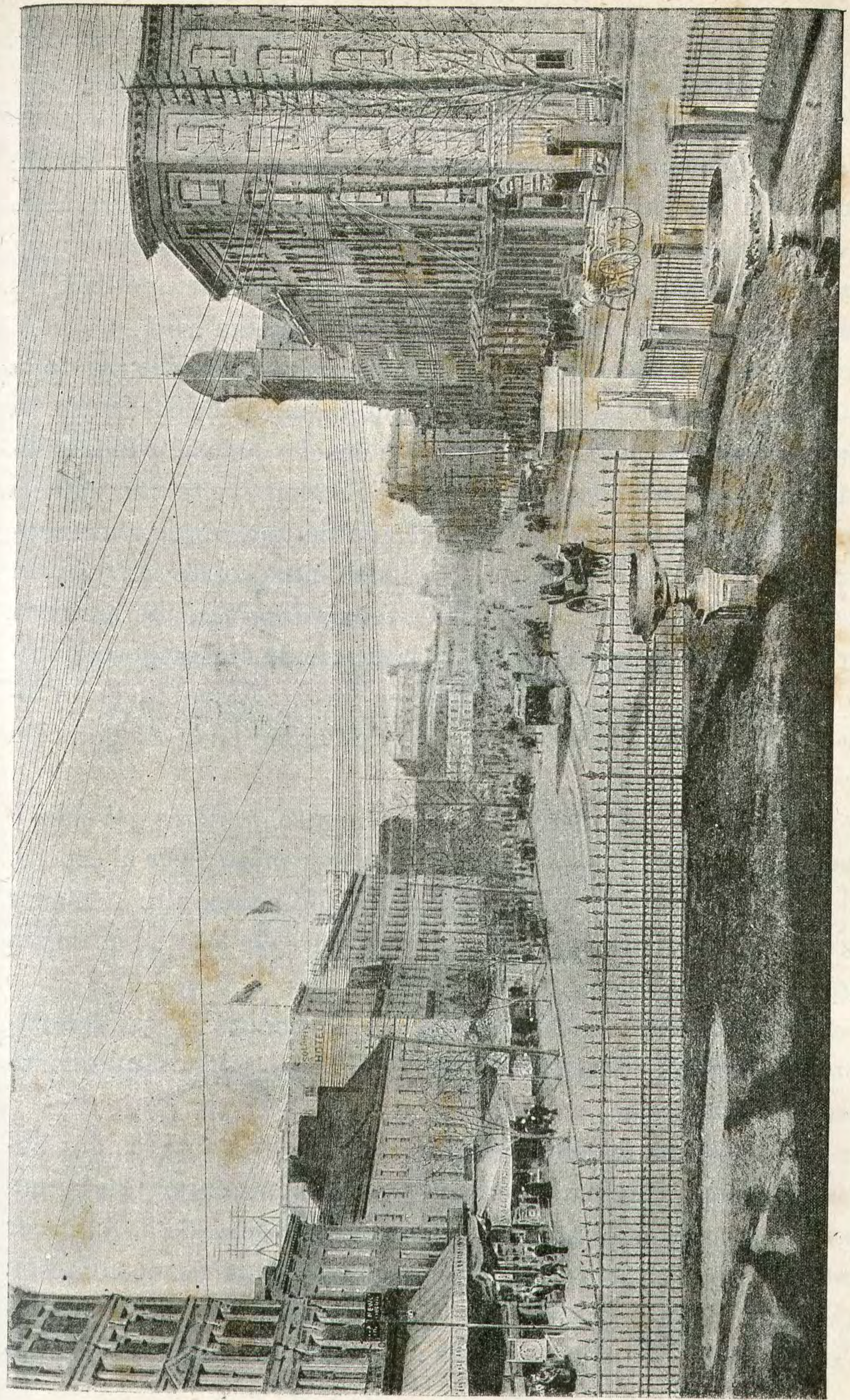
Coche de correos delante de la Administración en Nueva York

de contentarse con un ejército tan poco numeroso, y que si no lo necesita para mantener el orden en el interior, puede ser atacado por una nación enemiga en el momento de un conflicto. Ciertamente que los Estados Unidos no están de todo punto libres de una guerra; tienen vecinos, y no se hallan siempre de acuerdo con ellos, como lo prueban sus recientes discusiones con Inglaterra respecto á las pesquerías de Behring; pero tienen confianza en la energía de sus habitantes, y saben que en caso de necesidad la resistencia se organizaría, como lo prueba la historia de

la guerra de Secesión. Además no son los únicos en creerse temibles: véase cómo Italia, por ejemplo, ha debido proceder con moderación en el asunto de aplicar la ley de Lynch en Nueva Orleans, después de haber cantado en un principio su aire de bravura. No hubiera obrado así respecto á Guatemala ó la República Argentina: al día siguiente del *linchage*, algún buque de la escuadra italiana se hubiera presentado en aquellas aguas promoviendo un rompimiento para obtener una reparación más ruidosa. Con el tío Sam no se arriesga uno á jugar, y con razón, porque su cólera es terrible. Si emplea todas sus fuerzas vivas en trabajos pacíficos, esto no quiere decir que no sepa dirigir las útilmente contra quien quiera perturbarle.

Cierto que junto al ejército regular están las milicias de los Estados, que se destinan á mantener en la nación cierto conocimiento de los ejercicios militares. Estas milicias se organizan más ó menos seriamente sin ninguna intervención del gobierno federal, y ellas son las que proporcionan el pretexto de todos esos títulos de coroneles y generales de que tan pródigos se muestran en América. He querido saber lo que era una de esas milicias; me dijeron que la de Massachusetts era una de las mejor conducidas, y fui á Sout-Farmingham, no lejos de Boston, en el momento de su período anual de ejercicios. No duró más que doce días, durante cuyo tiempo los soldados duermen en las tiendas, formando un campamento de unos dos mil hombres en una inmensa pradera perteneciente al Estado de Massachusetts: allí es donde los veo maniobrar.

Evidentemente, el espectáculo no impresionaría favorablemente á uno de nuestros generales inspectores: oficiales, con sus uniformes mal pergeñados, galopan con pesadez en malos caballos, con grotescos arneses de cuero amarillo mal cuidados; las maniobras carecen de conjunto y de precisión, y veo un destacamento de caballería al que se enseña el manejo del sable.



Pennsylvania avenue. Vista tomada desde la Tesorería en Washington

Bien lo necesita, pues á cada orden, los más de los jinetes describen con su arma las curvas más imprevistas, y si no se traspasan mutuamente es porque están bastante separados. Los de infantería ejecutan sus movimientos sin regularidad ni rigidez, é imposible es decir que marchan como un solo hombre; muy por el contrario, se tiene la impresión de que cada uno de ellos se traslada de un punto á otro como si estuviera solo.

En cambio, cuando se habla con un soldado delante de la puerta de su tienda, se ve que es inteligente y celoso; ruego al primero que me sale al paso que me enseñe su fusil, y me explica el mecanismo y las ventajas, refiriéndome que con aquella arma se hacen maravillas en el campo de tiro, y que los americanos son los primeros tiradores del mundo (*the best in the world*, como siempre). Después de tomar informes, averiguo que veinticuatro tiradores elegidos de la milicia de Massachusetts fueron á Inglaterra para tomar parte en un *match* y obtuvieron todos los premios. Había, pues, algo de verdad en la exageración del joven miliciano.

En medio del campamento encuentro mujeres jóvenes y muchachas que circulan libremente; han venido á ver al esposo, al novio ó al hermano, y ningún soldado se permite la menor broma, la menor sonrisa, pues no son tropas las que acampan aquí, sino americanos.

La maniobra es defectuosa, y no hay unidad; pero el hombre, si se toma aisladamente, es superior al soldado que conocemos en Francia.

Por otra parte, como hombre le tratan. Durante las dos horas que paso en el campamento no oigo ningún voto ni la menor expresión grosera; y los jefes mandan sin cólera. Al hacer esta observación al americano que me acompaña, me contesta: «Si fuera de otro modo, el campamento estaría desierto; los jóvenes que vienen aquí lo hacen para aprender el ejercicio, y no

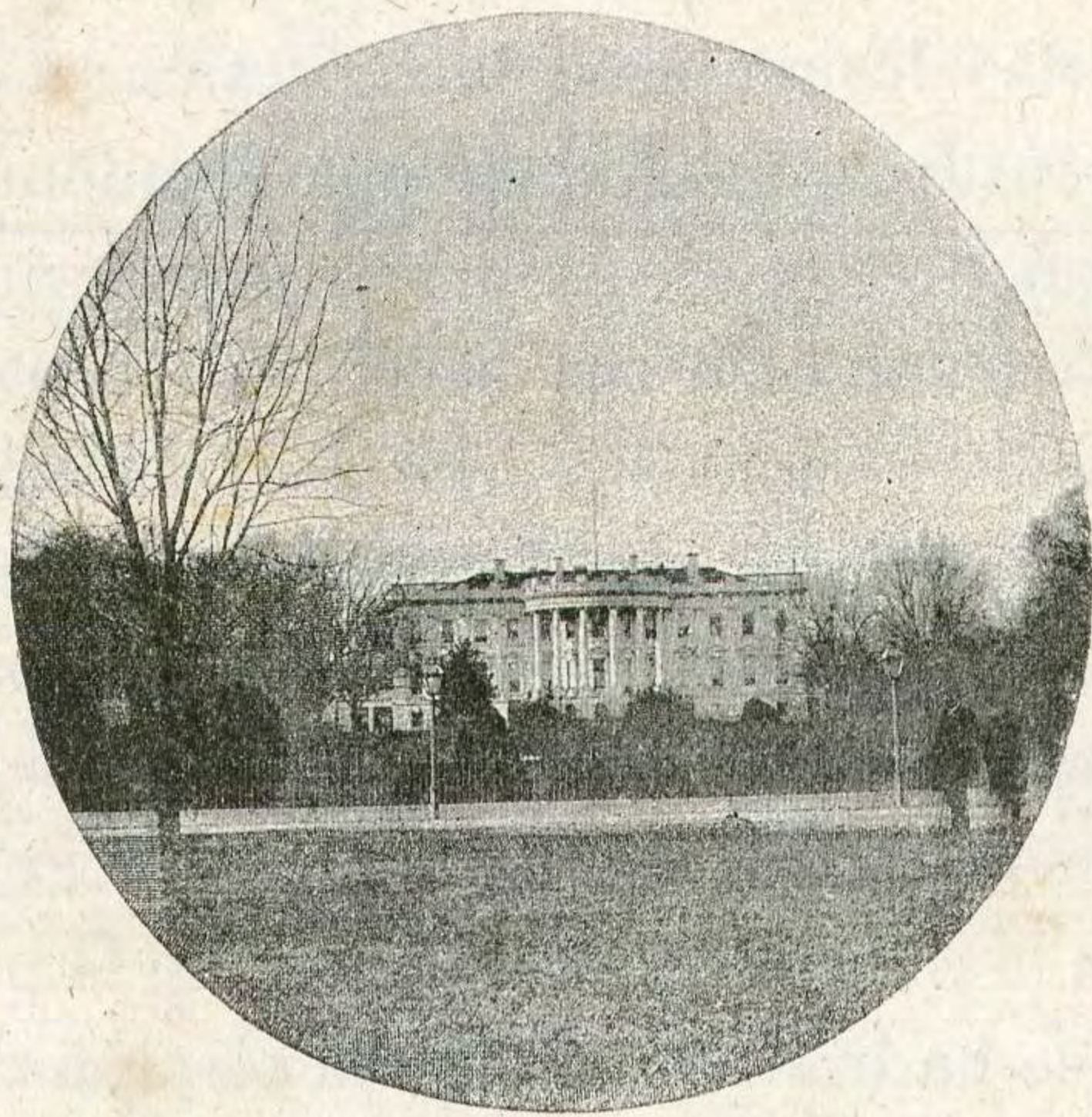
para que les injurien; tienen el sentimiento de su dignidad, y tomarían muy pronto el camino de su casa si no se les respetase.»

Así como los soldados no tolerarían jefes violentos, tampoco éstos podrían soportar soldados sin disciplina: cuando los hay, no se hace más que despedirlos. A la puerta del campamento veo una barraca de tablas que sirve de oficina de policía; y hay además cuatro sitios para los dos mil hombres: dos se hallan ocupados por paisanos, que no han ido más que para producir perturbación en el campamento, y que la autoridad militar, dueña en su casa, como conviene á una autoridad americana, ha mandado cerrar con llave; los otros dos están vacíos. Claro es que la disciplina no depende aquí del temor á los castigos, y podría decirse que la represión no existe en este campamento: esto es más bien una reunión de hombres de buena voluntad.

El Estado paga bien sus servicios: cada miliciano recibe veinticuatro dollars anuales y sirve doce días, ó sea diez francos de paga por día; cierto que debe alimentarse por su cuenta; pero á este precio, ninguno de nuestros pobres quintos sentiría pagarse la pitanza.

Al salir de los terrenos del campamento, estoy del todo reconciliado con la milicia de Massachusetts; la primera impresión desfavorable se ha borrado; olvido la torpeza de la maniobra y tan sólo me acuerdo del valor personal de los soldados con quienes hablé, del orden que reina espontáneamente y del carácter autónomo de aquel reducido ejército. En el fondo, lo que he visto aquí se asemeja á lo que vi por todas partes en los Estados Unidos: cada organismo, cada individuo conserva lo más posible toda su independencia, y de aquí el carácter restringido y especial de los poderes públicos, á los que se deja muy poco que hacer.

Esto perjudica sin duda á los efectos de conjunto á que estamos acostumbrados; creemos que no hay más que desorden en esa libertad; pero los esfuerzos individuales son más enérgicos, y cuando convergen hacia un mismo objeto, por una elección espontánea de cada voluntad, su fuerza es incalculable. Esto es lo que constituye la fuerza de América.



CAPÍTULO X

LA VIDA INTELECTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

I. La instrucción de la juventud. — II. Las profesiones liberales. — III. Los diarios y las revistas. — IV. Autores americanos. — V. El gusto á las artes

Después del rápido examen que hemos hecho de los diversos ramos de la actividad americana, queda la impresión de que los trabajos intelectuales se deben descuidar bastante por ese pueblo tan ardiente en la lucha para obtener los bienes materiales. No se espera encontrar muchos letrados entre todos esos agricultores y comerciantes, y de hecho hay pocos. Excepto en Boston, donde hay una sociedad antiguamente constituida, y rica hace largo tiempo, que se precia de una cultura refinada, se encuentran pocas personas dadas del todo á la literatura ó al arte.

Pero esto no es decir que toda la actividad intelectual esté desterrada de los Estados Unidos. En primer lugar, el comercio, la banca, los negocios en general, exigen combinaciones de cabeza más aún que esfuerzos materiales, y los que las hacen no son los más vigorosos corporalmente, pero sí los más hábiles. Además, ciertos conocimientos son, si no indispensables, por lo menos muy útiles al hombre de negocios, apenas se eleva á cierto nivel. En fin, las aplicaciones industriales de las ciencias, tan numerosas hoy, hacen de éstas verdaderos auxiliares del trabajo.

Por eso los americanos, muy deseosos de impulsar á toda la

nación por las vías del progreso, y de armarse ellos mismos lo mejor posible para la lucha por la existencia, han comunicado considerable impulso á la instrucción pública.

I. - Instrucción de la juventud

Han fijado principalmente la atención en las escuelas primarias, y esto se explica; el objeto es comunicar á cada cual cierta dosis de saber, suficiente para ponerle en disposición de ingeniarse después según las circunstancias. No se trata de obtener sabios, sino de impedir que un hombre de valor se vea detenido más tarde en su marcha por falta de la primera instrucción: esta es la idea que dirige y dicta los programas.

Estos últimos varían según cada Estado en las escuelas públicas, según cada escuela en las otras; pero el fondo es el mismo en todas partes: lectura, escritura, dibujo, cálculo, geografía, historia americana y muy numerosas lecciones de diversas cosas; esto es lo que se enseña siempre. En ciertas ciudades, donde el elemento alemán es poderoso, se agrega este idioma como lengua viva obligatoria; en otras partes se prescribe un poco de historia de Inglaterra ó de física elemental, por ejemplo.

No se trabaja mucho en esas escuelas primarias: los cursos no duran apenas más que siete ú ocho meses al año, y aún no es obligatorio seguirlos más de tres, en general. De este modo no se priva legalmente á ningún muchacho, útil á su padre en la granja, del auxilio que en ella pueda prestarle; y no hay labrador que no pueda prescindir de la ayuda de sus hijos ó hijas durante tres meses del año, pues en todas partes la estación muerta dura por lo menos ese tiempo. El abuso de la escuela no entorpece, pues, como sucede á veces en Europa, y sobre todo en Francia, los trabajos del campo.

Por otra parte, la escuela primaria pública está entre manos de los padres de familia: una comisión nombrada por ellos es la que elige los maestros y maestras, y esto les preserva de la tiranía escolar mejor que ninguna otra medida de orden general. También contribuye esto á mantener la escuela en su condición normal de accesorio, de auxiliar. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer la utilidad de este auxiliar; pero nadie piensa en permitir que tome un carácter invasor.

Cuando un niño se distingue en una de nuestras escuelas francesas, se piensa desde luego en explotar la memoria ó la clara inteligencia que pueda tener, para someterle á exámenes y hacerle optar así á uno de los numerosos destinos que el Estado francés acostumbra á sacar á concurso. Su aptitud intelectual basta para proporcionarle así un medio de existencia, sin que deba emplearla para conseguir un objeto práctico. En los Estados Unidos no sucede así: al niño en quien se reconocen aptitudes se le prepara simplemente en la escuela para que las ponga él mismo por obra más tarde; no hay, como entre nosotros, muchos exámenes para obtener numerosas plazas, ni tampoco muchos aspirantes á ellas; las situaciones son independientes. El niño sabe, por lo tanto, que si manifiesta en la escuela algunas de sus facultades, deberá utilizarlas después en la vida, sin lo cual no le servirían de nada.

La instrucción se da, pues, por los maestros y se recibe por los alumnos bajo la sana idea de que es un instrumento útil puesto en manos de la juventud laboriosa para hacer obra que produzca, y no un misterioso talismán destinado á abrir la puerta de una carrera ya hecha. En América la instrucción es un medio y no un objeto, porque allí no hay carrera hecha.

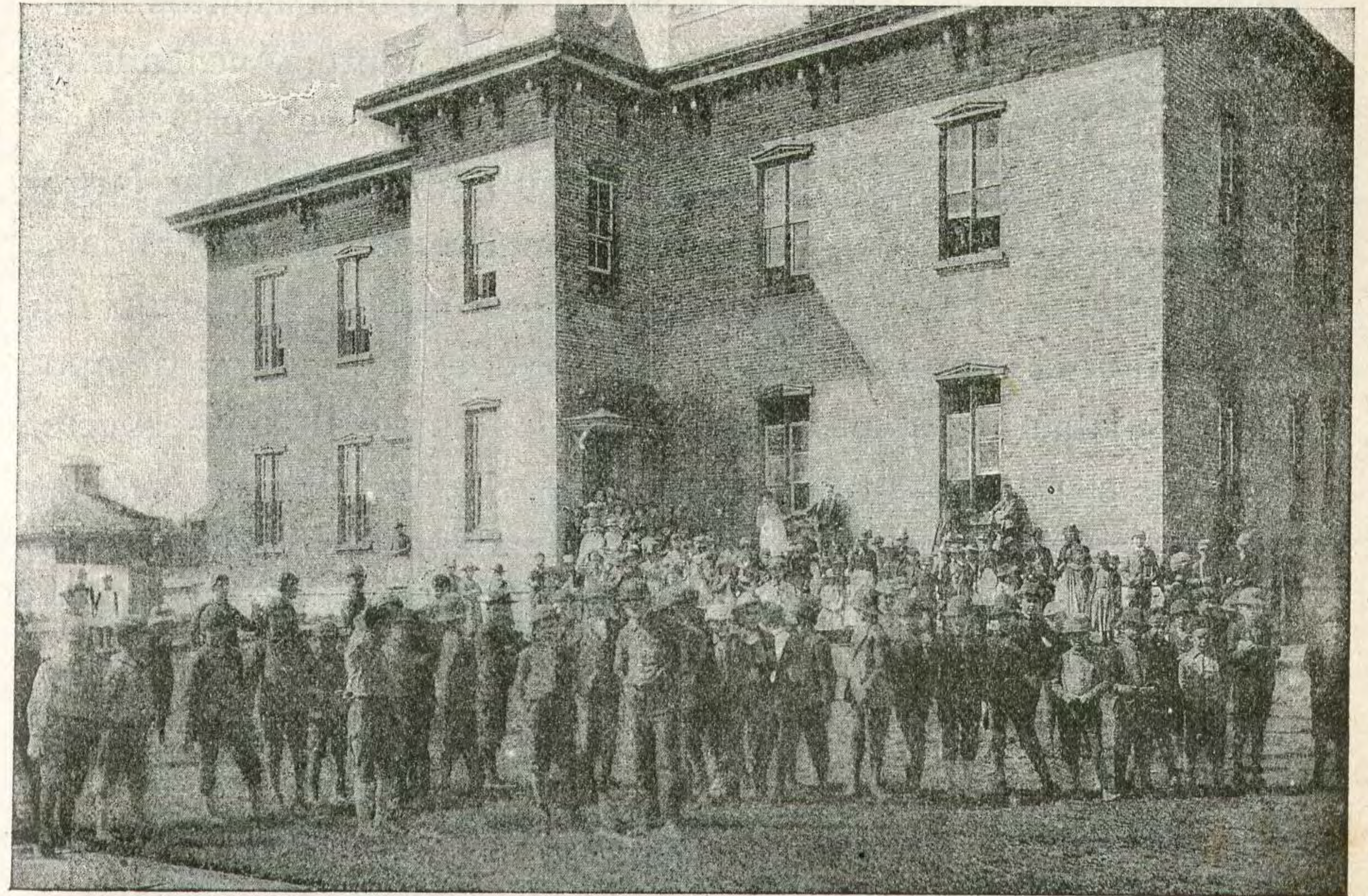
En su consecuencia no produce la diferencia de clase; nadie espera un medio de existencia tan sólo de su saber, sino que todos buscan las ocupaciones útiles, los unos ayudándose con

lo que han aprendido en la escuela para elevarse á la independencia, y los otros teniendo menos confianza en la preparación que han recibido.

Junto á las escuelas primarias comunes se hallan las *High schools*, especie de escuelas primarias superiores, adonde van muchos jóvenes de ambos sexos, sobre todo entre aquellos que se educan en la ciudad. Allí los programas son más cargados, pero siempre concebidos en un espíritu práctico. Las *High schools*, en vez de dar á sus discípulos lecciones de cosas infantiles, les enseñan esas cosas menos sencillas que se llaman historia natural, química y física; agréguese un poco de literatura é historia y se tendrá, poco más ó menos, idea de los estudios que hacen.

Tal es la instrucción primaria. Si se compara un discípulo mediano de las escuelas primarias americanas con otro de las mismas escuelas francesas, se verá, sobre todo si os colocáis en un medio rural, que el americano es superior. Sabe las mismas cosas, poco más ó menos, pero las sabe mejor. ¿Quiere decir esto que los métodos pedagógicos son más notables en los Estados Unidos? Yo creo que no, y muy á menudo sucede lo contrario. La enseñanza se da por maestros de casualidad que no aplican ningún método; pero la clientela escolar es más elevada. Los hijos de un colono del Far West tienen más imaginación que un pequeño campesino francés, más clara inteligencia, y los ejemplos que ven á su alrededor les proporcionan más iniciativa; de modo que no es extraño que sean en general mejores discípulos. Además, la vida á que están destinados les proporcionará muchas ocasiones de utilizar los conocimientos adquiridos en la escuela; en vez de olvidarlos, se inclinarán á buscar su desarrollo y los aprovecharán más. Mi experiencia personal de los campos de Francia me ha permitido reconocer que varios jóvenes, después de haber trazado en la escuela primaria de su pueblo magníficas páginas de escritura, son incapaces de firmar cuando á los

veintiún años se les llama al servicio, pues sus brazos acostumbrados á manejar el azadón ó el arado, no saben ya dirigir la pluma. Aquí no hay campesinos propiamente dichos: el colono escribe á su familia, lee los diarios, se corresponde con negociantes, lleva una contabilidad elemental, y no corre el riesgo de perder el beneficio de su instrucción.



Antes de la clase, Mil Islas, Clayton

Si la fortuna le sonríe, se aventura en empresas algo considerables, y podrá perfeccionarse en la medida que le sea útil; así, por ejemplo, tomará algunas lecciones de teneduría de libros y de estenografía en uno de los innumerables *business colleges* (colegios de negocios) donde se enseña ese género de conocimientos; y así podrá seguir los cursos de una escuela de noche, ó bien trabajar solo en alguna biblioteca pública: ya hemos visto que los institutos de este género, puestos gratuitamente al servicio del público, no faltan en los Estados Unidos. Muchas

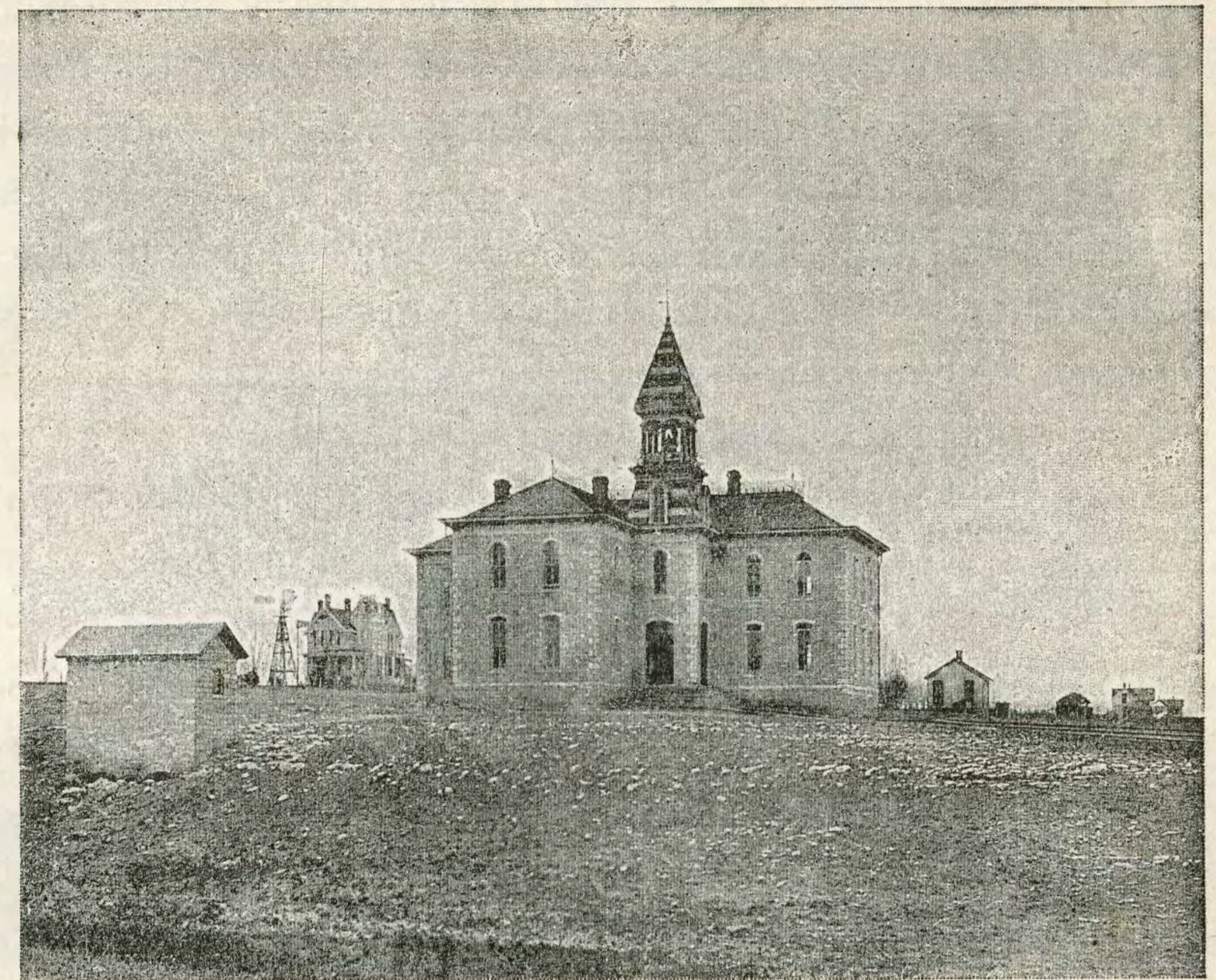
personas los utilizan para ayudarse en su marcha ascendente, para *mejorarse* (*to improve themselves*), según la frase técnica que emplean. Conozco un molinero de San Luis, hoy rico, cuyos modestos principios no habían sido apoyados con mucha instrucción; cierto día que visitaba con él la *Mercantile library*, me dijo: «Vea usted, aquí aprendí casi todo cuanto sé; hacia la edad de veinticinco años tenía una salud de hierro, mis asuntos marchaban bien, y yo conocía que era muy ignorante; y acabado el día, venía á sentarme á una de esas mesas para leer.» Estas lecturas le habían sido provechosas, pues se podía hablar largo tiempo con él sin dudar que hubiese frecuentado la universidad. Un banquero de Nueva York me refiere que un empleado de su escritorio, simple contador, ha seguido, durante el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, los cursos de una especie de escuela gratuita de artes y oficios, el *Peter Cooper Institute*; tenía mucha afición al dibujo; pero había carecido de los medios necesarios para hacer un aprendizaje formal de su arte; y á fuerza de pasar sus noches en *Peter Cooper Institute*, pudo ocuparse lucrativamente como grabador dibujante, y se despidió de los números.

Muchos americanos, entre los *self made men* (hombres que hicieron carrera por sí propios), han adquirido de este modo los conocimientos intelectuales que poseen. Obligados á dedicarse desde la edad de catorce ó quince años á un oficio que les da para vivir, no han podido obtener una instrucción completa en los bancos de la escuela, pero han aprovechado todas las ocasiones para concluirla más tarde.

Entiéndase que en la mayoría de casos no la terminaron del todo, y por lo tanto no se encuentra en los hombres de cierta posición esa cultura general que estamos acostumbrados á ver en Francia en un medio análogo. El nivel de la instrucción, más alto en un labrador del Oeste que en un obrero francés, se

conserva sensiblemente el mismo en un comerciante ó en un banquero; pero los *university men* (hombres de universidad) sobresalen sobre lo común.

No quisiera inducir á creer que se aprenden muchas cosas en las universidades americanas, pues sería comunicar una im-



Escuela en Florencia, Kansas

presión muy falsa; pero se forma el espíritu de los jóvenes. Los estudios duran tres ó cuatro años, interrumpidos por muchos ejercicios físicos, como en las universidades inglesas; he asistido en Harvard á concursos de *base ball* que indicaban en los jugadores un conocimiento profundo de ese género de *sport*; cultivan otros varios con buen éxito, y obtienen así un aspecto sano y vigoroso agradable de ver.

No son niños los que frecuentan las universidades: se entra desde los diez y ocho á los veintiún años, y se sale desde los

veintiuno á los veinticinco con el grado de bachiller en artes, título que no confiere ningún privilegio, pero que recomienda al joven que le obtiene como *gentleman* instruído y bien educado.

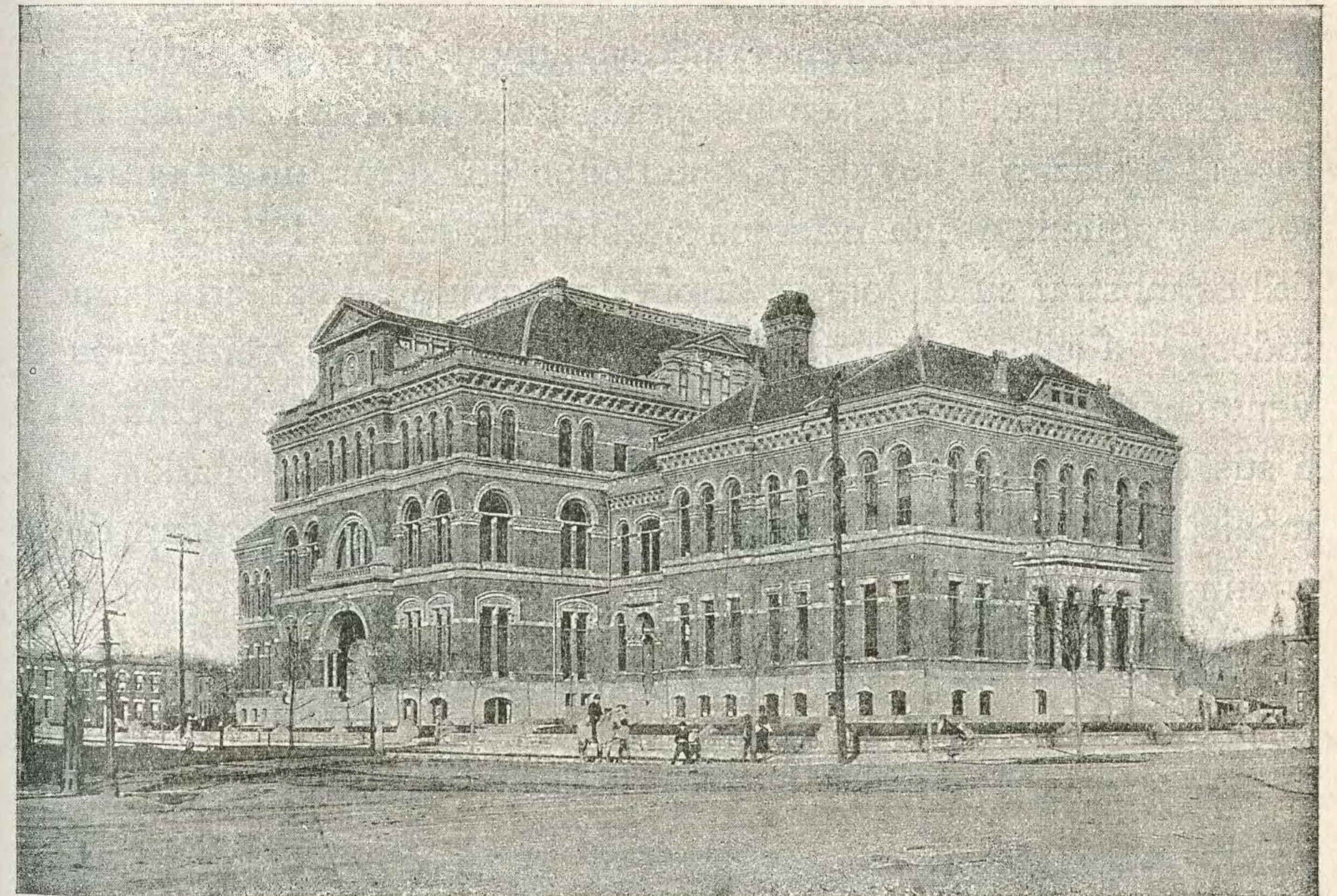
En tales condiciones, no se debe extrañar que el número de alumnos sea limitado. A los diez y ocho años, y aun á los diez y seis, muchos americanos se ocupan ya en los negocios, según hemos demostrado varias veces; y hasta la regla general es lanzarse en ellos (*to start in business*) antes de la mayoría. ¿Quiénes son, pues, los individuos que reclutan el personal de las universidades, y que esperan hasta veinticinco años á veces para comenzar á ejercer un oficio?

Hay dos categorías diferentes.

En primer lugar, aquellos que se preparan para una profesión que exige cierta cultura literaria, particularmente el foro, la medicina y el clero. Estos necesitan la universidad para adquirir dicha cultura, y cuando sus padres no están en disposición de sufragar los gastos, dan lecciones particulares, concurren á la obtención de becas, trabajan en una oficina durante los largos meses de vacaciones, y se arreglan de un modo cualquiera para satisfacer ellos mismos sus gastos. En no pocas universidades, la mitad de los estudiantes compran así por su propio trabajo el derecho de trabajar, y naturalmente, son estudiantes formales.

La segunda categoría se compone de los hijos de familia cuyos padres piensan que tres ó cuatro años de estudios son útil equipaje en la vida. Un abogado de Chicago, antiguo alumno de Yale y muy amante de su universidad, me dice que envía á ésta á todos sus hijos á los diez y siete ó diez y ocho años. «Sea cual fuere la profesión que adopten, añade, esto les servirá más tarde, y no soy el único que piensa así. Muchos hombres prácticos reconocen que un joven salido de la universidad

tiene probabilidades de aventajar á los veinticinco ó treinta años á los individuos que se dedicaron á los negocios sin esta preparación. Sin duda les falta la experiencia al principio; pero la adquieren, y más tarde, ellos son los que ocupan en general las posiciones más elevadas, y se les busca con tanta mayor ra-



Colegio irlandés en Denver

zón cuanto que son más raros.» Hasta en esta categoría se encuentran pocos estudiantes de afición, por causa de que el padre americano se apresura á cortar los víveres á su hijo si no se aprovecha de los sacrificios hechos en su favor. El mismo abogado de quien hablaba antes, M. M....., me dice también que si sus hijos *lo hacen mal* en la universidad, los dejará arreglarse por su cuenta, dedicándose á los negocios á los diez y siete ó los diez y ocho años. No hay preocupación que obligue al hijo de un hombre rico á pasar en los bancos cierto número de

años. Se puede tener confianza en la eficacia de una instrucción desarrollada para formar un *gentleman*; pero nadie cree deshonoroso no haber respirado durante diez años la atmósfera del colegio.

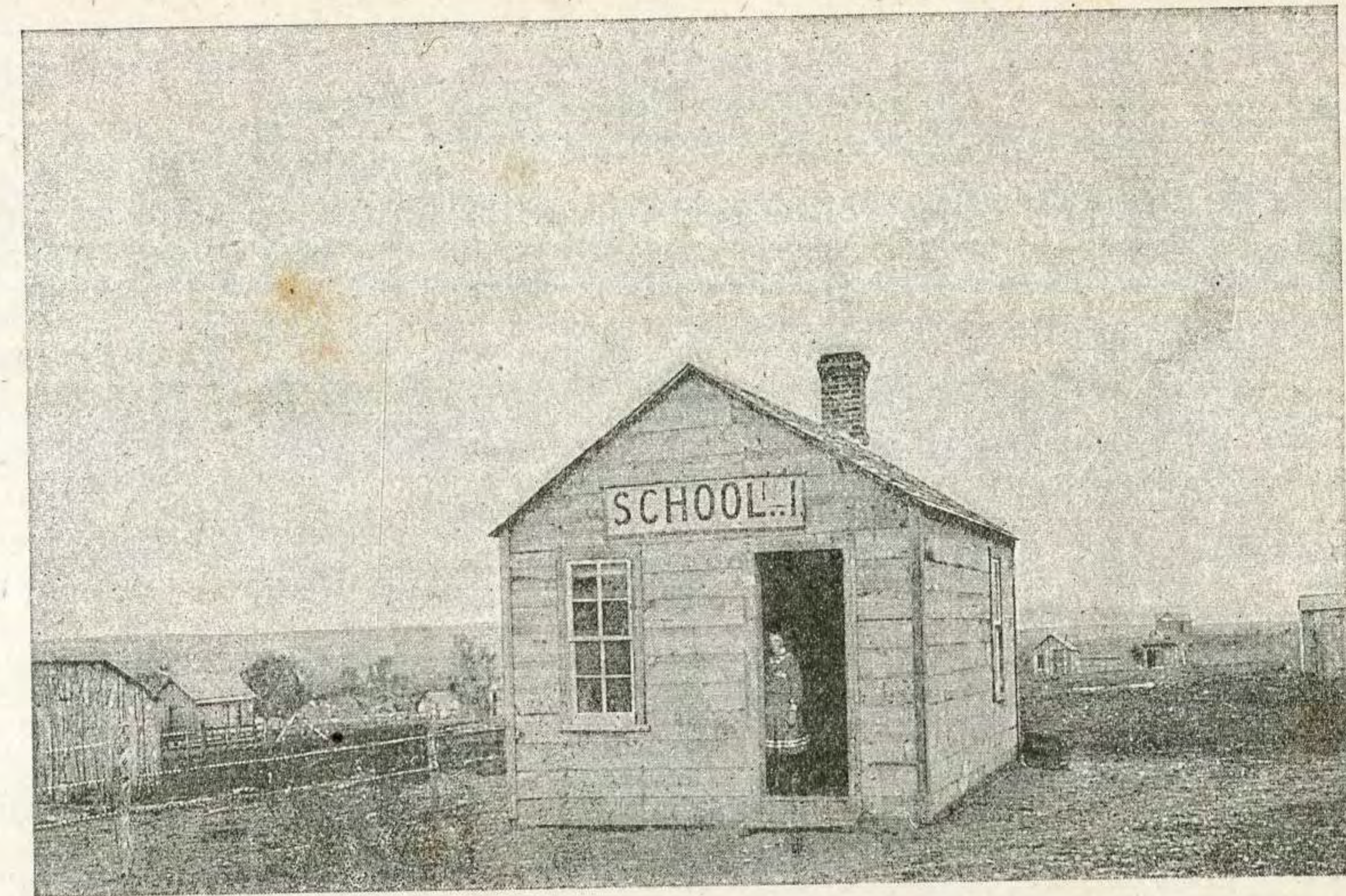
Por lo demás, ya sabemos por todo cuanto hemos visto que hay muchas maneras de salir de apuros sin eso. Los *university men* son una excepción en América, aunque su número tiende á ir en aumento. Hasta en las profesiones liberales no ocupan todas las plazas, y la manera que tienen de entrar difiere en un todo de aquella á que estamos acostumbrados en Francia. Inútil es mostrar su diploma á la puerta, porque está abierta para todos; y á ellos corresponde aprovecharse de las verdaderas ventajas que les asegura una educación superior para aventajar á sus competidores. No son *de derecho* tan sólo abogados, ó médicos, ó eclesiásticos, ó ingenieros, sino que, en igualdad de circunstancias, están mejor preparados para cualquiera de estas profesiones.

II. — Las profesiones liberales

Uno de los hijos de M. M..... ha querido seguir la carrera de su padre, y habiendo salido de Yale el año último como *graduado*, es decir, con su título de bachiller en artes, ha viajado por Europa durante seis meses; después volvió á Chicago, y actualmente hace su aprendizaje de abogado. Para esto, su padre le ha puesto desde luego en su despacho, ante el pupitre (*Y put him at a desk*), como un simple escribiente.

Allí hace el procedimiento práctico, preparación indispensable, me dice M. M....., para seguir fructuosamente un curso de derecho, y así lo hace con bastante formalidad, pues ocupa el lugar de un empleado. Por lo demás, trabaja y se le paga como tal, y tan sólo tiene dos horas libres cada día para la ense-

ñanza teórica de la *Law school* (escuela de derecho); por la noche trabaja en su casa. El año próximo deberá ocupar en dicha escuela casi todo su tiempo; pero al cabo de este período sufrirá sus exámenes y se presentará en el foro. Total, dos años de estudios, uno de ellos consagrado casi enteramente á la práctica.



Una escuela en país nuevo (Gutrie, territorio de Oklahoma)

Se admira mucho M. M..... al decirle que nuestros futuros abogados se dedican de tres á cinco años á la teoría antes de ejercer, y le advierto que yo mismo escuché durante tres años á profesores muy acreditados, sin haber defendido nunca la menor causa, por lo cual sería incapaz de desembrollar un asunto cualquiera: esto le parece sumamente extraño. «Pero no faltan en Francia, le digo, personas que se hallan en mi caso. — ¿Pues por qué estudia usted leyes entonces? — En el fondo, caballero, no lo sé; consideramos el derecho como un complemento de la educación, ó por lo menos como la oportunidad para adquirir diplomas, y cuando los tenemos descansamos.»

Esta conversación, algo enojosa para mí, pone en relieve la

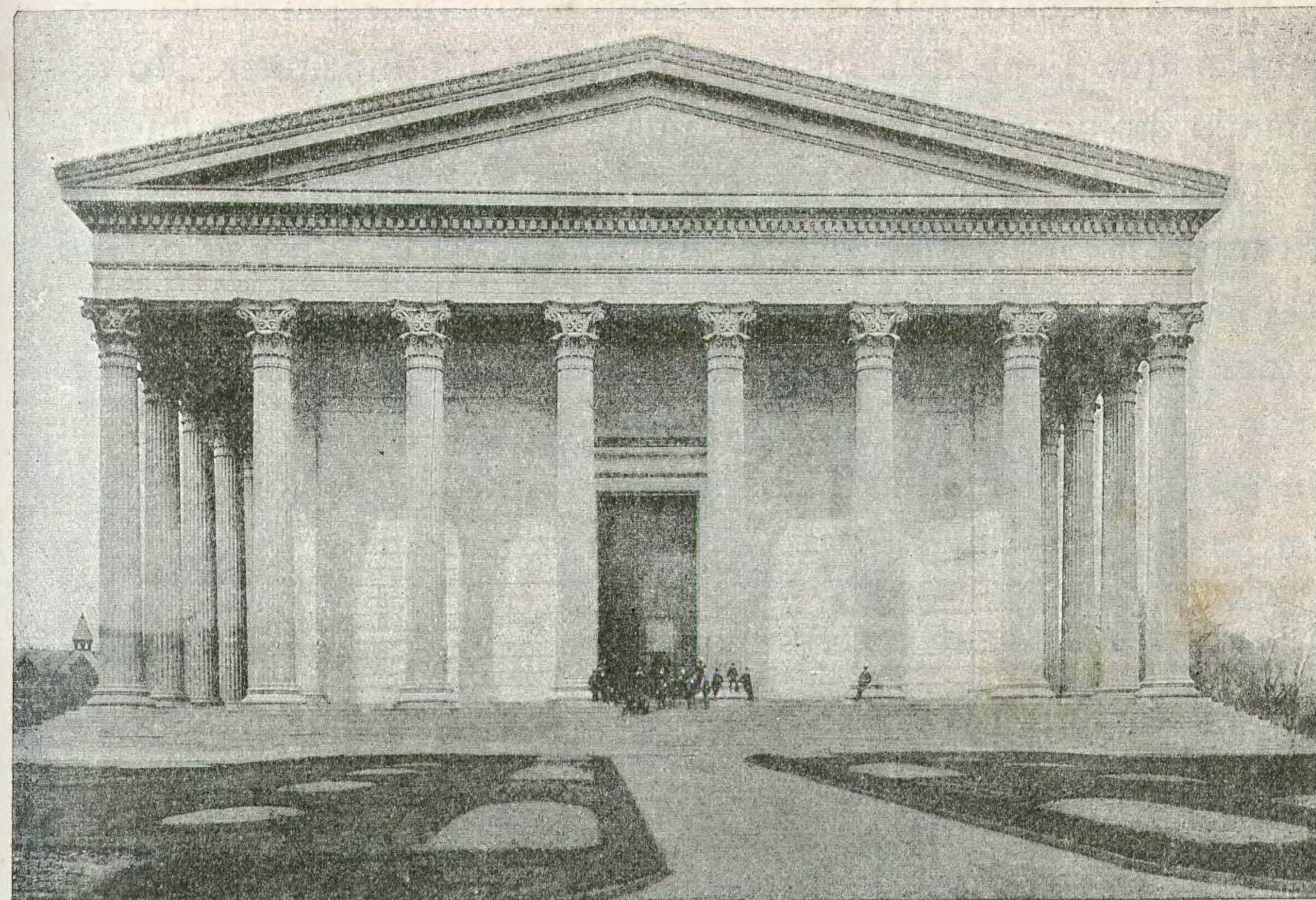
manera distinta de considerarse la instrucción por un americano y un francés. Allí donde ellos no ven más que un instrumento del que es preciso hacerse dueño cuando se tiene intención de servirse de él, nosotros no vemos más que una dignidad que siempre es ventajoso conquistar, porque nos da un valor intrínseco superior.

Entre los americanos, la teoría no es apreciada sino en la medida en que puede ayudar á la práctica, y en todos sus métodos se guían por este sentimiento. Allí donde se revela de la manera más curiosa es en el asunto de las ciencias exactas, en las que algunos de ellos han adquirido una nombradía universal. Nadie pone en duda, por ejemplo, la importancia de los progresos que la acústica y la electricidad deben á Graham Bell, á Edison, Hughes, los inventores del teléfono, del fonógrafo, del micrófono, etc. En la aplicación de las ciencias á la industria aventajan con mucho á todos los pueblos de la tierra; ya he indicado varias veces cómo las condiciones económicas servían en ellos de aguijón para el desarrollo del maquinismo; pero se ha de reconocer también que son capaces de responder eficazmente á las excitaciones de este aguijón; inventan á la fuerza, imaginan mil aparatos ingeniosos, y enriquecen á menudo por sus repetidos esfuerzos el tesoro de los descubrimientos científicos.

Parece que los Estados Unidos deberían contener un plantel maravilloso de ingenieros, y sin embargo, cuando se interroga sobre este punto á un ingeniero francés, suele contestar que son sumamente inferiores á nuestros politécnicos. Estos no inventan nada en general; pero no se podría disputarles en justicia el título de eruditos científicos. Aprenden infinitas cosas y retienen muchas, á pesar de todas las que olvidan, y pueden sorprender maravillosamente todos los nuevos descubrimientos debidos á la iniciativa de los demás.

Los ingenieros americanos son realmente inferiores á los

nuestros desde este punto de vista, y fuera de su especialidad pocas cosas saben; un electricista, por ejemplo, no es más que electricista; un minero, solamente minero; pero tienen un conocimiento profundo de su especialidad, y siempre buscan perfeccionamientos: no son omniscientes, como el politécnico; pero



Colegio Girard en Filadelfia

hacen progresar las ciencias mucho más que él: este es su desquite.

En suma, difieren mucho de los ingenieros franceses porque se forman de una manera muy distinta. Entre nosotros, el ingeniero es un hombre en que se han aglomerado hasta la edad de veinticinco años todos los conocimientos posibles, desarrollando en él de una manera extremada la aptitud á la asimilación; se ha hecho de él un auxiliar eminente; pero elevado en las abstracciones, carece en general de espíritu práctico y no sabe di-

rigir por sí un gran negocio; tan sólo le es dado secundar útilmente en ciertos detalles técnicos al que le dirige.

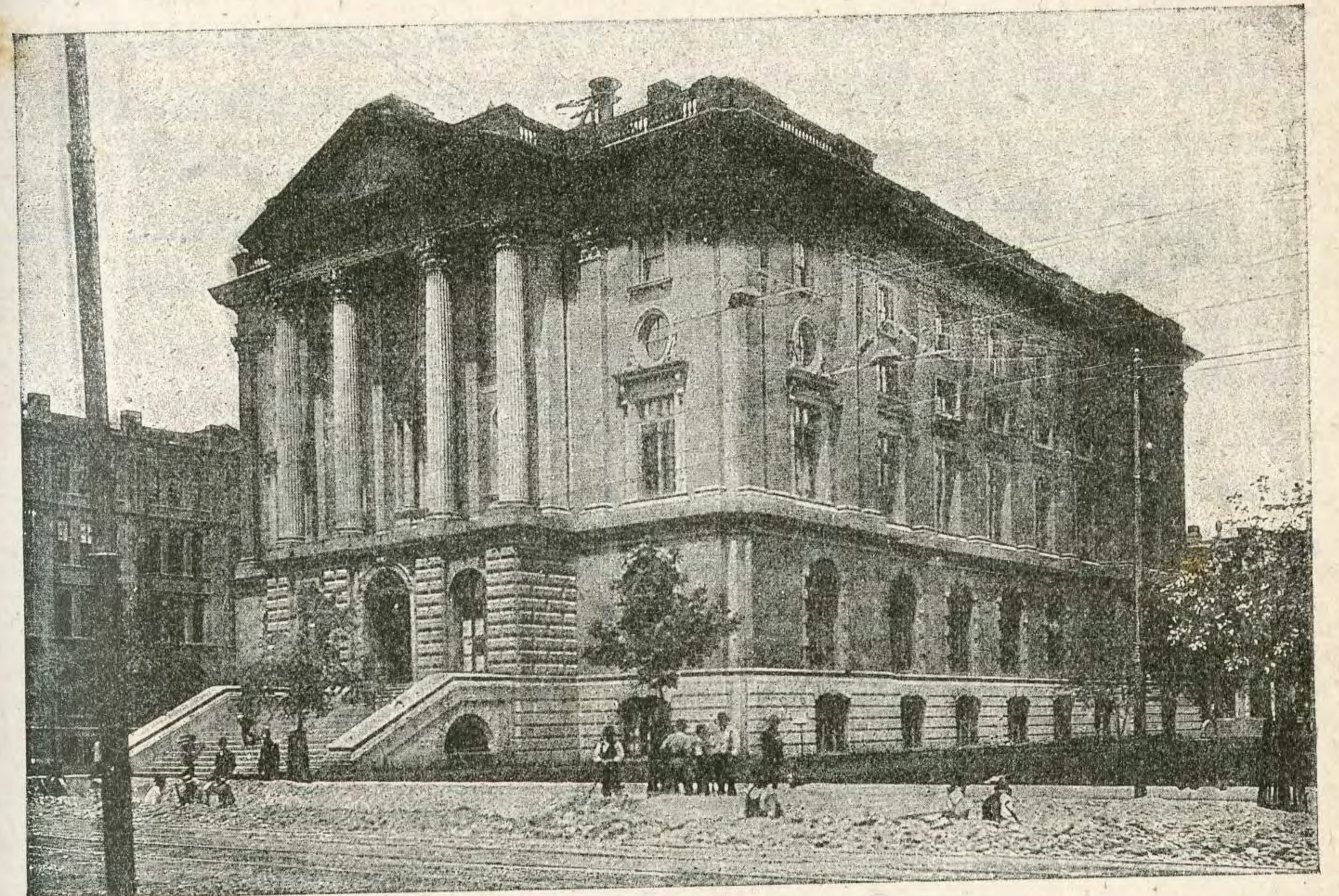
El ingeniero americano, por el contrario, es un joven educado desde la adolescencia en las fábricas, que ha intervenido en su dirección práctica y que sabe de la ciencia precisamente lo que se necesita para conocer bien la construcción de las máquinas que tiene á la vista y su manera de funcionar. No teniendo diploma que le asegure una plaza, debe estar realmente á la altura de los nuevos inventos; y deseando, como todo americano, dirigir un negocio independiente, debe idear él mismo alguno cuya explotación sea el origen de su fortuna. Por eso los grandes ingenieros, Edison, Westinghouse, son *jefes de industria*, inventores y creadores. El coronamiento de la carrera consiste precisamente en ser para sí mismo su propio ingeniero, en poner personalmente por obra el resultado de su experiencia y de su ciencia.

En otros términos, el americano no trabaja durante toda su juventud con la idea de ser ingeniero; pero lo hace toda su vida para ser independiente, y adquiere con este fin, cuando lo necesita, el saber del ingeniero. No es una dignidad de que está revestido; es un oficio que ejerce.

Cuando más, si su profesión de ingeniero no le produce lo suficiente para vivir, adoptará otra. «El año último yo era ingeniero, me dice un joven de Brooklyn; este año soy periodista.» En América se deben esperar siempre estos cambios á la vista, y los jóvenes que se destinan á las profesiones liberales tienen á menudo la precaución de asegurar, en caso de necesidad, la práctica de un oficio manual. No quieren verse un día sin ganar el pan si la clientela abandona su despacho de abogado ó de médico; por eso aprenderán la tipografía, la estenografía, y á veces hasta la carpintería y la cerrajería. M. M....., que envía á todos sus hijos á Yale, ha querido que todos hicieran el

aprendizaje de una profesión obrera, y este es el mejor seguro que se pueda tener contra descalabros y desastres posibles. Así se tienen muchas probabilidades de caer siempre de pie, suceda lo que quiera.

Los médicos americanos tienen cierta relación con el doctor



Academia de Ciencias en Boston

Sangrado del *Gil Blas*; y mientras sea posible, se debe evitar ponerse en sus manos. Ya he tenido ocasión de referir en mi capítulo sobre las pequeñas ciudades del Oeste cómo una joven podía llegar á ser doctora en seis meses en Chicago, y este ejemplo no es una excepción. Se explica, además, por lo que ya sabemos de la educación americana y del carácter inestable de las profesiones.

En efecto, la medicina se compone de dos cosas, de un arte y de una ciencia: el arte es el golpe de vista rápido, la decisión,

la perspicacia, apoyados en la experiencia y la observación personales; y es también la destreza particular ayudada por la presencia de ánimo, cualidades que pueden poseer los simples empíricos. La ciencia es el conocimiento profundo del organismo humano, el estudio razonado de las propiedades curativas de una infinidad de elementos diversos producidos por la naturaleza ó descubiertos por la química. Para adquirirle se necesita mucho tiempo y trabajo y una larga preparación técnica muy formal. Esto es lo que les falta á los médicos americanos, é inútil es decir por qué; es porque no produce bastante pronto. De aquí la buena reputación de los médicos franceses en América, y por eso en los grandes centros se hallan siempre dos ó tres.

Por el contrario, los americanos son notables en ciertos ramos particulares del arte médico. En París, el hombre que se respeta un poco tiene un dentista americano, que se establece hasta en provincias, y se encuentran en Inglaterra y en Alemania. No se trata aquí, en efecto, más que de la destreza manual y mecánica, no de la ciencia teórica, y además, una circunstancia particular ha desarrollado el arte dentario en los Estados Unidos: todas las mandíbulas americanas se destruyen muy pronto por la alimentación animal y las bebidas heladas; de modo que hay que repararlas y sustituirlas más á menudo que entre nosotros, y de aquí el desarrollo de esa especialidad.

Cualquiera que sea el ramo de las profesiones liberales que se examinen en América, se encuentran, pues, siempre los mismos caracteres dominantes; los individuos que las ejercen son más bien prácticos que teóricos, más bien gente de oficio que sabios. En las ciencias abstractas y especulativas, en las matemáticas puras, los americanos brillan poco; en las ciencias de observación tienen una importancia considerable, y en las aplicaciones industriales de estas ciencias figuran en primer término. Sus hombres de leyes no son filósofos, sino hombres de negocios;

y sus médicos no se elevan apenas sobre el simple empírico. La energía de la nación está absorbida casi enteramente por los trabajos de utilidad inmediata y de aprovechamientos rápidos.

¿Qué puede ser en semejante sociedad la producción literaria?

Dominada por las mismas circunstancias, sufre el efecto; está hecha al uso é imagen de su clientela, y esto es particularmente notable en la literatura periódica, con mucho la más desarrollada.

III.—Los diarios y las revistas

No creo que haya en el mundo un país donde se publiquen más diarios que en los Estados Unidos; al pronto se podría creer que los periodistas son los dueños del país, pero se incurriría en un error, pues son simplemente los servidores del público y sus intermediarios.

La influencia de ciertos diarios americanos es poderosa: la *Tribuna de Chicago*, la *Tribuna de Nueva York*, el *World* y el *Sun* tienen una autoridad incontestable; pero los periodistas que los dirigen distan mucho de ser conocidos y apreciados de sus suscriptores, como nuestros periodistas parisienses.

Y es que la prensa tiene un carácter muy distinto que el de la nuestra; no enseña, ni es dogmática; no es un sacerdocio, como se complacen á veces en afirmarlo nuestros publicistas, sino que es una agencia para tomar informes; y si los da completos, precisos é interesantes, poco se ocupan en saber qué autor redacta los artículos.

Abrid un gran diario americano, recorredle, y tendréis la prueba de ello: los artículos no van firmados; el único nombre que aparece es el del editor responsable, el del empresario de la publicidad, el cual no escribe generalmente. Algunas veces, es-

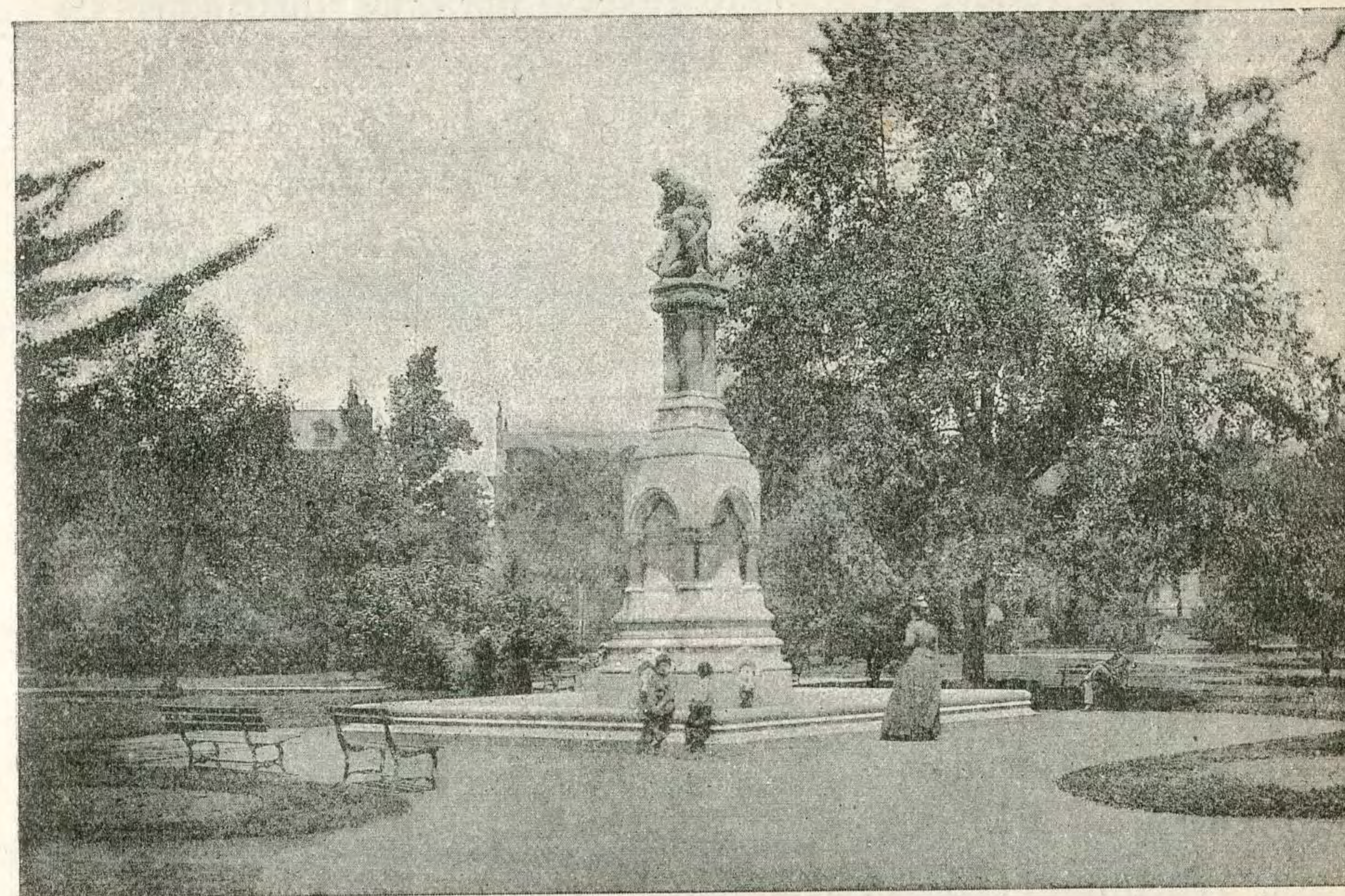
te editor, propietario de su diario y que busca la propaganda por todos los medios posibles, organiza alrededor de su persona un reclamo vigoroso, pero en el mismo sentido comercial que un gran mercader de novedades; no trata de persuadir á sus conciudadanos de que es el sostén del edificio social, el campeón de las libertades desconocidas; quiere probarles que sus negocios marchan bien, que prospera, que se cuida del bien general, que es filantrópico é ilustrado; y en suma, que posee la posición material y las cualidades morales de un americano eminente.

En efecto, se debe comunicar esta impresión al suscriptor y al comprador; para tenerlos al corriente de lo que piden, el diario necesita unapoderosa organización de corresponsales, un número considerable de colaboradores, y por lo tanto ha de hacer un *gran negocio*. Es preciso demostrar esto, y he aquí por qué el propietario de un gran diario tiene empeño en hacer saber al público que su quinta del campo es una maravilla de elegancia, que sus colecciones son preciosas y que su generosidad no conoce límites.

Con el mismo objeto, los diarios importantes mandan construir enormes inmuebles ó edificios, generalmente flanqueados de una torre ó sobrepuestos de una cúpula prodigiosamente altas, que llaman la atención del transeunte, pero, así como los bancos y las grandes compañías de seguros, no ocupan de ordinario la totalidad de esos inmuebles, y los alquilan, por habitaciones separadas, á hombres de negocios: son *business buildings*; pero el nombre del diario se ostenta en grandes letras en su fachada, donde está la puerta monumental de entrada.

Cuando se lee un diario americano se comprende ese movimiento de empresa comercial. La variedad de los asuntos tratados, la abundancia de noticias, de telegramas, de anuncios y de informes de todas clases lo justifican así. El diario no se aprecia

por el mérito personal de un redactor, que hace consideraciones sobre la religión ó la política, sino por el valor de sus informes. En su consecuencia, un hombre de talento, rodeado de cinco ó seis redactores cualesquiera, que componen á fuerza de tijereta-zos, no puede dar vida á un diario, como se ve á menudo en



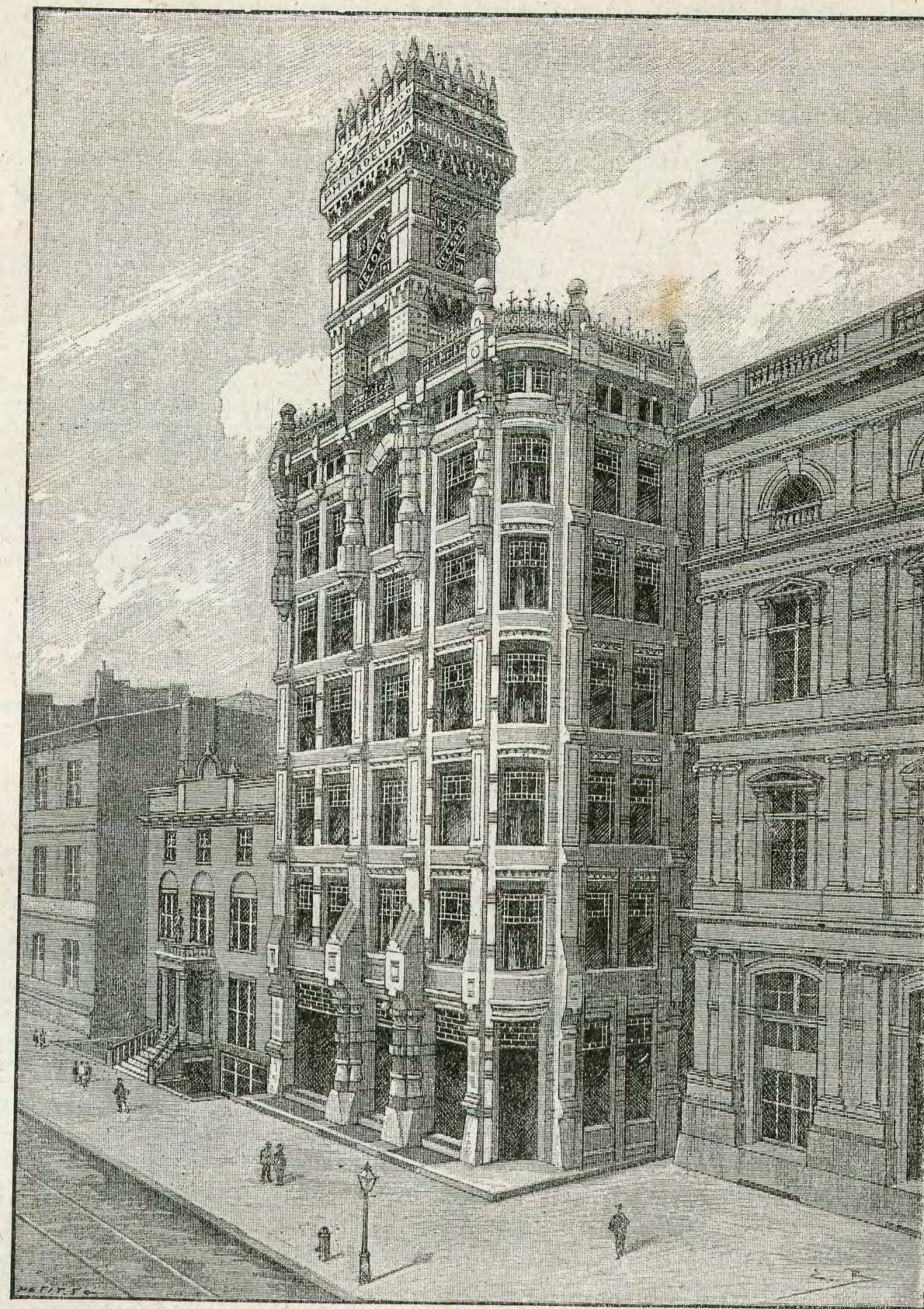
Fuente conmemorativa de la aplicación del éter, en el Jardín público de Boston

Francia; en los Estados Unidos no se encontrará nada que se parezca á *El Intransigente* de M. Rochefort, á *La Autoridad* de M. de Cassagnac, ó á *La República Francesa* del tiempo de Gambetta. El diario francés que se parece más al tipo americano es *El Tiempo*, pero con grandes diferencias.

Si se quiere formar una idea exacta de la prensa americana, se ha de elegir un diario de mucha circulación y á la vez muy popular. El *New York Herald*, el diario americano más conocido en Francia, no responde bien al objeto, porque es dema-

siado cosmopolita, demasiado yanqui. Le encontraréis en casa de todos los americanos residentes en Europa, y en la de muchos europeos habitantes en América; pero en Filadelfia, en Chicago y en San Luis no tiene lectores. *La Tribuna de Chicago* es tal vez el diario de más autoridad en el Oeste; pero su clientela se reduce generalmente á las personas instruídas. Es un *leading newspaper* (diario que dirige) más bien que un diario popular. El *Public Ledger*, de Filadelfia, no tiene la misma posición preponderante en el público escogido; pero penetra en todas partes, es leído por los dueños de fábricas y sus obreros, y representa, por lo tanto, un excelente tipo medio. Además, su tirada es considerable, y llena todas las condiciones necesarias para servir de ejemplo. Tomo un número á la casualidad, y he aquí lo que veo:

Primeramente las últimas noticias locales y las del extranjero: en las ocho grandes páginas del diario ocupan el espacio de tres; no son siempre simples telegramas; y cuando el asunto lo exige, se encuentra el relato detallado de un acontecimiento europeo. He aquí, por ejemplo, una larga columna analizando una discusión en la Cámara de los Comunes de Inglaterra; un correo de Wáshington da el resumen de las sesiones de las cámaras federales; y sigue el anuncio de una quiebra importante, con la historia de la casa de negocios que la ha sufrido, etc., etc. Vuelvo la hoja y encuentro un largo informe sobre la escuela sostenida por el Estado de Pensilvania. Parece que se han cometido abusos en esa institución, lo cual no tiene nada de particular, puesto que se trata de un establecimiento sometido á la inspección de los poderes públicos, que practican las debidas investigaciones, de las cuales se da cuenta á los lectores. Por todas partes se nota el mismo afán de suministrar datos completos, sin apreciación personal de parte del diario; se afirma por el estilo conciso, despojado de artificios, y por la abundancia de hechos: es



«RECORD BUILDING,» CALLE CHESTNUT EN FILADELFIA

la literatura de documentos. En el *Unión League Club* se ha ofrecido un banquete á un diplomático extranjero, con motivo de su marcha de los Estados Unidos: se describe con cuidado la sala del banquete; se da la lista de los convidados con sus nombres, y se reproducen los diversos discursos pronunciados. Se ha verificado un concurso de *base ball*: citanse los nombres de los vencedores, las diversas vicisitudes de la partida, los progresos de tal ó cual campeón conocido, y las señales de fatiga que se manifiestan en uno ó en otro: nada se olvida. Y del mismo modo con todos los asuntos, bien se trate del último condenado á muerte, ó de la actriz á la moda, llegada de Europa.

Por lo demás, este es el país de los *reporters*, los cuales se ocultan cuidadosamente unos á otros las noticias que adquieren, como un tesoro precioso; y es que, en efecto, las personas que quieren estar ante todo al corriente de cuanto pasa necesitan las noticias más recientes. La fortuna del diario se cifra, pues, en la extensión, la actividad y la eficacia de sus *reporters*. Los artículos redactados en las oficinas tienen el mismo carácter de documentación, difiriendo poco de las noticias propiamente dichas. Leo uno titulado: «El socialismo en Alemania.» Se refieren sencillamente las recientes tentativas del joven emperador para dominar este movimiento de la opinión, y en cuanto á las causas del socialismo, el redactor no pretende descubrirlas; se contenta con indicar que las opiniones difieren mucho en este punto, pero que la razón emitida más á menudo, y más probable á sus ojos, está en el peso agobiador del servicio militar. Dadle otra razón más plausible y se conformará con ella; si expuso la suya, fué á causa del gran contraste que existe entre la falta de quintas para el servicio militar, á las cuales no está acostumbrado, y el militarismo á porfía, que Prusia victoriosa impone á toda la Alemania.

Otros artículos no se prestan ni aun á las reflexiones filosó-



HOTEL DEL «PIONEER PRESS» EN SAN PABLO

ficas, ó así llamadas, que aquél hubiera despertado bajo la pluma de un periodista francés; tienen por asunto la cuestión de los incendios y la organización del servicio de bomberos; la producción de la hulla en las minas de Pensilvania; de modo que un lector americano es capaz de enterarse así de un enorme número de hechos sin pedir favor. Un lector francés arrojaría el diario con desdén, ó se dormiría de aburrimiento á los diez minutos. Y obsérvese que he tomado expresamente por ejemplo un diario popular y de circulación, una hoja que no se hace para un público especial. Es preciso que la clientela sea muy diferente aquí y en Francia.

Y lo es en efecto. Un obrero mediano de Filadelfia leería *El Economista Francés* en su parte técnica; entre nosotros, los obreros formales y tranquilos llegan cuando más al *Petit Journal*, y aun le compran con frecuencia tan sólo por los folletines. A la mayoría le agrada más el vitriolo de las polémicas. Y es que el obrero americano, particularmente el de Filadelfia, tiene la idea de elevarse sobre su condición actual; en torno suyo ve hombres que salieron, como él, de la clase más humilde, alcanzar una alta posición por su energía, ayudada de ocasiones favorables; tiene empeño en conocer las que pueden serlo también para él, y con estas esperanzas de porvenir, nada le es ya indiferente. La ambición de elevarse le engrandece intelectualmente, haciéndole capaz de reflexión y de combinaciones; los ejemplos que le rodean inspíranle confianza en la eficacia del trabajo; y cuando vuelve por la noche á su *home* después de terminado el trabajo del día y de ganar su salario, busca en la lectura de un diario conocimientos prácticos é informes útiles que puedan ayudarle en la persecución de su objeto.

En Francia se pueden hallar semejantes obreros; ciertamente los hay, y no pocos han comenzado por vivir del jornal de cada día; pero su número es demasiado reducido para formar

una clientela. Por eso no tenemos un solo diario que pueda proporcionar á su inteligencia el alimento que reclama y que pueda instruirles.

He dicho antes que la prensa americana no tenía el movimiento doctrinal de la nuestra, y es curioso que consiga instruir



Puerta del *Pioneer Press* en San Pablo

mejor que la francesa; pero esto se comprende. Se necesitaría que un periodista fuese un hombre extraordinario para renovar continuamente las ideas geniales que posee, y suponiendo que lo consiguiese, estas ideas, puestas cada día en circulación, serían aceptadas ó rechazadas por los lectores, sin gran provecho para ellos. La idea que se toma, nacida en la cabeza de otro, no desarrolla mucho al que la recibe; no son verdaderamente fecundas sino aquellas que uno mismo concibe, que se deben á su propia observación.

Ahora bien: la prensa americana pasa el tiempo dando elementos para esta observación personal del lector, diciéndole lo que se inventa, lo que desaparece y lo que se desarrolla; para ella es infinitamente más sencillo, y para su clientela mucho más provechoso. Admito que muchos pueden perderse en ese cúmulo indigesto de noticias, y también que la lectura de un diario americano exige cierto trabajo mental, al que no todo el mundo se condena; pero ¿qué prueba esto después de todo? Que se puede leer un diario sin obtener ningún provecho intelectual; y así sucede hasta en Francia.

Para esta clase inferior de lectores, el diario americano conserva todavía cierta utilidad práctica, pues sirve de intermediario entre las diversas partes del público. Lo que un número cualquiera contiene de ofrendas, solicitudes de empleos, anuncios comerciales, financieros y agrícolas, es incalculable. Hemos visto además cómo se anuncia para ser admitido en una familia en clase de huésped, para realizar cambios, tener un asociado, etc. Lo más curioso es el desarrollo enorme de esta costumbre. La mitad por lo menos de la copia se facilita por los anuncios en los grandes diarios á ocho páginas. En Nueva York el *New York Herald* posee en la ciudad varias oficinas donde cinco ó seis empleados reciben los anuncios. — Importa poner el medio de publicidad al alcance de la clientela. — A media noche paso por delante de una de esas oficinas en Broadway, y veo personas que entran y salen, se acercan á los postigos y entregan lo que se quiere insertar, lo mismo que si fuera de día.

El diario sirve también de mediador de otra manera. He tenido ocasión de hablar de un concurso abierto por el *World* sobre la cuestión de saber cómo se debe educar á las jóvenes, y con frecuencia se someten al público problemas del mismo género, como, por ejemplo, este: «¿Cuál es el mejor medio para que una mujer induzca á su esposo á quedarse en casa?» O bien

se le interroga sobre la política: en el momento de los últimos escándalos del *Tammany* se leía este párrafo, veinte veces repetido en el *New York Herald*: «¿Qué haríais si fueseis alcalde de Nueva York? Vuestra contestación se publicará en el *Herald* el domingo próximo.»

Ya se ve que el público no está encargado tan sólo de interpretar por sí los informes suministrados por el diario, sino también de confeccionar éste en parte.

En las pequeñas ciudades del Oeste, esa correspondencia de los suscriptores es el gran recurso y casi el único interés de los diarios muy medianos que allí se publican. Los colonos refieren su historia con ingenua formalidad, como puede verse por la siguiente muestra, tomada de un diario de Fargo (Dacotah): «He venido aquí en julio de 1871, y me establecí desde luego en el *homestead* que poseo. En 1872 desmonté quince acres, y antes de esto tenía ya preparados otros cinco; de modo que en la primavera de este año sembré en veinte, principalmente patatas y avena; las langostas devoraron la mitad de las primeras y toda la segunda. En 1873 recogí una buena cosecha á pesar de la sequía; continué desmontando y sembrando; y en 1877 tenía ciento ochenta acres de trigo, que daban por término medio veintisiete fanegas y media cada acre. Me las pagaban á *dollar* antes de la recolección, y aun las vendí á un *dollar* diez céntimos. En 1879 establecí una granja cerca de Hunter..... (sigue el detalle de las cosechas). Este año he recogido en ella, en media sección de tierra, ocho mil quinientas fanegas de trigo (unos dos mil ochocientos hectolitros). Conozco bien las tierras del condado y del valle del Río Colorado, y contestaré con gusto á las preguntas que me dirija. No tengo mucho de escritor (*Y am not much of a switer*); pero procuraré dar informes importantes.»

Fuera de estas cartas, divertidas por su estilo, pero esencialmente *documentarias*, los diarios de las pequeñas ciudades se

limitan á registrar algunas estadísticas locales y se hacen eco de las habladurías de los alrededores (*local gossip*). Se ven informes como estos: «H. J. Brewers ha ido á Omaha para evacuar sus asuntos. — E. S. Zoller ha regresado de su viaje á Yowa. — Charley Winship da hospitalidad á su amigo H. J. Hendrix de Oconoce, Nebraska, etc., etc.» Es la manía de las noticias llevada hasta lo infinitamente pequeño, por la imposibilidad de darlas formales. Un diario pequeño no es bastante rico para organizar un buen servicio de *reporters* y debe contentarse con las noticias que su único redactor recoge por aquí y por allá en la estación, en los hoteles, en la banca, y en fin, en todas partes donde se encuentran. En los Estados Unidos hay más diferencia que en Francia entre el diario de la ciudad grande y el de la pequeña, entre un diario de París y uno de subprefectura. El primero es superior; el segundo, peor si es posible. El diario americano es un gran negocio, ó no lo es.

Las revistas y los *magazines* participan de la naturaleza de los diarios; tampoco pueden sufrir la medianía, y tal vez la sufran menos que aquéllos, por la sencilla razón de que no tienen una clientela obligada. En San Luis no se puede leer más que un diario de esta ciudad para adquirir noticias, las cuales se transmiten telegráficamente á la prensa local; mientras que los diarios impresos en Nueva York, en Chicago ó en Filadelfia las traen por el camino de hierro treinta y seis ó cuarenta y ocho horas demasiado tarde; cada diario tiene, pues, una esfera de expansión estrictamente limitada; pero las *revistas* y *magazines* de Nueva York se leen por todas partes. En las casas de los colonos del Oeste y en las de los mineros de las Montañas Pedregosas he visto el *Harper's Magazine*, el *Scribner's Magazine*, el *Century*, etc.; y en la mesa de todo círculo importante se encuentra la *North American Review*.

Esta publicación es por excelencia el tipo de la gran revista

americana. No tiene, por decirlo así, redactores con título de tales; mas apela á todas las notabilidades competentes según el género de cuestiones que la opinión pública pone á la orden del día. Andrew Carnegie expone los deberes de la riqueza, porque es uno de los hombres que más rápidamente se hizo millonario



Casa del general Bryce, director de la *Revista Norteamericana*,
Wáshington square, lado Norte, en Nueva York

en los Estados Unidos en estos últimos años; sobre éste, el obispo protestante de Nueva York emite la opinión de un hombre de iglesia, y el honorable J. Phelps, diputado por Nueva Jersey, la de un político. La cuestión sobre las escuelas *unsectarian*, interesante sobre todo para los católicos, se trata por el profesor Egan, de la universidad de Nuestra Señora; la de las tarifas apela sucesivamente á M. Gladstone, M. Blaine, el mayor Mc. Kinley y otros menos célebres; tratando del divorcio,

el cardenal Gibbons, el más alto representante de la jerarquía católica en los Estados Unidos, publica un artículo, seguido de otros de M. Gladstone, del obispo Potter, un juez del tribunal supremo, etc.; Edison, Westinghouse y Thomson exponen los progresos del alumbrado eléctrico; M. Balfour, M. Parnell, James Bryce, John Morley discuten la cuestión irlandesa; Powderly, gran maestro de los Caballeros del Trabajo, presenta las reivindicaciones obreras, y el sistema de Henry George se expone por su inventor. El marqués de Lorne, antiguo gobernador del Canadá, trata los asuntos canadenses; y por último, he tenido la satisfacción de encontrar en la *North American Review* el artículo de M. Taine sobre las ideas religiosas de Napoleón, publicado últimamente en la *Revista de Ambos Mundos*. La *North American Review*, según se ve, es una tribuna donde los hombres distinguidos vienen á exponer sus opiniones.

Los *magazines* se consagran en general á cuestiones menos graves. Los relatos de viajes, las novelas y las noticias constituyen su gran recurso; una profusa y esmerada ilustración hace más agradable la lectura, y los numerosos informes que se dan comunican con frecuencia verdadero interés á la publicación. Por lo demás, los americanos, viajeros infatigables y muy curiosos de conocer los hechos de toda especie, constituyen una clientela de primer orden para ese género de publicaciones.

Además de esos *magazines*, en los que se tratan asuntos muy diversos, hay una infinidad de otros más especiales, desde el *Good House Keeping* (el buen gobierno de la familia), destinado á las amas de casa, hasta las publicaciones científicas. En San Pablo, un periódico ilustrado, muy interesante, el *Northwest Magazine*, tiene á sus lectores al corriente de todos los progresos que se realizan en el Noroeste. No se funda una nueva ciudad, ni se crea una gran explotación minera, ni se construye un camino de hierro en el Montana, Wáshington, el Dacotah, Utah,

Oregón, etc., sin que el *Northwest Magazine* dé una descripción detallada, acompañando planos, mapas, fotografías y dibujos. Para hacer sus investigaciones perpetuas, el director, M. E. V. Smalley, pasa una parte de su vida en un gran vagón construído según sus indicaciones, y especialmente arreglado para su uso y el de su familia; este vagón, verdadera casa rotatoria, contiene varias alcobas, salón, comedor y cocina. Un fotógrafo, con uno ó dos dibujantes, viajan allí en compañía de M. Smalley, á veces durante seis semanas seguidas, deteniéndose dondequiera que alguna novedad importante llame su atención, y marchándose apenas han recogido los documentos necesarios. He aquí ciertamente una manera muy moderna y muy americana de redactar una revista; y responde bien al objeto de la prensa formal de los Estados Unidos, pues da al lector elementos de observación é informes precisos y útiles.

Junto á esta prensa seria se halla también la satírica, representada por algunos diarios ilustrados, dirigidos con talento en general. Dos de ellos, el *Judge* y el *Puck*, tienen un color político muy marcado; el *Judge*, republicano, pone á los demócratas en ridículo; y el *Puck*, demócrata, hace lo mismo con los republicanos. Algunas de sus caricaturas son verdaderamente muy divertidas. El *Life* y el *Light* se cuidan menos de la política y más de las costumbres americanas propiamente dichas, siendo uno de sus grandes recursos cuanto se refiere á la *flirtation* (coquetería) del bello sexo; pero no se permite bromas inconvenientes, ni tampoco ilustraciones ligeras. Por lo demás, es la imagen de la sociedad tal como la hemos descrito; no se ostentan sus vicios, sino que se ocultan.

IV.—Autores americanos

No entra en el cuadro de mi obra presentar un estudio completo de la literatura americana; me limitaré á demostrar que existe, indicando sus caracteres para que no se crea que aún no ha salido de la Unión ninguna producción de valor. Tal vez el lector francés pensaría, sin esto, que los americanos se ocupan exclusivamente en obtener trigo, ó en la fabricación de locomotoras, y los ciudadanos y las ciudadanas de Boston no me perdonarían que acreditase con mi silencio semejante suposición.

Algunos autores americanos, por lo demás, han adquirido una reputación bien merecida. Entre los historiadores, cuatro por lo menos, Wáshington Irving, Prescott, Bancroft y Parkman, son conocidos y leídos en toda Europa; Wáshington Irving es por la fecha el primero de los autores americanos cuyas obras tienen derecho de ciudadanía en las bibliotecas del antiguo continente; ha publicado sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo obras de verdadera importancia, notables por la claridad de la exposición y la exactitud de los hechos; y sus viajes por el Far West, en una época en que solamente los indios le recorrían, dan detalles sobre su organización social muy circunstanciados, y constituyen un magnífico relato lleno de color y de vida.

La *Conquista de Méjico*, de Prescott, es clásica, pudiendo considerarse como la obra más completa que existe sobre este curioso asunto. Bancroft ha consagrado toda su existencia á una *Historia de los Estados Unidos*, trabajo concienzudo, escrito con una gravedad algo fría tal vez, pero de estilo claro, conciso y que conviene al carácter de la gran historia.

En cuanto á Francis Parkman, es el que ha desenredado, en los relatos de los antiguos viajeros y misioneros que visitaron el Canadá y el Nordeste de los Estados Unidos, los oríge-

nes de la colonización. Sus obras son un gran auxiliar para conocer las poblaciones indígenas que ocupaban aquellos países antes de la llegada de los europeos, particularmente la célebre nación de los Iroqueses, la más temible de todas. Es bastante curioso ver cómo Parkman, protestante convencido, hace justicia á los esfuerzos de los jesuítas por la evangelización de los indios. Al leer sus obras se siente una admiración entusiasta por aquellos héroes mártires que, como el P. Jogues, por no citar más que uno, pagaron con los más horribles suplicios su generosa tentativa.

Por lo demás, el americano es más fácilmente imparcial que sectario, más conservador que doctrinal, tendencia que se puede explicar por la dirección práctica de su vida y la activa energía que despliega. Se manifiesta claramente en la literatura periódica de los Estados Unidos, y asegura á los americanos un puesto de honor en los trabajos históricos.

Parece que también debe estar abierto para ellos otro ramo de producciones, cual es el de las ciencias económicas y sociales, fundadas, como la historia, en la observación de los hechos; pero estudiando los presentes en la realidad, y no los pasados en los documentos escritos. Su actividad intelectual se fija mucho, en efecto, por este lado; las investigaciones y las estadísticas abundan. *Oficinas de trabajo* están encargadas, en muchos Estados, de recoger datos é informes sobre la situación de las fábricas, la vida de los obreros, las huelgas y la emigración; y cada año publican volúmenes atestados de cifras. Hasta ahora, sin embargo, esos considerables trabajos no han producido ninguna obra de conjunto. El análisis que presentan de los hechos sociales, numerosos é importantes, no se guía por ningún método; es sincero, pero no científico, y no puede conducir á ninguna comparación, á ninguna clasificación. Sería de desear que tan considerable esfuerzo se guiara mejor.

América, sin embargo, ha producido Henry George, un economista cuya reputación es sumamente ruidosa, y al que no se podía censurar la falta de miras de conjunto; pero este autor no procede en manera alguna como los que confeccionan estadísticas, sino que es más bien un creador de sistemas. Entre sus manos, la observación se convierte en un arma, pues lucha para alcanzar el triunfo de una idea particular; actualmente reúne un grupo alrededor de esa idea, y desempeña en los Estados Unidos el papel de un jefe de partido. Debo decir algunas palabras acerca de ese autor.

Se considera generalmente á Henry George como socialista, y lo es, en efecto, por ciertos lados de su doctrina, por ciertas afirmaciones; pero la aplicación de su sistema, lejos de proteger á los débiles y á los incapaces, conduciría rápidamente á su ruina. Su libro más célebre, *Progress and Poverty* (Progreso y Pobreza), está dedicado «á los que viendo el vicio y la miseria que nacen de la desigual distribución de la riqueza y de los privilegios, reconocen la posibilidad de un estado superior y quieren luchar para obtenerle.»

A los descontentos es, por lo tanto, á quienes se dirige, y á los descontentos á quienes asombra la desigualdad de la condición humana. En su consecuencia, el público socialista se halla favorablemente dispuesto á escucharle, y esta simpatía se convierte en entusiasmo al leer capítulos cuya tesis es la siguiente: «Injusticia de la propiedad particular en la tierra. — Cómo pueden ser confirmados y garantizados derechos iguales en la tierra. — El servilismo de los trabajadores es el último resultado de la propiedad en la tierra.»

Seducidos por esas teorías, muchos irlandeses, alemanes y polacos, más ó menos desorganizados, apelan á Henry George y sostienen con todas sus fuerzas la reforma que él propone, sin echar de ver que favorece á los hombres emprendedores y enér-

gicos, con grave detrimento de los perezosos y de los incapaces, de los medianos y de los humildes.

En efecto, lo que Henry George quiere es sustituir todos los impuestos con uno solo, calculado según el valor venal de la *tierra desnuda*. Así, por ejemplo, un lote de tierra en la ciudad será sometido á una contribución igual, tanto si se halla en estado de terreno baldío como si tiene un edificio de mármol blanco. La construcción es el trabajo del hombre, y Henry George enseña que todo hombre tiene derecho íntegro á los productos de su trabajo; de modo que todo impuesto que recaiga sobre estos trabajos es injusto y se debe suprimir. Por el contrario, el terreno donde se eleva pertenece á todo el mundo, según él, porque es elemento de bienestar proporcionado por la naturaleza á todos sus hijos; los particulares no son inquilinos: deben la renta á la comunidad de los inquilinos.

Ahora bien: esto conduce directamente á la expropiación de todos los propietarios, que no serán ni grandes agricultores, ni grandes industriales, ni grandes banqueros; éstos podrán pagar fácilmente la contribución que se reclame de ellos; mas el obrero propietario de su casa, en una gran ciudad, y el colono principiante y cargado de deudas, en los Estados del Oeste, se verán en la imposibilidad de pagar; el suelo será puesto á concurso constantemente entre todos los productores, y aquel que desfallezca en la producción quedará inmediatamente despojado.

En cambio, como el mismo Henry George lo anuncia, «apenas desaparezcan todas las cargas que hoy pesan sobre la industria, entorpeciendo el comercio, la producción de la riqueza tomaría un desarrollo desconocido hasta aquí.»

Sí, este sería el resultado de la reforma; los capaces subirían más pronto y á mayor altura, y los incapaces descenderían más rápidamente y al grado más inferior: la independencia no sería ya patrimonio de unos pocos.

Es curioso observar lo que ha llegado á ser la idea socialista en manos de Henry George; no es ya el *socialismo del estado de tribu*, según el nombre que le da; es el socialismo americano, exagerando más aún los caracteres que hemos dado á conocer en la sociedad americana; es la mejora obligatoria, el buen éxito obligatorio.... ó la muerte.

Nacido en la Unión, ese hacedor de sistemas no podía sacrificar al bienestar general el desarrollo de la riqueza y el vuelo de la actividad; no podía ser socialista á la manera de la escuela alemana ó de los nihilistas rusos; y por otra parte, el estado social de hoy día en América no debía satisfacerle, pues á pesar de los notables dones intelectuales que posee, George no ha conseguido nunca crearse una posición del todo independiente. Lo vemos primero como inspector del alumbrado en San Francisco, y después empleado en Nueva York; es una especie de político *gastado*, que considera mal constituida la sociedad en que no ha podido llegar á la cúspide de la escala.

He aquí por qué agrupa en torno suyo la clientela ordinaria de los descontentos, mientras que aquellos que triunfan — y son numerosos en los Estados Unidos — se mantienen rebeldes á su propaganda.

Henry George no representa, pues, un tipo sano y normal, y su nombre no se conservará en la ciencia económica, llamada muy probablemente á desarrollarse mucho en los Estados Unidos. Sus concepciones originales caerán en el olvido, como cayeron las de Saint-Simón, de Fourier y de otros muchos; mientras que las observaciones sinceras consignadas en las estadísticas y en las investigaciones de las *Oficinas de trabajo* tendrán aún su mérito como documentos.

En el sentido de la observación es evidentemente donde los autores americanos deben producir al parecer sus mejores obras. Historiadores y economistas, también son *humoristas*, porque

el *humor* no es en suma sino una observación ingeniosa sazónada con imprevistas comparaciones. Mark Twain figura hoy á la cabeza de esos humoristas, y cada uno de los discursos que pronuncia es reproducido siempre *in extenso* por todos los diarios americanos. He aquí un fragmento de ellos, que dará idea del género, aunque mi traducción le haga perder la mayor parte de su sabor: «Me agrada el bello sexo, me agradan todas las mujeres sin distinción de edad ni de color (*Risas del auditorio*). La simple inteligencia no puede apreciar lo que debemos á la mujer. Cose nuestros botones, remienda nuestra ropa, se antepone á nosotros en las ventas de caridad, nos hace sus confidencias, nos refiere cuanto puede sobre los pequeños asuntos privados

de sus vecinos (*Risas*), y nos da no pocos consejos. Dondequiera que hay una mujer, es el adorno de la sociedad y el tesoro del mundo. (*El orador se detiene y dirige á su auditorio una mirada interrogadora.*) Debisteis aplaudir, dice después. (*Risas prolongadas.*) Ved Cleopatra, ved Florencia Nightingale, ved Lucrecia Borgia. (*Varias voces: ¡No, no!*) Bien, pasemos sobre Lucrecia Borgia si lo queréis así; pero ved nuestra madre Eva. (*Exclamaciones de ¡oh, oh! y risas.*) No la miréis si no os agrada; pero Eva era un adorno, señores, sobre todo antes de que las modas hubiesen cambiado, etc., etc.»



Teatro del Nuevo Parque en Nueva York

Con la observación y el *humor*, los autores dramáticos americanos deberían producir comedias de carácter; pero aún no hay verdaderos autores dramáticos en los Estados Unidos. Se representan generalmente piezas francesas, desfiguradas y mutiladas, ó bien grandes entremeses en que los ademanes violentos de los actores, los puntapiés dados y recibidos y los equívocos materiales hacen las veces de todo lo que falta. Es un campo que no han explotado aún los hombres de talento. Se necesita un público para que pueda producirse el arte dramático, y este público no existe en los Estados Unidos.

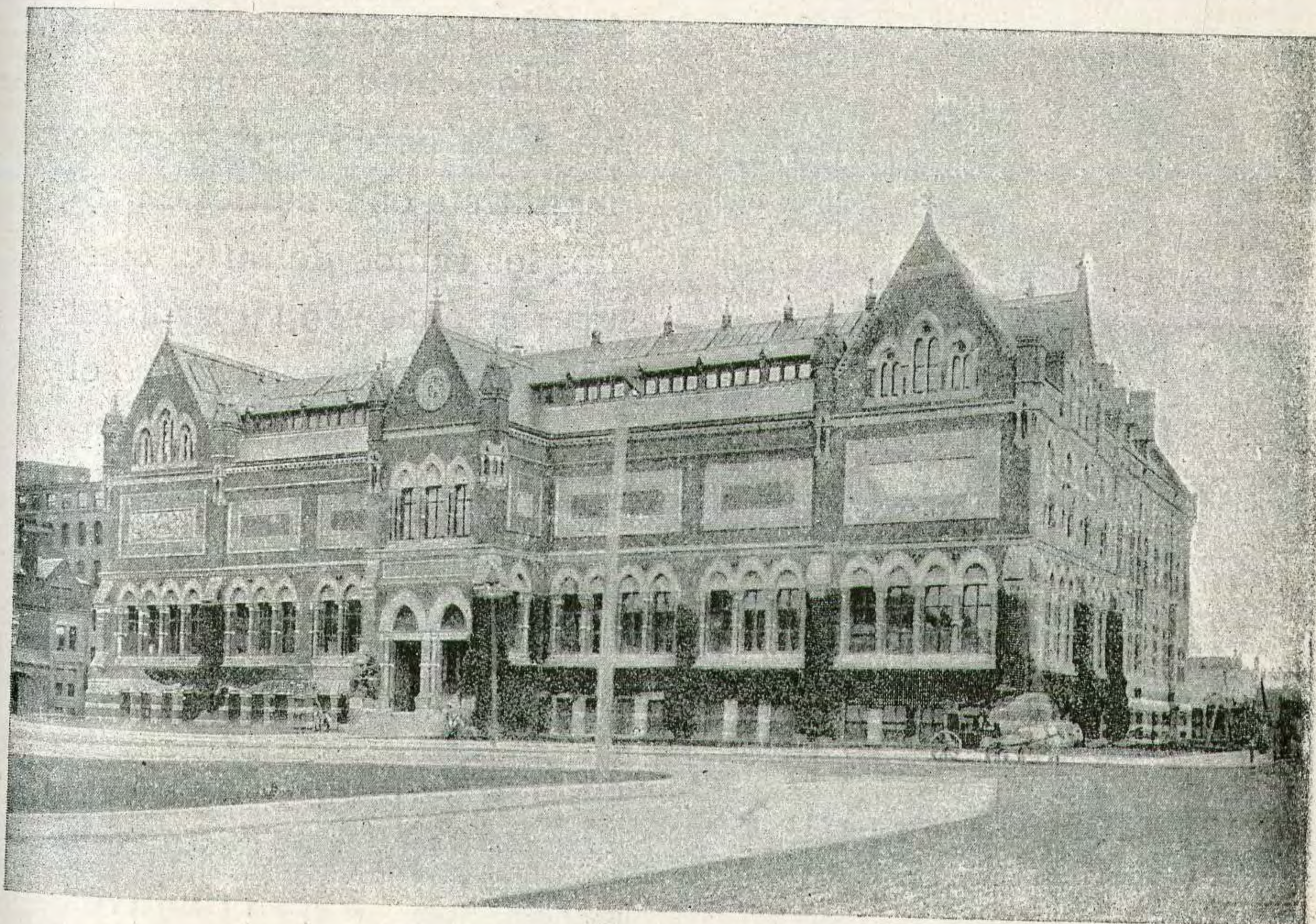
La poesía, que puede prescindir de público y nace espontáneamente sin ser solicitada, tiene, por el contrario, representantes en los Estados Unidos: Longfellow, Hawthorne, Edgardo Poe y otros menos célebres; Longfellow, el más conocido de todos, es también, según creo, el más americano. Nadie ha contestado con tanto ardimiento ni con un entusiasmo más convencido la energía activa y perseverante, el *goalread* irresistible que caracteriza á la raza; y nadie evocó tampoco con más gracia y fidelidad los recuerdos de la época india y los de los primeros colonos americanos. Sus dos grandes obras maestras, *Hiawatha* y *Evangeline*, lo prueban así. Es un poeta verdaderamente nacional.

V.—El gusto á las artes

No podría terminar este capítulo sin decir dos palabras acerca de las bellas artes y del lugar que ocupan en la vida intelectual de los Estados Unidos.

Sobre este punto hay dos opiniones contradictorias al parecer. Cierta día, hablando con un conocido traficante de cuadros de París, establecido hace algunos años en Nueva York, me aventuré á decirle que el sentimiento artístico estaba poco desarro-

llado en América. «Desengáñese usted, me contestó, aquí hay tantos individuos como entre nosotros capaces de conocer un buen cuadro.» Otra vez, un pintor, americano de nacimiento, pero que vivía de ordinario en París, me declaró que «desanimaba» ir á exponer obras en los Estados Unidos, pues nadie



Art Museum en Bostón

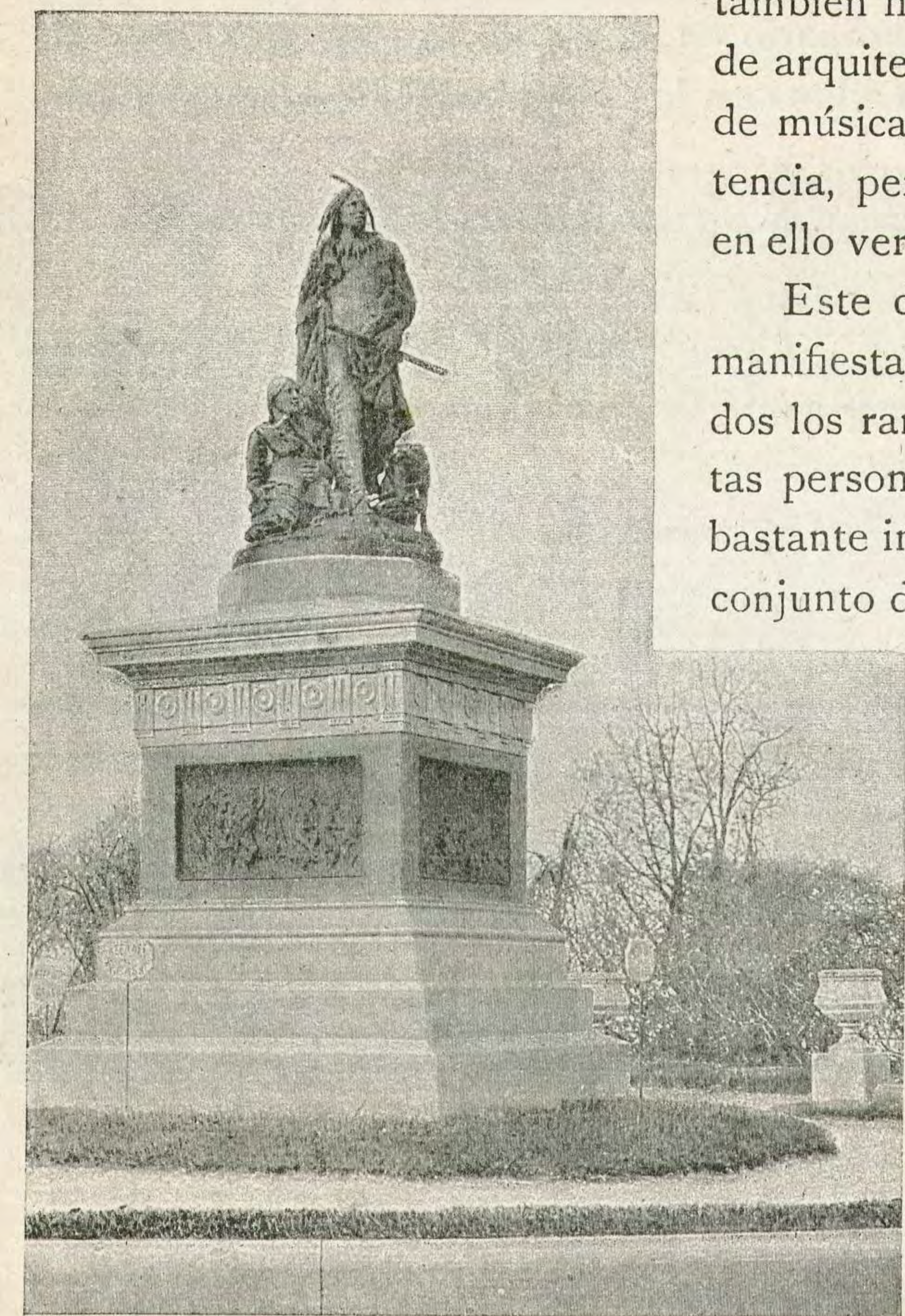
se interesaba; que un artista sucumbía bajo el peso de la indiferencia, etc.

¿Cuál es la verdad de todo esto? La verdad es que el traficante en cuadros y el artista tienen ambos razón; pero cada cual desde su punto de vista: el traficante encuentra críticos expertos que saben apreciar el valor de un cuadro; encuentra cinco ó seis en Nueva York, como los halla en París, y declara que es la misma cosa. El pintor, por el contrario, reconoce bien la diferencia entre el conjunto del público americano, muy ignorante

en cosas de arte, y el público francés, muy *dilettante*, muy curioso, é interesado generalmente por la vista de un buen lienzo, la audición de una sinfonía ó de una ópera, agradándole también hablar de escultura, de arquitectura, de pintura y de música, sin gran competencia, pero complaciéndose en ello verdaderamente.

Este doble carácter se manifiesta en América en todos los ramos del arte: ciertas personas son en realidad bastante inteligentes; pero el conjunto de la nación no entiende nada.

En Boston, en el *Museum of Fine Arts* (Museo de Bellas Artes), se verán salas destinadas á los primitivos pintores italianos, una colección de maestros flamencos y otra de maestros franceses, de-



Monumento elevado á la nación Ottawa, parque de Lincoln en Chicago

mostrando todo la elección juiciosa de un crítico práctico. En Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Chicago hay galerías particulares, aun en manos de aquellos que las reunieron, ó ya legadas á los museos públicos, y todas son notables: ya he tenido

ocasión de citar algunas. Sabido es, por lo demás, cómo los americanos se han apoderado en París de las obras de algunos de nuestros artistas, como por ejemplo de Meissonier, sin hablar del famoso *Angelus* de Millet. No tan sólo compran los cuadros de artistas de renombre, sino que ayudan en sus principios á



Escuela y exposición de Bellas Artes en Chicago

los que comienzan, haciendo de buena voluntad las veces de Mecenas respecto á sus jóvenes compatriotas deseosos de perfeccionar su talento por el estudio de los grandes maestros. Cierta M. Chauler se dispone actualmente á fundar en París, con ayuda de suscripciones particulares, una especie de escuela de pintura análoga á nuestra escuela de Roma: he aquí lo que indica claramente la afición ilustrada á las bellas artes.

En cuanto á música, se puede hallar á veces en los Estados

Unidos una orquesta bien dirigida. He oído á la *Boston Symphony Orchestra* interpretar á Wágner, Saint-Saens y Méndelssohn de una manera muy agradable; de modo que podemos afirmar con fundamento que no es imposible en casa del tío Sam todo recreo artístico.

Pero hay pocas personas á quienes complazca este género de goce; el auditorio de un concierto se mantiene frío en general, y no se establece comunicación entre él y los artistas. Si parece reanimarse un momento, es por causa de algún fragmento de gran efecto, en el que los instrumentos de cobre y las cajas que retumban se combinan con los puntos de órgano para producir la impresión del terror. Este ruido le despierta y le conmueve, y lo considera maravilloso (*wonderful*): los críticos están animados de los mismos sentimientos.

De un diario que se publica actualmente en San Pablo recorto el anuncio siguiente, que tiene por objeto hacer el elogio de la *Boston Symphony Orchestra*:

«La *Boston Symphony Orchestra* dará una representación en San Pablo el martes próximo. Desde que Tomás vino aquí no hemos tenido ocasión de oír á un grupo de artistas tan importante y hábil; pero si se tiene en cuenta que Tomás no tuvo nunca más de cuarenta y cinco músicos, mientras que la *Boston Symphony Orchestra* se compone de setenta, se tendrá idea de la grandiosidad de los efectos producidos por ésta.»

El mismo género de apreciación se hace para la pintura. En el hotel de San Nicolás, en Cincinnati, un retrato de Paulina Bonaparte, pintado por Devouge, ocupa un lugar preferente, para que sirva de reclamo, en una de las principales salas. Se distribuyen profusamente á los huéspedes reseñas *artísticas* é históricas sobre este cuadro; tomo una, y recojo este dato precioso: «Según este retrato, Paulina Bonaparte pesaba al parecer unas ciento cincuenta libras ó algo más.» ¡Bien se reconoce

aquí el ojo ejercitado de un *ranchman*! Es la crítica al peso y á la medida, crítica de especiero: el modelo pesa tanto; los músicos son tantos; júzguese ahora del cuadro y de la orquesta.

Un *criterium* más seguro aún para el americano ordinario es el precio de la obra artística; la mayor parte de ellos no ven más allá de esto.

Un ricachón norteamericano llegado á París manda hacer su retrato á uno de nuestros más conocidos pintores. Terminada la obra, el artista recibe de su modelo un talón de cincuenta mil francos, y el pintor contesta que no admite más que veinticinco mil. «Le agradeceré que acepte los cincuenta mil, le dice el americano, porque no quisiera mentir, y si vuelvo á mi país con un cuadro de cinco mil dollars, los amigos se burlarán de mí.»

De esta manera, la obra artística se convierte muy pronto en reclamo; y he aquí por qué en los Estados Unidos se encuentran obras de alto precio en un salón ó en un *bar* (casa de bebidas), haciéndose mención de la suma que han costado. Las graciosas *Ninfas* de Bouguereau están así expuestas en Nueva York, en el *bar* de *Hoffman House*, y los yanquis contemplan silenciosamente, saboreando su bebida, aquel lindo cuadro.

Un verdadero artista preferiría ver sus obras en otra parte más bien que entre la atmósfera del *bar*, apestada de tabaco y de alcohol; pero los más de los americanos no experimentan este sentimiento, y opinan que es muy bueno poder pagar setenta y cinco mil francos por un lienzo pintado de dos metros en cuadro: este es precisamente el efecto que busca el dueño del *bar*.

En resumen, las bellas artes se comprenden poco generalmente en los Estados Unidos; y el gusto á la pintura, que se manifiesta desde hace algunos años, reviste particularmente e carácter de un lujo costoso, lo cual no tiene nada de extra-

ño para quien conoce la vida agitada del yanki. Entregado á constantes preocupaciones de orden material, no tiene ese espíritu libre de cuidados que se necesita para la investigación de lo bello. No tiene ratos de ocio, y su educación primera no le ha preparado para las delicadezas y los refinamientos del arte.

CAPITULO XI

LA SITUACIÓN RELIGIOSA.

I. ¿Son religiosos los americanos? – II. La Iglesia católica en los Estados Unidos

Conocido es el extraordinario número de sectas religiosas que se cuentan en los Estados Unidos. Sin citar la de los Mormones, la de los *Shakers* y otras, algunas de cuyas extravagancias han alcanzado reputación universal, existe una infinidad de *Iglesias* independientes, fundadas todas, más ó menos, sobre la libre interpretación de la Biblia. Algunas agregan á este fondo común algunas prácticas particulares, y las más crean entre sus fieles un vínculo de razón más bien que de culto. A decir verdad, muchas tienen el carácter de una escuela filosófica y no de una Iglesia.

A pesar de esto, la gran mayoría de los americanos considera aún demasiado estrechas la disciplina y las prescripciones de esas religiones, todas ellas de imaginación, y bien sea por su espíritu independiente, ó ya por indiferencia, vive fuera de todo culto organizado. De cada diez veces nueve, el americano, al hablar de la cuestión religiosa, os dice simplemente: *Y belong to no Church* (No pertenezco á ninguna Iglesia.)

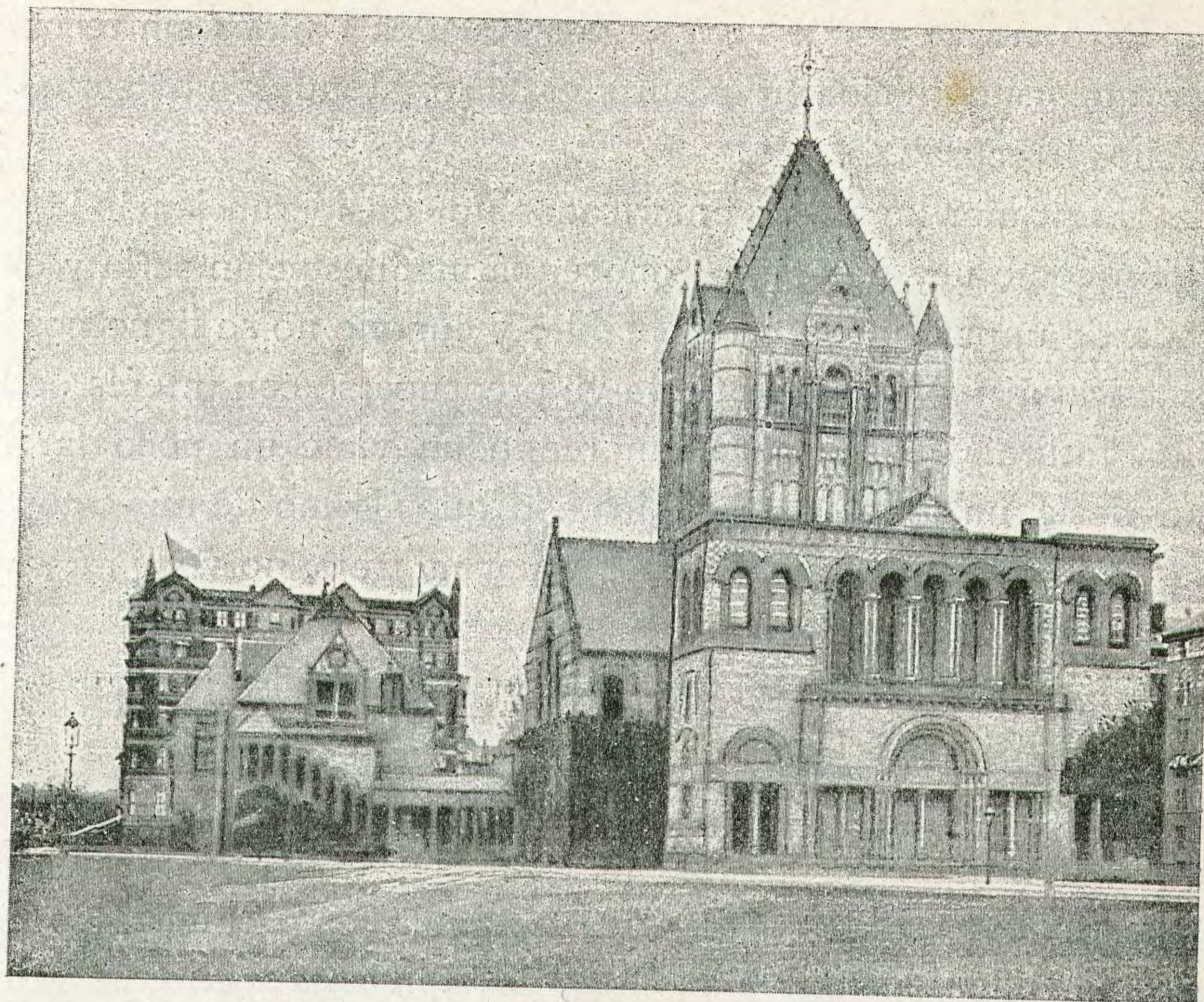
Hasta entre las personas que participan en el culto público de una Iglesia, muchas no son, en rigor, fieles de la misma, sino más bien oyentes ordinarios del ministro que habla. En Boston, por ejemplo, van á oír á Felipe Brooks en *Trinity Church*, por-

que Brooks es un orador elocuente; y en Brooklyn se apresuraban en otro tiempo á ir á la iglesia del pastor Beacher. En San Pablo, un ministro de no sé qué denominación, viendo que su popularidad aumentaba, mandó construir un vasto edificio, al que dió el nombre de *People's church*, ó sea iglesia popular, iglesia de todo el mundo, y allí predica ciertos días. De vez en cuando alquila su iglesia para un concierto ó una conferencia: y por lo tanto, no es un edificio religioso, ni un templo, sino una sala pública.

Las predicaciones protestantes, por lo demás, son más bien un discurso moral dirigido á todo el mundo que no una enseñanza religiosa destinada á los adeptos de una secta particular, y de aquí la facilidad con que un congregacionista sigue los sermones de un ministro presbiteriano ó episcopal.

De aquí también el carácter particular de las iglesias protestantes, que se asemejan á menudo á los *clubs*. Junto á la capilla donde se cantan los himnos y se predica, encuéntrase con frecuencia bibliotecas, salones de lectura y de recepción; en ciertos días organizanse allí fiestas de beneficencia, reuniones de toda especie, donde no se olvida la taza de te y se atrae al auditorio por todos los medios. La misma capilla es una gran habitación bien caldeada, bien ventilada, provista de cómodos sillones, con el suelo alfombrado, y también es una sala de espectáculos perfectamente entendida. Recuerdo en particular cierta capilla metodista de Baltimore, recientemente construída, notándose en todos los detalles de instalación un perfeccionamiento práctico muy notable: en uno de los lados del púlpito donde el ministro se coloca hay cuatro timbres eléctricos que le permiten dar órdenes previstas para aumentar ó disminuir el calor, regular la ventilación, avisar en caso de incendio, etc. Cada asistente ocupa una especie de sitial bastante parecido á las butacas de orquesta de un teatro elegante, y tiene á su al-

cance una combinación de alambres para colocar su sombrero debajo del sillón, un enrejado para colocar su libro y otro para el abrigo y el paraguas; todo esto es muy cómodo, y un meto- dista celoso parece solicitar mi admiración por cada perfeccionamiento, por cada combinación ingeniosa, sin perdonarme na-



Iglesia románica en Boston (*Trinity church*)

da, tanto que al fin siento deseos de preguntarle: «Y en todo esto ¿qué hacéis para Dios?»

Al salir de allí, se tiene la impresión de que debe de ser agradable sentarse en aquella capilla durante una hora cada domingo, cuando el viento sopla fuera ó un sol de plomo hace insoportable el paseo; pero no se lleva ninguna idea religiosa.

Así, pues, indiferencia general en el conjunto de la pobla-

ción, y curiosidad más bien que convicción profunda en los que van á la iglesia: tal es el resultado de la primera investigación superficial. «¡Bah!, se dice uno, los americanos no se ocupan más que de cazar dollars, y se cuidan poco de su alma, porque esto no produce dinero.»

Pero no se puede vivir en los Estados Unidos sin reconocer que este juicio prematuro es falso, atendida una serie de hechos irrecusables.

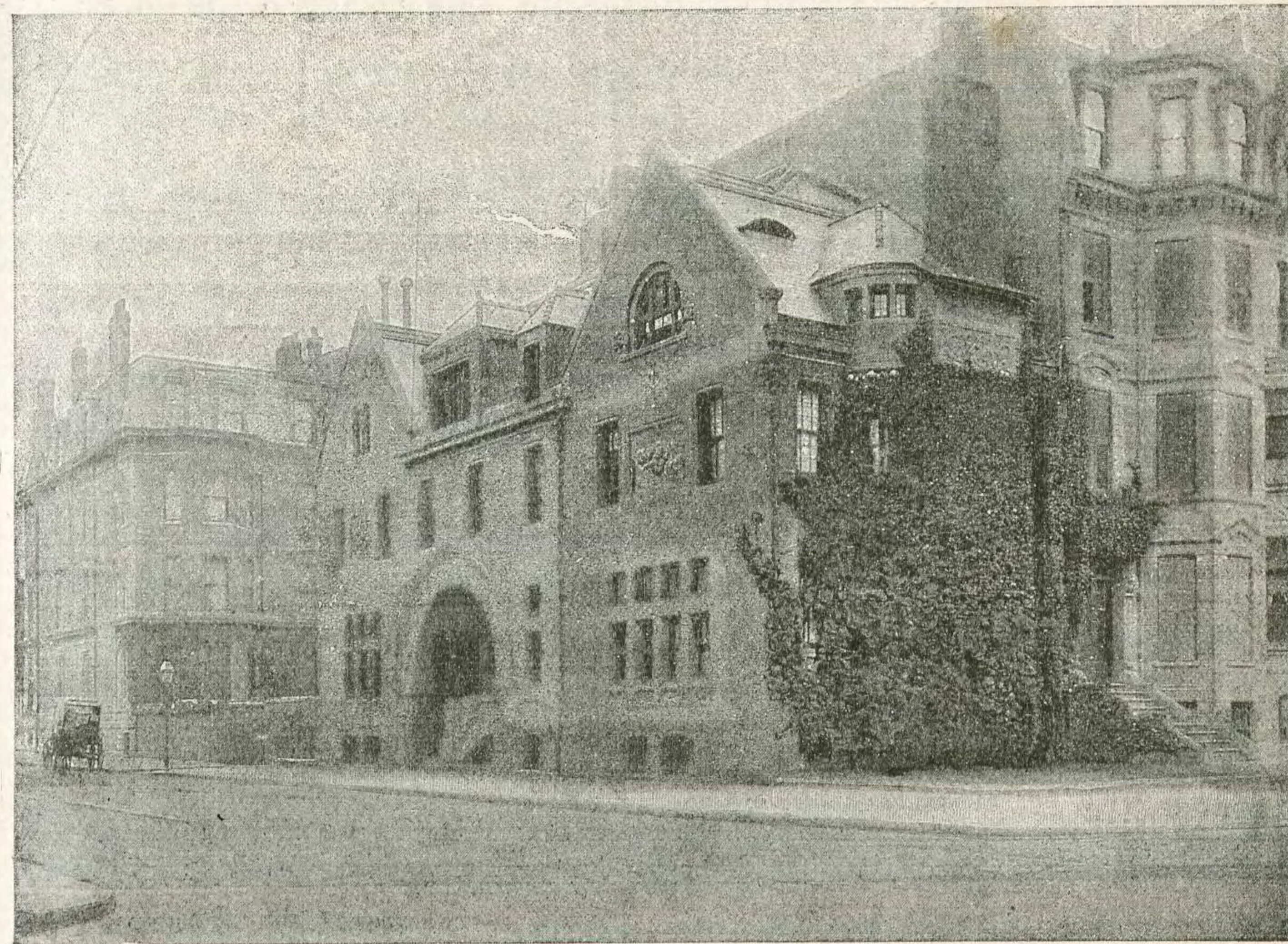
En primer lugar, los americanos no consideran jamás la religión como una niñada; reconocen la manifestación seria y elevada de un sentimiento respetable; y aunque no se ligue por la práctica á ningún culto, se le ve preocuparse con interés de la vida futura. «Casi nunca emprendo un viaje un poco largo, me decía un sacerdote católico, sin que alguno de mis compañeros de camino, reconociéndome por mi traje, no venga á sentarse á mi lado para hablar de religión.»

Otros hacen más, pues sostienen con su bolsa institutos de carácter confesional sin aprovecharlos para sí propios. Así es como algunos protestantes participan á menudo con auxilios considerables en la construcción de las iglesias y de los seminarios católicos. La utilidad pública del culto es para ellos un hecho innegable que antepone á las divisiones de sectas.

También hay cierto *mínimum* de fe cristiana que todo el mundo parece poseer. Así, por ejemplo, á nadie le extrañan ciertas públicas acciones de gracias á la Providencia divina, en nombre del pueblo americano, en ciertas circunstancias solemnes. En San Pablo, en la Casa de la Ciudad, leo esta inscripción en la mesa del *Speaker* (orador) del *Town Council* (Consejo de la Ciudad): «*Sicut patribus sit Deus nobis.*» Por último, la Biblia se considera en general como un libro de origen divino. Si su interpretación ha sido abandonada por los protestantes más fervientes en las opiniones de cada uno, su carácter sobrenatural

está reconocido por los mismos indiferentes y se pone fuera de toda discusión.

Entre los diversos rasgos que denotan ese sentimiento, general en los americanos, hay uno que me ha llamado la atención particularmente, y por esta causa le cito. Mis lectores conocen



Casa de Philip Brooks en Boston

ya el *Girard College* de Filadelfia, que ya he nombrado. Cuando fuí á visitarle, me preguntaron en la portería si yo era clérigo; extrañando la pregunta, quise que la repitiesen, y cuando después de contestar negativamente se me permitió penetrar en el colegio, referí el hecho al director: «Es la consigna, me dijo, porque Girard decidió en su testamento que ningún ministro de religión alguna franqueara el umbral del colegio. — Pues entonces, ¿qué significa esa graciosa capilla que veo? — Es

para los ejercicios religiosos; allí se reza mañana y tarde, y llegado el domingo, uno de nosotros da dos lecturas explicadas de la Biblia. — ¡Y pensáis que la sombra de Girard se regocije de esas lecturas? — ¡Oh! Ya comprenderéis que la Biblia no pertenece á ningún culto (*the Bible is unsectarian*).» Por eso el *Board of Trustees*, ó Junta de gobierno, encargado de la dirección del colegio, no ha juzgado que las intenciones del fundador se violasen por el hecho de la explicación de la Biblia, á pesar de las pruebas de fanatismo antirreligioso que había dado en su testamento: es una opinión americana. En rigor, Girard, francés del siglo XVIII, quería sin duda proscribir toda idea religiosa de su sistema de educación; pero los americanos han interpretado sus sentimientos según los de ellos. Para quien conoce su ciego respeto á las intenciones de un fundador, esto prueba hasta qué punto los santos Libros son considerados por ellos como una cosa sagrada, patrimonio común de todos los hombres, cualquiera que sea su religión ó su falta de ella.

No se encontrarían, pues, en América, como en Europa, inteligencias que rechazaran, á la vez que las creencias de una Iglesia, el principio mismo de la Revelación; y en este sentido, los americanos son más religiosos que nosotros.

También lo son por ciertas prácticas, ó cuando menos por una, la del reposo dominical. Aunque reconocen los buenos efectos de esa costumbre desde el punto de vista del trabajo, no es precisamente esto lo que asegura su observación, sino el hecho de ver en ello también, generalmente, un precepto religioso. No necesito insistir sobre este punto, bastante conocido sin duda de todos mis lectores. Si se produce un movimiento de reacción contra el descanso dominical, esto se debe á que, bajo la influencia de algunas sectas, se exagera á veces de una manera vejatoria y un poco ridícula. Mi compañero de viaje fué severamente amonestado cierto domingo por un *policeman* de

Prospect park, en Brooklyn, por haber montado su aparato fotográfico en una de las avenidas del parque: se prohíbe fotografiar el día del Señor, así como también visitar los museos, etc., etc.: estas exageraciones manifiestan en todo caso el carácter religioso que se les da. No es por evitar un trastorno



Iglesia congregacionista, bulevar Drexel en Chicago

perjudicial á la fuerza de producción por lo que se prohíbe en domingo la fotografía y la vista á los museos.

El sentimiento religioso de la mayoría de los americanos parece, pues, resumirse en esto: un fondo de creencia en la Revelación, universalmente admitido, sobre el cual cada uno se hace una religión para su uso personal. Aquellos á quienes el más allá no atormenta mucho se agrupan con los indiferentes, y éstos son los más; los otros se crean un sencillo dogma para sí, consagrándose al mismo con el ardimiento de los ame-

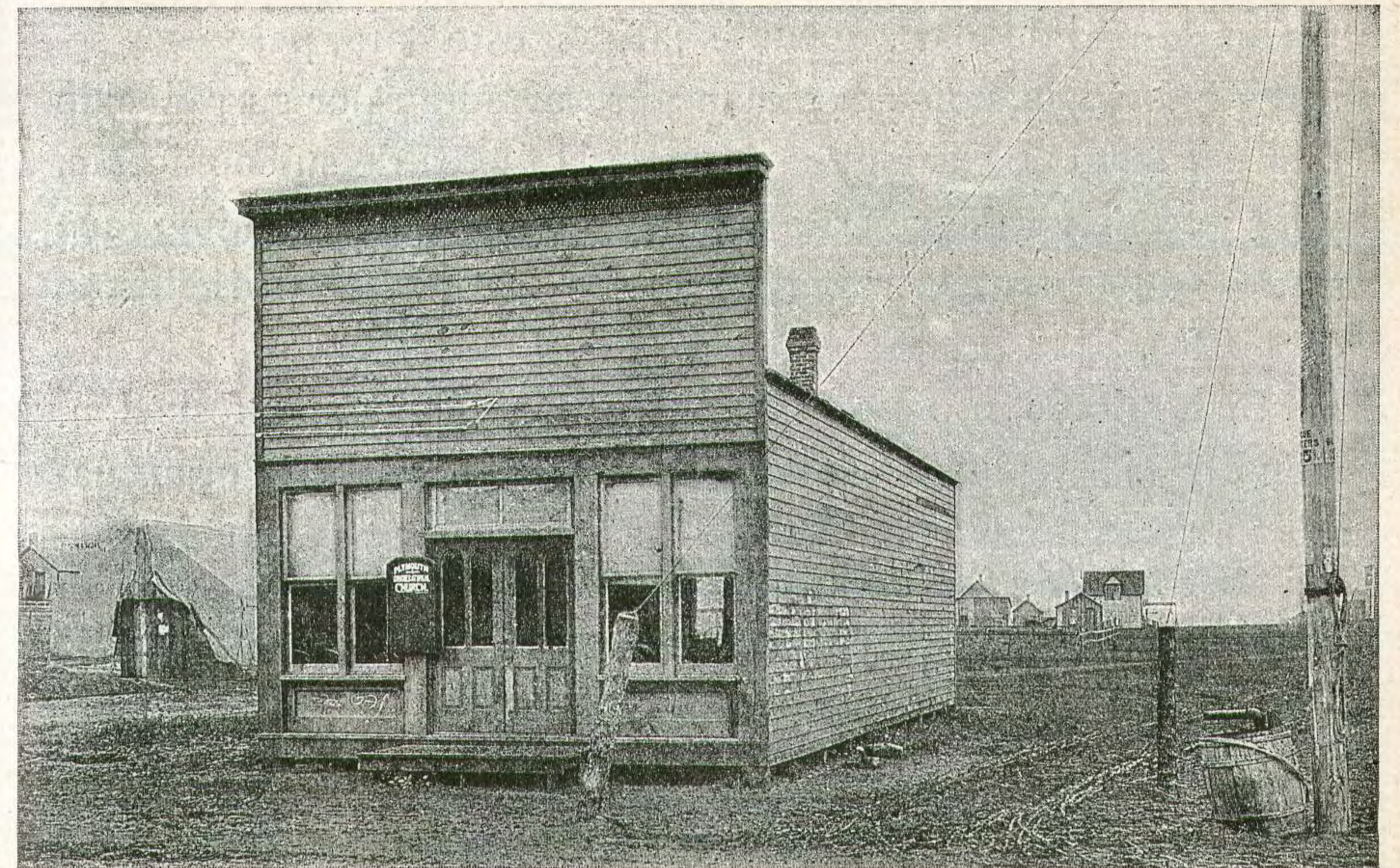
ricanos en todas las cosas; llegan á ser exaltados, y predicán en las esquinas de las calles para convertir á sus hermanos extraviados.

He encontrado más de una vez en mi camino algunos de esos apóstoles de buena voluntad, y sus discursos no me han interesado siempre; pero la seriedad imperturbable de los transeuntes que se detenían á escucharlos me ha instruído más que sus sermones.

He aquí, por ejemplo, el «Ejército de Salvación;» conocido es el extravagante aparato que acompaña por todas partes sus manifestaciones; en América son más burlescas aún que en ninguna otra parte; pero nadie las ridiculiza.

Una tarde, hallándome en Wáshington, me acerco á un grupo bastante compacto, en medio del cual quince ó veinte personas, extrañamente vestidas, cantan una especie de copla, de la que no llegan á mi oído más que estas últimas palabras: *¡Oh it is so wonderful!...., so wonderful!...., so wonderful!....* (¡Oh, es tan prodigioso....., tan prodigioso....., tan prodigioso!....) Era, en efecto, *wonderful* ver mujeres jóvenes, hombres de toda edad y negros, gritando en coro, bajo un globo de luz eléctrica, aquel cántico de la *Salvation Army*; pero me preparaban una cosa más *wonderful* aún. En efecto, los cantos cesan, y una joven de unos veinte años, que lleva vestido negro y la cabeza cubierta con un sombrero de hule encerado, se adelanta en medio del círculo y nos dice en substancia: «Queridos hermanos, el hombre no podría ser moral, ni conservar la santidad del matrimonio ó la pureza virginal, si no es sobrio, si no se aleja de los borrachos y de los licenciosos; y para esto es preciso que se consagre á Dios. Tal vez os parezca extraño, queridos hermanos, que una joven de mi edad os dirija la palabra sobre semejante asunto; pero mi Dios me manda hacerlo.» Todo esto, dicho con voz alta y penetrante; y como la tarde refresca, la po-

bre inspirada se ve en la precisión de reprimir los torrentes de su elocuencia. Después de ella, un hombrón, provisto de un órgano poderoso, nos grita que seremos condenados si no nos convertimos al instante; un joven neófito, bien vestido, predica con timidez; un viejo, bastante mal pergeñado, declara que se



Una iglesia en el Far-West (Guthrie, territorio de Oklahoma)

lamenta todos los días de haber conocido tan tarde la luz; después varias jóvenes nos desgarran el tímpano, pidiendo desesperadamente la gracia; un negro poco inspirado toca el cornetín de pistón para acompañar la canción que entona, cuando le falta la palabra, y todas las mujeres agitan sus panderetas con frenesí á fin de aumentar el efecto del conjunto, excitando el arrepentimiento de los asistentes. A duras penas puedo reprimir un acceso de hilaridad, sobre todo cuando un segundo negro nos canta, punteando su *banjo*, su entrevista con Dios y el resultado de ella. Sin embargo, alrededor de mí, el auditorio reunido á la

casualidad escucha gravemente sin la menor interrupción, sin permitirse broma alguna, aunque sonriendo á veces. Por lodemás, ningún *policeman* parece cuidarse de aquel *meeting* al aire libre, pues se sabe de antemano que no se perturbará el orden.

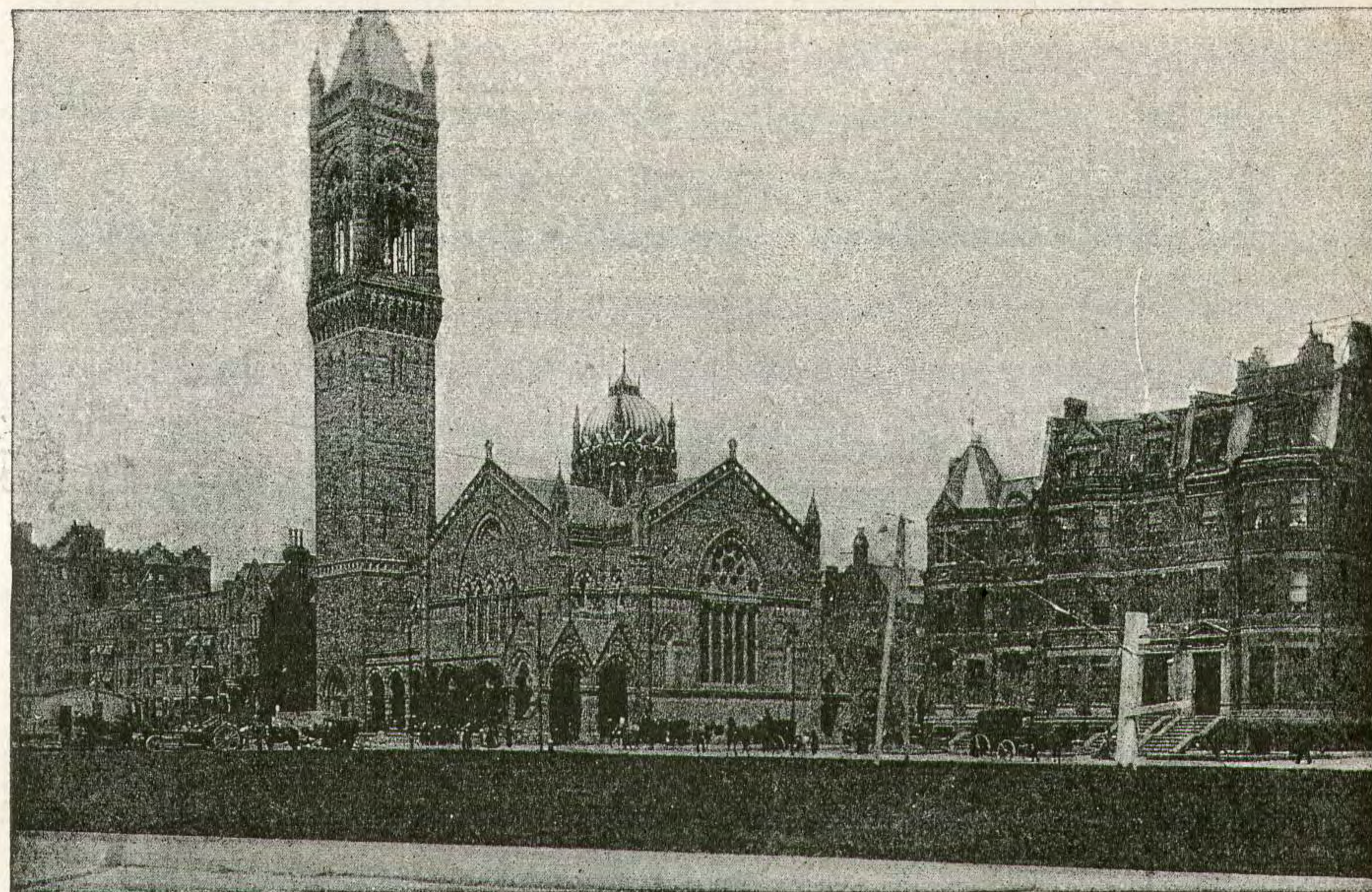
Lo más curioso es que el «Ejército de Salvación» no cuenta más que con sesenta individuos en todo Wáshington, por confesión de uno de ellos, que me facilita este dato; pero esos sesenta individuos no se extrañan ni se arredran por su reducido número; esto no disminuye en nada la fuerza de su convicción, y los que no participan de ella juzgan natural y legítimo que traten de hacerla nacer por todos los medios de proselitismo conocidos.

Bien mirado, eso no es más que una nueva manifestación, muy especial y muy descompuesta, si se quiere, de la gran cualidad americana. Cuando se tiene una idea ó una voluntad, cada cual la lleva adelante por sí solo tanto como puede, sin cuidarse de lo que el vecino piensa; cada cual obra de igual modo, y la tolerancia nace de aquí.

Por eso no es necesario que un americano ó una americana se afilien en una organización compacta, como el «Ejército de Salvación,» para hacer la propaganda religiosa. He encontrado en Kansas, en casa de un sacerdote menonita ruso (1), una mujer joven de Pensilvania que viajaba, según me dijo, para su *business* (negocio), sin perder ninguna ocasión de convertir á sus semejantes. Nos hallábamos allí unos seis hombres, americanos, alemanes y franceses, sentados á la mesa hospitalaria del padre V....., y bajo pretexto de servirnos las ciruelas agrias y los huevos duros para la ensalada que nos ofrecía, la joven de Pensilvania nos sometió á un interrogatorio sobre nuestra religión. Como yo le declaré claramente mi fe católica, pude librarme de

(1) Véase el capítulo V.

sus tentativas de evangelización; pero un periodista americano que me acompañaba contestó que no pertenecía á ninguna Iglesia, y entonces la joven le reprendió muy severamente, con menosprecio de todas las leyes de la hospitalidad. A mi vez tuve curiosidad por saber cuál era la creencia religiosa de aque-



Iglesia en Boston

lla iluminada, con los ojos brillantes de fiebre, cuyo proselitismo se manifestaba así tan ciegamente, y me dijo que había nacido en la secta de los *Brethren in Christ* (Hermanos en Cristo), pero que los ejemplos de los menonitas le indujeron á unirse con éstos, y que en aquel momento recibía la enseñanza de V..... «¿Y cómo habéis conocido á los menonitas? – Había venido á Kansas para mi negocio, que es educar á los niños pobres, pues no sé bastante para tener una escuela; pero esta última se halla para mí en dondequiera, en la cocina, en los campos y en todas partes donde pueda hacer algún bien. Hallándome en Hillsbo-

ro, oí hablar de los menonitas, y el Señor me inspiró el deseo de abrazar su religión.» Le pido permiso para tomar su fotografía, y me contesta con estas palabras: «¡El Señor no me ha inspirado para que me deje fotografiar!» Bien se ve que todas las exaltadas de América no tocan la pandereta, entonando los cánticos del «Ejército de Salvación;» hay otras más exaltadas aún que sin excitación artificial llegan al mismo estado de alma.

Así se produce una especie de reacción contra la invasión de la vida de negocios y las preocupaciones materiales, y lo mismo sucede un poco en todas partes, aunque bajo formas diversas. Cierta domingo escucho en un jardín público de Boston á varios predicadores al aire libre: el uno se agita, poseído de furiosa desesperación por el endurecimiento general de sus hermanos en Jesucristo; verdaderas lágrimas corren de sus ojos; su rostro se congestiona por la emoción, y á cada instante me pregunto si se caerá de la silla en que se ha puesto de pie para que le oigan mejor y la cual sacude frenéticamente. A pocos pasos de allí hay otro género de apóstol: es un caballero de cabellos grises, de aspecto tranquilo, como el de un buen menestral que ha hecho bien sus negocios; viste levita negra, y tiene la cabeza cubierta con una gorra de terciopelo; mostrando la Biblia en la mano, comenta la parábola del Hijo pródigo. «También he conocido yo, dice, un hijo pródigo; hallábase asociado á una gran casa de comercio; pero su mala conducta le condujo á la más completa miseria. Sus amigos de otro tiempo le volvían la espalda cuando le encontraban en la calle, y aunque carecía de dinero, de ropa y de alimento, no encontraba quien le dijese: Tomad cinco duros, ó bien: Venid á comer conmigo. No se tienen amigos cuando se acaba el dinero. Cierta día le encontré buscando en un montón de basura algún mísero alimento, como el Hijo pródigo disputaba á los cerdos las bellotas que devoraban juntos: le cogí del brazo, condújele á mi casa, le hice sentar

en mi mejor sillón y le convidé á comer, después de lo cual comenzamos nuestras oraciones: la gracia le tocó, comenzó á trabajar, y llegó á ser un ciudadano eminente, etc., etc.» Es la teoría de la virtud recompensada y del vicio castigado en toda su ingenuidad; pero aquí es cosa corriente y se verifica de hecho, porque cada cual obra bajo su propia responsabilidad é individualmente, y cada uno recibe el premio entero de sus esfuerzos; de modo que la energía apoyada en la rectitud de la vida es una condición de éxito y da mejores resultados que el espíritu de intriga.

En medio de la variedad sin número de sectas protestantes, en ese pueblo donde cada cual parece hacerse una religión, como se crea una posición, para sí solo, es curioso ver qué lugar ocupa la Iglesia católica, con sus dogmas precisos y su disciplina positiva.

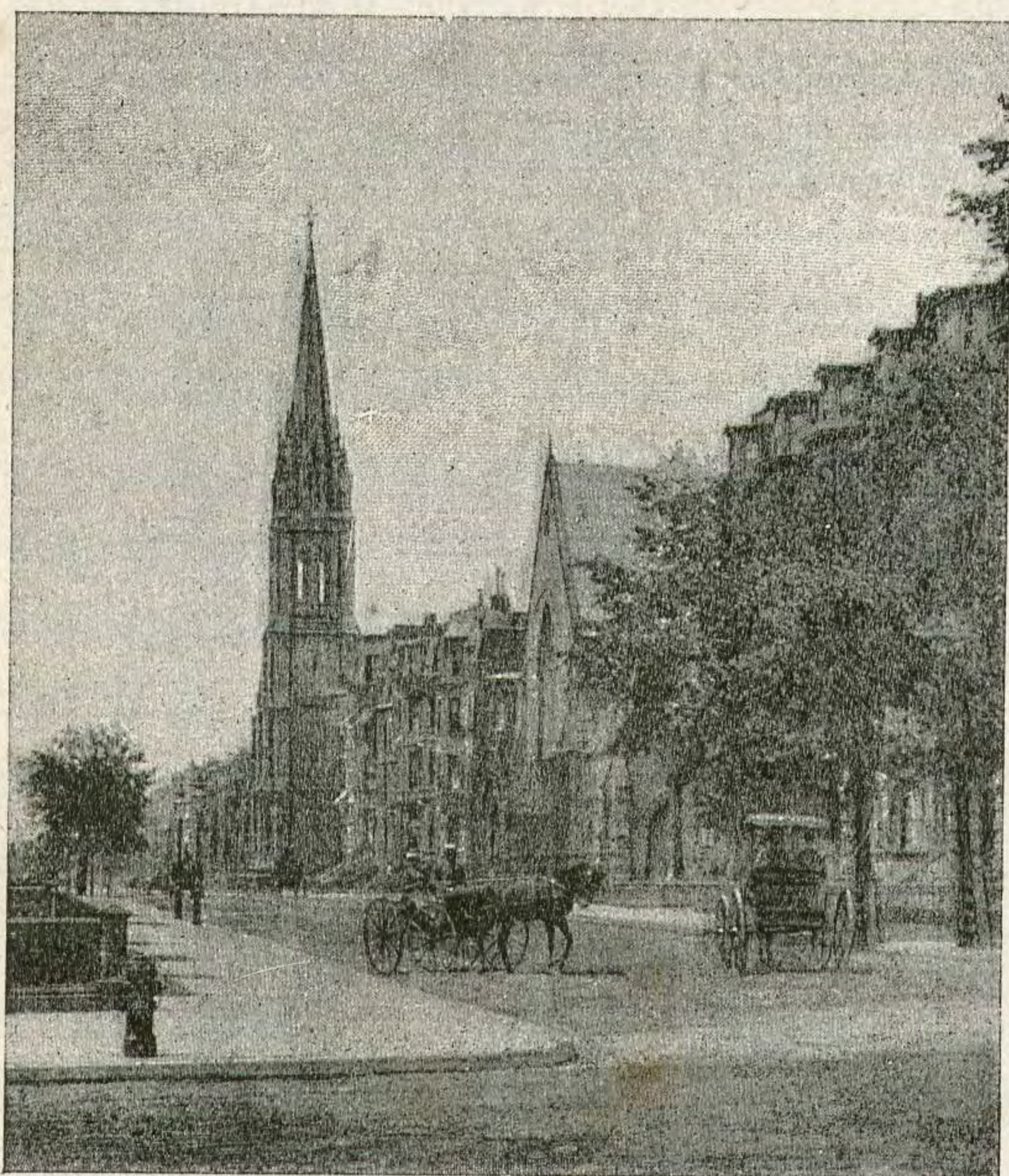
II.—La Iglesia católica en los Estados Unidos

Los católicos americanos son mucho menos numerosos que los protestantes de las diferentes sectas reunidas, pero mucho más que los adeptos de cualquiera de ellas, tomada aisladamente.

Calcúlase la población católica en diez millones de almas, ó sea una séptima parte, poco más ó menos, de la población total de los Estados Unidos; pero se distribuye muy desigualmente en el territorio de la Unión.

En las grandes ciudades manufactureras del Este, los católicos aumentan cada día, gracias á la presencia de un poderoso contingente de irlandeses y de alemanes del Sud, al que se agregan los franco-canadenses. Ciertos escritores católicos se utilizan de este hecho para entonar un canto de triunfo. «¡Ved Boston, dicen, la fortaleza del puritanismo; muy pronto estará en mayoría católica! ¡Juzgad de lo demás!»

En las campañas del Oeste, los emigrantes anglo-sajones y escandinavos y los americanos originarios del Este llevan consigo la religión protestante. Los adversarios de la fe católica no dejan de hacer observar que esa nueva América parece ser hasta aquí bastante rebelde á las influencias romanas; y al mo-



Iglesia en Boston

vimiento de las conversiones católicas oponen el de las apostasías, por desgracia muy cierto, deduciendo del conjunto de estos hechos conclusiones directamente contrarias á las que indiqué antes.

A menos de emprender una investigación personal, es muy difícil por lo tanto formar juicio sobre la verdadera situación de la Iglesia católica en los Estados Unidos. Esa

investigación es la que yo he pretendido hacer con todo el interés de un creyente y la sinceridad de un observador, tratando de darme cuenta de ella. Entre los fenómenos bastante complicados que pude encontrar en mi camino, los unos me parecieron obstáculos serios á los progresos del catolicismo, manifestándose en otros, por el contrario, el apoyo que encuentran en el espíritu de raza; mientras que varios, en fin, indican claramente que la Iglesia católica, cualquiera que sea su influencia actual en los Estados Unidos, goza de una libertad de acción que jamás tuvo en el mismo grado en ninguna sociedad.

Esos tres grupos de fenómenos constituyen tres elementos de información importantes. Gracias á ellos, si no se puede prever con certeza el porvenir del catolicismo en América, es dado en cambio iluminar el camino que ha tomado y reconocer las dificultades y las ventajas: no ha sido otro mi objeto.

Examinemos, pues, en primer lugar, los obstáculos especiales con que la acción de la religión católica acaba de chocar en los Estados Unidos.

El más grave de todos, tal vez, está en lo que allá abajo se llama *romanismo*. Esta palabra exige algunas explicaciones.

No se trata de la autoridad soberana del Pontífice romano en materia de dogma, sino de una cuestión de gobierno temporal. El catolicismo, que ha reinado principalmente hasta



Una iglesia católica en Baltimore

aquí en países europeos de poderosa autoridad central, está unido, según el pensamiento de muchos americanos, con sistemas de gobierno que les repugnan; le consideran hasta cierto punto como una doctrina política á la vez que religiosa, y suponen que un americano católico sueña un *imperialismo* contrario al espíritu de las instituciones de su país. Los más sectarios entre los protestantes se esfuerzan para mantener esta confusión, y los católicos más inteligentes se esfuerzan para desvanecerla. El alto clero, en particular, afirma siempre su fidelidad personal á la constitución política de los Estados y el carácter universal de la Iglesia católica, que le prohíbe todo vínculo estrecho con tal ó cual forma temporal; pero la preocupación es aún muy fuerte.

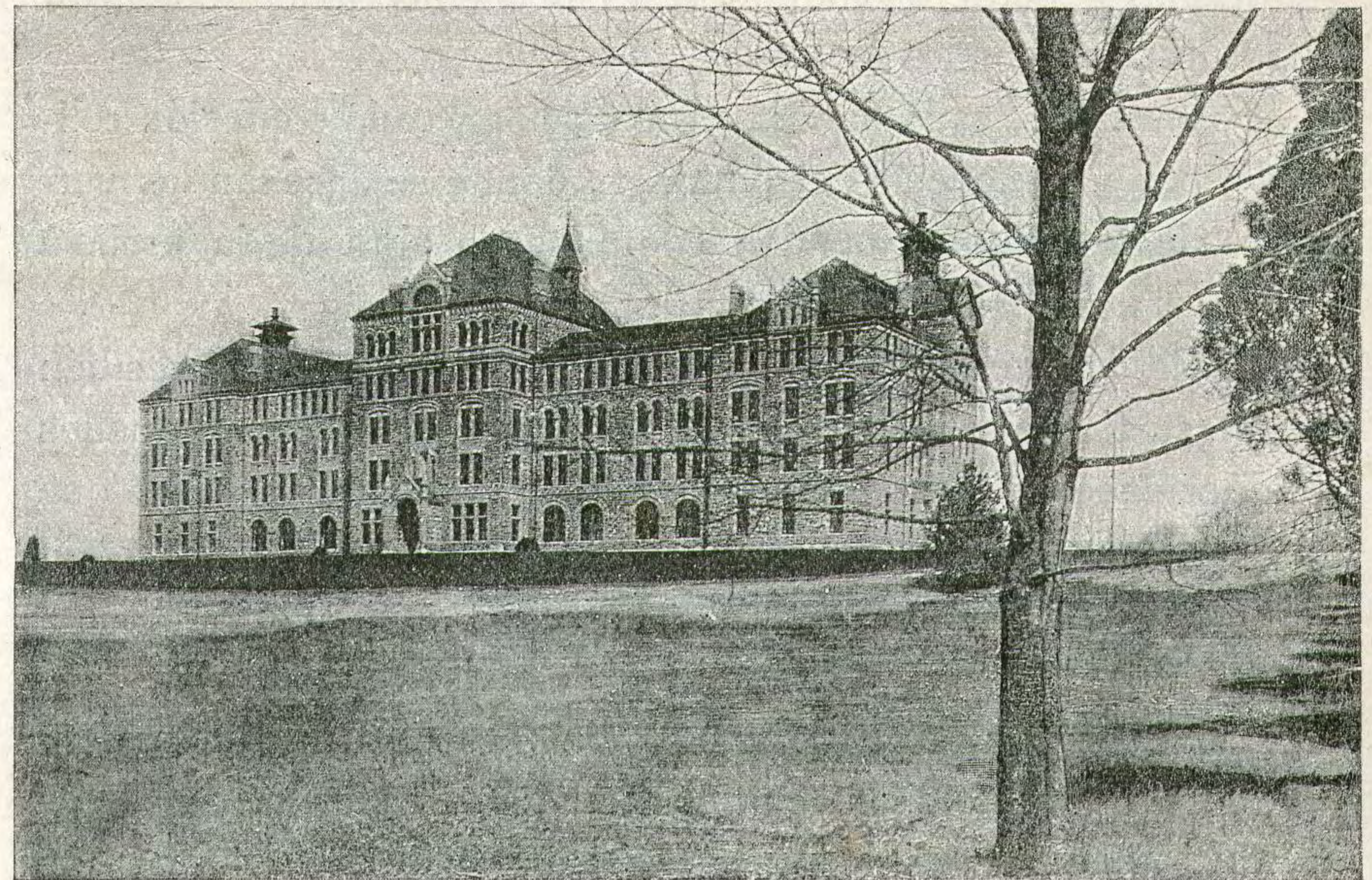
Otro obstáculo á la expansión del catolicismo entre los americanos es su clientela ordinaria. De una manera general, los irlandeses no ocupan en los Estados Unidos los cargos más á la vista; ya lo he dicho, y también he dado la razón; tienen menos que los americanos de nacimiento, menos que los emigrantes escandinavos y que los anglo-sajones, la costumbre eficaz del *self help*, ó de ayudarse á sí propios; su estado social anterior les ha preparado mal para esto, y por lo tanto no suben á tanta altura, ni obtienen tan buenos resultados, y quedan á menudo en situaciones dependientes.

De aquí se sigue que el conjunto de los católicos americanos no representa un grupo escogido de ciudadanos eminentes, sino todo lo contrario; y de aquí esa idea bastante propagada de que la religión católica embota la voluntad, acostumbrando el espíritu al yugo de su doctrina. Así se atribuye á un acto religioso el resultado de uno puramente social, y la inferioridad personal de los fieles perjudica de una manera enojosa al buen renombre de su fe.

Además, ciertos individuos del clero católico, sufriendo la influencia del rebaño confiado á su autoridad y sometidos también á orígenes sociales semejantes, exaltan fácilmente los beneficios de la acción común y la oponen á los peligros de la acción individual, sin que les desagrade cierto matiz de socialismo. Ahora bien, este último, hasta en sus manifestaciones más inocentes y moderadas, es la negación absoluta del espíritu particularista americano. El último yanqui reconoce esto por instinto, y su preocupación contra el *romanismo* se vigoriza de este modo.

Tales son los dos grandes obstáculos que la religión católica encuentra en su camino, por el hecho de su actitud temporal pasada en Europa y de su clientela actual en América, y son los más temibles porque en cierto modo son *internos*.

Otros, mucho menos graves, resultan de circunstancias exteriores, como por ejemplo el carácter *unsectarian* de las escuelas públicas. Claro es que los niños instruidos en la escuela sin ninguna religión están expuestos á perder los gérmenes de fe que pueden tener, y en todo caso se hallan poco dispuestos, por



Universidad católica en Wáshington, fachada principal

lo mismo, á hacerlos fructificar. Por el concilio de Baltimore acordó que, en cuanto fuese posible, toda parroquia católica debía tener sus escuelas, católicas también; pero los recursos, abundantes en algunos centros del Este, son insuficientes á menudo en las campiñas del Oeste, y muchos niños católicos siguen los cursos de la escuela pública, hallándose expuestos así, muy jóvenes todavía, á una atmósfera de indiferencia.

Conviene observar, sin embargo, que la escuela *unsectarian* no es hostil á la religión. En otro tiempo se leía é interpretaba la Biblia en todas las escuelas, siguiéndose de aquí

que el niño católico no podía, sin perjuicio para sus creencias, escuchar las lecciones protestantes que se daban. Además, los protestantes íntimamente adictos á una secta temían las enseñanzas religiosas dadas por maestros de una secta distinta; la escuela *unsectarian* ha nacido de estas dificultades, no de un escepticismo general, de modo que es más sinceramente neutral que nuestras escuelas francesas.

Por lo tanto, cada familia en particular, cada confesión religiosa, por sus escuelas del domingo, donde se enseñan las verdades de la religión, pueden completar la obra de la escuela pública sin necesidad de combatirla.

Resta la impresión de indiferencia que los niños reciben desde su tierna edad, y que es bastante profunda en aquellos que pertenecen á un centro familiar poco convencido, pero que se desvanece muy pronto en los demás. Por otra parte, la elección que se efectúa naturalmente entre los moderados y los fieles redunda de preferencia en favor de la Iglesia católica.

Esta elección se prosigue fuera de la escuela bajo la influencia de causas análogas. En los Estados Unidos nadie se ve conducido por su posición á sostener una creencia religiosa que no le merece completo crédito; no se va á misa por obligación, ni se acepta en los últimos momentos la visita del sacerdote por espíritu de conveniencia social, ni se aparenta salvar, puesto que alrededor de uno se ven individuos pertenecientes á toda especie de sectas ó á ninguna. En semejante centro es necesario estar realmente convencido para alistarse bajo una bandera religiosa.

Esto es lo que explica las pérdidas sufridas por el catolicismo en los Estados Unidos, y esto es también lo que permite adoptar fácilmente un partido. Los católicos de nombre, al llegar allí, pierden muy pronto lo poco que les queda de convicciones y aumentan el grupo de los indiferentes. He visto en

una pequeña colonia francesa del Oeste, que comprendía diez ó doce familias, tres personas divorciadas y que volvieron á casarse ante un juez cualquiera; por su origen y su bautismo, esas personas eran católicas; por su posición matrimonial hallábanse fuera de la Iglesia; pero habían salido de ella sin echarlo de ver,



La iglesia católica en Guthrie (territorio de Oklahoma)

y una prueba de esto es la historia de un matrimonio que me refirió allí abajo un parisiense desterrado. Cuando H..... quiso casarse de nuevo después de su divorcio con la joven T....., esta última quiso presentarse al cura católico; en su consecuencia marchamos todos en cortejo hacia el presbiterio; mas cuando el sacerdote supo que H..... estaba divorciado, rehusó casarle; entonces fuimos á casa del *Probate Judge*, pero no estaba en ella; en la del alcalde no había nadie tampoco, y al fin se acabó por encontrar un clérigo cualquiera, que arregló el asunto. Puedo asegurar á usted, caballero, que jamás había visto una boda co-

mo aquella; pero ya sabrá que en América no es como en otras partes.»

Así aligerada de todos los elementos que la entorpecen sin utilidad, la Iglesia católica lo es verdaderamente; constituye una reunión de creyentes serios, y por esto obtiene una marcada consideración.

En la misma pequeña ciudad del Oeste donde se efectuó el casamiento de que acabo de hablar, me daban una prueba bastante original. «El cura católico, me decían, puede ir al Banco á pedir un adelanto de cien duros, y se los darán inmediatamente; pero no sucedería lo mismo, por ejemplo, con el ministro metodista. El crédito del cura es mejor, porque su rebaño es compacto y tiene el sentimiento de su solidaridad.»

Hasta en América no se paga siempre la consideración en moneda corriente, pues hay otras maneras de manifestarla. Una de ellas es esa costumbre universal, hasta en los protestantes, de llamar *Father* (padre) á todo sacerdote católico. Un eclesiástico me refería, riéndose, cómo había ocasionado una turbación profunda á cierta señora italiana, durante un viaje á Roma, en el que dos jóvenes americanos protestantes le saludaban siempre con este nombre.

A pesar de los obstáculos que encuentra, el catolicismo se ha creado, pues, un lugar honroso en casa del tío Sam; también comienza á ser más compacto por las conversiones en el centro verdaderamente americano, y encuentra allí un terreno maravillosamente preparado para su acción.

En efecto, la religión católica pide á sus fieles otra cosa además de la anexión de un dogma; exige de ellos un esfuerzo; proclama que la fe sin las obras es estéril; quiere que el cristiano trabaje por sí mismo, y el esfuerzo que de él espera es individual.

Los americanos son eminentemente aptos para ese esfuerzo,

que es el rasgo dominante de su vida; para el apóstol no se trata ya más que de dirigirle, iluminándole por la fe; y después, cuando persuade á la verdad á uno de esos hombres enérgicos y resueltos, la victoria es definitiva: esta es una condición sumamente favorable para la expansión del catolicismo en los Estados Unidos.

Nada es tan fácil como hacer comprender á un americano católico la necesidad del progreso en la virtud. En mis notas de viaje encuentro el resumen de un consejo bastante típico dado sobre este asunto en el sermón del domingo por un predicador de Denver (Colorado). Se trataba de una misión que debía efectuarse próximamente en la parroquia. «Esta misión, dijo el cura á sus ovejas, es una gracia que el Señor os envía, y es preciso cogerla. Muy á menudo veis individuos que estarían en mejor situación temporal si hubiesen aprovechado ciertas ocasiones favorables, algunas oportunidades felices que hallaron en su camino. Estas oportunidades todo el mundo puede tenerlas un día ú otro; pero solamente obtendrán buen resultado los que se tomen la molestia de aprovecharlas. Es la ley de la vida temporal, y es también la de la vida espiritual. He aquí una buena ocasión de mejoraros moralmente; no la dejéis escapar.» Inútil es combatir la tibieza del auditorio; basta demostrarle sencillamente que se progresa en la vida espiritual, como en la vida temporal, por el esfuerzo individual, previsor y rápido, no por una conducta juiciosa y costumbres metódicas.

Desde el punto de vista de su acción sobre las almas, la Iglesia católica halla por lo tanto en la sociedad americana condiciones preciosas. Los obstáculos que hemos indicado no son menos temibles por eso; pero á medida que el catolicismo se vigoriza en los Estados Unidos, tienden á desaparecer; ante un clero nacional, la acusación de romanismo perderá poco á poco toda verosimilitud; ante una clientela de fieles americanos no se

podrá ya creer sinceramente que el catolicismo enerva las voluntades. El porvenir espiritual de la Iglesia parece estar por lo tanto en buen camino.

Desde el punto de vista de su situación temporal, la Iglesia católica ha encontrado desde luego en los Estados Unidos la que mejor conviene á su libre desarrollo.

En efecto, está á la vez del todo independiente de los poderes públicos, lo cual la exime de toda tutela, y completamente reconocida como asociación de bien público, lo cual la permite vivir en libertad, y sobre esta base asienta con facilidad su organización tradicional.

Si se trata de nombrar un obispo, en una reunión de individuos del clero se forma una lista de tres candidatos con esta calificación: *dignus, dignior, dignissimus*, indicando junto al nombre de cada uno de ellos el grado de mérito que la asamblea le reconoce. En general, la Santa Sede confirma el juicio, preconizando al que se designó como *dignissimus*, y á esto se reduce todo. El gobierno no se cuida para nada de este asunto, y piensa que solamente los católicos están autorizados para resolverle. ¿Será este el resultado de una política religiosa particular? Nada de eso. En un país donde toda institución privada puede obtener libremente su desarrollo moral, la Iglesia goza tan sólo del derecho común de todas las sociedades que no son contrarias á las buenas costumbres. Se eleva autónoma ante otros organismos autónomos también, de los cuales ninguno trata de supeditarla, porque ninguno pretende la dominación de todas las cosas.

Si se trata de fundar una diócesis, una parroquia, ó de construir una iglesia, la cosa se decide por la autoridad eclesiástica, según las necesidades del culto, y la diócesis, la parroquia ó la iglesia reciben un título que les confiere la personalidad civil, permitiéndoles poseer, transmitir y enajenar: es el régimen que

ésta en vigor en los Estados Unidos para todas las fundaciones de que hemos hablado, hospitales, bibliotecas, universidades y asociaciones diversas.

No solamente la Iglesia goza de plena libertad, sino que los poderes públicos no aparentan ignorarlo bajo el pretexto de que no recibe ninguna delegación de la autoridad temporal. Cuando un dignatario eclesiástico se presenta en una ceremonia pública, se le trata con las consideraciones debidas á la posición que ocupa de *hecho*; y si un funcionario se dirige á un obispo, le saluda con su título. En los Estados Unidos no se tiene la idea de que toda jerarquía social debe estar consagrada por el gobierno para mantenerse en pie; no sucede como en los grandes Estados centralizados de Europa, donde una institución de interés general no se puede establecer y sostener sino en razón de la parte de soberanía que se le atribuye, y donde una dignidad no vale sin la estampilla oficial. Aquí se tiene la idea de los poderes en *yuxtaposición*, que viven en buenos términos de vecindad, pero independientes unos de otros. Entre nosotros no se conciben más que poderes sobrepuestos, y la Iglesia católica ha debido acomodarse á esta concepción, aceptando para sus individuos, en varias naciones europeas, una situación análoga á la de los funcionarios públicos. En los Estados Unidos no ha debido sufrir ningún yugo.

De aquí una serie de ventajas considerables. En primer lugar, una exterior y de mucha importancia: libre así de toda complicidad con el gobierno de la nación, la Iglesia católica no provoca el odio de los disidentes, ni resiente ninguna convicción, porque no impone á nadie ningún culto obligado.

Por otra parte, es absolutamente dueña en su casa, pues no hay concordato que establezca junto á las reglas canónicas otras reglas, sufridas más bien que aceptadas por ella. La disciplina eclesiástica se conserva intacta y su administración sin trabas.

Gracias á esto, la Iglesia católica americana puede ser á la vez muy nacional y muy ortodoxa. No se ha de temer, en efecto, que un patriotismo mal inspirado le haga reconocer al poder temporal de su país un derecho de intervención en sus intereses espirituales, porque este poder no está organizado para eso. Entre la conciencia individual de los americanos y la autoridad de la Santa Sede no se eleva ningún obstáculo, y el Papa Gregorio XVI ha podido decir con razón que *en ningún país del mundo se sentía más Papa que en los Estados Unidos*. Sin embargo, por su proceder, por su posición autónoma, por su espíritu emprendedor y por su sincera fidelidad á las instituciones del país, la Iglesia de los Estados Unidos tiene un carácter nacional bien pronunciado.

Su espíritu americano se manifiesta además por mil detalles: los individuos del clero se mezclan mucho más que los nuestros con la población, y son también, mucho más, *hombres como los otros*. Propietarios de beneficios constituídos por la generosidad de los fieles, tienen intereses materiales semejantes á los de los otros ciudadanos, se felicitan del *boom* que hace subir el precio de sus terrenos, contribuyen al mismo todo cuanto pueden, y no son funcionarios que perciben un mezquino sueldo fijo. Esta condición les permite adquirir ciertas cualidades prácticas de dirección, y usan de ellas en provecho de su misión espiritual, dando consejos gratuitos á unos y á otros sin distinción de creencia. «Mi casa está todos los días llena de personas que vienen á consultarme, decíame el cura de una gran parroquia, y crea usted que á menudo no son casos de conciencia los que se someten á mi juicio; pero poco importa, pues servimos la causa superior de la religión obrando así. Es necesario, en efecto, probar á nuestros hermanos, por todos los medios posibles, que los amamos sinceramente, participando de sus preocupaciones, que aplaudimos su triunfo, y que tratamos de levantar-

les en sus caídas: es preciso buscar el camino de su corazón.»

Sostenidos por esta idea fecunda, los sacerdotes más eminentes obtienen un lugar de primer orden en el aprecio de sus conciudadanos. En San Pablo, por ejemplo, no hay individualidad más á la vista que la del arzobispo Ireland; protestantes y católicos reconocen en él un *splendid man* (hombre espléndido), como se dice en el país, ó sea un hombre que posee en alto grado las cualidades del americano puro, la energía y la iniciativa osada, con un amor sincero é ilustrado por el bien público. Se le encuentra á la cabeza de las empresas de colonización y de educación; actualmente reedifica su catedral en un barrio que promete gran porvenir, y así proporciona un estimulante activo al desarrollo de la ciudad, haciendo á la vez de buen obispo y buen ciudadano.

Es preciso ver trabajar á un hombre de este temple para comprender la soberana eficacia que puede tener respecto al bien moral el valor de una persona unido á una discreción tan desinteresada. Obispos semejantes hacen más con su ejemplo, para vencer los obstáculos con que tropieza la propaganda católica, que todos los razonamientos mentales.

Y obsérvese bien que la Iglesia americana tiene todo cuanto necesita para formar hombres semejantes. Sin duda los dones naturales eminentes son raros por todas partes; pero algunos medios no les permiten producirse; otros, por el contrario, favorecen su manifestación, y son los que desarrollan el sentimiento de la responsabilidad individual más completa, aquellos en que el hombre superior puede dar su medida. La Iglesia americana es esencialmente uno de esos medios, porque no ha de contar con ningún apoyo exterior, puesto que está acostumbrada á abrirse camino por sí sola.

Hablad con un sacerdote de los Estados Unidos y observaréis que no se queja de las desgracias del tiempo, de la difi-

cultad de practicar el bien y de otros asuntos comunes en boca de un eclesiástico francés; acepta el presente tal como es, como el dato de un problema por resolver, y piensa únicamente en preparar el porvenir, del cual se reconoce responsable: «Un siglo acaba y otro comienza, exclamaba M. Ireland en la catedral de Baltimore, en el momento del centenario de la Iglesia americana; este siglo será lo que de él hagamos; será nuestro, como fruto de nuestro trabajo. ¡Obispos, sacerdotes y laicos, hermanos míos, en qué términos os diré qué responsabilidad pesa sobre nosotros!... No olvido que la gracia de Dios es indispensable para el cumplimiento de nuestra misión; pero Dios hará seguramente lo que le corresponde, y nosotros haremos lo que podamos, aunque con demasiada frecuencia parece que se desea que el Señor se encargue también de hacerlo todo. Hay católicos, más numerosos en Europa que en América, para los cuales el presente no será conocido hasta largo tiempo después de convertirse en pasado. El mundo acaba de entrar en una fase del todo nueva; el pasado no volverá; la reacción es el sueño de hombres que no ven ni oyen, que están sentados á las puertas de los cementerios, llorando sobre tumbas que no se abrirán ya más y por las cuales olvidan el mundo viviente.»

En estas palabras se reconoce una savia joven y vigorosa, un ardimiento práctico, eficaz y sano, que comunican confianza para el porvenir de la Iglesia americana; tal vez no se sienta tan sólo el efecto en los Estados Unidos, y se puede prever que la última nación llegada para reunirse con las católicas debe alcanzar mayor importancia.

Cierto día hablaba de monseñor Ireland con un arzobispo americano, el cual me dijo en el transcurso de la conversación: «Es el hombre que más quisiéramos tener por Papa.» La idea me pareció sorprendente, lo confieso; pero como me la expresaron varias veces, llegué á preguntarme si esa manifestación del

boasting americano se relacionaría, en suma, con el pensamiento sobre el porvenir, un poco prematuro, pero justo. Es muy poco probable que el arzobispo Ireland ocupe nunca la silla de San Pedro, aunque sería muy posible que el siglo xx viera un Papa americano. Con Italia una y centralizada, un Papa italiano ofrecerá los mismos inconvenientes que un Papa francés, español ó alemán; será una dificultad diplomática, á causa de su calidad de súbdito de un Estado poderoso y autoritario; y entonces el conclave fijará tal vez la vista en los Estados Unidos, única nación que cuenta con gran número de católicos y donde la Iglesia se conserva independiente ante el gobierno.

¿Quién podría, por lo demás, mejor que un Papa americano, ayudar á la Iglesia católica á sostenerse en la crisis temporal en que entra actualmente? Todos los tronos de Europa están vacilantes; los gobiernos más fuertes al parecer, cualesquiera que sea su forma, bien se llamen repúblicas ó monarquías, reposan en bases inciertas; la Iglesia no podría encontrar en ellos ningún apoyo verdadero, aunque se consagraran á sus intereses, y por lo tanto es preciso que se sostenga por su propia fuerza, que viva de su vida propia y que sea completamente autónoma. Es la feliz necesidad de los tiempos nuevos; para no doblegarse á ella, la Iglesia americana no habrá de efectuar ninguna evolución: se ha adelantado á sus mayores en esta nueva forma, porque nació en un país de novedad y podrá servir de modelo cuando la transformación se imponga.

CAPITULO XII

CONCLUSIÓN

Hemos estudiado el pueblo americano en todas las manifestaciones de su vida; hemos visto cómo saca partido de los diversos recursos del inmenso país en que asentó su poderío; nos hemos sentado á su hogar; hemos examinado su vida política y sus creencias religiosas; conocemos de consiguiente los elementos esenciales de su constitución social, y podemos contestar con conocimiento de causa á la pregunta ordinaria de los yankis: *How do you like this country?* (¿Qué le parece á usted este país?)

No es cosa fácil emitir un juicio de conjunto sobre una nación, ensalzarla ó vituperarla en su totalidad; siempre se deja lugar para hacer mil objeciones si nos dejamos llevar por una simpatía ó una antipatía generales, y se corre peligro de falsear los hechos si nos guiamos por esa simpatía ó esa antipatía.

Pero después del examen imparcial de los diversos elementos que constituyen una sociedad, no puede uno menos preguntarse cuáles son las causas que la debilitan ó la comunican su vigor; ver si las señales de decadencia predominan sobre las de prosperidad, y si esa sociedad se eleva ó desciende: así se tendrá una impresión general.

En los Estados Unidos el resultado de esta impresión es muy claro.

Seguramente hay en la sociedad americana muy graves desórdenes, según lo hemos reconocido oportunamente; en el

régimen del trabajo, se tiene la frecuencia de las huelgas, la inestabilidad de los compromisos y la indiferencia de ciertos fabricantes respecto á sus obreros, los sindicatos monopolizadores (*trusts*) y el abuso de la especulación; en la familia encontramos el divorcio, abrigando una verdadera prostitución legal; la esterilidad voluntaria, que predomina en las grandes ciudades del Este, y la embriaguez que embrutece. En el gobierno, políticos sin escrúpulos, que paralizan todas las situaciones; la justicia es más bien un peligro que una garantía para el ciudadano honrado; y en fin, la religión, por respetada que sea, inspira una indiferencia general.

Como todas las naciones de Europa, como todas las sociedades humanas, América adolece, pues, de sus males; mas no es por éstos, sino por la fuerza de resistencia que á ellos opone, por lo que se puede juzgar del vigor de una sociedad. Todas estarían condenadas á perecer prontamente si las enfermedades sociales de que están atacadas constituyeran una causa suficiente de ruina; pero la historia nos demuestra que las unas llegan á engrandecerse y á prosperar á pesar de las crisis que sufren, mientras que las otras desaparecen bajo el golpe de crisis análogas.

Ahora bien: uno de los caracteres más notables de la sociedad americana es su maravillosa actitud para sobreponerse á las crisis, carácter que debe á la energía individual de sus hijos, para los cuales parece desconocido el desaliento. Se podría decir que para un americano no hay caída definitiva é irreparable, de esas que abaten su voluntad. Cuando un hombre se arruina completamente, comienza á trabajar otra vez con el mismo ardimiento, y la opinión pública no le rebaja mientras que le conserva; pero le censuraría si no tratara de reponerse.

Esa inmensa fuerza reparadora extendida en todo el país no es más que una manifestación particular de la fuerza impulsiva,

que le impele hacia adelante; no se levanta uno tan pronto sino para perseguir un objeto, y esto es lo que constituye la vitalidad de América y lo que inspira confianza para sus destinos futuros.

¿Os habéis preguntado alguna vez por qué ese pueblo nacido ayer, compuesto de tan diversos elementos, presenta semejante homogeneidad, que se reconocen ya las cualidades y defectos de un tipo marcado?

Es que si la raza americana no tiene unidad de origen, en cambio posee otra que resulta de la elección: toma sus individuos de toda especie de medios, y no conserva sino aquellos que están dotados de suficiente energía para sacar partido de las facilidades naturales para obtener buen éxito, que ofrece la inmensa extensión de los Estados Unidos. Proporciona al húngaro ó al italiano un refugio temporal, llegando á ser patria del escandinavo ó del anglo-sajón; y no tan sólo llama á sí á los europeos susceptibles de adoptar la vida americana, sino que rechaza constantemente de su seno á los americanos deseosos de huir de ella. De aquí la colonia que éstos han formado en los Campos Elíseos de París. Para llegar á ser americano y considerarse como tal es preciso mirar la vida *como una lucha y no como un placer*, y buscar el esfuerzo victorioso, la acción enérgica y eficaz, más que el recreo, más que el ocio embellecido por el cultivo de las artes, y los refinamientos propios de otras sociedades.

Dondequiera que se haya fijado nuestra observación, bien sea en los ranchos, ó en las granjas, en las minas, en la industria, en el comercio, en la organización de la familia ó de los poderes públicos, hemos reconocido que lo que hace triunfar al americano, lo que constituye su tipo, lo que conduce á que la suma del bien predomine sobre la del mal, es el valor moral, la energía personal, la energía que obra, la energía creadora.

Esta última es tan fecunda, que si se fijan hoy los ojos en ese inmenso continente, casi desierto cien años hace, poblado tan sólo de bisontes y de indios, le veis ocupado por vías férreas, ciudades florecientes y ricas mieses; su cultivo, su industria y su comercio han llegado á ser una amenaza para Europa, y el antiguo continente, armado hasta los dientes, respeta y teme á ese país sin soldados.

¿Quién ha efectuado esta transformación?

¿Será una metrópoli poderosa? ¿Un soberano de genio?

No; tan sólo algunos particulares, un puñado de cultivadores y de comerciantes.

Han hecho más aún: después de haber creado el país, le han organizado; han hecho un gobierno que les sirva y contra cuyos excesos pueden pronunciarse sin apelar á una revolución violenta. En suma, lo han hecho todo, y á pesar de los desórdenes que hemos consignado, su obra va desarrollándose cada día.

De modo que por la energía de los individuos se ha constituido la sociedad americana, y por ella se sostiene.

¿Por qué? ¿Cómo es que esa cualidad se ha desarrollado allí de una manera tan maravillosa?

Basta comparar la extensión de los Estados Unidos con su población actual para comprenderlo. Las tierras disponibles abundan; las industrias por crear son innumerables; todo hombre decidido á servirse de sus brazos para trabajar con energía, encuentra fácilmente en que ocuparlos, y con fuerza de voluntad, perseverancia y un carácter bien templado, nada es imposible: la audacia es una sabiduría.

Esa condición es tan favorable y lleva tan bien á su máximo de intensidad y de eficacia el esfuerzo individual, que atrae en América y hace prosperar las individualidades mejor predisuestas para ese esfuerzo.

Véase, si no, lo que sucede: América está abierta para todo el mundo, da tierras á quien las quiere, y hasta la nacionalidad americana á cualquiera que resida en su territorio durante cierto tiempo; acoge indistintamente á todos los emigrantes, y sin embargo, no se ve á la cabeza de los negocios americanos más que á los representantes de las razas formadas por el esfuerzo individual. Solamente ellos se aprovechan completamente de las ventajas ofrecidas por América.

Otras naciones de Europa, atenuadas al sistema del esfuerzo colectivo, militarizadas á porfía, gobernadas enérgicamente, glorificándose de esto, y viendo en ello una condición de seguridad, de fuerza y de progreso, se muestran indiferentes á esas ventajas y no las utilizan.

El mundo, pues, se divide hoy, al parecer, en dos grupos muy distintos: el uno cifrando su esperanza en el esfuerzo individual, uniendo sus fuerzas tan sólo cuando la necesidad lo exige, ateniéndose á formas variables que respondan á las necesidades del momento, esperándolo todo de la iniciativa privada, y temiendo las dificultades; el otro depositando, por el contrario, su confianza en el esfuerzo colectivo, en el agrupamiento administrativo, permanente, difícil de transformar, esperándolo todo de la reglamentación, y temiendo ante todo las «desviaciones» de la voluntad individual.

¿A cuál de estos grupos pertenecerá el porvenir? ¿De cuál deberemos decir: «Esto matará aquello?»

En el siglo XIX, en la víspera del XX, la contestación no parece dudosa.

Estamos en una época de transformaciones rápidas, en la que todos los inventos modernos trastornan á cada momento el mundo del trabajo, y la ley de este último es la ley del progreso. Esto exige de parte de los hombres la posibilidad de obrar solos, ó de agruparse, según las necesidades del momento, con

prontitud, no según formas anteriores y anticuadas, que se crearon en otro tiempo para distintas necesidades. En presencia de esos cambios, inevitables y continuos, no hay ya situaciones adquiridas de una manera definitiva; y todos los esfuerzos combinados para mantenerlas artificialmente fracasan contra la fuerza de las cosas. En su consecuencia, el único partido que se puede tomar es armarse para la lucha inevitable, estar pronto para volverse, libre de sus movimientos, y no encadenado y esperando una orden para obrar. Lo que se necesita es iniciativa, no docilidad.

La raza dueña del porvenir será, pues, aquella en que el hombre, libre de toda traba inútil, habrá reducido al mínimo la acción gubernamental; y en que el hombre, formado para el esfuerzo individual, alcanzará el máximo de intensidad de este esfuerzo.

Esto no es verdad solamente desde el punto de vista material, sino también desde el punto de vista moral. Allí, en todos los tiempos y en todos los lugares, el esfuerzo individual es el único eficaz; es el trabajo sobre uno mismo, recomendado por la filosofía antigua, prescrito por la religión y por doquiera ensalzado y fecundo. Es el que cantaba el poeta Longfellow en las admirables estrofas de *Psalm Life* (Salmo de la vida), llenas todas de un lirismo verdaderamente americano: «No hemos sido creados ni para regocijarnos ni para sufrir, sino para obrar, á fin de que cada día siguiente nos hallemos más adelantados. ¡No confiéis en el porvenir por risueño que sea! ¡Dejad al pasado sepultar á los muertos! ¡Obrad, obrad en el presente que vive! ¡El corazón en vuestro pecho y Dios sobre vuestras cabezas!»

FIN DEL TOMO II Y ÚLTIMO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

	Páginas
CAPÍTULO PRIMERO. — <i>La situación económica de las manufacturas americanas.</i>	
I. Los jornales crecidos y sus consecuencias. — II. Las industrias americanas y la competencia europea. — III. Los <i>bills</i> Mac-Kinley. — IV. Los peligros del régimen protector. — V. Lo que produciría una reacción librecambista.	5
- II. — <i>La gran ciudad del comercio y de la banca.</i> — La intensidad de la vida comercial y el cosmopolitismo de Nueva York. — II. La Cité-Imperio. — III. Cómo coloca su dinero el capitalista americano.	27
- III. — <i>La educación americana.</i> — I. La educación primera. — II. No hay oficio tonto — III. Las niñas.	52
- IV. — <i>Los desposorios y el casamiento.</i> — I. Las herederas. — II. Las hijas sin dote. — III. Las formas del casamiento. — IV. Familias estériles. V. La cuestión del divorcio.	79
- V. — <i>Los americanos en su casa y fuera de ella.</i> — I. Las instalaciones de familia. — II. Nueva York y las <i>boarding houses</i> . — III. La cuestión de los criados. — IV. En viaje. — V. El último viaje y la última morada.	103
- VI. — <i>La vida diaria.</i> — I. Las comidas. — II. La embriaguez, las sociedades de temperancia y la prohibición. — III. Los trajes. — IV. Cómo se divierten en América.	140
- VII. — <i>La aristocracia en América.</i> — I. La aristocracia de Virginia en otro tiempo y en la actualidad. — II. Una aristocracia en formación.	174
- VIII. — <i>El espíritu de asociación y los intereses generales.</i> — I. Las asociaciones de intereses comunes. — II. Las asociaciones de bien público.	200
- IX. — <i>La vida política.</i> — I. La corrupción de los poderes públicos y los políticos. — II. Cómo se ha suplido la acción pública cuando los intereses privados lo exigen. — III. Carácter restringido de los poderes públicos.	216

	Páginas
CAPÍTULO X. — <i>La vida intelectual en los Estados Unidos.</i> — I. La instrucción de la juventud. — II. Las profesiones liberales. — III. Los diarios y las revistas. — IV. Autores americanos. — V. El gusto á las artes.	253
- XI. — <i>La situación religiosa.</i> — I. ¿Son religiosos los americanos? — II. La Iglesia católica en los Estados Unidos.	297
- XII. — <i>Conclusión.</i>	324

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

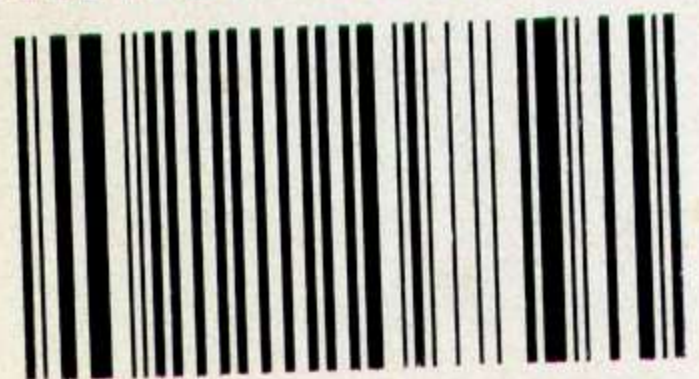
	Páginas
Ferrocarril elevado debajo del puente de Brooklyn.	9
Una gran cervecería en Boston.	11
Puerta de un bazar en Filadelfia.	15
Puerta de un bazar elegante en Filadelfia.	17
Barcos extranjeros cargando trigo en los <i>elevators</i>	21
Puerto de Nueva York (<i>East-River</i>).	23
Bahía de Nueva York: vista tomada desde Coney Island.	29
Una calle de Nueva York atravesada por el <i>Elevated Railroad</i>	31
Plaza atravesada por el <i>Elevated Railroad</i> en Nueva York.	33
Puerto de Nueva York: vagones en barcazas.	35
Bajada de viandantes en el puente de Brooklyn.	37
Esquina de una calle junto á un ferrocarril elevado.	38
Una esquina de la quinta avenida en Nueva York.	39
Una calle de Nueva York.	41
Una calle de comercio en Nueva York.	43
Estación del <i>New-York and Harlem Railroad</i> (uno de los ferrocarriles Vanderbilt).	45
Panorama de Filadelfia: barrio de las grandes casas.	47
Muestra de una casa de abonos en Baltimore.	48
Anuncios de un farmacéutico en Nueva York.	49
Niños solos en carruaje en las calles de Nueva York.	55
Muchachos á caballo, en el parque de Lincoln, en Chicago.	57
Partida de «base ball» por los colegiales de Denver.	59
Ciclistas en Chicago.	61
Un <i>buggy</i>	69
Carruaje habitual de una mujer del Oeste.	73
Jóvenes de ambos sexos en traje de <i>lawn tennis</i>	75
Viviendas en Denver.	105
Un coche de tranvía en Nueva York.	106
Una casa de valor de 3.000 á 4.000 dollars en Denver.	107
Capitol Hill, residencia en Denver.	109
Casas en Kansas City.	111

	Páginas
Casa en Kansas City.	113
Casas en Nueva York.	114
Un cochero improvisado: Parque central en Nueva York.	129
Sobre cubierta de un transatlántico.	131
Una estación de ferrocarril elevado en Nueva York.	133
Interior de un vagón del ferrocarril de <i>San Pablo Minneapolis y Minnesota</i>	134
Vagón comedor.	135
Bar en San Luis.	143
Anuncios de restaurant en una calle de Chicago.	145
<i>Hancock's Bar</i> (bar adonde van á inspirarse los hombres políticos, en la avenida de Pensilvania, en Wáshinton).	149
El casino de Broadway, Nueva York.	155
El domingo en Prospect Park, en Brooklyn.	159
Los tranvías el domingo en Prospect Park.	161
Paseo en canoas en Prospect Park, Brooklyn.	162
Una partida de <i>lawn tennis</i>	163
El juego del <i>base ball</i> en Lincoln Park, Chicago.	164
Un tronco de 75.000 francos en San Pablo. — Caballos trotones que andan una milla (1622 metros) en dos minutos veintidós segundos.	165
Jinetes en las calles de Chicago.	167
Un baile en Fremont, de fotografía hecha con luz de manganoso.	168
Mount-Vernon, casa de Wáshington, fachada que da al Potomac.	177
Columna de Wáshington, Charles street, en Baltimore.	179
Casa particular en Boston.	185
Un carruaje bien equipado en Nueva York.	187
Ante la puerta de un hotel en Boston.	189
Colegio Girard, en Filadelfia.	191
Colegio metodista de mujeres en Baltimore.	193
El barrio elegante de Boston: avenida Commonwealth.	195
Cercanías de Chicago (Elmhurst).	196
<i>The Baldwin english and classical seminary</i> , en San Pablo (Minnesota).	197
Un tranvía descarrilado en Denver. Todo el mundo á las ruedas.	203
Un casino de la quinta avenida en Nueva York: el <i>Manhattan Club</i> (Antigua casa Stewart).	205
Un club en Filadelfia.	207
Asilo de sordo-mudos en Filadelfia.	209
Asociación cristiana de jóvenes en Boston.	211
Casa consistorial de Filadelfia.	219
Casa consistorial de Baltimore.	221
Palacio de Justicia en Nueva York.	227
Un policemán en Filadelfia.	237
Desastre ocasionado por las inundaciones á causa de la tala de los montes en Sir Jon's Rum (Virginia occidental).	241

	Páginas
El Capitolio en Wáshington.	243
La Casa Blanca en Wáshington (fachada del Norte).	245
Coche de correos delante de la Administración en Nueva York.	247
<i>Pensylvania avenue</i> . Vista tomada desde la Tesorería en Wáshington.	249
Antes de la clase, Mil Islas, Clayton.	257
Escuela en Florencia, Kansas.	259
Colegio irlandés en Denver.	261
Una escuela en país nuevo (Guthrie, territorio de Oklahoma).	263
Colegio Girard en Filadelfia.	265
Academia de ciencias en Boston.	267
Fuente conmemorativa de la aplicación del éter, en el Jardín público de Boston.	271
<i>Record building</i> , calle Chestnut en Filadelfia.	273
Hotel del <i>Pioneer Press</i> en San Pablo.	275
Puerta del <i>Pioneer Press</i> en San Pablo.	277
Casa del general Bryce, director de la <i>Revista Norteamericana</i> , Wáshington square, lado Norte, en Nueva York.	281
Teatro del Nuevo Parque en Nueva York.	289
<i>Art Museum</i> en Boston.	291
Monumento elevado á la nación Ottawa, parque de Lincoln en Chicago.	292
Escuela y exposición de Bellas Artes en Chicago.	293
Iglesia románica en Boston (<i>Trinity church</i>).	299
Casa de Philip Brooks en Boston.	301
Iglesia congregacionista, bulevar Drexel en Chicago.	303
Una iglesia en el Far-West (Guthrie, territorio de Oklahoma).	305
Iglesia en Boston.	307
Iglesia en Boston.	310
Una iglesia católica en Baltimore.	311
Universidad católica en Wáshington, fachada principal.	313
La iglesia católica en Guthrie (territorio de Oklahoma).	315

L
973.2
R863
1899
V.2

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001523966



020000 048572 020000

